3 1761 06392614 1

EL RASTRO

OBRAS DE RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

PUBLICADAS

Entrando en fuego.—1904.
Morbideces.—1907.
El concepto de la nueva literatura.—1909.
La Utopía.—1909.
Beatriz.—1909.
Cuento de Calleja.—1909.
El drama del palacio deshabitado.—1909.
Mis siete palabras.—1910.
El Laberinto.—1910.
La bailarina.—1911.
El libro mudo (secretos).—1911.
Las muertas.—1911.
Sur del Renacimiento escultórico español.—1911.
Ex-votos.—1912.
El Teatro en Soledad.—1912.
El lunático.—1912.
El Ruso.—1913.
Ruskin el apasionado (estudio crítico publicado por esta Casa con la traducción de *Las Piedras de Venecia*).—1913.
Tapices.—1913.
Greguerías.—1914.

LS
G

Ramón Gómez de la Serna

EL RASTRO

282513
2 33
8

Sociedad Editorial PROMETEO

Germanías, F S

VALENCIA

Esta Casa Editorial obtuvo Diploma de Honor y Medalla de Oro en la Exposición Regional de Valencia de 1909 y Gran Premio de Honor en la Internacional de Buenos Aires de 1910.

Al justo y trágico Azorín, que es el hombre que más me ha persuadido de ese modo grave, atónito y verdadero con que sin malestar ni degradación ni abatimiento sólo creí poder estar persuadido secretamente de mi vida, le dedico este libro con el oficioso y tímido deseo de consolarle de vivir entre gentes inconfesas y de estar dedicado al más agudo y al más disimulado de los sarcasmos en el centro de seriedades inauditas y aclamaciones extrañas.

EXTRACTO DEL EVANGELIO DE RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

por Silverio Lanza

En aquel tiempo el Maestro era muy joven y dijo sus siete hermosas palabras.

Unos no las oyeron; otros no las entendieron; y de quienes las oyeron y las entendieron, hubo los que las rechazaron por miedo á los Césares y los que hallaron en ellas como el Credo de su Fe.

He aquí las siete hermosas palabras:

¡OH SI LLEGA LA IMPOSIBILIDAD DE DESHACER!

Estas fueron y no otras.

Y los necios creían que la conservación de los tronos, de las religiones, de los pueblos y de los individuos era que no se les deshiciese; y los necios nos perseguían.

Y el Maestro recordaba que Jesús dijo:

Se deshará el grano de trigo para producir cosecha.

Y el Maestro veía que Dios, siendo sabio y justo y misericordioso, cambia en invierno lo que hizo en verano; y en la vejez lo que se hizo en la juventud; y aquí lo que se hizo allá. Y decía el Maestro que lo sabio y lo justo y lo misericordioso y lo divi-

no es deshacer y hacer de nuevo para deshacerlo cuando pueda interrumpir la constante evolución que es necesaria á las vidas duraderas.

Y cuando el Maestro veía tronos y religiones y pueblos é individuos que no permitieron que se les deshiciese, y se deshacían fatalmente, estérilmente y definitivamente, repetía el Maestro sus siete hermosas palabras:

¡OH SI LLEGA LA IMPOSIBILIDAD DE DESHACER!

Silverio Lanza.

***

¡Buen Silverio Lanza!

Ningún lema mejor para este libro que la reimpresión de este comentario que puso Él como Padre á las palabras del hijo, para realzarle.

Yo no había oído bien, en la agonía con que las debí pronunciar, esas siete palabras de aquel libro mío comentado, pero desglosadas por él, me han llenado de su espanto y de su anhelo de nuevo.

¡Honor á aquel anciano previsor, lleno de serenidad en la tragedia y de originalidad en la lobreguez de su pueblo y de su siglo, tan olvidado ya en su primer aniversario, cuando él fué quien inició á la chita callando las grandes disolvencias, las grandes disociaciones que imperaran!

PROLOGO

¡Oh si llega la imposibilidad de deshacer!

I

El Rastro no es un lugar simbólico ni es un simple rincón local, no; el Rastro es en mi síntesis ese sitio ameno y dramático, irrisible y grave que hay en los suburbios de toda ciudad, y en el que se aglomeran los trastos viejos é inservibles, pues si no son comparables las ciudades por sus monumentos, por sus torres ó por su riqueza, lo son por esos trastos filiales.

Por eso donde he sentido más aclarado el misterio de la identidad del corazón á través de la tierra, ha sido en los Rastros de esas ciudades por que pasé, en los que he visto resuelto con una facilidad inefable el esquema del mapamundi del mundo natural.

II

¡Oh, el *Mercado de las pulgas* de París, en la Avenida Michelet, gran coincidencia de todo París, trágica suma de su historia y su galantería y de aquella calle conmovedora y de aquella noche y de aquello y aquello otro en un revoltijo, en una confusión, en una incongruencia profunda!... ¡Oh, el mercado judío de Londres,

en el barrio Whitechapel en Middlesex, rasero común de toda la gran ciudad, descanso y abismamiento de todas las observaciones hechas en caminatas largas y anhelantes!... ¡Oh, aquel comercio en Milán, dentro de la Plaza del Mercado viejo, pequeño, oculto, pero entrañable y consciente, con esa consciencia superior y postrera de los Rastros!... ¡Y en Venecia, aquella tiendecilla opaca, llena de cosas de Rastro y los canales como parajes de Rastro en lo profundo y en la superficie: en lo profundo las innumerables cosas sumergidas por su peso y en la superficie esas cosas flotantes, informes, sospechosas, de que están llenas sus aguas!... ¡Y en Nápoles aquellos tenderetes de los domingos en el barrio de los pescadores, aquellos tenderetes de una variedad inexpresable, llenos de cosas cotidianas y lamentables, en las que se me reveló tan lejos del Rastro asiduo, la misma asiduidad de las cosas, la misma flaqueza y la misma flagrancia de los hombres, la misma consumación!... ¡Y aquel rincón de Florencia, atravesado el puente viejo hacia las afueras, y en el que nos pareció hallar corregido y depurado el Infierno ampuloso, deplorable, injusto y cruel del Dante, y en el que todo el arte de la ciudad parecía postrarse con un secreto cansancio muy indecible, muy insospechable, pero muy sincero!... ¡Y aquel tenducho de Pisa, en el que se refugiaba y se tendía toda la ciudad, su torre inclinada la primera, como vencida y resignada, en el fondo obscuro, pacífico, eterno y asequible de la tienda!... ¡Y aquel almacén arruinado de Roma, en el que todas las cosas sonreían de eso de «la ciudad eternal», y en el que se fué á hundir nuestra impresión del foro derruído, en una mezcla de ideas inseparable y tranquilizadora!... ¡Y en Ginebra aquel escaparate de cristal brillante ante la crudeza luminosa de la nieve, tan cordial en la tarde desconcertada de tanto pasear por sus calles nevadas, entre las viviendas herméticas y castísimas, porque supuso—como en todo lugar el encuentro de su Rastro—, supuso la posesión de la ciudad, hallando de momento como en el sexo de una de sus prostitutas, la saciedad y el agotamiento del interés engañoso que

suscitó de lejos en nosotros el misterio de la ciudad y sus cosas y sus mujeres y sus hombres!... ¡Y así, cuántos Rastros más en el extranjero y en las provincias españolas, todos disolventes y en todos aplacado todo!...

III

El Rastro es siempre el mismo trecho relamido de la ciudad, planicie, costanilla, gruta de mar ó tienda de mar, que es lo mismo, playa cerrada y sucia en que la gran ciudad—mejor dicho—, las grandes ciudades y los pueblecillos desconocidos mueren, se abaten, se laminan como el mar en la playa, tan delgadamente, dejando tirados en la arena los restos casuales, los descartes impasibles, que allí quedan engolfados y quietos hasta que algunos se vuelven á ir en la resaca. El Rastro es un juego de mar, pero no de cualquier mar, sino de un mar aislado como el Mar Negro, el mar de aguas más espesas y más repugnantes, aunque á la vez el de aguas más azules, un mar así, central, cerrado por todo un continente, y que además se comunicase escondidamente con los demás mares. Un mar continental, secreto, salado, que á través de una estrecha bocacalle entrase de vencida en la blanda playa del Rastro para abrir á ras de tierra su mano llena de cosas.

IV

¡Y qué cosas! Cosas carnales, entrañables, desgarradoras, clementes, lejanas, cercanas, distintas: cosas reveladoras en su insignificancia, en su llaneza, en su mundanidad. «¡Maravillosas asociadoras de ideas!...»

¡Actitud la de esas cosas revueltas, desmelenadas y amontonadas, simplicias y coritas! Todo tiene una templanza única, nada es ya religioso con ese sanguinario y envidioso espíritu de los dioses, ni nada es tampoco

pretencioso con esa dura y ensañada pretensión del arte lleno de tan pesado y tan aflictivo orgullo por el estigma de divinidad que obliga á soportar y por los implacables deberes estéticos á que somete. Aquí todo eso perece, se depura y se desautoriza porque es escueta y pura la contemplación como consecuencia de su raíz, de su total, de su completa impureza.

Todo en el Rastro es para el alma una purga ideal que la calma, la despeja, la ablanda, la resuelve, la llena de juicio y para que no la fanatice ni ese juicio le facilita un suave escape.

Las cosas del Rastro no están, como vulgarmente se puede creer, en una situación precaria, no; su momento es el momento de paz y caridad después del éxodo y de la mala vida y todas ellas se ufanan y se orean como en el descanso del fin.

V

Las cosas del Rastro no son cosas de anticuario, carecen de ese orgullo, de ese valor hipócrita, de esa categoría completamente convencional, civil y arbitraria que adquieren las cosas en ese doloroso internado de las tiendas de antigüedades confortables, vanas, taimadas, cancerosas y sórdidas.

VI

No son tampoco cosas de museo, porque eso las habría perdido para siempre, pues es en los museos donde sufren más largo infierno, haciéndose demasiado duraderas, imposibilitadas, socarronas, opresivas, autoritarias. En los museos es donde dejan de ser conmovedoras, renunciadoras y donde paralizada la facultad de deshacerse y de transparentarse que había en ellas, su forma se hace dura, barroca, pesimista, exasperada. En

ellos representan una tragedia sin desenlace, esa tragedia que alargarían hasta la eternidad en los pueblos las beatas á las que se les muere un pariente conservando su cadáver para siempre también si pudiesen. Los museos tienen una atmósfera insensata que fomenta vicios, sadismos seniles y pusilánimes, egoísmos atroces y suspicaces, corrupciones desnaturalizadas, siendo entre los museos los más empedernidos los arqueológicos, llenos de clasificación, de seriedad, de obscuridad, de congoja, de obcecación y en los que las cosas sometidas, deprimidas, sofocadas, pierden su donoso sentido silvestre, esterilizadas y sin comunicación con la tierra, como sólo la hallan en el aire salvador del Rastro, en el que ceden á sus impulsos espontáneos.

VII

No son tampoco ruinas históricas y trascendentales estas cosas del Rastro, ¡eso sería demasiado! porque en las ruinas queda siempre algo que pervierte, un resto de su jactancioso, de su supersticioso pasado, de su hipócrita dominación, por lo congregadas que están, como persuadidas aún de su objeto común y tiránico, sin la suficiente persuasión y rebeldía privada en cada una de las piedras. Las ruinas del Rastro, por el contrario, disgregadas, abandonadas á su soledad y su última conciencia, entran en razón, se llenan de sencillez, y como la sencillez es comparable con todo, resulta que con la cultura del pequeño espacio corrigen las ideas extensas y soporíferas y vacuas de las grandes imágenes, esas grandes imágenes que relajan al espíritu dándole la enfermedad tremenda de las dilataciones, «la dilatación del dolor», «la dilatación de la ansiedad», «la dilatación de la idea humana del tiempo convertida en inhumana y traspasadora de dolores agudos y largos», etcétera, etc. Las ruinas del Rastro muestran pegadas, enjutas, inculcadas á sus añicos, las ideas más inauditas y curativas, resultando así en su pequeñez como restos

mayores, pedazos de catedral, pedazos de trascendencia incalculable ante los que se adquiere la seguridad de que entre esas piedrecitas menudas, está la piedra filosofal, vulgar piedra de la calle.

VIII

El Rastro no es tampoco un lugar de turismo, no figura en los Bædeker, y los cicerones no sabrán interpretarlo nunca. No es siquiera una excursión que hacer con amigos, porque la conversación, que es un género literario sin recursos extraordinarios, hipócrita, procaz; la conversación, que hace á los hombres imprudentes, solapados, claudicantes, relapsos, incomprensivos, y que da lugar á risitas, injusticias y deslices que siempre hay que purgar en la soledad más absoluta para volver á ser leales y amplios; en el Rastro esa conversación innoble, contenida y mezquina siempre, se presta á abusos tan fáciles, á conclusiones tan gratuitas, á exclamaciones tan estúpidas, á gracias tan vanas, á presunciones tan cegadoras, que son necesarios muchos días de nuevas idas solitarias para recobrar la visión indecible y la gran elocuencia que se manifiesta en el Rastro como en ningún sitio.

IX

¡Oh, fulminante elocuencia del Rastro!... El verbo proteico y lleno de facundia hace sus mejores alfarerías aquí con su tierra y las mejores tallas con su madera; las palabras hacen volatines maravillosos, corren y trepan como lagartijas, se muestran en mil garabatos, en mil floreos, se combinan en luces distintas, brotan las más inesperadas, las nunca vistas; cada objeto tiene un delirio de palabras, se traslucen, fulgen y nunca tienen fanatismo, ni intentan ninguna demasía imperialista, y su sentido es breve, porque abominan de la retórica, la

gran repugnancia del Rastro, lo único que devuelve al mar para que lo disuelva más, hasta tal punto que por miedo de que instauren una retórica las palabras inofensivas que en él se pronuncian, las pierde, las embota, las deshila, las absorbe, las encalma, las borra después de pronunciarlas, da su aliento al aire alígero y su color al blanco puro del espacio. Este desinterés y esta abnegación de las palabras en el Rastro, ha depurado nuestro estilo, cuya torpeza puede estar en querer libertarse á costa de palabras y de medios, de embarazarse de sí mismo en la fuga, pero no de mala intención de dominar, de retener ó de atemorizar.

X

Pero el Rastro es sobre todo, más que un lugar de cosas, un lugar de imágenes y de asociaciones de ideas, imágenes, asociaciones sensibles, sufridas, tiernas, interiores, que para no traicionarse, tan pronto como se forman y á continuación, se deforman en blancas, transparentes, aéreas y volanderas ironías... ¿Cómo y hasta qué punto darían explicaciones por haberse formado?... Se suceden unas á otras sin detenerse por tremendas ó balbucientes é ingenuas y se las acepta y se las sonríe ó se las lamenta y se las suelta.

Entre todas estas asociaciones de ideas y estas imágenes hay una absurda, pero insistente y decorativa. Se forma del recuerdo imponente de esa región inexplorada de la China, de cuyos tesoros se tienen ideas muy inciertas y en la que están emplazadas las tumbas de la dinastía China de los Ming... Es desolado y vasto el cuadro... Por una puerta abierta en una tapia, de la que sólo quedan dos retazos en ruina, se entra en el inmenso valle fúnebre, en cuya larga avenida abandonada, llena de erial y de piedras, hay alineadas en dos filas figuras de un tamaño gigantesco, sin pedestales para más realidad de la escena, para más humanidad de las imágenes...

«...Animales, monstruos, mandarines, sacerdotes, guerreros, todos mudos, descreídos, curados de su exceso de poder, penetrados de la aplastante veracidad que es bóveda de la llanura...»

Esta es la asociación de ideas más pintoresca que nos ha sugerido el Rastro... ¿Se sabe por qué? ¿Se explica esa comparación cuando el Rastro es tan bajetón, tan humilde y tan ruin? No se sabe ni se explica, hay que morder el polvo de no poder decirlo con precisión, sin involucrarlo todo, pero un tremendo y riguroso parecido, una viva justificación nos ha asistido en la evocación, quizás respondiendo á esa ley que hace que lo grande se envuelva y se halle en lo pequeño y por la que *orbe* quiere decir tanto esfera celeste, esfera terrestre ó menuda esfera de cristal. Quizás por alguna razón más sencilla y liviana.

XI

Hasta aquí todo ha sido en el prólogo elevación del concepto del Rastro, que al releer no nos hemos tenido que avergonzar de no haber mirado hacia abajo tanto como hacia arriba, sin dispararnos ni excedernos.

Ahora conviene tener la suficiente franqueza para revelar la parte cotidiana, temporal y discreta de este libro, y hay que atreverse á hablar en un sentido personal y responsable.

Ante todo, ya que ha rodado tanto hasta aquí la palabra Rastro, conviene decir que apelo así á este lugar, porque en mi tierra tiene ese nombre propio que puede ser traducido á todas las lenguas y referirse á todos los lugares, porque por su sentido y su significación sería adecuado nombre de todos. Además el Rastro ha sido el que más he frecuentado con una asiduidad incalificable, una asiduidad de murciélago, ese pájaro doctoral, suspicaz, insubordinado, tan observador, tan solitario, tan secreto, que tan misteriosamente se entera

de las cosas, hasta parecer que se pierde un momento en ellas para brotar de nuevo de su esencia,

Durante mnchos años he hecho largos viajes á través de él, intentando darle fondo, pero sin pensar nunca hacer un libro con su asunto, cuando de pronto una tarde de vuelta á la ciudad *me he encontrado* ya hecho, impreso y atezado este libro, como si lo hubiese adquirido en un baratillo de libros viejos, con mi nombre en la portada y con algo del sentido, de la concepción que yo habría querido darle.

Un origen tan sorprendente, tan paradójico y tan espontáneo ha sido el de este libro.

XII

Este libro no es una obra informativa ni sentimental de esas pródigas en lamentaciones en vista de que todo es vanidad de vanidades, no; él no cree en eso, y por lo tanto es un libro enérgico, condensado, reconcentrado, apaciguador, y en él todo está dicho con gusto de la palabra y de la imagen, en un esparcimiento lúbrico y extremado. No hay en él el ansia de *meter miedo* á que mueven los temas lamentables, no; por el contrario, está hecho con la intención de envalentonar, de hacer que se crezcan los que lo lean, de hacerles aventurados y sonrientes, de hacerles impertérritos y asentados, de no serlo ya, porque si lo son, alabados sean ellos. Todo en él está considerado sin lirismos fáciles y adiposos, sin misterios solapados, sin remolonerías de escritor, sin falsos pucheros de visita de pésame, sin luto ninguno. Nada de garambainas, ni de zalemas.

El objeto y sus greguerías: el objeto y su nimbo estricto. El objeto espontáneo, crudo, plástico, cínico, abundante, irónico, animoso ante la muerte y bastándose á sí mismo.

XIII

Alguna vez se me verá detenerme, entrar en intimidades con alguna cosa, distraído un momento, pero es que aprovecho la ocasión ya que estoy ahí, ya que sólo en medio del libertinaje y la soltura del Rastro, las cosas se enseñan á sí mismas, y personalmente se encaran y se expresan.

Esto, como lo otro, quiere decir que este libro no es un libro ordenado y observante de ningún deber.

Este libro no es tampoco un libro iconoclasta, porque eso sería colérico y redundante. ¡No por Dios, que vivan las imágenes! aunque con este incrédulo sentido particular de aquí, tan graciosamente, tan sin hiel, ni furia, ni espada. Es más eficaz para la libertad esta suprema hilaridad que hay entre todas las imágenes y todos los objetos, esta sinceridad suprema. La iconoclastia no es conducente, porque más que el triunfo sobre las imágenes revela el temor de las imágenes y prepara muchas veces su triunfo. Iconoclasta hay que ser más que nada con uno mismo, empleando la ironía y el despropósito con uno mismo, sumergiéndose en ellos, consiguiendo así en el paseo por estos andurriales el principal y más positivo encanto, la ironía de uno mismo, la idiotez más refinada, más desenvuelta, más curativa, no la idiotez benigna, primeriza, torpe y revuelta, sino la idiotez final, desenlazada y maligna, la idiotez inevitable y liberadora.

XIV

Este libro, en vista de todo eso, es un libro idiota, dramático y regocijante.

Había que rectificar de algún modo esa literatura de las crónicas—el género literario más aborrecible y más anodino—y de las informaciones en que se ha ha-

blado del Rastro y todas esas otras alusiones que se le han dedicado en las novelas y en los dramas, literaturas, todas esas, demasiado vendidas á lo pintoresco, demasiado complacientes y demasiado noticieras y superficiales, literaturas inspiradas solamente en el pasado, como único leitmotive del Rastro, sin ver en él toda la cantidad infinita de porvenir que le asiste, que en él se aduna.

XV

Quizás aparece este libro en un momento de crisis y de confusión de este Rastro local á que más especialmente se refiere el libro. Quizás se ha sustituído por una entrada de almacén de esas de mampostería roja aquella puerta de hierro por la que se entraba en su última plazoleta, en la plazoleta de la nada, quizás se están construyendo casetas nuevas de ferial, quizás en el arabesco de su barriada se han alzado arquitecturas nuevas, quizás hay entre sus dramáticos aborígenes un indiferente catalán arrivista, quizás las autoridades le acechan con intención de cegarlo, pero nada de esto importa, pues aunque se le suprima, aunque se entierre en secreto toda cosa intentando evitar esta viva lección de cosas, sólo se conseguirá que se realice una variación inmediata de lugar, que como no se trata de un espectáculo que necesite acreditarse ni tener domicilio fijo, no saldrán perjudicadas con ello las cosas que se guarecerán en la nueva prendería, que pequeña ó grande, pero fuera de los lugares de un comercio inexpresivo y suntuario, dará el paisaje á la calle según la idea invariable, primitiva, sugeridora y excéntrica del Rastro.

Y si esto faltase, en el albur que corra toda cosa desportillada, celebrará de camino el misterio de su pasión, de su palabra, de su muerte y de su resurrección.

Siempre habrá espacio para este apocalipsis sencillo, desenfadado, sin encono, sereno y cotidiano, que se verificará con su puntualidad acostumbrada, resolviéndose en ese juicio final sin deliberación, sin acusación

ninguna, y sin hacer mérito de ello, el espacio que le corresponde á cada cosa, idéntico al espacio que desalojo, y así entrarán y continuarán en Dios, que es sólo espacio, reintegro, acomodo del todo en el todo. Por esto este libro no será nunca un libro retrospectivo.

XVI

Esta es la moral (?) y la intención de este libro. El tema está tratado con todo el pánico necesario, haciendo padecer al corazón hasta el límite para hallar las palabras por las que todos se reconozcan con tranquilidad, sin liviana apariencia, en esqueleto vivo y campante, palabras que he esperado sin esperar, palabras que he encontrado sin rebuscamiento, palabras cuyo encuentro me ha hecho á veces temer que la muerte me matase para hacerme callar. Por esto es ante mí mismo esta una obra de sinceridad y libertad.

Que el oficinista descorazonado, el político desengañado, el enamorado escéptico en el fondo de la mujer á quien ama, el amante ó el examante de una bailarina cuyo amor llena siempre el alma de inquietudes implacables y de acedías sin cura, el artista dolido de su genio, el hombre que no quiera ser padre por razones libertarias y paternales, el hijo aplastado por su casa, el hombre que padezca de estupor ante lo imposible que es de creer ninguna doctrina, la mujer brutalizada, escarmentada y arrollada por todo, y hasta los pobres perros vagabundos llenos de escalofríos y quejas humanas, que todos ellos encuentren alivio y conformidad en este libro.

EL RASTRO

Panorama real

La población se va empobreciendo á medida que se aproxima al Rastro. La gente es de otra calaña, es más morisca, peor afeitada, más menesterosa. Sus ojos son más negros, más cuajados, y su mirada más torva, más penosa.

Por medio de la calle van más carros que coches y pasan algunos burros ingenuos. Se encuentran más perros en libertad, perros de pieles apolilladas que rebuscan en el suelo, gachos y mohínos como colilleros. Van y vienen mozos de cuerda cargados, con miradas nubladas de bueyes cargados de piedras insoportables. Algunos buhoneros de objetos nuevos, de espejos de luna confusa y mareada, de muñecas, de boquillas, de mil otras cosas insignificantes, venden en estas calles próximas, cuatro raras calles que de pronto se reunen en un trecho, medio calle, medio plaza, medio esquinazo, y brota el Rastro en larga vertiente, en desfiladero, con un frontis acerado y violento de luz y cielo, un cielo bajo, acostado, concentrado, desgarrado, que se abisma en el fondo, allá abajo, como detrás de una empalizada sobre el abismo.

Así se hace el transbordo en el Rastro, que es como una salida de túnel, con esa luz como dada de improviso, esa luz agria, esa luz blancuzca de las afueras en rampa, desniveladas, bajetonas, esa luz con que se abren las ciudades que son obscuras entre sus altos edificios. Es un transbordo imprevisto como el encontrar en un cercado en vez de la puerta viable la brecha furtiva, esa herida de las tapias tan visionaria, tan luminosa, tan desahogada, tan liberadora.

Desde ese alto se ve como desde un terrado el confuso archipiélago de los puestos, el gran emporio, ¡valiente emporio! y al final, después de ese gran derribo que se abate en lo hondo, se ven unas lomas peladas y ascéticas, ancho y lejano solar de entrañable terrosidad, sobre el que el horizonte se señala con un ribete de ópalo.

Las primeras casas en que se inicia la bajada del Rastro son grandes, de esas de ladrillo rojo que contristan, que dejan sin luz, que son como un agobio de sangre vulgar, llenas de balcones estrechos, sin márgenes alrededor entre unos y otros. Son como altas y compactas páginas de mazorral, de letra pequeña, completamente ilegibles porque embizcan y abaten... ¿Cuánta humanidad se hospeda en esas casas, de fuera á dentro, á más adentro, hasta un fondo inverosímil y obscuro en que está el límite de las habitaciones interiores? Rojas y con tanta humanidad desconocida é interior, son como grandes prisiones modernas, prisiones voluntarias, prisiones inmerecidas, pero inevitables.

En el centro de esos edificios de la cabecera del Rastro se levanta la estatua de un héroe popular que incendió en la guerra la caseta del generalísimo enemigo. La vida de alrededor á la estatua se come su heroicidad, la vulgariza, la descompone,

la desgracia. Es doloroso, es inútil y carece de nimbo lírico el gesto del héroe avanzando con su lata de petróleo bajo un brazo y la tea incendiaria en el otro. Es plebeyo, es bárbaro, es absurdo. Su bronce es de una hosquedad insensata sobre la luz sensata y anárquica de la lontananza. Resulta uno de estos hombres ciegos de violencias, de violencias ordinarias nacidas de su miseria, de su lucha difícil por la vida, de sus decepciones. Obligados á tener generales que les llenan de ira, ¿por qué encima se hacen héroes?... Más digna heroicidad hay en el que no quiere ser uno de estos héroes. Aquí esta misma estatua resulta también una cosa de desecho ida allí como resto invalidado por la indiferencia que el tiempo tiene por la historia, como un fracaso de piedra y bronce, un fracaso prosaico y anodino.

Pasado el héroe, se entra en la pendiente por la que el alma llena de abandono, importándola un comino donde ir á parar, comienza á rodar, cínica, arrostrada, hecha una bola resignada, muy llena de sí, llena casi únicamente de la satisfacción de ser así de compacta y voluntaria. El terreno es libre. Tan libre, que no se ve un solo guardia pasada la linde de la ciudad.

A ambos lados de este primer trecho de camino, hay tenderetes vestidos de telas sucias y remendadas y armados con maderas. Su arquitectura es deforme, chapucera y provisional, tornándose más angulosa y más harapienta según se desciende, y se encuentran tiendas cubiertas de harpilleras, esa trama elemental que es el salto de la tierra á la túnica y á la tienda de campaña... ¡Pobres corcobas pardas y deformes!

Ya en estos primeros tramos del barranco las casas laterales son todas de una construcción más

personal, diferentes entre sí, tanto en color como en facciones, como en tamaño. Hay la casa antigua de un blanco sucio con pocos balcones y mucha pared y un portalón enarcado y grande como un bostezo. Hay la casa de color siena, churretosa, descascarillada, descubriendo por sus despellejamientos la picadura preliminar de los revocos, esa viruela lamentable. Hay la casa de balcones enormes, de balaustradas torcidas con portales hondos, trogloditas, interminables... Hay la de balcones y ventanas combinadas, la de balcones como ojos distanciados, uno en la frente, otro en la mejilla, otro debajo de la naríz y la puerta torcida como una boca torcida. Hay las que como de pueblo sólo tienen un largo entresuelo. Hay las que se ocultan detrás de una tapia, en lo hondo de una especie de patio sin fachada, con corredores exteriores, descuidada como una comadre en su cocina, ó como una niña sucia de cuclillas y sin pantalones.

En la variedad de esas casas se ven mirando más apreciables variaciones, en los balcones sobre todo: el balcón apático, de las macetas secas, de las jaulas vacías ó de los tiestos esos en los que á veces por una casualidad mágica germina una flor silvestre; el balcón con visillos de encaje inglés, que en medio de la incuria y la negrura desgraciada de todos los otros, resulta un balcón femenino, de interior resguardado y limpio, alcoba ó gabinete á salvo del paisaje, y lleno de gracia íntima; los balcones floridos, pasionales, contentos, cantaores, que ponen una sensualidad mora en el ambiente y en el paisaje agostado y árido; los balcones con las contraventanas cerradas, encubridores de fondos obscuros y atestados, en los que no se puede ni entrar: los balcones trágicos con los cristales rotos, reve-

lando un interior aterido de frío, de fatalismo, de penuria, porque ¿cómo si no se está deshecho y deshauciado se dejan los cristales rotos y ¡tan rotos!...? los balcones cubiertos para más sordidez por el gran cartelón anuncio de esas industrias que se trabajan en el fondo de esos pisos, en una media luz y un desmantelamiento abrumadores, siendo doloroso ver las cabezas de los que se dedican á esos trabajos, inclinadas sobre su labor, observación más dolorosa si son moños de mujer los que se encrestan sobre el rasero del cartelón; los balcones por los que se ven desde la calle amontonamientos de almacén, nocivos, repugnantes como el aceite ricino; los balcones en los que está asomado un viejo doloroso, agorero, que ya no puede trabajar y se contenta con vernos desde un balcón; los balcones en que hay ropa tendida, la espeluznante camiseta amarilla—un amarillo único aquí y en los suburbios de Nápoles junto al puerto—, los calzoncillos procaces y las medias de mujer, lúbricas, desvergonzadas, pingos arrancados.

Dividiendo estos grupos de casas, hay bocacalles estrechas y empinadas, que se tuercen en recodos que cierran y resguardan más el Rastro. En esas perspectivas accidentales se ve una iglesia-asilo junto á cuya tapia los miserables esperan la sopa boba, una fábrica hecha de ladrillo rojo, y para más carácter del sitio, para más encanallamiento, un matadero de cerdos.

Elevando la mirada sobre las casas, en el deseo vivo y sediento de acuciarse en el cielo de aguas siempre potables y refrescantes, se encuentran las buhardillas, las peores buhardillas, las más patéticas, y se distinguen también esos ahujeros ahogados, redondos, inexplicables, como ojos íntimos y personales de la casa que aparecen salteados en

lo alto. Las buhardillas con un marco de madera vieja, con sus japoneses sombreros de tejas, con su reja presidiaria de hierro, con sus palos como astas de banderas rojas é insurgentes y su cortina sucia y rajada, nos dejan atónitos y nos excitan, y nos hacen levantar la vista con insistencia. A veces, hay alguien asomado á ellas, alguien que sea quien sea resulta inolvidable... ¡Oh, aquella mujer enjaulada en una de ellas con una niña en brazos, qué visible hacía á la fatalidad, descubierto el automatismo de guillotina de sus dos destinos!... Estas buhardillas del Rastro estupefactas y desconcertantes, parecen ver á Dios, al Dios desesperado de aquí abajo, y parecen oir, distinguir, barruntar las palabras de los apostolados imposibles, y adivinar las estrellas rojas, las estelas trágicas, las reminiscencias de que está lleno el cielo...

Atenta y pertinaz la mirada, se van obteniendo más sorpresas pintorescas. De pronto se ve un fondo de color en lo hondo de un patio. Es una trapería. Varias mujeres con un pañuelo liado á la cabeza, manipulan y escardan montones de retales. Es grato el espectáculo, y no es sucio porque allí se prepara la reversión á papel blanco de las telas usadas y trapajosas... Más allá es un taller de marmolista... ¿Por qué hay varias tiendas de marmolistas en el Rastro? ¿Por qué han coincidido aquí esos lapidarios que aparentan trabajar para la eternidad sobre el eternal elemento del mármol? Enigma. Pero aquí donde todo se desinteresa de la muerte, no trabajan estérilmente, porque vienen interesadas en perpetuar un recuerdo las pobres enlutadas, más renegridas sobre el blanco fondo de los mármoles, y encargan una lápida ó una figura á estos cínicos y sonrientes lapidarios. Resulta extraño el optimismo de estos talleres llenos de tin-

tineos joviales y de mármoles de una opulencia sensual agradable, deslumbradora y simpática. Junto á las lápidas y los bloques, hay figuras de mujeres vestidas de un luto blanco, que sin poderlo evitar echa sobre ellas y su dolor con una paradoja formidable el manto blanco de las desposadas, ¡imágenes ingratas y olvidadizas! hay también esculturas de niños desnudos sobre un almohadón, niños que dan la sensasión de un sueño lechoso de niños vivos y sanos, niños regordetes y sin descomposición que más imitan la fecundidad de la vida que la amarilla, amoratada y enflaquecedora depravación de la muerte. ¡Graciosas tiendas las de los lapidarios en este cinismo del Rastro que vive de la burla de las conmemoraciones!... En otros huecos hay tiendas para el sustento de la vida, que producen aquí una sorpresa extraña, como si fuesen un oasis incongruente. Tiendas de ultramarinos, tan burguesas, tan adocenadas, tan recargadas, tan enranciadas y tan parecidas á las otras anodinamente. Una panadería blanca, cándida, estrecha, media tienda sólo, pero suficiente para darnos toda la alegría, porque el pan es un dorado é ideal renacimiento, es la bondad, es la frescura, es el perdón y el aplacamiento de cada día; es la compensación, es la largueza, la inefabilidad, la comunión mayor... Como en un remanso también, santificando el hueco, surgen las carpinterías, que también en este paraje como en ningún otro muestran recrudecida esa benignidad, esa fragancia, ese buen espíritu sencillo que esparcen siempre las carpinterías. Hay bastantes y se obtiene contemplando el trabajo y los elementos de esos talleres, reducidos pero oreados, una sensatez, un sosiego, una familiaridad refrigerantes. Son limpios y renacientes, resultando los hombres que trabajan en ellos apacibles y cariñosos hijos de

su trabajo, buenos amigos de la madera afectuosa, pura y de dulces y honrados espliegos para el alma. ¡Oh el pino, sobre todo, qué santo y qué bueno!

Otra nota extraña por el contraste del sitio es la de las freidurías al aire libre... La sospecha que se siente ante ellas es atroz... El aceite debe ser aceite sacado de las botas viejas, y todo lo que en las sartenes se fríe parece carne ó pasta artificial, materias embaucadoras, viejas, usadas...

Sin ser ya una sorpresa, porque se contaba con ella, se ven numerosas tabernas y hasta se entra en ellas, porque el gaznate se seca aquí hasta agrietarse. La fachada de estas tabernas es morada, cárdena, cejijunta, con manchas rojas. Su escaparate es grasiento, mosqueado y hediondo, lleno de una insufrible comida fría, antigua y seca. El fondo es obscuro, obcecado y cárdeno, lleno de sombras altas y extravagantes como estantiguas, de esas estantiguas que hay enhiestas en todo fondo obscuro del Rastro. Sus botellas dan una sensación más agria que en ninguna otra taberna, como llenas de licores más alcohólicos, más falsificados, menos potables, y se piensa que estas botellas como las de sublimado ó de otro veneno, debían tener pegado como etiqueta, como marca del cosechero ese sello negro con dos blancos fémures cruzados en X y un cráneo en medio. Hay en esas tabernas una hostilidad de conspiración en los extramuros de la ley y de sitio para ocultar prófugos... El vino, hay que desengañarse, sólo es dicharachero, hijo de los racimos naturales, sensual como las vírgenes que están en el día rojo de su pubertad, en los lagares de los pueblos sin flamenquismo ni pesadumbre urbana. Aquí las borracheras son negras como el cerote, cogidas por hombres desesperados que in-

tentan levantarse con ellas la tapa de los sesos. En estas tabernas, y por influencia de ese vino fuerte y de ese moho de su ambiente, parecen crecer las barbas y los otros mohos del cuerpo y del alma. Por eso estos hombres siempre están sin afeitar los que se afeitan, y los barbados tienen bigotes disparados, desencajados, espinosos, barbas de moro, bigotes japoneses, barbas de chivo, barbas de máscaras guerreras, barbas trágicas. El tabernero es un ser reumático de vino, por la humedad del vino, reumático por el fondo lóbrego de su taberna. ¡Porque hay que saber lo que es un fondo de taberna! Hay que haber visto esa cocina obscura, de atestados y sucios vasares, donde se hacen esas freidurías con aceites malos, aceites de ratas, y esas alcobas muertas y disimuladas que quizás están detrás de la mampara con visillos que da á la taberna, holladas, profanadas, con olor á pies, y esas otras habitaciones incomprensibles, á cual más obscura y nublada, y sobre todo ese patio con cubas de madera emborrachada, esas cubas rendidas, un poco deshechas, con posos ácidos, y con una sangría á sus pies...

En estas tabernas un librero guarda sus libros, otro compadre sus cacharros, ó los puñales afilados que no puede tener á la vista, ó un aparato sospechoso para falsificar, para hacer monedas falsas ó para practicar una extraña química. El mismo tabernero no sabe lo que tiene.

—¿Sabe si es aquí donde guarda una colección de Revistas Pepe *el Barbas*?—le pregunta de pronto alguien—. El tabernero se queda suspenso. No dice que no. Llama á su mujer y se lo pregunta. Su mujer secándose las manos y los brazos en el delantal mira al extraño, le hace repetir la pregunta, y llama al chico, que tampoco lo sabe. Le preguntan

á uno que está al lado de la puerta. Tampoco. Entonces el tabernero concluye:

—Como no sea un saco de cosas que hay ahí en el cuarto del perro... Pero no es ningún Pepe el dueño, el dueño se llama Manuel... Quizás sea en aquella taberna de enfrente donde le han dicho...

Un fondo betuminoso y confuso es el que hace idóneas y relacionadas entre sí todas estas tabernas del Rastro. En estas tabernas se cuentan historias de riqueza y sus huéspedes hablan como grandes negociantes mientras toman la copa dulce del buen negocio del día ó la del mal día, un poco más fuerte y quizás más sabrosa, copas fiadas muchas veces, porque ellos viven en pleno crédito, un crédito pintoresco, rico en razones, en generosidades y á veces en crueldades execrables.

A veces uno de los contertulios de la taberna abre un estuche. Todos se suben encima de sí mismos y se agrupan alrededor de él, acercándose mucho á la joya como cortos de vista, pero con mirada de linces. La obscuridad, la pobreza de la taberna se llena de la luz de la joya, que aparenta el misticismo de un niño Jesús en su cuna blanda, ó de un niño Moisés salvado al Nilo en una cesta de mimbre... Se discute la joya. Hay uno que desconfía que el brillante grande del centro sea fino, hay quien dice que es una «joya del Directorio» ú otra cosa tan fantástica, y hay uno, mal intencionado y socarrón, que desconfía hasta de que sea de plata la montura... Pero la mano negra, grande, ancha, cachazuda, de uñas negras y grandes del dueño, cierra con ternura y fuerza su estuche, como si después de haber deslumbrado á los envidiosos, sólo le conviniese callar...

Las prenderías metidas en las tiendas del fondo de las casas de vecindad son también sórdidas como

tabernas, quizás las aventajan en recodos obscuros, huraños, en rincones pantanosos, en sombras densas. No tienen la puerta grande de los pabellones abiertos, sin peso, ni fondo de casa, resultando incomparables esas tiendas turbias y funestas, con la airosa mundanidad, con el *diogeniano* espíritu de los puestos al aire libre. En esas prenderías metidas en las casas, hay una linfática burguesía que no sienta bien al libertarismo, á la bohemia, que necesitan los objetos huídos. Los apresa, los encona, los conserva, los coloca en escaparates con cristal, les hace guardar un orden y una compostura forzada sobre las cómodas ó dentro de las vitrinas abominables, los ahoga en cuartos de aspecto doméstico, faltos así de aire, de libertad en que descomponerse y hallar su glorificación. Resultan por eso degradantes y antipáticas esas tiendas caseras, que no dan la sensación airada, libre, suelta, viva y brutal que se necesita.

A todo esto la cuesta larga ha ensanchado y se han abierto dos grandes continentes de cosas, largos de recorrer, vastos, llenos de malezas interesantísimas. Ya todo aquí se revela por partes. Ya la abstracción, la idea de conjunto se rompe, se pierde, se olvida. La visión del Rastro en perspectiva se descompone, y pequeñas perspectivas nos encierran absolutamente en su horizonte. Ya ahí se vive fuera del plano provincial en regiones escondidas y aisladas en que se desvaría.

Las gentes

No hay manera de ordenar las miradas dedicadas á estas gentes. Es confusa esta muchedumbre y es individual. Además, el transeunte—que es lo que únicamente soy—debe dar en su incongruencia, en su azar, en su fila desordenada la serie de sus hallazgos.

●

Estos indígenas tienen rostros dramáticos, torcidos, caracterizados, con raras huellas... En todos hay un desgaste, una gravedad como la que hacen sufrir á los rostros los climas fuertes, los ambientes violentos, los espectáculos excesivos y fuertes... Su color está quebrada, está obscurecida por la densa y acre emanación de estas cosas... Manchas vinosas hay también en sus rostros y en algunos, para mayor dureza de su expresión, hay erupciones profundas, como consecuencia de las filtraciones que estas cosas llevan á su sangre, y muy generalmente no sólo en el rostro de los hombres, sino en el de las mujeres, hay un formidable estrago de viruelas, de esas viruelas de estatua de piedra, que dan al rostro una pétrea y recia catadura, y el mismo gesto raro, duro, chato, torcido, avieso, aristado, impasible y frío de esas estatuas de piedra de los jardines tratadas con inclemencia por el tiempo... Muchos de sus rostros recuerdan también esas máscaras que los incas y los igorrotes han tallado en madera, y á las que han incrustado unos ojos muy blancos y negros, temibles, brillantes y extáticos... Tienen pelajes absurdos, muy negros, ó

con greñas blancas entre la pelambre morena, ó con un mechón rojo, ó con una entonación parda... Sus bigotes son como bigotes de animales felinos que olfatean con ellos y con ellos lo prejuzgan todo, desdeñándolo ó aceptándolo según lo que ellos barrunten... Sus barbas son intencionadas, autoritarias, reconcentradas, bárbaras, persuadidas y personales... Visten de obscuro con el lujo de un verde ó un florido chaleco y llevan calados sus sombreros de gesto rebelde, todos ilustrados por un viso tornasolado de grasa... Se ve que son los aborígenes del país, y sólo un hombre de otra raza vive entre ellos, un judío cuya cabeza parece una pintura representativa, una conocida pintura reencarnada. Este judío tiene afilado el rostro por la voluptuosidad de su avaricia y de sus otras profundas concupiscencias. Tiene aquí un puesto que de día en día mejora, con vitrinas y cofres, y de él se sospecha que si bien podía establecerse suntuosamente en el centro de la ciudad, ha escogido uno de estos chamizos para disimular mejor su fina tela de araña... Todos estos hombres descansan plácidamente, aunque á veces se les vea entretenidos en componer lo que nada vale. Alguno semeja un austero bonzo sentado de cuclillas en oración, con el pensamiento fijo, bañado, lubrificado en el nirvana... Parecen en vez de comerciantes buenos vividores, y juegan á los naipes ó beben de una botella en pie á su lado, atenta á ellos con la virtud de un perrito puesto de manos, anheloso y servicial, mirando al dueño... Su pereza es suntuosa. Se permiten el no ir á su comercio y no abren el día que no quieren, porque han dormido mejor que nunca ó porque han querido comprobar su libertad. A veces también sin necesidad de eso abandonan su puesto, y sólo después de ser invo-

cados á gritos por un compañero brotan misteriosamente, con un gesto diabólico, remolón, como si saliesen del infierno... Son frugales, al fumar sonríen á Dios y mordiendo una cebolleta, blanca, limpísima y jugosa, también le sonríen como si mondasen la pata de un faisán...

●

Las viejas del Rastro son de dos castas, las ricas y las pobres... Las ricas, ó seáse las que tienen los mejores puestos, son viejas recias, sonrosadas, hinchadas de ropa é hinchadas de calderilla que suena en sus bolsillos á cada paso... Las otras, las pobres, son angulosas, macabras casi, con ojos sin pestañas, acabadas como escobas viejas, y sin embargo, laboriosas y dispuestas aún, lo avizoran todo por el ojo de aguja de sus ojos extintos... Corroídas, flacas, verdaderas piltrafas, parece que se sostienen de sus malos humores en este ambiente ácido, que estimula su vida con sus fuertes fermentos.

...En el abandono inclemente de su vejez, se sostienen con un ahinco incomprensible, unidas á la vida por una sola hebra de su cabello... Después de haber sido toda su vida criadas y sórdidas mancebas de los hombres, encima, el régimen que esos hombres han implantado en la vida, las hubiera matado, si su instinto de conservación no fuese de una testarudez asombrosa... Entre estas viejas pobres y desolladas, se encuentra alguna viejecita ideal, viejecita japonesa de boca fruncida y dulce, de mejillas suavemente arrugadas y una gran frente... viejecita de destino distinto al que vivió, al que se remata aquí...

●

Las mujeres maduras, estropeadas ya, aunque lejanas aún de la vejez, tienen aquí rostros hostiles y crueles... La vejez no las ha aplacado ni las hace disculpables y la juventud no disimula ya su insidia, su desidia y su obcecación... Son antipáticas y abominables... Casi todas tienen caras de careta vulgar... Muchas de ellas están embarazadas por quinta vez, embarazadas de ese modo estúpido que es una inmoralidad y casi una canallada de incalculables consecuencias... Otras desastradas, zarrapastrosas, insolentes llevan medias caladas para mayor procacidad, poniendo en evidencia, una evidencia trágica y dislacerante, á la mujer... ¡Lección crudísima y clarividente la de esas piernas con medias caladas!

●

Las jóvenes, que serán sin duda idénticas en hostilidad y ensañamiento atrabiliario á esas mujeres de una ruda madurez; las jóvenes, cuyas piernas de medias caladas son con *idéntico* espíritu—prescindiendo de todo el resto—idénticas no sólo á la de esas declinantes mujeres procaces, sino á piernas de una supuesta vieja con medias caladas, tienen una fuerza de juventud que atrae y domina por la fuerza... Es una torva y enconada juventud la de estas mujeres jóvenes. Son anchas, macizas, de pecho abultado. Están endiosadas por el piropo brutal y por el regalo de sus familias, que sienten por ellas un egoísmo visible lleno de vanos y recargados alardes. Eso les da una calma fría y soberbia, una cachaza cruel, una doblez con la que exasperaran vilmente á los hombres. Bajo ese orgullo se ve que las domina por completo la conciencia de sus senos, esa conciencia ciega, cruel y antoja-

diza, trastornada y peligrosa, vesánica y llena de mania de grandeza, esa conciencia ignorante y fanática, porque ellas no saben calcular lo que sean sus senos, y sin embargo se sienten las depositarias, las dueñas, las envidiadas, todo esto á secas, redomadamente. Las hay que son merodes morenas, con entrecejo y una sombra precoz de bigote, absorbentes pasionales de absorbentes errores. Miran apenas al transeunte, porque guardan la mirada sanguinaria de su predilecto y no ven sus ojos inyectados en la sangre de toro de esa mirada del elegido. A la vista está en su desgarro al moverse, en su seria expresión, que están llenas de cólera pueril, cansadas y desesperadas de su forma cerrada, de su forma virgen. Se las sospecha sucias por los mismos ingredientes que aquí lo patinan todo, aunque esa patina, como la que ensucia los mármoles y los hace más carnales, es en ellas también condimento picante... Son mujeres de las que se levanta un perfume rudo y enredoso los días de lluvia. Hay una entre todas que es la más hermosa y á la que un tácito y constante plesbiscito se lo dice. En seguida, hasta el neófito sabe dónde está. Es una morena alta, de solemnes proporciones de cariátide, muy dueña de sí, imposible á ningún rey como Semíramis, dentro de su corsé, envuelta en él como en una invulnerable coraza guerrera. Lleva un castillete de rizos, como un alarde incontinente de chulapa. Sus ojos son de piedras duras, sus mismos labios son de duro coral, al que hace más granados todo el obscuro abono del Rastro. Esta presencia de las jóvenes en el Rastro, esta rigurosa imposición de los sexos nuevos sirve de levadura al pan espiritual que se amasa en el resto de sus cosas, en su aire germinal.

●

El Rastro está cuajado de niños, como las aguas sucias y estancadas están cuajadas de ranas y renacuajos. Resulta ingrato el espectáculo. Sobrecoge de un sentimiento inquieto y acervo. Se les ve entre este montón de cosas demasiado desimpresionada y escuetamente. Se ve en ellos el color de la tierra, la estulticia de la tierra. Parecen larvas nacidas de estos restos. Parecen algo relapso, criminal, nefasto. Orgullo obcecado de sus padres, descuido, capricho, miedo. No alienta en ellos la rebeldía esperada, sino una maldad, una injusticia de príncipes antojadizos, envidiosos, autoritarios, sanguinarios, amigos de tirar piedras. Nada original hay en ellos, eso es indudable ante esta viva realidad del Rastro que plantea elemental y sobriamente los problemas... En su abandono sólo el tiempo los cuida como á una antigualla cualquiera, no como una novedad. Vistos tan seriamente en este sitio lleno de pobreza, de aridez y de sinceridad, resultan vivos parricidios cometidos por sus padres, parricidios que sólo se hubieran hecho perdonar los padres haciendo á sus víctimas herederos y coparticipes de una libertad mayor, la libertad indecible en la que nadie piensa, la libertad máxima y absurda que se necesita... Sucios, con mejillas como *chicharrones,* con las piernas torcidas, con una boca desdentada de viejos, juegan sobre las piedras que cuadriculan con tiza como tableros de ajedrez, escarban en la tierra, hacen fogatas de toda astilla que encuentran, llenan de injurias las paredes, juegan con los restos informes de estas cosas inclasificables, con pedazos grotescos de estafermos... Alguno, cínico ya, vende un montón de cosas que pregona á cinco céntimos... No sólo andan por enmedio de la calle, sino que se asoman por las rejas de las ventanas como presos

que quisieran fugarse. Se les ve de pronto—á los que aun no saben andar—en un silencioso fondo de trapería metidos en un caballete de madera que les apresa horas y horas en la ausencia de todo pariente. Se les ve asomados á los balcones más altos como próximos á caerse á la calle si alguien no llega á tiempo de bajarles de los hierros... Entre todos esos niños, jugando con ellos, abundan mucho los monstruos, esos niños de los labios grandes, de las caras lívidas, empastadas de carnaza y pingajosas, esos niños que bailan por intervalos epilépticamente sobre un solo pie. ¿Por qué juegan con los otros que con una impiedad inverosímil se burlan y se ensañan con ellos? ¿Por qué juegan esos niños de la cara atroz ó de la giba ó de la cabezota? Se pregunta uno esto por preguntárselo, ya que peor sería que no jugasen. Los hay también jorobados, los hay bizcos ó con otros raros estrabismos en los ojos, y los hay con erupciones tremendas y dolores de muelas precoces... Llena de pesadumbre y dificultad este espectáculo de los niños y acrecienta esta pesadumbre el que además de la obsedente presencia de las embarazadas, allá arriba en el piso á que mira toda la inverosímil bandada de chicos que se ha reunido en un momento, hay un bautizo.

La arribada de todo

En el centro del Rastro, en el patio de uno de sus grandes continentes cerrados, es donde se detienen los carros atestados, encastillados, que vienen de lejos desde la ciudad ó el pueblo lejano en

donde perecieron las cosas que traen ó de donde las robaron. El carretero desata sus varas á las mulas y el carro cae para detrás de ese modo pintoresco con que vierten su cascada ruidosa de piedras ó su cascada silenciosa y espesa de arena los carros de las obras... Otras veces, como es más delicado lo que traen dentro, dos ó tres hombres con burlas explotadoras y ensañadas van lanzando cosas á la mano de los otros, como los ladrillos los albañiles...

Al rededor del carro se han agrupado los capitanes con festividad... Lo esperan todo del nuevo botín, todo lo que no han visto jamás... Sobre todo de lo que más esperan es de lo que está guardado en la tripa cerrada y colgante del carro... Pero casi siempre les defrauda todo lo que ha salido y de lo que han ido apreciando el valor nimio, y menos regocijados, sólo esperan ver reunidos los lotes...

—De eso no valen más que los clavos—interrumpe uno, más logrero que los demás.

Van saliendo cosas inverosímiles, cabalísticas, y cosas cotidianas que coge por los pies el descubridor, de un modo irrespetuoso y maligno. A veces se queda mirando algo, pero en seguida lo abandona, porque después se ha de ver todo muy despacio, todos en conclave, después de cuyo estudio prolijo y minucioso ya se disputarán lo que deban disputarse.

Los vecinos del corredor miran aquello como un gran espectáculo de desahucio que les dan los grandes señores. Miran satisfechos la gran mezcolanza de todo, y ríen como Voltaires y como chinos vengados.

El carro es vaciado hasta las heces. Le vuelven á enganchar las varas, las mulas se someten y desaparece.

Los capitanes, los cazurros chamarileros se agachan, se fijan, dilatan sus ojos como grandes lupas, dan vuelta á las cosas, las enganchan, las manosean, las buscan el resquicio misterioso, el fondo secreto, el alma... Entre todos, el dueño, por esta vez presidente, alegre por la distinción, les mira con marrullería, dichoso de poderles amonestar, reprimir, prometer, negar, discutir, desesperar, jugar con su cólera y picarles la ambición... Coloca las cosas con sitio, con tiempo, las pondera, las separa, las sube sobre la mesa venida con ellas, y desembala con cachaza las cosas que vienen en las cajas para dar á los demás la sed que él ha tenido que soportar otros días...

—Esperad, esperad, que aquí hay más cosas—y como el prestidigitador saca de su sombrero cosas y cosas, en una cantidad inverosímil, este caballero de visera atravesada oblicua y pícaramente sobre la frente, firme, muy duro de piernas, muy en su lugar, va desparramando cosas y cosas por el suelo...

—Concluye... á ver si puede ser...—le dicen los del corro, pero él no acaba nunca; es lo bastante truhán para no dejarse ir, y escudriña de nuevo las cosas, les busca el secreto, el resorte, la chorrera, la virtud, el fenómeno, la magia, las da golpecitos, las *escucha*, las raspa con el punzón de sus uñas, se las pasa como un mono por la nariz y después ve el medio de ponerlas en candelero, de esponjarlas, de abrillantarlas, de abrirlas en una flor, consiguiendo algo de lo que los japoneses hacen con sus juguetes de papel de seda...

Por fin los lotes se hacen y entonces los otros llenos de hipocresía, con las manos metidas en los bolsillos y como quienes no se van á decidir nunca, mienten, desdeñan, regatean, se encolerizan. El

dueño habla como un apologista delicado, místico, arrobado, melifluo, y elogia, viste, admira sus objetos, los trata con palabras de Kaçida morisca, con palabras parecidas á las de los deliciosos «jardines» persas... Los otros insisten, lapidan, hienden el aire, dan puñetazos á los objetos, pero al fin se los llevan... Se los llevan con recelo, yéndose con esa rapidez, con que cada gallo huye del lado de los otros con el encuentro en el pico, cada cual á su rincón á comerse allí lo suyo después de dejarlo sobre el suelo y mirarlo con un ojo primero y con el otro después...

Por fin queda solo el dueño presidencial, lleno de plata negra y calderilla más negra aún. Satisfecho se sienta, rebaña su chaleco, cuenta su dinero y después fija su atención en las cosas que le han dejado, las estudia como el mecánico á la máquina descompuesta, les busca la llave de la cuerda que las haga moverse, indaga su aristocracia, su gracia, su sentido, su belleza... Se siente justificado, ilustre, listo, y espera al resto de los compradores, porque en el resto de los que han de venir á ver sus cosas está ese señor misterioso, con gafas, con el sombrero muy calado, que huele á cartera de piel de Rusia, señor ladino que no puede á veces ser hipócrita cuando ve el objeto que busca, el objeto magnífico y tirado, y lo tiene que pagar un poco...

Ellos esperan sentados, perdularios, repanchingados como generales en los sillones de desecho, porque estos grandes follones se quedan con un sillón como un solio y desde él contemplan el mundo, cumplidos y suficientes, recompensándose en sus cachivaches, buenos ladrones á los que Dios además hubiese prometido el paraíso.

●

De otro modo menos aparatoso arriban también las cosas. Es silencioso y privado, pero es fuente que engrosa y acaudala el estanque gota á gota.

Una mujer se acerca al comerciante hostil y trapacero. Saca de debajo de su mantón, con vergüenza y zozobra, el objeto que quisiera vender y lo pone en manos del hombre cachazudo y flemático. Espera. El mira el objeto y antes de decir nada se lo devuelve, hiriéndola de ese modo ante todo. Hay que ser crueles en este negocio. Después desprecia á la cosa y después, como ella le pide por favor que tase sin embargo su insignificancia, él señala un precio muy bajo y conmina á la pobre mujer á que busque á alguien que le dé más. Un momento ella, desconcertada, vacila, pero el golpe ha sido tan seco y certero, que allí se queda lo que fué embarazo ilusionado de la pobre mujer al abrigo de su manteleta mientras bajaba de la ciudad. Ella se va lenta y floja y él esconde el nuevo objeto hasta verlo más despacio, porque estos objetos que llegan de este modo obscuro, sin haber pasado por ninguna aduana, son los selectos, los sorprendentes, los que son una inesperada fortuna de pronto.

Otra vez es un hombre con un cuadro. Lo trae tapado con un trapo. Se acerca al chamarilero. Se nota en su modo de hablar que es un ingenuo hombretón y se supone que viene de muy lejos con su cuadro en vilo. El comerciante es duro con él para relajarle y comienza por destapar violentamente su cuadro con impudicia. Después sonríe y lo vuelve á tapar con un cuidado burlón.

—¿Y cuánto quiere por él?—pregunta al buen hombre, fachendoso y con un duro retintín.

El otro no responde ó responde apenas, y entonces el facineroso negociante le ofrece cualquier cosa y le injuria con una política rica en sagaces

rodeos. Se le ve intentar derrengar al pobre hombre, como el torero hace con el toro para después matarle, y casi siempre lo consigue.

En otra ocasión es un pobre, largo, flaco y andrajoso el que trata de vender algo. Se le nota la intención antes de que hable. Se para frente al puesto. Mira las cosas con una falsa abstracción, las manos en los bolsillos y la cabeza colgante. Ese es el tímido vendedor de lo que no merece comprarse. El mismo lo sospecha por la cortedad que le sobrecoge; sin embargo, al fin se decide y saca el objeto moderno é insignificante. Un cenicero. Unos gemelos. Una maquinilla para afeitar á la que faltan las navajitas. ¡Cómo si nada! A ese ni le mira ni le escucha el regio chamarilero, á ese lo castiga, lo arroja de su presencia, le fulmina su excomunión.

Y así vienen, se desengañan y se van, otros personajes, otras figuras solitarias, disimuladas, que celebran sus conferencias en voz baja y aparte, como si hubiesen robado lo que ofrecen ó como si comprendiesen que han llegado al último trance de su miseria, y así van dejando cada una su cosa, una á una, sin dejar señales de su nombre ni de su origen. Son gentes inexpertas y se les ocurren infantiles estratagemas. A uno de esos hombres que traen á vender un arma, que sacan á relucir sólo entre la americana y el pecho un puñal con un corcho en la punta ó una pistola que enseñan boca abajo rindiendo armas al comerciante, se le ocurrió un día traer un arma descompuesta junto á unos pajarillos muertos para probar que con ella los había cazado aquella misma mañana, «aunque después no sabía qué la había pasado». La faz imperturbable del comerciante no desmintió la fábula, pero sin hablar del revólver enorme, incapaz

de ninguna puntería porque pesaba como un cañón, le dijo que le compraba los pajaros. Fué una burla sangrienta que desconcertó al pobre carretero, que no quiso dar los pájaros, como si más abajo fuesen á dar fe á su mentira. El camandulero comerciante no los hubiera comprado; sólo quiso descomponer al pobre hombre, darse el espectáculo de su aptitud para el mando, para el dominio de los hombres.

Montón de cosas

GREGUERÍA

Nada pasa del suelo, nada caerá en el cielo, ni en el del cénit ni en el del nadir. Este es el diagnóstico que debe tranquilizar á la familia.

RAMÓN.

Un cofre-fort, feo, pesado, de pie como un oso, con las dos pezoneras de sus registros relucientes en el pecho blindado é inconmovible... ¿Qué ladrones lo transportaron aquí ó qué quiebra supone?... Vacío, lleno de precauciones inútiles, grotesco bajo un traje fanfarrón y abrumador de guerrero, aterido, inmóvil y atontado, se sospecha que pasa un hambre atroz de millones, un hambre risible que merece por avaro, por acaparador, por inmoral... Resulta inverosímil aquí, desprestigiando su apellido y vencida su resistencia.

●

Un cuadro con la bendición del Papa; de esos cuadros de cabecera que perdonan los empedernimientos de que ni siquiera se arrepienten los beatos... Con el retrato del inútil pontífice, viejo como un muerto, y debajo textos ineficaces y firmas vanas... El pontífice está arrodillado en un reclinatorio palaciego como en la inolvidable escena el padrastro de Hamlet, del pobre Hamlet á cuyo padre asesinó el malvado personaje... ¿Por qué será que todos los hombres á los que veo arrodillados ante los crucifijos me parecen padrastros de Hamlet, de un pueblo de Hamlets despojados y trágicos, asesinos que se refrigeran en esas atriciones ante los cristos, pero sin que esa atrición trascienda en devoluciones, en reposiciones, en liberaciones?...

●

Abanicos isabelinos, abanicos japoneses, abanicos del Imperio, abanicos de sándalo, todos animados por la vida que hay en el dibujo ingenuo de sus paisajes... La ilustración de uno es un sarao en la ópera, con caballeros vestidos de aquellos fracs que les hacían cuerpos de amazonas, caballeros del bracete de damas mucho más bajas que ellos, con trazas y andares de aves, porque su largo polisón y su falda imitan la caída redonda de las plumas de las aves del paraíso... La de otro es una ironía... la de uno japonés es una grata fiesta azul, con hombres y mujeres de rostro vivo y carnosito de marfil... Es grato agacharse y abrirles con cuidado, con delicadeza, como aquel caballerito los tomó de unas manos de mujer para ver en una pausa de la conversación la gracia inefable de la viñeta, entreteniendo y floreando el idilio... Se sonríe al abanico porque no hay más que una ma-

nera sutil y rendida de ver un abanico y de cogerle, aunque como estos abanicos nos los ceda el santo suelo y la calle miserable nos disuada de la escena galante... Los abanicos son tan pueriles, son artilugios tan femeninos, proceden de tal modo de sus senos turbadores y de sus finas manos, que no hay otro modo deconsiderarlos...

●

Monedas antiguas en cajas de pañuelos y en cajas de puros... Nada más inútil ni más convencional que estas monedas, nada más pobre ni más desmentido... Césares, águilas, castillos, mujeres, animales, tan faltos de parecido humano y animado, tan narigudos, tan borrosos, que no se siente ninguna curiosidad ni ninguna afección por ellas; sólo los numismáticos, esas almas sórdidas, misógenas, obscuras, insignificantes, sin nobles y amplias curiosidades, las miran y remiran... Algún sacerdote se pone de cuclillas como una mujer cuando orina y repasa las efigies... ¡Bah! ¡puah! Deben estar caídas, revueltas y perdidas, revelando su falsedad después de haber pasado por legítimas!... ¡Valiente legitimidad la del dinero!

●

Cascos de botella, de toda clase de licores y vinos y medicinas, botellas de champagne con imperial corona de plata, frascos de colores—algunos, los azules, conmovedores por su bella alma llena de luz azul, melancólica é ilusa—, y á veces frascos con algo en el fondo, algo que no se sabe lo que es, si veneno («¿Será sublimado corrosivo?», ocurre preguntarse), si medicina, si perfume, si

ungüento de milagros, si alguna desubstanciación humana ó divina, si algún Santo Oleo... Ese algo un poco viscoso y fermentado, nadie sabe lo que es, pero los pobres dueños no han querido tirarlo porque siempre esperan á alguien que sea eso lo que busque y lo que entienda... Además tienen una gran pereza de limpiar, una incuria justificada y filosófica digna del medio impío en que viven... Los frascos, las botellas, los tarros, son de lo más miserable, de lo más frío, de lo más revelador de la insaciabilidad, del vaciamiento, de la evaporización constante de la vida, y sin embargo, tan acabados, de tan sorprendente materia, tan definitivos de hechura, tan capaces siempre, da pena estrellarlos no sólo por la irreparable manera que tienen de romperse, sino por el lastimero grito de agonía del cristal... Y eso hace que los vasares se vayan llenando, atestando de ellos y que ese fondo de las casas donde se aglomeran dé una sensación inútil, desalmada, como si ellos absorbiesen y robasen un aire, un sitio, un hálito de vida que no merecen... Aquí lo pueblan todo, dando al paraje un aspecto de despensa exhausta, vacía, sedienta, lamentabilísima... Resultan antipáticos, atrabiliarios, estériles, siendo tan pobres infelices casi todos, con la excepción de las botellas verdes llenas de un alma aciaga de lagarto, un alma inaguantable y sórdida.

●

Pipas tendidas como gatos, acostadas de lado con una simpática comodidad... A veces metidas en su estuche como echadas en un almohadón de terciopelo, soñando en sus atracones y sus humos, continuándoles imaginariamente... Encocora el es-

pectáculo de las pipas, porque si fueron de un muerto debieron enterrarlas con él, á sus pies, como en las estatuas yacentes de los grandes señores figura á los pies de ellas su perro fiel, y si fueron de un vivo debieron enterrarle por ingrato á los pies de su pipa... Muchas de esas pipas usadas son de espuma de mar culotada, revelando con su culotamiento el trato entrañable, consanguíneo, conmovedor, trato como el que Dios tuvo con la estatua de barro de que salió el hombre, trato sutil, soplo fino de su dueño tan celoso, tan constante, tan soplón... Son toda una vida... Están siempre al lado de unas gafas y por eso quizás nos han parecido siempre pipas de viejo, ese viejo dramático al que queda una ardiente pincelada de pelo rubio en el bigote y que fuma presumidamente en estas pipas de espuma que tienen esculpida una cabeza de mujer ó una bellota ó un perro ó un cerdo... ¡Pipas!... Para el que fuma en pipa—aunque ésta sea una pipa menos industriosa y menos maniática—, las pipas aquí le producen una melancolía honda, ingrata, espiritada, inflexible, de un aire colado, casi mortífero.

●

Navajas de afeitar melladas, atroces, con oxidaciones, medio abiertas, homicidas del modo más ensañado en arañazos largos y en tajos de incalculable profundidad... Las navajas de afeitar siempre recuerdan los crímenes más atroces y más matadores y sobre todo aquel crimen fantástico de Poe que cometió un orangután con una navaja de afeitar... ¡Oh, escozor de verlas!

●

Botones de todas clases, *poutpourris* inverosímiles como los que en una caja guardan las mujeres y de los que sale siempre el parecido... Botones de maragato, de teresiana, de mujer, de niños, botonaduras incompletas de pechera y de puños, botones de miliciano, todos impares, como caído cada uno en una calle distinta un siglo distinto á hombres que cayeron tan trivialmente como sus botones... ¡Cómo se podría inculcar la identidad jovial de esas dos trivialidades!

●

Bastones de concha, bastones de palo con cabeza de animal... Misteriosos bastones de estoque de las almas miedosas... Algunos de mando, sin sus borlas las más de las veces, libre el ojal del puño de su cordón azul... Abunda mucho ese aparato ruin, pueril, insignificante, intermedio entre el mono y el hombre... Hay á veces hasta bastoneras completas, monomaníacas, en las que hay negros bastones japoneses de fino labrado, semejantes á largas barras de tinta china; maquilas de afilado y largo regatón; odiosos bastones de manatí, abominables por la falsa leyenda de que se gangrena y mata el cardenal que hacen; bastones con puños tallados por una navaja pintoresca y que nos recuerdan á Verlaine, que le gustaba tallar los bastones como un artista rústico y paciente... Parecen inútiles y mancos todos estos bastones, pero á veces un militar retirado que echa de menos su espada se los lleva, ó un viejecito civil que cuida así una coquetería imprescindible, quizás la esperanza ó la quimera que tuvo siempre de ser gobernador de provincia, ó un joven presuntuoso y sin experiencia, ó un antiguo empleado al que la oficina ha

vuelto lelo, ó quizás un puro é ingenuo San José oloroso á santidad, lleno de amor místico por las varitas, por los bastoncitos, por los junquitos.

●

Cuentas de cristales de color, ambiguas, sospechosas de realeza, de valor y de buenas composiciones... Collares de abalorios, de ama de cría, de antiguas damas de Elche existentes aún... Pendientes con grandes brillantes y con un cerco obscuro de polvo y mugre que les da prestigio y les abrillanta... Sortijas con un brillo infausto y mortecino en su piedra opaca, como esas que lucen las manos negras y quemadas, las manos de las momias de los museos arqueológicos, manos secas que siempre veo unidas á toda antigua sortija en venta.

●

Muebles requetedorados; con ese dorado de un brillo imitativo, terroso, falso, insoportable, encubridor, causante de algo así como del mal de ojo... ¡Y junto á ellos la intención de estos revendedores rebosa de ese oro chanchullero y lentamente, con esa lujuria obcecada de los espontáneos pintores de muebles, locos con su gran brocha y su gran pote, seguirán dando hasta el delirio una mano de oro á todo, consiguiendo que no se vea nada de lo que encubren así, cegada la vista, repugnada, arredrada ante la indignidad irreparable de ese oro obscuro y guarro... ¡Oh, el amaneramiento de color, el rebuscamiento repugnante del oro mate de estos pintores!

●

Quinqués tristes, sin torcida, sin tubo, sin pantalla, como descabezados, como ciegos y fracasados, lamentables como gallinas con la cabeza cortada y el cuello renegrido... Lamparillas de aceite con la caperuza colgando de una cadenita, parecidas á infantiles colegialas... Candelabros de un solo brazo de bronce, enhiestos con esa fanfarronería litúrgica de esos candelabros... Candelabros de chimenea en una presuntuosa actitud burguesa, en una lechuguina actitud... Velones solemnes, siempre solemnes, llenos de un alma dramática y seria... Candiles con su tiesa y salida nariz de bruja... Honestas palmatorias, como viudas honestas en camisa... Lámparas de minero, trágicas, reconcentradas, insinuando el fondo de la mina y la fatalidad, lámparas sin la gracia casera, cándida, plácida de todas las otras lámparas, por su forma industriosa, reptílica, estigmada, sin emoción sensual ninguna, que hacen que nos interroguemos: ¿Quién las trajo aquí?... ¿Un minero á salvo? ¿La viuda de un minero asesinado por la mina?... Colgadas del mismo clavo del que cuelgan unas cadenas, ó unas llaves ú otras cosas, no logran pasar desapercibidas, no se confunden con lo demás y francamente revelan algo obscuro y lúgubre... Grandes y destartalados faroles de portalón, algo llenos del alma destartalada y vacía del palacio ó del caserón... Faroles de posada que alumbraron una noche medrosa, obscura, de largos é interminables caminos eternos... Faroles de larga contera para coche ó carromato, desolados por su falta de vehículo, con sus almas medio muertas... Arañas, grandes arañas de cristales sucios, como fuentes de lágrimas de sal, fuentes heladas, duchas de verdaderas lágrimas en este paisaje, llorosas de ese modo íntimo con que se quedan llorando las mujeres durante eter-

nidades solitarias; tienen un prestigio de salón, un lujo perpetuo y severo, una prosopopeya de brillos azules, amarillos y rojos, de llamas vivas en breves lengüecillas que, por la luminosidad de conjunto que hay en toda la araña, parece que encienden velas imaginarias en sus arandelas vacías. Las hay pequeñas y las hay enormes, para techos de iglesia. Llueven melancolía sobre el que pasa y muchas de sus lágrimas cayeron ya, demasiado insostenibles en la araña, como llenas de un vencimiento verdaderamente mortal y desesperado... Y para completar la historia del alumbrado hay también hasta monstruosos focos de tienda con su gran globo rosado roto, roto desoladoramente como un ojo de animal, y toda clase de lámparas eléctricas, industriosas, sin emoción, sin gracia personal y recóndita, sin ese elemento espontáneo y consciente de las otras, porque las lámparas eléctricas sin comunicación con las fábricas de luz no son nada, absolutamente nada, ni hojas del árbol caídas...

●

...Estufas, braseros, tortugas—tortugas, nombre sabroso y cordial—, salamandras—salamandras, nombre misterioso, inquietante y reconcentrado, lleno de rescoldos siempre vivos—, cestillos—nombre digno para contener la fruta de fuego...—Los braseros relucientes, festivos de puro brillantes y peripuestos, con patas de leon algunos y empingorotado casco de pebeteros, dan lástima, dan grima ya, tan caídos en desuso después de haber sido nidos, senos sufridos de tan dulce cría de fuego... ¿los comprará alguien?... Las estufas ordinarias, pesadas y recias, parecen, por ese fuerte,

hondo y acusado carácter y por esa extraña y formidable catadura que tienen—excesiva en unos vulgares animales domésticos—parecen un vestiglo, un motor, un monstruo ó un elefante frustrado; parecen la serenidad, la resignación, la renunciación de algo muy fuerte, impulsivo y ardoroso... Es truculento y abrumador el fracaso que sufren aquí, roñosas, desastradas, excoriadas, de un mal color irresistible... Hay también aparatos de gas requemados y renegridos por el venenoso y febril fuego de gas, y hay hasta teratológicos y retorcidos distribuidores de la calefacción por agua caliente... Todos estos aparatos de calefacción son fríos, duros, inconvenientes para la pobre gente que vive á su lado aterida, toda hecha un sabañón en el invierno, después de haber sido un frito de carne en verano, porque la misma paradoja ingrata aflige á estas pobres gentes en el estío, junto á sus ventiladores descompuestos y sin enchufe... Todos estos aparatos desgraciados agravan y ensañan el espectáculo del invierno, que ya en el paisaje de los suburbios es más frío, más pelado y más ruso. Aparatos yertos, como muertos de una avería intestinal —de apendicitis quizás—, como muertos de inanición, con sus largas tuberías pasadas, desarticuladas, hoscas, verdinosas—¡oh verdín infausto, bilioso y bochornoso!—, tuberías abundantes, ansiosas de escalar el cielo, de volver á vivir, de poder volver á tener de nuevo un alma que elevar en el cielo... ¡Oh, las estufas sobre todo, que tan gran frío, un frío espeluznante, inmerecido y desesperanzado, dan en los grandes estudios destartalados en los que no hay carbón, las estufas sobre todo sobrepasan aquí su facultad fría, helando más este gran estudio con los cristales de su vidriera cenital caídos, así como los de los grandes ventanales de los cua-

tro costados, pobre estudio de artistas desesperados, visionarios, perezosos, muy humanos, sin carbón y sin grandes compradores!

●

Anuncios de tiendas é instituciones... Alguno sin emoción ni fondo como «LA FAVORITA. TELAS», alguno melancólico y débil, caído desde muy alto, como «RALDES—*Fotógrafo*», alguno, como el de «ESCUELA DE NIÑAS», desgraciado, inutilizado, como si sus niñas se hubiesen hecho viejas ó se hubiesen muerto ó como si su profesora hubiese fracasado, sola, olvidada y sin niñas, corroída por esa miseria empingorotada de las profesoras particulares, grotescas como esas gallinas á medio desplumar, pero con sus cuatro plumas tiesas, muy azules, muy amarillas ó muy coloradas en su cocorota de gallinas secas y viejas; alguno como «LA FORTUNA. *Dos millones de capital*», vano, estafador, despeñado; alguno humilde, más pequeño que los demás, escrito con letra cursiva, como «*MODISTA*», con una evocación pegada á él como una calcomanía, una evocación de pobre mujer que voló llevada por una tisis galopante en un aire alígero; y alguno como una humana encarnación con un nombre unido al atributo de su profesión como «JOSÉ ARGOSTA, HERRERO *(patio)*» con su brazo bíblico empuñando la gran llave bíblica, anuncio revelador de un hombre bueno, dedicado al casto y dignísimo trabajo de las herrerías, ese oficio tan noble, tan sensato, tan humano, tan simpático, tan animado, tan viril, tan purificado por el fuego y por el sonido puro y entrañable del hierro, oficio conllevado en esas habitaciones tan curtidas, tan consagradas, tan dramáticas, tan hogareñas. ¡Pobre herrero ese que

tuvo que dejar con todo dolor el espectáculo de su taller, tan lleno de una grandeza y un optimismo humildes!... Además de estos anuncios hay muchos otros ladeados, puestos del revés y una gran cantidad de ellos deshechos, las letras de bulto desarmadas, desarticuladas, haciendo suponer lo indecible... Todo.

●

Cacharros de loza, escupideras, jarras del agua con nombres de mujer, con ¡vivas! aduladores á reyes destronados ó muertos, palanganas, pucheros, orinales risibles como sombreros de copa, con ese gran humor de los orinales, con esa gran ironía invertida, que en alguno es expresivo gracejo á lo Rabelais, porque tiene pintado en el fondo un ojo y reza debajo «¡Que te veo, morena!»... Casi todos estos cacharros tienen mordiscos, melladuras, que son como las expresivas melladuras de los niños ó de los ancianos, y algunos están compuestos por los lañadores, esos pintorescos grandes hombres que se sientan al borde de las aceras y trabajan con una gracia liberal haciendo ese milagro incomprensible, esa caridad tan digna de agradecimiento, de componer las porcelanas... Casi todas tienen flores indelebles, vivas hasta ser inverosímiles de puro vivas, flores de primavera, flores de paraíso, flores de jardín fértil, de pradería, de las eras: flores silvestres, depuraciones, refinaciones del fango, flores que es grato mirar por su suavidad de color, su animación, su optimismo catequizador, su limpieza y su brillo de flores recién regadas, tan en medio del vertedero obscuro...

●

Cacharros de barro rojizo, de terrosa respiración, con babas de miel, acaramelados, vidriados, simpáticos, bonachones, bien asentados sobre la tierra de que proceden, como vueltos á ella, como gustosos á tierra, balsámicos para la mirada disgustada de ver otras cosas, ansiosos de llenarse de tierra como esas tinajas y esas jarras de las excavaciones, á las que resulta doloroso ver fuera de la tierra en que se refocilaban, como resulta doloroso ver arrancar al seno de su madre á un niño ó á una raíz blanca y tierna al sabroso seno de la tierra.

●

...Entre los cacharros se deja ver sobre todo el pistero... El pistero es el apero de más ternura y más dulzura del aparador, es casi un pajarito caritativo, bondadoso, que *sabe entender* y cuidar los enfermos... El pistero recuerda aquella convalecencia de aquella enferma querida y á la vez aquella agonía larga y fatal de aquella otra enferma no menos querida... El pistero es un mimo insuflado en una cosa y en una palabra, ¡porque cuidado que es conmovedora la palabra pistero!... Al verles aquí, arrinconados como palomas atemorizadas, surge una pregunta, que aquí se repite dislaceradoramente: ¿Vino después de la curación ó después de la muerte de su dueño, ese dueño al que tomó cariño como la sirvienta á alguno de los niños á quienes cuida? Y esa pregunta sugiere otra: ¿Quién tendrá que recurrir á estos pisteros usados, llenos de contagio quizás ó quizás llenos de una doble virtud y de una doble experiencia?...

●

...Una peineta de teja, evocando, sin poderla ocultar, la gracia melenuda y ensortijada de la mantilla de madroños... Peinetas de por sí altivas y retrecheras, como virgulillas de carne moza, como caídas en un descuido de una chula de senos vivos y copiosos que va por allá delante...

●

Paraguas de anchas haldas como azules sayas de campesina, de paleta... Paraguas como seminaristas... Alguna sombrilla blanca con puño de callada, parecida á una zancuda. Ingenua y cándida sombrilla de esas que llevan los domingos de primavera las niñas pobres vestidas de blanco... Paraguas rotos, hechos una birria, verdaderas *destrozonas* de carnaval, verdaderas traperas, verdaderos pobres de pedir limosna en la última miseria, sostenida por cuerdecitas y otros postizos su falsa etiqueta, la falda que se les cae á pedazos... Paraguas sin tela, en esa actitud desolada, grotesca y desplumada de los pájaros en esqueleto, un esqueleto sutil de finos y grandes y puntiagudos murciélagos como macabros ornamentos de brujas... ¡Oh desolación, flacidez, vencimiento, despropósito, desaire el de un paraguas de desnudo varillaje, falto de sexo! Porque ¿era paraguas ó sombrilla?... ¡Oh tragicomedia!

●

Cosas de cobre, relucientes, optimistas, invariables, encendidas... Aquí todo lo que reluce sólidamente, así como el cobre, es oro, oro porque el valor convencional, que han dado en llamar esencial, del oro, aquí se anula, se invierte por igual en todas

las cosas que brillan como el oro, y así es más espléndida la jovialidad, la realeza de todos los metales dorados, así no están humillados ni alzaprimados... Hay muchos objetos veraces y relucientes de cobre y bronce, y todos están nielados con un fino, difícil y hondo trabajo por el tiempo, que es acariciante hasta ser un patinoso orfebre... Tienen pequeñas abolladuras que representan los dolores y las descalabraduras fatales de su destino... Chocolateras, peroles, calentadores de sutiles y bien dispuestos poros en bellos dibujos de flores ó de iniciales... Calentadores de largo rabo para entrarles hasta los pies de la cama por entre las ropas echadas, cordiales como mujeres saludables, como esposas tibias y campesinas... ¡Las cosas de cobre son las que más nos sobreponen, nos encandilan con su nota de color firme, con su solidez jóven, inconfundible, inmortal!... En toda la extensión del Rastro atraen, destellan, reverberan como luces y hay en ellas un gesto de supremacía y de supervivencia sobre las demás.

●

Largos rosarios colgados entre cosas campechanas y sin doblez, de esos largos rosarios negros y secos que inscriben un triángulo fatídico sobre el estuco de las alcobas de las ancianas, colgando sobre su cabecera como una cuerda ahorcadora que adelanta su fin, que lo complica, que lo consuma poco á poco en la monotonía deprimente, ensañada, tórpida del rosario, que anillada al cuello, tira, aprieta y cierra el nudo corredizo de las oraciones que hay en sus cuentas, oraciones cerradas, rígidas, aviesas, engarfiadas, atenazadoras, oraciones que contrahaciéndose, que revolviéndose en

círculo vicioso, en círculo cerradizo y gafo, cada vez más obsedante, más apretado, más asfixiador, más tirante, llegan á matar... ¡dolor infinito, único, dolor sobrenatural, impeorable, el dolor religioso!

●

...Un juego de rana, ese juego que en los merenderos de las afueras y en algunos solares ofrece tan deplorable aspecto en los días en que no se juega... Será inolvidable uno de esos juegos de rana vistos bajo la lluvia y revelando cómo se agua la alegría aquí en la tierra... Aquí el juego de rana es chusco como él solo, revelando clarividentemente algo relacionado con la liviandad y la puerilidad humana... Su rana mirando al cielo tiene un gesto más cínico que nunca... En ese esceptimismo, en esa inmoralidad, en esa molicie, en esa sensatez, en esa inmovilidad estoica, en esa saciedad, saciada como la de un Buda que hay siempre en las ranas, hay un sarcasmo, un rictus tan definitivo y tan sencillo, que nos sentimos halagados en nuestras ideas por la rana sabia y reveladora, por ese diosecillo infraganti...

●

Productos de la industria modernísima... Intimidados, entontecidos, vagos entre los otros de rancia cepa... Se les pasa por alto... Son ruines, no están hechos naturalmente, sino en incubadoras faltas del sentido cordial y maternal y de la atención suficiente, que da fondo é interés, que da viabilidad á las otras, cosas teratológicas sin arte ni romanticismo... Entre ese montón de cosas que se mezclan, están las bombillas eléctricas, los pasa-

dores de metal, las bisagras, los cuchillos vulgares, las petacas de rifa, las bomboneras, los jarrones y las figurillas de *guirlache* amaneradas y empalagosas, todo lo cursi, todo lo hecho de un soplo automático, todo lo que es insignificante y tiene una forma estúpida... Todo eso que no tiene gracia ninguna, ni por su materia, ni por su forma, ni por su vida, todo eso es lo que empacharía al Rastro si no estuviese compensado por todo lo otro que se burla de ello, que lo evidencia, que lo reforma. Aquí esos mismos productos híbridos irresistibles se llenan de una atrición y una sensatez que disculpa en parte su indiferencia letal, esa indiferencia que no tienen ni las piedras, ni las arenas siquiera...

●

Máquinas de hacer café... Este es un detalle tan superfluo y tan ciudadano, que conmueve... Se siente que haya dejado de tomar el café confortador ese ser con buenas aficiones... Enternecen las cafeteras y se las mira con cariño, con benevolencia... ¿Por qué vino á arrumbarse aquí ese artefacto cordial, compensador, irónico, espiritual, pacífico y sedentario que inventaron los hombres para refrigerar al corazón en su expatriación del paraíso?... ¿No era la flor de su trabajo, la rica taza caliente y de espeso color que él se preparaba con cuidado y fe, escanciándolo con una ternura y con una gratitud que le compensaba de las muertes que había visto y de los grandes, infinitos y apiadables dolores de su vida? ¿No era el café el antídoto, el revulsivo, el conformizador en su vida?... Las cafeteras, que son un detalle juguetón y sin hiel en la vida, que representan la buena superfluidad en el aparador, aquí son ese detalle de la vida cotidiana del muer-

to, que es el que más hace llorar á sus deudos al recién encontrárselo... ¡A él que le gustaba tanto el café, que ponía aquella cara iluminada y esperanzada al sorberlo!... Las hay de todas clases, y por haberlas las hay hasta de los cafés formales, de los cafés oficiales, por decirlo así, muy tiesas, esas cafeteras llenas de autoridad y de prosopopeya qne parecían destinadas al panteón de cafeteras ilustres, pero no á venir aquí desautorizando á las otras en funciones aún y tan idénticas á ellas... ¿Qué ladrón pidió un servicio dando las señas de un cuarto desalquilado?

●

Porrones de vino grandes y pequeños, como crías, en su actitud silvestre y pitorruda... Son animales acuáticos, joviales, melindrosos, inofensivos, estilizados hasta no ser más que su alma ingenua y transparente... Simpáticos siempre, hasta se recuerda que de aquel colegio de párvulos tan triste, lleno de objetos severos que es antipático recordar, lo único que nos hacía gracia, que nos parecía ya un pájaro inocente que se compadecía de nuestro inmenso castigo de tener que estudiar, era un porrón que el director usaba para echar la tinta... ¡Oh el porroncito que tenemos sobre la librería lleno de vino para los malos ratos! ¡Sangre de Dios, sangre de nuestra sangre en un cuerpo de animal amigo del hombre!

●

Una caracola... Otra... Aquí el mar vive en ellas con más espacio que en las salitas en que se las suele encontrar... El verlas en este lugar sobre

la tierra como conservando y alentando su alma, da un sentimiento pánico, amplio, que no está exento de grandeza.

●

Lentes y gafas en profusión, para estrabismos misteriosos... Hay de esas gafas que dan tanta intención á los ancianitos, esas gafas con ancha y gruesa montura negra ó renegrida, que en los rostros de los ancianos, en el huesudo y amarillento cráneo ya, dan á sus ojos una mirada de hondas cuencas, cuencas vaciadas y nostálgicas... ¿No influirán estas gafas y estos lentes en la visión del que se las ponga después del *otro?*... Esta sospecha se tiene, pero no se cree. Se dice como una buena intención de que en la vida todo debiera ser menos ingrato, y por lo tanto los lentes de otro debían revelar al nuevo dueño algo de lo que el otro amaba recordar... Pero no; esos lentes y estas gafas tienen la mirada en blanco, indiferente, perdida y vidriosa de la muerte... ¿De la muerte?... Quizás no tanto; tienen sólo la mirada del aire en que todo se condensa... Algún hombre rudo casi siempre con facha de campesino, de carromatero ú obrero de azadón más que de obrero de fábrica, se acerca, las coge con timidez por las antenas, se las pone con calladas y dulces maneras, mira las otras cosas del puesto para ver cómo se ve, se extasía ante unos clavos, abre ese libro desperdigado que hay siempre en los puestos, lee un párrafo como un filósofo una máxima, mira con toda su alma y su buena fe para ver mejor de lo que ve su vista cansada, pero el ensayo no le satisface, coge otros anteojos, vuelve á la experiencia, vuelve á dejar esos y vuelve á coger otros, hasta que por fin cree encontrar los

que necesitaba y los compra... ¿No le arrancarán los ojos porque su cristal sea excesivo? ¿No serán simples cristales de ventana, que en su cándido deseo, en su ilusión de ver le han hecho ver mejor?

●

Más aperos de cocina, los coladores sutiles y mañosos, las orondas paelleras como objetos para la celebración de los más grandes días, las sartenes valientes, curtidas, sufridas y tenaces; las largas besugueras que guisan al besugo moldeándole, en el espacio suficiente, idealizándole, y que por su forma lo evocan constantemente como el ataúd al hombre; las *mangas* para colar el café, con su caperuza de paño, como la caperuza de los gnomos, amables, delicadas y que son el objeto de más blandura y más liviandad de la cocina, por el que todos los demás deben sentir seguramente ternura; los cacillos, manos largas y muy apañadas que no se escaldan; las parrillas de un aspecto atravesado y avieso como aparatos de tortura, como aparatos del infierno; las cacerolas condescendientes como ellas solas y graciosas por su bello y jovial nombre; los morteros abrillantados, relucientes, formidables, excesivos para un oficio tan sencillo como el suyo, guerreros—maza y cañón—, blindados, feroches, sonoros como campanas monótonas; las maquinillas de moler café que de pequeños nos sugerían una máquina trascendental, misteriosa, mágica, y nos gustaba dar á su cigüeñilla por algo así como aquel loco tan humano que se pasaba el día dando vueltas al brazo como moviendo una manivela imaginaria porque, según decía, el mundo necesitaba moverse y él era Dios; el embudo, graciosa trompeta marcial, que siempre resulta campe-

chana, estrepitosa, bromística entre los demás objetos, y que bajo su aspecto disparatado y trompetero resulta tan servicial resolviendo con ingenio y listeza la necesidad de echar el vino sin que se derrame fuera de los golletes estrechos de las botellas... Todas estas cosas de cocina son entrañables, revelan el llar alto con azulejos de florecillas amables como pensamientos de niños, de entre los que brotan los clavos de que cuelgan, ó algunas más campesinas—como los redondos y decorativos peroles de cobre—revelan el llar bajo con la lumbre á la vista y la campana bendita y cariñosa, que baja hacia nosotros con ansias de acobijarnos... Las cosas de cocina carecen de malas intenciones, tienen una idea del deber campesina y espontánea, son felices, y aquí sienten hambre de sus guisos, de los que se les pegó la afición y el gusto al paladar... Y esperan, esperan colgadas perezosamente de un clavo... Las cosas de cocina son dignas de esas fábulas en que hablan entre sí y que no nos parecieron de ningún modo inverosímiles de pequeños, protegiendo su veracidad de buena fe... Es grato ver tantas por todos lados; ponen nimiedad y cocinerismo en el alma... Los que más abundan son los peroles, muchos convertidos en lebrillos para los perros ó dedicados á que beban las gallinas... ¡Pobres peroles como esos que en un rincón de los patios conservan la tristeza de los días de lluvia en sus posos tristísimos, pobres peroles que mueren del cáncer incurable, de ese agujerito imposible de estañar!...

●

Más cosas azules... De pronto en un montón hórrido y fosco de cosas se ve una cosa azul... Eso

basta... Es el color que reconcilia... Así hubo una temporada en que refrigeró el Rastro una bola azul con estrellitas doradas, bola inolvidable é inefable que me atrajo como si fuese verdaderamente el orbe azul que el niño Dios sostiene en la mano...

●

Tenedores y cucharas y cuchillos de mesa... Ellos son cosas más sucias que las demás, los tenedores sobre todo, repugnantes como peines viejos... Los cuchillos con la hoja llena de manchas negras son también repugnantes y dan dentera.

●

Damajuanas, bellas, evocadoras del *Chianti*, femeninas, sensuales, barriguditas, culonas, blandas, opulentas, gallardas y bondadosas. Mujeres maduras de dulce y amistoso nombre.

●

Rosetas, cruces, medallas, charreteras, dijes, brújulas, juegos de dominó, brazaletes, estuches vacíos, cosas confusas, pedazos de cosas que no se sabe qué remate tenían, herramientas de trabajo con una virtud en su aspecto que da respeto, cosas á las que el logrero ha dado vueltas y vueltas, ha puesto de pie por sus cuatro costados, sobre las que ha consultado al grupo de los sabios, y después de todas las pesquisas entre el corro general, las ha ofrecido diciendo francamente: «Esto que no sé para lo que sirve lo doy por lo que me den», pero como nadie lo ha querido, allí ha quedado para su

satisfacción de propietarios de riquezas incalculables y raras, la más pintoresca é interesante satisfacción que puede dar la propiedad, hasta que llega un hombre extraño que se acerca y pregunta: «¿Cuánto vale esto?» Y ellos entonces, como tasadores idóneos y versados, sospechando de pronto un valor desconocido y una admirable aplicación en ese objeto tratado hasta ese momento con menosprecio, responden con picardía: «¿Cuál? ¿Eso? Por eso quiero mucho dinero...»

...Y otras y otras y otras cosas, casi todas descabaladas, ¡desgracia inmodificable! porque lo que aquí está descabalado ni un Dios con todo el poder que se le supusiera le hallaría la pareja ó lo que le falte... ¡Qué lástima que á eso le falte la cabeza!... Pero más fácil sería encontrar una cosa en el mar que lo que les falta á estos objetos... A veces este apuro al ver el objeto descabalado llega al imposible. ¡¿Cómo hallaríamos ese brazo que le falta á ese gran ídolo negro?! ¡¿Cómo hallar ese herraje que le falta á ese mueble?! ¡¿Cómo encontrar la pareja de eso otro?!...

...Y más y más cosas en el fondo de los baúles... ¡Oh pánico, estupor ante los baúles! Baúles cerrados de fondo insospechable, baúles abiertos como duras y feroces bocas de cocodrilos, baúles despellejados, desolados, llenos de una hermética obscuridad, de una reserva exclusiva, plagada de cosas... Baúles renegridos, baúles de desván, esos baúles deshechos, impúdicos, sarnosos, ulcerados, que ya no viajan en los trenes, ni en las bacas de las diligencias, ni sobre la testuz de los mozos de cuerda, ni conviven con los señores, sino que están escondidos en lo recóndito de las casas y nadie los quiere... Baúles que aquí son más misteriosos que en ningún desván, sobre todo esos que están subidos en

una especie de nichos que hay en lo alto del fondo de los tenduchos... Baúles como sarcófagos de momias, de esas momias terrosas de huesos astillados, cubiertas con trapos sucios y supurados, de esas momias que nadie ha desfajado, baúles que no se han abierto después de un lejano día en que se echaron las cosas á puñadas, con deseo de cerrar cuanto antes la tapa. Baúles hondos como subterráneos...

Y todo, todo emperezándose sobre el suelo, tomando dulcemente el aire eterno, llenándose de celo bajo la lluvia, encogiéndose, fruicionándose. Las materias genuinas de todo refocilándose á solas, al fin libres.

A todas estas cosas las nace un galápago en el alma, un animal así como un galápago. ¿Porque qué animal puede haber más duro y más *cosa* que el galápago, todo él caparazón, pues la cabecita y los pequeños muñones de sus patas son sólo algo accidental en el que es verdaderamente la *cosa* que se mueve y vive?...

El viejo de los relojes

Fué una emoción espesa, caudal, casi irresistible en que fueron á ceder los batientes y las esclusas de la presa del corazón...

Era la hora de la siesta... En el fondo de los tenduchos del gran patio había una sombra campesina, llanota, serena, de sombrajo de casa de labor castellana... Los telones del soportal de paso resguardaban del sol con su capa rezurcida, deshilachada y transparentada... El ambiente parecía más

sensato que nunca, más harto, más tranquilo... En muchas otras horas, en otras estaciones y hasta en el mismo estío ese me había asomado á aquella cámara llena de relojes de todas clases, pero nunca me asomé *tanto*, tan videntemente como en aquella hora de siesta... El relojero, dormido con la boca abierta y los brazos caídos como pesas á ambos lados del péndulo del corazón, parecía otro reloj, tan puntual como los otros, tan puntual como todo, aun en su silencio y en su falta de señales gráficas.

Una emoción densísima, cuajada, llenó mi cuajadera hasta el borde. Todos los relojes de ritmos distintos, un poco adelantados ó retrasados entre sí, cubrían de segundos una gran zona, como un enjambre el aire. Verdaderamente aquel cuartucho, aquella hondonada era el depósito ó la nave central constituyente del tiempo, que emanaba de allí regulador y alimentador de toda la ciudad como la surten sus depósitos de agua sitos en las afueras. Como en el paraje de esos depósitos profundos, sentimos un ahogo y una plenitud, como incapaces de contener la sensación é incapaces de contener la idea, inundados por el medio inhabitable, superior á nosotros, costándonos gran trabajo usar ese achicadero admirable que hay en nosotros para verter el elemento que se nos cuela y nos ahoga demasiado, vertiéndole en el elemento extenso, en el que gracias á eso flotamos con ligereza y brevedad...

Nunca he visto la anchura, el horizonte del tiempo tan vastamente como allí.

Entre la intermitencia de los segundos, aprecié nuevas, más nutridas, más instantáneas intermitencias. Me sobrecogió la velocidad, sintiéndome ir en ella como en el vértigo de un tren por landas extensísimas, un tren aparentemente parado, como el día que da una vuelta completa al mundo apa-

renta la inmovilidad también por su excesiva velocidad, de la que sólo en la arena de los cielos se podría apreciar el cambio inaudito de paisajes, el disco inmenso de paisajes...

Junto al viejo de los relojes, envolviéndole con pleitesía, con resignación, veo desde aquella tarde todos los relojes, esa gran agrupación de relojes del Rastro, movidos en una hora indiferente á los deberes y á las morales, hora solitaria, desprendida, infinita, devanada, caída, sin era ni número. ¡Oh la manumisión de esa hora cierta y absoluta, la libertad que dió al espíritu aquejado, asustado, minucioso, enmarañado!

●

Relojes de caja, apagados, con un destello por intervalos, un destello en media luna, bien conservados, embalsamados, tibios, relojes de invierno dispuestos á vivir en su abrigo unos miles de años, relojes como en clausura dentro de un convento, dentro de su caja, llenos de vida interior, de proyectos, de ideas de pureza, un poco egoístas como esas viejas de pueblo, que nunca se mueven, que apenas hablan, que sentadas en un rincón laten, laten, no hacen más que latir...

Relojes de péndulo loco, humanos como un corazón con aceleraciones que le harán morir subitáneamente, relojes perdidos por su exceso de pasión...

Relojes de fanal que no se sabe si andan, relojes á los que conserva en su aire nativo el fanal de cristal, como la pecera á los peces... Son relojes femeninos, de dulce seno, de santa paz, relojes de rostro puro y pueril...

Relojes como de cartón, de esos relojes de casa

de pueblo, de casa modesta, de portería, con un péndulo que aflige al aire como una alabarda afilada y con dos pesas grandes, forzudas, dadas á una labor incomprensible de aguador que va dejando bajar lentamente un cubo al pozo mientras vacía el que sube.

Relojes de cuco, ese animal incazable, inaprehensible, raudo, con el nido muy disimulado en el árbol á cuya rama se asoma de un brinquito ligero para asustarse é irse... Tanto se esconde que parece que empolla nuevos cuquillos... Da tibieza á las habitaciones de noche como los pájaros en la jaula, y da lástima que le despierte la noche como da lástima despertar á los canarios dormidos con el pico entre su boá de plumas... Estos relojes impresionan aun rotos, aun desaparecidos, porque su pájaro no muere, es un pájaro milenario, cuyo sentido no se perderá aunque se pierda su canto, porque es el pájaro del tiempo que vivirá siempre en las selvas, en los tejados, en las peñas, y si eso faltase en el espectro de todo ello...

Relojes con una poquita de música, con unas gotitas, cantarines, débiles, dulces, con un son menudo de ciego que toca el triángulo; el triángulo tocado en un aire más fluido, más suave, más transportado, de hondas más finas y más agudas.

Relojes con una ancha campanada como venida, como caída muy abajo, allí, de una gran campana de torre altísima, alta como el tiempo y cuyo sonido conserva toda la sonoridad de la gran bóveda de la campana, la evocación de su enorme lámina ferrada por gigantes.

Relojes de los que parece que suenan en otra habitación, de esos cuya campana da sueño al corazón y un sopor de siesta á la casa, abrumándola.

Relojes de sonerías pintorescas, espirituales, inenarrables, que oímos como tísicos porque el tiempo nos vuelve tísicos, nos transparenta, nos sensibiliza, nos profundiza como tísicos; sonerías en comunicación como las de los telégrafos de estación con estaciones lejanas...

Relojes de época con variaciones inefables; en uno hay un sol que se cambia por una luna al anochecer, en otro hay fechas y en otro, como sibaritismo de sus dueños, sibaritismo de alcoba del siglo galante, hay dos botoncitos, uno para que suene y otro para que no suene, haciendo así que guarde silencio el reloj en la hora epitalámica ó extraordinaria que conviene alargar por infinita y blanda...

Relojes vulgares, melancólicos, tediosos, metidos en un paisaje como lunas de él, un paisaje demasiado muerto junto á la vida de ellos; otros puestos en la torre de la ciudad mal pintada en ellos, como un vano simulacro de ciudad, demasiado de un solo plano y de un color falso de cromo... ¡Cualquier color sería vano ante ese estigma del tiempo, ese desfacedor á cuyo olvido nativo no logra imponerse la obra de arte!... ¡El tictac de un reloj disocia toda obra y es insostenible una lectura si se le oye en toda su trascendencia, así como son imposibles otras muchas cosas!

Relojes con figuras vivientes... ¡Oh, el zapatero incansable, monótono, desesperante, que no puede dejar su oficio! ¡Dolor de esos trabajos forzados! ¡Mareo del hombre del trapecio, mareo insostenible, enfermedad de la imaginación frente á ese espectáculo sostenido! ¡Insistencia horrible la del cavador, levantando toda la tierra con su azadón trabajoso, penoso, durante todo el día, incluso durante el alba! ¡Oh! Relojes despertadores... Los re-

lojes despertadores son la imitación del reloj, y no son dignos de aprecio ni fe.

Reloj de arena... Alguno, alguna vez... Alguno observado con empeño, con franqueza, con esas aquilataciones únicas del Rastro... Visible la fluidez y la lentitud de su chorrito, aunque sepamos que es sangría nuestra, nos sentimos descuidados, porque ¡qué se va á perder por el agujero de una herida de aguja! En la ampolla de arriba se va haciendo un hoyo y en la de abajo se va haciendo una pirámide, que con intermitencia se allana: esa es la teoría de nuestra tierra carnal cayendo en arenisca más sutil que ésta aún en la tierra basamental... La simulación de tranquilidad del péndulo, ó de las manillas, ó del segundero monótono, en el reloj de arena es sinceridad y se ve como se abisma, demostrando gráficamente que nada se gana ni se pierde, que todo es una caida entre dos bases y que es la misma arena la que se repite... ¡Un reloj de agua sería más puro, porque el vértigo del agua es mayor, y un reloj de aire visible á una vista sutil sería aun más acendrado!

●

Relojes de bolsillo... Los relojes de bolsillo son menos trascendentales que los otros con cierta importancia de observatorios astronómicos; los relojes de bolsillo son menos divinos y más humanos, representan á un hombre desaparecido ó al hombre frívolo desconceptuado y desnaturalizado que los vendió. Casi todos son de aquellos con letras y números saltones como ojos saltones, de aquellos gruesos con una palpitación fuerte que en la mano era como la palpitación inquietante y reveladora de un pájaro... Alguno hay de llavecita como aquel

que llevaba metido en el pecho como un corazón aquella anciana nítida y correctísima que al darle cuerda parecía entregarle un nuevo día á cuenta, á cuenta de los pocos que la quedaban... Relojes de bolsillo hay muchos, tantos como muertos en los cementerios, y sobre todo donde se agrupan en cantidad es sobre las mesas ó en las tiendas de campaña de los pequeños relojeros misteriosos y pacientes, los relojeros pobres que ocupan un discreto trecho de calle... Son curiosos estos relojeros, trabajan con un tremendo monóculo en un ojo —ojo que cuando se levanta para ver si alguien les roba algún reloj resulta uno de esos ojos que se dan á copiar á los estudiantes de dibujo, con sus grandes pestañas, su inexpresión y su incongruencia—; trabajan ensimismados en su labor como quienes estudian microbios interesantes de una vida invisible, como componedores mañosos y brujos de estos relojes impares con descomposiciones impares, valiéndose quizás de cálculos sobre el tiempo, de suposiciones, de cábalas, de espiritismos complicados...

●

Algo accesorio hay en todos estos relojes, pero muy adherido, digno de tenerse en cuenta, que es el nombre de su constructor y el de la ciudad en que se fabricaron. Al nombre del constructor le asiste una vida, una vida de noble y seria cachaza, una vida en toda la extensión de este concepto, con todas las caras, los estados de ánimo, los achaques mortales de los parientes, de los huéspedes, de los vecinos vistos y oídos en la jornada y con una ventana á un paisaje; les asiste una vida de abnegada ciudadanía, muy regular, sensata, observante de

las leyes profundas de la especie, llena del deseo callado de inculcar en sus relojes su idea de orden y su bondad, una vida vivida en una casa tibia, resguardada, cobijada bajo un techo con cielo y sombra de desbravado tiempo, cogido, cuidado, preservado entre cuatro circundantes y blandas paredes. Ninguna casa (en esta superstición que dan los relojes y que puede ser verdadera de puro sincera, espontánea y sin prejuicios que ha sido en uno), ninguna casa como la del relojero tan así y tan llena de una religión bien abrazada, con transigencias, benevolencias y dulces fatalismos... El nombre de la ciudad en estos relojes crea la ciudad, porque el tiempo real con que contaron de ella es un yacimiento material en que entra en grandes bloques, en grandes casas, en torres, en largas y anchas calles, en callejuelas, en andurriales, en afueras... Unas veces pone Ginebra. Yo no he visto Ginebra, después de haber estado en ella, tan interesante y tan real como en ellos, oblicuos sus tejados y su empedrado detalladamente material... Otras veces es London. ¡Oh London, población brumosa vista desde un gabinete de hotel con ese reloj sobre la chimenea! Después de Dickens estos relojes en que pone London son los que más me le han hecho comprender, su hora—una hora sin acontecimientos fantásticos—en un trasunto de linterna que aunque vivo tiene cierta eternal inmovilidad, un trasunto de bulto, con color, luz, perspectivas dilatadas, tipos y casonas... En Londres tuve que recurrir al recuerdo del Londres de aquel reloj para imponerme—lo que se llama entrañablemente imponerse—, para imponerme de él.

Calzado viejo

Lo más tragicómico del barranco son los puestos de calzado viejo. Es disolvente, desgarrador, humano, demasiado humano, anárquico, corruptor, el calzado viejo. No sólo por el talón de cada zapato ó bota son vulnerables los Aquiles inviolables y los grandes sacerdotes, sino por toda la pieza. El ideal, la *pose* de inmortalidad que tiene la muerte, todo lo humano y lo divino se reduce al fin y al cabo á una bota destrozada... ¡Trascendental contricción la del calzado viejo en esta clarividencia de juicio final presidido por un dios irónico y aplacable!... ¡Maravilloso cuerpo de doctrina, lección práctica superior á la de los libros, la que se desprende de este calzado viejo, en cuya muchedumbre todas las piezas consideradas por separado tienen un sombrío continente de Hamlets!

Bajo la tienda de campaña que hay detrás del ancho escaparate que ocupa en el suelo el pueblo del calzado, una vieja despellejada y calva, de ojos hueros, y dos hombres gangrenados, corrompidos por su trabajo, doblados sobre sus rodillas deshacen los zapatos rotos y hacen quemas parciales de las que brota un humo hediondo, como si surgiese de la incineración de un cadáver. Ningún espectáculo de matadero tan desastroso. Como quien abre por las fauces á un sapo, separan la suela de la puntera, y como quien lo destripa separan las palas y el tacón con los alicates. Para los golpes en las duras suelas usan cuchillas y hachas bárbaras, que suenan á carnicería sobre el hendido y ancho tajo de madera de las ejecuciones. No se

puede mirar sin descomponerse, ese desollar á las pobres botas, cordiales y vivas en el fondo, siendo irresistible á la mirada, sobre todo, el montón de los desperdicios que van tirando con desdén á través de la matanza, y que es lo que después queman. Después de eso, mientras la mujer continúa en su tarea de descuartizadora, ellos van reconstruyendo con los restos sanos y diversos un calzado híbrido, en cuya cura derrochan la ciencia de un doctor Carre, el sabio de los ingertos humanos. Así resucitan ó se remozan estas botas dramáticas, á las que para remate lustran con pez. De vez en cuando el operador se levanta y añade un par más al escuadrón del calzado sombrío.

En el fondo obscuro de estas botas parece albergarse un destino ó quizás, puesto que á veces se hacen de tres seres distintos, se albergan en ellas tres destinos alterados y desmochados.

Aun recompuestas y con cierto aspecto orondo y enfático, resultan más pobres, más destrozadas, más desoladas que esas que hay tiradas en un rincón de nuestra casa.

Esperan fríamente un pie, añorando sus andanzas; da escalofrío pensarlo, y desde los pies se nos transmite á la cabeza ese sentimiento áspero que producen.

Tienen una presunción de portero de ministerio, las varoniles, y de tetuda fea y lujuriosa, las femeninas. Suprimidas sus arrugas, hinchadas y endurecidas para eso, es más triste y fané su vejez. Todas tienen un callo en el lado del dedo pequeño en los dos pies, un callo tremendo. Son también juanetudas.

Agobian con la idea de su peso, como el de una piedra, como el de una plancha. Inflexibles, secas, correosas, heladas, son obsesionantes. Las más re-

cias revelan el talón duro, consentido, desvergonzado, vagabundo, de un aventurero. Las palmípedas, esas de puntas muy largas, revelan un carácter desgalichado, torpe y estúpido. Las de tirantes y elástico, son grotescas y hacen más caricaturizable al pobre animal del hombre; parecen más ratas negras que las demás enseñando la oreja indiscreta. Las botas altas de mujer con diez mil botones, parece que contienen—¡oh acerba lascivia!—un resto de carne de la pierna procaz. Los zapatos con tacón Luis XV tienen una coquetería lúgubre, y ante ellos se piensa en la triste renunciación mezclada á una alegre cachondería de la mujer que los acepte, imaginándonos cómo la nota argentina y jovial que ponen en las calles los otros zapatos de mujer, será más sorda y más opaca con estos, y cómo en la irritación que produzcan las piernas de la mujer calzada con estos zapatos, habrá un poso procaz, maligno, que hará malo al hombre sin saber por qué y á ella, inocente y desgraciada, la hará más canalla. Las botas altas y formidables de cazador, de pocero ó de caballista son más sensacionales, más novelescas, más intencionadas, y entre ellas se considera que están las botas de las siete leguas, cuya historia parece verídica ante estas botas, impulsivas, viajeras, montesas, como con vida propia y resistente. Los zapatitos de los niños son de una fina melancolía, pues se piensa ante su colegio de párvulos, en los pobres niños que no puedan tener zapatitos nuevos y tengan que llevar estos zapatos viejos, seguramente de otros niños muertos, puesto que los niños que sobreviven á su niñez no dejan rastro de sus zapatos de tanto como los destrozan.

Hay también botas monstruosas, demasiado informes y tumefactas, como restos de operaciones

quirúrgicas. Otras que nos recuerdan á un hombre que hasta ese momento de verlas no habíamos vuelto á ver. Otras que parecen tener un rictus amargo y sardónico.

¡Conmovedoras botas, coturnos trágicos, único resto flotante después de todas las audacias, todas las caídas y todas las desapariciones, reunidas en una confraternidad estrecha y pacífica, en un desengaño letal y sabio!

Las cosas del señor Andreu

El señor Andreu, dando una prueba de amistad á mi padre, dijo que me quería dejar heredero. Esto hizo que mi padre me llevase á su casa para que me conociese y aceptase la prueba de gratitud que significaba llevar á un niño á casa de un moribundo.

Del señor Andreu no recuerdo la cara. Tan consumido, tan al borde de la muerte debió de estar, que yo, como un niño que ve lo que verdaderamente hay, con mi mirada inocente y franca, no vi ya á aquel hombre, no le alcancé. El me debió ver á mi sorprendiendo estos conmovedores secretos de criatura, que yo voy hallando ahora en mí, y me dijo cosas cariñosas y apiadadas... Me parece como si se hubiese vuelto á la pared nada más yo entrar ó como si aquella cama que era de cortinas y pavés tuviese un hoyo como una fosa obscura y allí hubiese estado... Un gesto sobre las sábanas, un gesto dibujado, apuntado más que plástico y de bulto, y yo, con la cabeza vuelta hacia el balcón, mirando la luz, atontándome los ojos, obstinándo-

me en no ver á aquel hombre al que sentía como un pellizco en el brazo, uno de esos pellizcos callados, retorcidos y canallas que dan los frailes... No quiero dejar de recordar que en aquella obstinación miré mucho un cuadrito chico, con un delgado marco negro, cuya fotografía no recuerdo...

Mi padre me dijo á la salida algo de aquel hombre, algo de su avaricia, de su suciedad, del mal trato que daba á sus criados y de una hermana muy mala que tenía... Por eso quizás me veo saliendo de aquella casa solos mi padre y yo por los pasillos tétricos, abriéndose la puerta mi padre, y me parece como si hubiese visto al pasar camas con jergones de paja que de noche se cerrarían como jaulas sobre los criados, y por todo eso me parece recordar que murió solo en su cama, sin servidumbre, porque los criados vengándose, se daban un festín en la cocina mientras otros metían ruido en las cómodas... Hasta sospeché si le habría matado su cocinero con salsas envenenadas...

Después supe más cosas: que era coronel y luchó en Filipinas, acabando eso mismo de hacerme desconfiar más de aquel hombre, evitando su recuerdo, sintiéndole más responsable, más cruel, con un haber más negro. Pero la noticia que agravó más al personaje fué la de que había muerto del cáncer.

Me pesaba por todo eso la herencia de aquel hombre, que me pareció un maldito en los minutos que estuve sentado al lado de su lecho de muerte, y cuando me llamaban «el heredero» en mi casa me dolía aquello como un sarcasmo. Un día me enteré que se habían quemado las casas que me dejó allá en Manila, y aquello juro que me alegró.

Estaba ya tranquilo, cuando un día subí á la buhardilla á por cosas, esas *cosas* admirables é in-

sospechables que se esperan encontrar en los desvanes y sobre las que los niños tienen el derecho de ocupación, porque los padres no las dan importancia, ó no las quieren ó no saben que estaba allí *eso* y permiten al pequeño descubridor que sea su dueño. La criada que subía á abrirme refun fuñaba:

—¿Qué creerás tú que hay ahí? ¡Como no creas que hay un tesoro en los baúles del señor Andreu!...

¿Los baúles del señor Andreu? ¿Qué baúles eran esos? Estuve por no entrar, pero ya no podía retroceder y vi aquellos baúles, aquellos baúles, aquellas cosas que no se me habían de olvidar nunca. Uno era chato y largo y parecía el ataúd en que él estaba extendido y seco. El otro estaba entreabierto porque no le cabían las cosas dentro; le levanté la tapa y vi dentro cosas crueles y antipáticas: un ros, una espada, y sobre todo vi una dentadura postiza y una manecita de marfil, de esas para arrascarse, de tan sucio, de tan superfluo, de tan materialista cometido...

Huí escalera abajo, me lavé las manos y temí algún tiempo tener el cáncer, con ese temor de niños del que no se hace la confidencia por si se burlan ó por si lo creen dolorosamente los padres. Pesaba sobre mí, con un nuevo aspecto grotesco mi herencia, una herencia que me hacía miserable, que me castigaba, hasta que un día me enteré que mi padre había vendido los dos baúles y un cajón más del señor Andreu á un trapero...

Durante algún tiempo tuve olvidado al señor Andreu y sus cosas, pero cuando un día descubrí el Rastro volví á ver las cosas del señor Andreu y aun las sigo viendo, las veo siempre que voy, las elige mi instinto con caprichos y fijezas incomprensibles.

—Aquello—me dice mi mirada dándome una lección muy fatua—, aquello es del señor Andreu... Y aquello... Y aquello...

Yo ya, impávido, me fijo en esas cosas que no sé por qué van á ser del señor Andreu y comprendo mejor el alma, los rastros privados del Rastro... ¡Sólo no soporto el ver una manecilla rascadora, esa garrapata suave, ese aparato ruin, simiesco, sucio, procaz, escarabajeante, escalofriante, abracadabrante! Es la única superstición que me es irresistible. ¡Cómo me arañó aquella que me ofreció como con sarcasmo el cínico trapero, metiéndomela por los ojos y ponderando el que era de «ahiti y de marfil»!...

Haría bien un ciprés

Haría bien un ciprés de tronco cetrino, hendido por una gran cicatriz y con una obscura vela acuchillada, muy alta...

No porque el ciprés sea el árbol de la muerte, sino porque es el árbol de la consolación, el más ducadero, el que revela una serenidad más persuasiva. Es el árbol más firme, más sensato, el que embebe mejor el azul, el que más varonilmente revela la persistencia de la tierra y su entereza. El ciprés, lleno de hondos pensamientos, lleno de tan seguro contenido, tan hecho de madera antigua y eterna y de verdes tan indelebles, ve desde sus adentros por la trama sagaz de su follaje carnal y se nutre como nada de contemplaciones y máximas profundas. Es recio entre los dolores y

da ánimo con brusquedad y dureza. Está lleno de pensamientos sutiles, apegados, arraigados, solitarios. Honesto conservador de su alma, que en denso y disimulado cabrilleo vive entre el enredijo de su filigranería, se reconforta en su absoluta independencia. Hay en él no se sabe qué sufrida gratitud que dulcifica y cohonesta el rigor de la canícula y el rigor del más crudo invierno.

Una hilera de cipreses, no. Eso sería artificioso, pictórico y teatral. Un ciprés en un rincón del Rastro, un ciprés nacido inexplicablemente, alimentado por la savia negra, espesa y fértil de todas estas cosas, rechupando, absorbiendo sus tintas obscuras y sus substancias formidables á este abono de hierros, de cueros, de botas, de maderas, de todo. Un ciprés lleno de un fuerte talante y de un erguido triunfo. Nada sentimental, nada débil, nada lírico. Apretado, serio, conforme, lleno de una honda y firme filosofía. Denso, instintivo, valiente, sobrepuesto de pura y magra carne.

En la plazoleta final, en la plazoleta polar sería donde haría mejor... Los cacharros sobre su tierra, las viejas telas alrededor, el rimero de los libros esparcido, caído también cabe él, alto, impertérrito, entrañable, ejemplo de presencia de ánimo, de fortaleza, de consecuencia, de impasibilidad á la vez que de pasión reconcentrada y anhelante, como el superhombre saludable y altivo allí.

El ciprés es el árbol de toque para toda idea vana ó mendaz, para toda literatura aparente, para cualquier renunciación exagerada y torpe. El ciprés es interior, muerde en la tierra con avidez, es firme y acerado para pechar con todo, enseña ingratitud, despejamiento, despreocupación. Es valiente. Es superior á los caracteres ibsenianos porque su sobriedad no es declamatoria ni enfática. Es

leal consigo mismo, cenceño, fuerte, enjuto y consumado.

Tranquilo, seco de lágrimas vanas é hipócritas, negro con un negror sin malicia, no tiene melancolía ninguna, sino imperio, individualismo, seguridad, facultades vivas en su continente cínico y vidente, en su carne atezada y nervuda. Los cipreses sugieren, con una superstición arraigada, una gran confianza en ellos, levantando el ámimo hasta su altura, exaltando el azul y dando una lección amplia de cómo se debe respirar el aire de los alrededores con su fija atención, con su pecho abierto.

Haría bien un ciprés aquí, sin duda. Daría vigor á este paisaje, lo representaría, sería el árbol debido, el árbol oportuno, el árbol que se haría cargo de todo y que indicaría la fuerza de la tierra y cómo de las ruinas se levanta la reparación, el olvido y la inconsciencia mejorada, rehecha, repuesta y definitiva.

El coche familiar

En el centro del gran patio de las subastas está parado, encallado, el gran coche familiar. Aparenta aquí un gran carácter. Es uno de aquellos coches de obispo que primero fueron un lujo del gran paseo cortesano, después fué coche de camino con sus grandes faroles trágicos en la noche, después se metió en la quinta de los dueños para pasearles por los alrededores con un tiro de mulas.

Es el cocherón que en las novelas de Ponson du Terrail y en otras novelas de cruzacaminos de

aguafuerte, reciamente dramáticos, perseguidos ó perseguidores, queriendo llegar pronto á París ó á la granja misteriosa en lo más tupido de los campos, pasaron por nuestra alma haciendo en ella unos hondos relejes. Es el coche al que han dado el alto unos contrabandistas; el coche en el que se fugó un conspirador; el coche en que una mujer raptada vivió los más grandes momentos abrazada, echada en el hombro del hombre audaz; el coche en que fué el duelista y su médico al lugar del encuentro, y en el que volvió lívido, herido y languidescente; el coche de la extremaunción solemne y pausado; el coche de «aquel viejecito con patillas y sombrero de copa, de barboquejo y cintas colgantes detrás y de aquella viejecita de cabeza parlante tocada con un sombrerete de bridas».

Tiene un solo farol y ése roto, con dos cristales azules á los lados. Está pintado de color perla por bajo, en las nalgas... Todo en él es exagerado: las aletas contra el barro, las ruedas, el pescante, los remates de las ballestas. Se identifica con la exageración de algunas modas antiguas, de sombreros, gabanes, trajes, botas y hasta maneras. El pescante tiene rota su librea azul... Las ventanas son grandes, anhelantes, como ventanas de un caserón antiguo y destartalado... No se abre su techumbre resquebrajada... Es pesado, ahogado, apaisado como un féretro...

Una curiosidad infantil, esa curiosidad que hace dar vueltas á las cosas y ver en ellas un fondo profundo, acerca á estos coches buscando el trasluz á los contraluces de sus cristales, poniendo las manos como anteojeras pegadas al cristal, para ver á las personas de dentro, personas acartonadas, céreas, personas antiguas con ojos de cristal, llenas de tiesura y política, que esperan á que el coche

componga su avería ó pueda pasar sobre el obstáculo que lo ha detenido ó á que traigan y enganchen el nuevo tiro.

Pero no hay nadie. Esto es terriblemente, heladamente visible. Los asientos grises ó azul marino enseñan el pelote, canoso ya. No hay nadie, pero el sitio, su espacio lleno de identidades eternas, es lo que da vértigo al mirar dentro, es lo que nos llena de confusión, penetrándonos con todas esas otras suspicacias más indecibles. ¡Oh pequeño abismo mullido y superficial!...

Este coche yerto y patético, casi litúrgico, aun estando tan en berlina en este atolladero, nos sobrecoge y nos obsesiona hasta volverse nuestro coche; este coche nos ha complicado la vida, nos ha puesto un sombrero como el de Goya, nos ha burlado trágicamente, nos ha disfrazado grotescamente, como las madres á sus hijos quieras ó no quieras y un momento hemos estado como dentro del coche, maniatados, subordinados, sometidos por su rara seducción íntima... Y despeinados, torcidos, descompuestos, más viejos, nos hemos quedado frente al coche aprendiendo para otra vez á no acercarnos demasiado á los coches viejos para no perder la cabeza.

Ahí estará, como otros han estado antes, mucho ó poco tiempo, hasta que un día desaparezca sin saber cómo, pues una cosa que nos ha faltado ver aún con nuestra asiduidad, ha sido el ver entrar ó salir estos coches. Sobre todo hubiésemos querido verles salir enganchados á unos caballos de Alberto Dúrero, unos caballos silenciosos con cascabeles sin badajo, unos caballos blancos que con una fantástica ligereza les deben llevar á las regiones blancas.

El hombre más cínico

Todos los vendedores son cínicos en el Rastro, pero hay uno entre todos que no sólo es el vendedor más cínico, sino el hombre más cínico. Quizás le achaco cosas extrañas á él, pero como cínico representativo, todo naturalmente y sin esfuerzo ninguno se le va refiriendo.

Es un vejete, colorado como los viejos remolones y concupiscentes. Tiene unos ojos pequeños, pero agudos, con un espejito en medio, un espejito detallista, vivaz, espión. Sus bigotes caen un poco y se rizan como dos colmillos retorcidos. Sus barbas son nobles y sólo en los grandes parlamentarios se las habrá visto tener gestos tan convencidos. Son de esas barbas que rizan un poco hacia fuera su brillante filo de plata. Muy metido en sí, bajito, con el pecho fuerte y erguido, presenta un aspecto aplomado, recio y macizo.

Sus gestos más serios sonríen burlonamente en sus ojos, con una sorna impía. Asalta con su palabra al transeunte que escoge con una impasible selección en la que desprecia olímpicamente al pobre, y se monta sobre su víctima como un corsario, sin consentirla la réplica ni la respiración.

—Ese es un vaso oriental riquísimo—dice poniéndolo en manos del que lo ha mirado—, todo hecho á mano... Es un vaso sagrado...

—Gótico, gótico puro—suele decir muy á menudo de cualquier cosa que no lo es, pues aquí no sólo, según él, sino según muchos otros trapalones, lo gótico abunda mucho.

Tiene un dulcísimo léxico para sus cosas, y así dice: «¡Ah, esto es un ascua de oro!» «¡Ah, eso es primoroso!» «¡¿Eh?! ¡Qué pureza!»

Un día ante un cuadro meloso, de suaves tonos, de floridos colorines en que una lánguida mujer vestida con una túnica azul tocaba un arpa, decía:

—Esto es mucha verdad. ¿Eh?... ¡Qué cara!... Si yo tuviese dinero me quedaría con este cuadro para ver siempre tocar el arpa á esa mano riquísima...

—Ayer la señora Marquesa se quería quedar con eso... ¿No es verdad, tú?—suele decir citando á la aristocracia ó á los políticos y haciendo que corrobore su opinión ese otro hombre felino y cínico que le acompaña y que asiente obscuramente, sin la expresión del maestro.

—En armas he vendido ayer preciosidades; ¡si hubiese usted venido!... ¡Qué lástima!... No volveré á tener cosa igual.—Y hablando así al pobre comprador que sólo le compró una vez una cosa cualquiera, sabe que lo halaga, que lo compromete, que da á la vez postín á su puesto y cínicamente, sin creer en él y no teniéndole ninguna consideración, sin embargo, lamenta los dolores imaginarios que supone en él por no haber podido llevarse esa maravilla desconocida.

—Tengo una cosa magnífica... ¡Ah! Pero eso quizás no lo quiera usted, porque pido por ello mucho dinero... Vea, vea.—Y alarga al tímido transeunte que se ha aproximado una cosa cualquiera por la que no se comprende que pida tanto dinero. El transeunte la mira y la abandona, agradeciendo que aquel hombre le enseñe y le ponga en las manos lo que no le cree digno de comprar.

Habla de miles de reales, con verdadera locuacidad. Siempre reales y siempre miles cuando ex-

plica sus compras y sus ventas fuera de ese miserable puesto, en el que está todo el día por *sport*.

A veces tiene una condescendencia deslumbradora, con la que pone fin á un prorrateo.

—Llévelo, llévelo en eso, sólo por ser usted... Sólo por ser usted... Pero eso vale veinte veces más... Eso diga que se lo he regalado yo...

—¿Será esto de oro?—le dice á un comprador señalando unas aplicaciones de metal dorado del objeto que trata de venderle. ¿Habrá cinismo mayor? Así, interrogando con inocencia sobre lo que de sobra sabe lo que vale y lo que es, intenta crear una duda en el incauto incitándole á que secretamente intente engañarle llevándose por una peseta lo que puede tener aplicaciones de oro. Otras veces en el mismo supuesto suele decir enseñando una sortija ó unos pendientes:

—Esta debe ser una piedra buena... Fíjese... No tiene talco.

Suele jurar con el más solemne convencimiento de que sobrivivirá á sus juramentos mortíferos. ¡Estaría bueno que allí se creyese todavía en esas cosas y se las consagrase ninguna fidelidad!

—¡Mi palabra de honor!... ¡Que me caiga aquí mismo muerto si esto lo puedo dar en ese dinero!... ¡Que á mis hijos y á mi mujer les dé un arrechucho y me les encuentre muertos! ¡Por la salvación eterna de mi alma!... ¡Que se incendie mi casa y no vuelva á vender nada si puedo bajar eso ni un céntimo!.—Y después de esos juramentos, le he visto llamar al pobre parroquiano que por no causar todas esas desgracias, ya verdaderamente convencido de que aquello no podía ser, se iba calladamente sin comprar el objeto, y le he visto dárselo por lo que le había parecido inverosímil.

—Pierdo en ello, me ha costado más—suele decir

en esas ocasiones después de haber cedido, pero con un tono distinto al otro, ya aplacado y alegre.

Es un tipo magnífico, que no se cansa de hacer alardes con una elocuencia y una saciedad superiores á las de aquel que verdaderamente dijese verdad.

—Mañana salgo para un pueblo en el que voy á quedarme con cosas valiosísimas.—Y cuenta algún detalle de esas cosas, y como si hablase solitariamente consigo mismo revela los cuidados íntimos que le embargan pensando en ese viaje. Y el viaje así resulta una pintoresca realidad frente al que le escucha, que ve el paisaje árido, el tren, la diligencia, el pueblo, la casa de la almoneda, la dueña, el vino, la posada.

Es imperioso, rebelde y sabe tener bellos gestos hasta de desinterés. Un día en que un sacerdote le regateó el precio de una moneda que él daba por casi nada, llegando el carcunda hasta irse sin ella, él, asombrando á su público, cogió la moneda y la tiró á un tejado.

Con los chicos que se acercan á su puesto, seducidos, inmovilizados por su elocuencia y el prestigio de que reviste á sus cosas, es duro, es intransigente, es un energúmeno. Les desconcierta, les anonada, les saca de su abstracción con un golpe seco que les da en el caballete de la nariz con la gorra que se quita de pronto y esgrime sin clemencia.

Con las pobres é ingenuas gentes que le vienen á vender algo es el más cruel de todos los traperos. Rebaja lo que le traen hasta límites vergonzosos, pero lamentándolo mucho, dando un pésame muy sentido á la pobre víctima, envolviendo según estaba, quizás mejor, la pobre cosa y devolviéndola con las más expresivas gracias por haber podido

ver tan ruin porquería. Así compra las cosas por casi nada, y portándose como un hombre caritativo consigue que sus víctimas le pidan encima perdón. Sus monólogos en estos casos son interesantes.

—Todos los abanicos que me traiga como este de puro estilo imperio, se los pago á como quiera—dice señalando un roto abanico suyo—, pero ese no tiene pureza ninguna...

—Y usted me dirá que es más bonito este... —continúa señalando otro de los abanicos de su puesto—. Que usted de buena gana sería el que escogería... Sí. Es verdad... Pero ese no vale nada y el otro sí...

Después de haber realizado alguno de estos negocios, se torna implacable y se ensaña encima con su víctima.

—He perdido... ¡Si quiere usted, le doy una peseta más por que se lleve lo que me ha traído y deshagamos lo hecho!... ¿Quiere?... Se lo digo con toda mi alma... Por mi salud...

La pobre víctima se sobrecoge y no contesta, verdaderamente consternada de lo que ha hecho.

Con uno ya tiene confianza y amistad este hombre. Nada más inefable. De pasajeros vulgares, esa confianza y esa amistad nos han hecho pasar á la categoría de confidentes. A veces nos sentamos con él después de estrechar su engañosa y cínica mano y le oímos sus novelas, sus mentiras y nos dejamos enseñar sus cosas, sus novedades, novedades que venimos viendo en su puesto desde muy antiguo. Todo se lo creemos, satisfaciéndonos ver secretamente en sus ojos una decente seguridad en sí mismo, una grandeza íntima y una incredulidad dignas de admiración y camaradería. Sólo una cosa nos descompone, y es que nos diga:

—Tengo arriba una magnificencia... ¿Quiere usted subir?...

Nos descompone eso, porque no queremos subir esa escalera sucia y obscura y entrar en esa casa lóbrega y ver por la ventana del pasillo los corredores obscuros y cárdenos que dan á un patio hondo como un pozal, y en los que inválidos, viejas y niños sin cuento viven como cucarachas.

Esculturas dramáticas

De pronto del fondo obscuro, inerte, tranquilizador de un puesto, surge una mirada atractiva como de magnetizador, que nos busca y nos coge la mirada. Es una de estas esculturas de cartón, de trapo, de miseria, que hay en el Rastro.

No son nada, y sin embargo conmueven, detienen, hacen abrir los ojos con una gran piedad y una gran inteligencia. Verdad es que el polichinela malo, barato, que no se vende en el bazar, sino en la calle, ese polichinela sin idealizar, sin estilizar, hecho por unas manos bárbaras é ignorantes, es humano trapo vivo, expresivo, serio, hondo como el hombre procedente del embrionismo más ciego y más informe....

No es defendible, no es probable el derecho, la personalidad y la viabilidad de estos tipos humanos y desgarradores, pero es visible, sentida y tratable. Nada más concluyente, ni más psicológico, ni más concupiscente, ni más mirón que estas porciones humanas, quizás vivificadas, más que por sus formas y sobre sus formas, por el soplo que se levanta

del sitio. No tienen ni tamaño, ni figura, ni carácter preciso, y así resulta escultura dramática aquí hasta un espantajo que hubiese con sombrero solo y levita, ese espantajo tan desconceptuado en las huertas y en los viñedos.

●

Es una cabeza que asoma bajo una armadura guerrera de latón, una armadura venida del teatro, ó del salón de un título pontificio que también quiso tener su gran capitán en la familia. Es abrumadora la cara que pone el guerrero, de hombre que suda, que se derrite, que se aplasta. Sus cejas negrísimas y su bigotazo agravan este gesto, lo ennegrecen, lo abochornan más. Parece un hombre metido en un suplicio, y como en los golpes, en los tejes y manejes á que lo sometieron aquí, en el ser cogido como un cadáver derrotado, hubo maltrato y violencia, sus brazos han quedado torcidos incomprensiblemente, su mano ha sido vuelta de al revés y una pierna con su pie correspondiente mira hacia detrás como no puede ser...

●

Es un busto de señora enfática, un busto que hace no sé cuántos siglos veo allí sin vender. Debe estar ya hecha al trato libre del día y la noche, y seguramente se ha echado por amante un mozo de cuerda encantado por la dureza de sus senos redondos, descotados y altos en el embudo del corpiño sin brazos. Resulta gracioso verla igualada á las demás prostitutas de la muerte, ese género desinteresado y gracioso de prostitutas que se levantan de todo rastro de mujer y sostienen un trato

trágico, desnudo y descarnado, pero aun femenino y sobre todo clemente y conmovedor...

●

Son esas cabezas de mujer en un eje de palo de las que se sirven las peinadoras para anunciarse... ¡Oh esas cabezas estupefactivas, animadas y llenas de un atroz anhelo terrenal! Son inauditas y soliviantan y detienen, ¡sobre todo cuando lucen un pañuelito de seda roja atado á la garganta!... Su cartón no se encubre, no ha intentado divinizarse ni maravillar; su color es un falso rosa de polvos rosa dados con mano de gato; sus ojos son triangulares, serenos, reflexivos, profundos, con una mirada á la vez despavorida, desolada, de cejas altas y pensativas, de pestañas miniadas y largas; su nariz es una nariz cualquiera, sin esa perfección de las narices del arte, por eso vibrátil y pronunciada; la boca no es la boca de imitación consabida, de cuidada finura, no; es la boca perversa pintada con el exceso con que se la pintan las rameras de arrabal, las coquetas cándidas, porque delatan su malicia y así se hacen inofensivas y asequibles; su pelo natural, verdaderamente verdadero, el pelo vivo de muerta, el pelo peinado vulgarmente, canallescamente, y á veces desgreñado, tan naturalmente desgreñado á lo lavandera, á lo criada por la mañana, á lo mujer ordinaria, sencillota, morena y joven, hace que no se pueda creer que sea un espectro artístico la figura; detalles todos que dan una gran prominencia vital á la cabeza, sin intentarlo ni presumirlo, llanamente, magramente... Esas cabezas de peinadoras son como la reducción de la mujer y sus liviandades á un signo vulgar y recalcitrante; jamás tan franco ni tan evidente... El

cuerpo se las supone... Abundan mucho en el Rastro, revelando á la muchedumbre de las mujeres, sus soportaciones y lo sufridas que son... Parecen ser el monumento debido á las muertas, monumento lleno de la suficiente incredulidad de la muerte, pasmados los ojos ante el invariable cotidianismo de la vida, monumento arbitrario, grotesco y trágico... ¡Bellas, probrecitas, desgraciaditas, infelizotas cabezas estas!... Cuando he pensado en las cabezas cortadas en la guillotina, las he visto así... iguales que éstas y mirando así á los jueces... Y cuando en las noches de sábado he oído los gritos de la calle y la he visto plagada de pobres mujeres, de asistentas para un día, de mujeres que ha hecho necesarias la noche por inservibles y deshechas que estén, como en los días de toros ó de gran concurrencia en la ciudad salen esos inverosímiles coches de punto y como el sábado en las peluquerías son necesarios más oficiales que no trabajan más que los sábados, he pensado que así en esa noche estas cabezas y estas dorsales de madera se calzan un par de botas viejas, se ponen un cuerpo de ortopedia de los que aquí siempre hay, se visten de una blusa y una falda, se ponen unos guantes largos, de los que también cuelgan aquí, y se van á ocupar su esquina la noche del sábado enajenando á esos hombres que en la noche del sábado no son ni horteras ni carromateros, sino aparecidos con un hongo viejo... De las caricias torpes de esos hombres sin estimulante las queda este estupor vulgar é idiotizado...

●

Son los bustos en yeso en que son ordinarios y opacos, consabidos é inertes los grandes hombres...

Numerosos bustos de Séneca, bustos de Cervantes, excesivamente numerosos bustos y figuras de cuerpo entero del Dante... ¡Oh, el Dante, hórrido, sin volubilidad, dañino con su gesto implacable y obsesionado, su gesto infernal y persecutivo! Bustos que ellos veneran, desconocen y desprecian.

●

Son maniquíes de sastrerías—á veces en grupos—, planetarios, grasos, redondos, chicos del comercio ó chicos de buena sociedad, morenos, procaces, Narcisos, Antinoos con bigotes *chic*, sordos, mudos y tontos, sin la gracia siquiera de los de los ventrilocuos; desnudos á veces, en paños menores, como en trajes grises de punto, en esa ropa interior fea y chabacana, es cuando merecen más conmiseración... En ellos sobrevive el hombre común, y quizás el grande hombre, que pensó demasiado á secas, en el uniforme, en la autoridad y en la inmortalidad, que es á la postre, una cosa así, de desnuda, embobecida y vacua en el centro de un más ó un menos de recursos artísticos... ¡Inefables muñecos, sugeridores de ironías consoladoras, ejemplo que oponer á los hombres mendaces y vacíos, para que vean lo inexcusable que es su figura, su vaciedad y su petulancia!

●

Es un monigote excéntrico... Puede ser de un ventrilocuo, y por lo tanto inteligente, suspicaz, hablador; puede ser de un tinglado, puede ser un capricho misterioso y genial, puede no tener objeto preciso y sabido... Estos monigotes excéntricos sentados en un sillón, colgados como ahorcados,

pero escapados á la muerte como si el nudo corredizo no hubiese apretado lo bastante, son de una presencia de ánimo inconcebible y tienen caras geniales.

●

Es un polizonte muy inflado, muy uniformado, que había colgado en la picota de uno de los puestos, un policía grotesco, ingente, que enseñaba el pelote por el lado del corazón y por otros varios sitios, como si aquellas gentes se hubiesen ensañado con él... Se hace grato levantar los ojos y verle empingorotado y ensartado en aquella calleja obscura en que está...

●

Es una virgen moderna, maniquí de sastrería con traje celestial y corona, ó es un santo como una virgen, barbilampiño, sonrosado... ¡Oh infraganti de la religión cristiana apostólica romana!

●

Son trozos de cuerpos, perfiles, caretas de chico de portera—esas caretas que de tan humanas como son compungen—, brazos, manos vaciadas de tan dulce postura y suavidad siempre, muestras de una fatal, sencilla y conmovedora nigromancia; cuerpos de modista, en los que radica de una manera dulce, elemental y abandonada, el sexo... etc., etcétera, etc., etc., etc., etc., etc., etc.

Los animales disecados

Diseminados por todos los ámbitos hay animales disecados que toman en este paisaje una hierática postura, un carácter religioso y atónito. Enhiestos y muy visibles, cruzamos con ellos miradas estupefactas y misteriosas. La esencia divina impura y purísima que atraviesa este paraje revelándosenos en toda su transigencia y su ductilidad, nos dice en la oquedad dramática de estos animales disecados, cosas más desgarradoras, más sensatas, más antropomórficas que las que nunca presentimos.

●

Abundan las águilas... Adorno retórico, vano, declamatorio del despacho de algún pobre hombre de alma heroica, grotescas águilas que fueron arrojadas aquí como una porquería por la familia, que después de muerto el pobre hombre arregló y aclaró la casa... Ellas, tan hiperbólicas y tan elevadas, tienen aquí un gesto chafado y lamentable... Acabó su falso prestigio, pero en cambio han ganado en prestigio real, en sinceridad, en enternecedoras y entrañables apariencias. Confesa y convicta al fin aquí la orgullosa águila, resulta desgarradora y apiadable... Posada en su percha, quieta, abiertas aún sus alas en un ancho vuelo, con su plumaje viejo como el de un sombrero viejo y tirado, resulta comprensible como nunca y nos llena aun más de la compungida hilaridad de todo... ¡Oh pa-

radoja real, movida contradicción de nuestros sentimientos!

●

Los loros disecados abundan también mucho... Insoportables, flamencos, chulones, fanfarrones, bigardos, obispales, tíos de colmillo retorcido, aquí se hacen soportables por lo poseídos que están del veraz y sensato espíritu que ronda y posee aquí á todo... Revelando la pasión angosta y arbitraria de las mujeres que igual aman á los loros que á los hombres, la pasión vergonzosa é impostora que los hizo embalsamar, están sin embargo ya tan lejos de eso y tan desimpresionados de eso, que son como carátulas, como ojos de Dios, igual que los otros animales. ¡Dignidad auténtica aun bajo su investidura lamentable y zarrapastrosa!...

●

Algún gato disecado se ve de vez en cuando. Perdida aquella su agilidad y aquella su lucidez espiritual, resulta hinchado, tumefacto y opaco... Se comprende que como el gato es espíritu puro, la ausencia de su vida no deje nada tras de sí... Ningún animal que disecado quede más degradado y más piltrafoso que el gato.

●

Cabezas de ciervo con los ojos vivos, sagaces, campesinos, con una piel otoñal, vieja, apolillada, desjugada, de un color seco, pero silvestre y simpático siempre... Estas cabezas de ciervo sugieren algo así como un atardecer, triste y callado en la espesura del bosque... ¡Qué cantidad de sentido de

la tierra hay en los benignos ciervos!... Nos es dulce y santo ver una de estas cabezas nobilísimas embelesadas y bondadosas.

●

Los perros disecados, tienen una apostura doméstica y sencilla... ¡Qué leal ó qué heroico debió ser ese perro para merecer el ser disecado!... Su piel blanca, ó blanca y negra, tiene un miserable color sucio... Algo muy humano dicen estos perros vanamente inmortalizados y hacen sentir un calofrío más familiar que los otros animales, menos misterioso, más blando.

●

Sin agruparse, incongruentes, de aparición y desaparición esporádica y misteriosa, hay muchos animales representados por un único ejemplar casi perdido... Una tortuga... Un pez sierra—ese pez sierra por el que tanta predilección tuvieron nuestros padres—, pez de recóndito é invisible espíritu, ante el que he sentido viva y clarividente la idoneidad del limo primitivo con el limo actual... Un pelícano, con el plumaje sucio en el defecto del baño diario, irónico y flemático, lleno de la pacífica filosofía de las aguas... Un bacalado de imitación, pero bastante representativo de los ridículos bacalados en salazón... Una zorra escorzada de ese modo sigiloso, cauteloso, andante, con que se escorzan las zorras, zorra lista y perspicaz, como buscando en la muerte las gallinas... ¡Testarudez de la muerte idéntica á la de la vida!... Y otros animales más raros y más incontrables.

Los interiores

Alguna vez, verdaderamente intimidados hemos subido al piso de alguno de estos traperos. Querían enseñarnos sus cosas más preciadas, esas que reservan á los ojos vulgares. Y no hubo más remedio. Así vimos el fondo de sus casas.

La escalera es obscura, desgastada, escalera de cuartel. Las puertas sólo se abren á señales convenidas. Usan aún la campanilla para sonar. Los recibimientos son una garganta angosta que nos estrecha. Sus baldosas sueltas hacen que suenen nuestros pasos como almadreñas. Ya en el recibimiento comienza el museo casero. Una estantería de pino está llena de cosas. De paso que se ve esto se fisga el patio. Es siempre un patio obscuro, con una obscuridad de eclipse, con corredores sucios, pintados de grasa, esos corredores en que se peinan las comadres y en que dejan sus enredijos de pelo, corredores empavesados con trapos de colores crudos colgados de su barandal y con cuerdecitas y retales colgados de sus cien mil clavos casuales. Corredores con ventanas enrejadas de ojos negros y sórdidos. Corredores como velados por un ancho velo de telarañas.

En la ventana por la que fisgamos esas cosas, hay una jaula cuadrada, en la que cuidan estas gentes un pajarraco negro de cabeza gorda y ojos desolados, una pobre alma llena de pena, de infantilidad, de miseria y de nocturnidad.

Después se pasa por un pasillo decorado con cuadros deslucidos en que á veces no queda nada

de su pintura, no obstante lo cual estos hombres esperan restaurarlos y los encomian y los veneran. Después se entra en el comedor. Allí están las mujeres de la casa. La esposa del traficante y esa parienta recogida que se sostiene en la casa cultivando las comadrerías, las vanidades, las vesanias de la dueña. A veces con ellas está uno de esos hombres caducos y enfermos, esos parientes pusilánimes que son recogidos por caridad y que no salen nunca de casa, esos hombres flojos y baldados con una americana larga de grandes solapas, con una camisa sucia y con unos pantalones llorones. Todos estos seres ambiciosos y obscuros miran al recién llegado con una gran ansiedad y esperan que quiera comprar, que se le antoje, hasta el plumero de la limpieza. No tienen la lógica de las familias de anticuarios. No comprenden el capricho de los hombres que compran las cosas más inverosímiles, las que diputaron más inservibles. En aquel rincón esperan el santo advenimiento de alguna cosa que se mezcla á sus sueños, un mueble de laca, un endriago de oro, un cuadro de Goya, un Cristo de talla de la época de Cristo, quizás el propio árbol de que le crucificaron y el propio Jesucristo... ¡Qué gran dinero!...

En ese comedor están las cosas que más les han gustado para decorar la casa, las cosas predilectas, algunas verdaderos caprichos de las mujeres que no venderían por nada del mundo: una niña de yeso, un frutero complicadísimo, un macetero hecho de conchas. Esas cosas que llenan la vida y el gusto de un empalago de muerte.

Después si no habéis escogido ninguna de esas cosas os pasan á la cocina para que veáis si en la despensa hay algo que os pueda convenir. Eso es arredrador. Pero ya no hay manera de retroceder.

De paso para la cocina veis habitaciones con más cosas viejas, con más caprichos de vieja. En la despensa, á media luz, todo es revuelto en nuestro honor con verdadero encarnizamiento. Por fin se acaba y se vuelve á la calle con ansias de beber el agua clara y corriente de la luz y del aire libre.

La pesadilla ha sido completa. Salimos como desgarrados, como vestidos de pobreza, como entintados en la sombra espesa de la casa, en su negro de carbón. Preguntas inquietantes nos incordian... ¿En qué alcobas, atestadas de estas cosas imposibles de mirar bien, duermen estas gentes? ¿Qué cosas colgarán de sus sueños? ¿Qué enormes cucarachas vivirán en los rincones? ¿A qué cuarto de secuestro daba aquella puerta obscura? ¿Qué guisos repugnantes harán en aquella cocina? Estas cosas encarnizadas á solas con estos hombres, ¿no les nutrirán de espanto hasta hacerles criminalmente estoicos?

Los libros

¡Angustiosa, espeluznante sensación la de estos puestos de libros viejos! El neófito puede tener la curiosidad de asomarse á ellos, pero uno pasa ya de largo, cansado de sufrir la visión grave y corrupta, cansado de ser defraudado. Así como es irresistible el hedor á corrupción de cadáver, el pensamiento corrompido, descompuesto, estancado, fermentado, es atroz. Hay una testarudez, una desidia, una obcecación dolorosa y muerta en esos libros. Su letra es letra muerta y dan el espectáculo de las momias, que sostienen como nada el

fracaso de la muerte, incorregibles y llenas de una fea obscenidad, de una triste insidia. Digan lo que quieran las pusilánimes admiraciones, esta conclusión radical y terminante es innegable aquí, en medio de la seducción y de la vida formidable y profunda de la hora esta. En la cabeza se siente un aire que se difunde en nosotros así como en todo, y en el que hay gérmenes que necesitan para vivir ese raudo pasaje, contra el que va esta conspiración sorda de los libros que lo retiene, lo estruja, lo descompone, lo encarece, intenta repugnantemente inmaterializarlo—¡Horror! ¡Horror!—y lo enrarece. Hay una desarmonía infinita y abrumadora entre el ambiente y los libros esos.

Estos puestos de libros del Rastro no son librerías de viejo. En las librerías de viejo el engaño y la solidaridad profesional de la ciudad dan cierta coquetería y cierta seducción aun á los libros. Aquí la incertidumbre de los libros, su falta interior de luz y aire se han recrudecido hasta el anonadamiento.

Aquí todos los libros se mezclan y todos se parecen en esta mezcla, todos se contagian, todos se funden, todos se anulan. De su montón brota un olor á sótano, un olor á agua podrida, verdaderamente rabioso y verdaderamente irrespirable. Todos se vuelven contra uno, hasta los mismos que uno escribió y que ha encontrado aquí, anulados, abatidos, sentenciados, molidos, disociados por una fuerza superior, grata y simpática porque su justicia no es parcial con uno solo, sino que cae sobre todos, salvándonos vigorosamente en contra de nuestra voluntad.

Dentro de esta náusea total hay pequeñas variaciones... ¡Oh, esos libros con un nombre de mujer en la portada: *Carolina, Carlota Gros, La*

triste Matilde, qué antiguas desfloraciones evocan!... ¡Oh, la tristeza de los pies de imprenta, sobre todo cuando la imprenta es una imprenta provinciana!... ¡Oh, los libros de botánica, tan gravosos para la memoria, tan antipáticos!... ¡Oh, la fanfarronería de los precios, sobre todo los que pasan de tres cincuenta!... ¡Oh, la inutilidad de haber tirado los títulos en rojo!... ¡Oh, esos tipos de letras fatales, insostenibles, infamantes!... ¡Oh, los libros de medicina, tan abundantes aquí, y que parecen guardar en sus páginas todos los contagios, todas las obsesiones, todos los estigmas, libros tumefactos, con un olor resabiado de hospital!... ¡Oh, los libros en sánscrito, en inglés, en latín, en alemán, vanos, simplicios á través de su dificultad!... ¡Oh, las guías de países desconocidos, ante las que se previene el desengaño, el tedio de los viajes!... ¡Oh, los mapas reveladores del esfuerzo infantil, impotente, delirante, avaro del hombre para representarse al mundo, que no cuenta casi con él!... ¡Oh, esos adornitos, esas golondrinas, esas virgulitas, esas viñetas, esos caprichos anticuados y pueriles de algunos de ellos!... ¡Oh, las revistas, llenas de un desmayo letal, inventarios de almonedas realizadas ya, coqueterías deslucidas!... ¡Oh, las piezas de teatro, más vanas, más deshechas, más averiadas, más desarticuladas que los demás libros!... ¡Oh, esos libros que están debajo de los demás y de los que no se ve sino el lomo despellejado!... ¡Oh, esos libros en los que para más «inri» el librero del Rastro ha pegado como portadas seductoras estampas pornográficas ó pintorescas, estampas que no tienen nada que ver con el texto!... ¡Oh, todos esos libros que se sospechan en el charivari!

¡Libros todos llenos de erratas, en los que todo

es plagio de plagios de plagios!... ¡Ninguno, ninguno libertario, por más que lo haya intentado ser!... ¡Libros de los que brota una desgana, una inapetencia, una insalubridad, un dolor de cabeza terrible!... ¡Pobres libros, que no se quieren curar de la muerte, con una insania que sólo ellos sostienen en la vida de la Naturaleza!

Cuento de niños

A veces hay juguetes descompuestos. Un juguete roto es tan desolador como un Cristo en la cruz, dolorida la frente, sangrando por el costado y «manco» de los pies y de las manos. ¡Oh juguetes flácidos y resignados!... ¡Clarividencia de lo efímero, sencillo símbolo del intento!

Cuando es uno de esos muñecos con esclavina de colores y cascabeles, se ve á un bufón de rey, maltrecho, lleno de dolores agónicos y penetrantes bajo la invariable alegría de su traje. ¡Tirsos tristes!

Las muñecas son más lamentables aún. Muchas están coritas, enseñando ese deforme, raquítico y achorizado desnudo de las muñecas. Sus cabelleras de mujer auténtica las sobreviven desgarradoramente. Si sus ojos son de los que se cierran, como están medio tumbadas, sus ojos quedan entornados, como puestos en blanco por la muerte. Si son ciegas—como suele suceder—, sus cuencas obscuras tienen una conmovedora mirada trágica y humanísima.

Los muñecos de cuerda son los más impresionantes. Los hay de esos costosos y distinguidos de

complicada maquinaria. Se mueven aún. ¡Pero cómo! Como atacados de epilepsia, disparatados, como con enormes dificultades, haciendo grandes esfuerzos, con algún miembro paralítico, incurable. ¡Qué dolor aquel muñeco saltimbanqui que tan maravillosas volteretas debió dar en sus buenos días y que aquel energúmeno vendedor del Rastro se entretenía cruelmente en dar y volver á dar cuerda, viéndole sufrir tanto al intentar dar una voltereta que le fallaba cayendo sobre un hombro y dando impotentes vueltas de anguila sobre el suelo, mordiendo el polvo sudoroso y resollante como un soldado herido que aspirase á levantarse con dignidad! Algunos de esos muñecos mecánicos enseñan sus alambres, dando un feo y desilusionante espectáculo de cadáveres que enseñan su anatomía en las mesas de disección. Espectáculo más deplorable en los muñecos porque queda su cabeza viva y parlante sobre su cuerpo tumefacto.

Todos estos juguetes usados parecen contener un misterioso espíritu demasiado humano. Aquí parecen haberse sobrepasado y estar más allá de la moral y el pensamiento corriente.

Se piensa con pavura en el niño que los compra como si en ese niño pudiesen surgir inquietudes atrabiliarias, raras predisposiciones, deseos insaciables, desiquilibrios torpes y geniales; ¡qué sé yo qué cosas!

No en vano viven estos muñecos esta vida intensa, sabia y vidente, y no en vano han visto la noche á solas en un desván.

Yo veo al niño que ha comprado aquel inolvidable muñeco sentado en un taburete y que moviéndose parecía querer decir algo trascendental, le veo tornarse viejo, intencionado, grave, jugar con una extraña lentitud con él y quedársele mi-

rando largos ratos, hasta que un día, abandonándole de pronto y presa de una resolución tremenda, le dice á su pobre padre que quiso comprarle un juguete bueno y caro, un juguete de príncipe con poco dinero:

—Yo quiero ser un sabio.

Y yo veo á ese otro niño que compró aquel muñeco tuerto, que miraba con una plenitud que no hubiese tenido de poseer los dos ojos, le veo obsesionado por ese solo ojo, despertado por él, levantarse de noche á cuidarle, á verle, intentar darle de comer, aconsejarse de él, llenarse en su compañía de aficiones locas, hacer con un cartón un telescopio y pasarse las noches mirando por el canuto las estrellas, persuadido de su alta autoridad, comunicando á su muñeco sus hallazgos indecibles, hasta volverse loco.

¡Peligrosos, sobrecogedores juguetes del Rastro llenos de ciencias secretas, de ciencias exactas excesivas para los débiles niños que necesitan crecer en la ignorancia para salvar su vida, para que no llenándose de la idea de la inutilidad no se dejen morir ó enloquecer cuando tan fácil les es!

Los transeuntes

La turba de los transeuntes del Rastro es indecisa y pasa desapercibida. Influye en esto el que nos creemos en una soledad absoluta, embargados por algo menos trivial y deleznable que los transeuntes. Muchos días no recordamos haber visto á ninguno de los que andaban por allí. De las miradas involuntarias que en la asiduidad se nos han

escapado hacia ellos conservamos el recuerdo de algunos tipos posibles.

Lo más nutrido de la multitud que deambula por el Rastro lo forman una serie de hombres menesterosos, con fachas resignadas y hostiles de trabajadores de más. Muchos llevan blusa azul, otros llevan americanas rotas, ó muy anchas, ó muy estrechas, ó muy largas, ó muy cortas. Van lentos y se abstraen con todo lo que ven. Entretienen su dolor insoluble. Junto á estos hombres pasan más apresurados, sin distraerse, con la cabeza baja, callados hasta en el andar, pues calzan alpargatas, otros tipos de trabajadores, que van ó vuelven de su trabajo. Las mujeres de unos y otros engrosan el grupo pobre y proletario.

Por entre este populacho, van solitarios y abandonados tipos muy mezclados:

Avaros; esos personajes de caras biliosas, de barbas y bigotes ralos, de bocas chupópteras, de ojos escondidos, de narices ambiciosas. Llevan gabanes verdes y sombreritos pequeños y puntiagudos calados con obcecación en sus cabezas pequeñas y puntiagudas. Son los avaros pobres que no comprarán nada hasta que no encuentren la custodia de oro y brillantes que buscan y esperan incansablemente... Una norteamericana ó un extranjero, ó un matrimonio extranjero, que vienen á ver lo que es esto y á comprar alguna maravilla. Se les ve desencantados, defraudados, aburridos, incapaces de comprender y de amar lo que ven—hastiadas almas desorientadas en el vano deseo de los viajes... Viudas de manto deslustrado y pardo, desvencijadas, derrengadas, de torpe y cansado andar, que han venido á por algo cotidiano para su casa lóbrega... Una rubia prostituta, aguerrida y con mantón alfombrado, que ha debido venir bus-

cando esas cosas de relumbrón, esos objetos de una salvaje fantasía que hay aquí... Viejas de sombreros antiguos, empingorotados, envueltos en blancas gasas de encaje, esas viejas avestruces que tan raro hacen en la ciudad. Buscan aquí un abalorio, un camafeo, una aplicación para su calva coquetería... Un farandulero, que aburrido de su vida de teatro es amigo de los parajes entretenidos... Matrimonios pobres, feos, vulgares, que buscan cosas muy baratas para su hogar insostenible... Jóvenes petimetres que á las claras son vanos, imbéciles diletantes que lo miran todo con superfluidad, con suficiencia, con superficialidad. Son los más irresistibles de ver... Algún escritor mediocre y sentimental, que en vez de arrepentirse de todo lo que ha escrito, lo mira todo con su alma incorregible, angosta y valetudinaria, cultivando su literatura de rapsodias y tópicos. Es un espectáculo perturbador de la densa serenidad que aquí se disfruta el verle tan impenetrable y tan viciado... También pasan esos hombres *anormales,* desmedrados, inclasificables, videntes, locos, de una elegancia pobre y grotesca, que tanto desentonan en el centro de la ciudad y aquí tienen un aire raro de sensatez, de tranquilidad, de reposo. Caminan como respirando á sus anchas. Entre todos el que más viene por aquí es ese loco de las cejas pobladas y negras, de los ojos grandes, de la cara granujienta, del sombrerito redondo, de la gran corbata y de la levita ribeteada, que tan hondas é indecibles miradas nos ha echado, volviéndose con la mirada fija en nosotros á nuestro paso, como si nos amara como un hermano y nos comprendiese y nos lamentase... También pasan por aquí anticuarios sigilosos, de ojos de vulpeja, de frente cerrada, revestidos de incógnito, que cuando ven algo lo cogen como los

gatos á los pájaros, turbados del temor de que se les escape la cosa, que en seguida chalanean, en seguida guardan en sus hondos bolsillos por grande que sea, y en seguida, á escape, se vuelven á su tienda...

Vilanos

Sobre todo lo que se agrupa aquí en los puestos más misérrimos hay aún algo más pobre y postrero, algo á lo que se podría llamar «los vilanos».

Los vilanos son lo último de lo último, é inhumano sería decir que no se para mientes en ellos. Se les ve, y la gran realidad de la hora, la verdadera realidad, se fundamenta y se cerciora quizás más que por nada, por la visión de los vilanos, penetrantes hasta no se puede calcular qué fondo inefable.

Un vilano es ese resto de sombrero que da tumbos sobre las piedras siempre de costado, ladeado, impedido como una foca Cuando es un sombrero de copa es divino y endiablado, cuando es un hongo es grotesco y tristísimo, cuando es un sombrero de paja es pueril, deleznable y revela más que la divinidad del copa y que el drama del hongo la cómica flaqueza humana.

Un vilano es ese zapato descabalado, abierto, muerto de risa, huído, pisado por un carro, muerto como una rata, ligero aún en su pesadez y en su torpor, y por eso vilano.

Vilanos son los pedazos de periódico ilustrado, con su fotografía—tan expresiva y tan lamentable—á cuestas, y esos restos de libros, abiertos por medio en dos alas caídas y casi desplumadas, esos restos de libro tumefactos y desoladores.

Vilanos son las plumas de ave que se ven en el suelo y la botella que hace temer su atropello como el de un niño frágil.

Vilanos son esos guiñapos que han estado colgados en los hilos del telégrafo y esos otros que han pendido de los árboles como restos del hombre ahorcado ó del pájaro helado.

Vilanos son muchas cosas más que de momento dan fondo al momento. Ante estos vilanos del Rastro llegamos á no saber lo que hemos visto como vilano ó como objeto establecido y amarrado á su comercio. Todo llega á ser para la imaginación vilanos fáciles y socarrones. En ellos se revela lo tránsfuga, lo desprendido que es todo. Hay en ellos una incuria trágica, un desgarramiento, una inmoralidad intensa y manifiesta. Por algo nos hemos fijado demasiado en ellos y hemos tenido que confesarnos que hay en su liviandad algo trágico y representativo. Los vilanos empluman y se burlan de la vida empecatada y apocada de las ciudades, desconcertando su seriedad civil y militar con su pegote, con su colgajo, con su rasgo realísimo, con su indiscreción. Como ese bailarín de papel que los colegiales cuelgan de la espalda á su profesor, son una inimitable ironía. Los vilanos, que no se sabe de dónde vienen, tienen un cometido irrespetuoso, desatinado y supremo.

La vieja bruja

Pone una mirada de ojos que no os conocen, que no os conocerán nunca, nunca, que no tienen deseo de ello. Su pelo peinado con ira hacia detrás cae en greñas desiguales y pingosas. Su nariz es res-

pingona y borracha. Su boca es torcida y gangrenada. Todo su rostro está lleno de torpeza, de puntos muertos. Tiene una sombrilla sin puño, abierta y sostenida inexpresivamente, pareciendo con un parecido sin rebuscamiento una de esas chinas miserables, idiotizadas y sucias, que con un quitasol aparecen sentadas en las gradas de las escalinatas del Ganges, y como ellas parece presenciar la traída de los cadáveres al río ó algo tan estupefaciente. Su cuerpo es un cuerpo de pelele mal hecho, ese pelele que saca mucho un hombro y se tuerce por la cintura y tiene vuelta del revés una pierna, ese pelele en el que es forzada la postura de los brazos y el asentamiento, y en el que es sobre todo difícil el que cierre con naturalidad la mano, de la que quedan los dedos medio abiertos y medio cerrados con gafedad. No parece vivir del corazón, sino de una alimaña hija de la corrupción del corazón y de al fermentación, del último residuo de todas sus facultades.

Sentada en un claro del patio de las subastas, sobre un baúl costroso y siniestro, me será inolvidable. Su empaque es el de las viejas enriquecidas y de las viejas aristócratas, sino que puesto en completa evidencia. Al lado suyo un viejo en pie, con un rostro maculado y maneras de esclavo, espera también al comprador. Su mercancía se extiende en el suelo sobre la tierra. Resulta absurdo y trágico su comercio. ¡Parece imposible! Una cuchara de metal, una cuchara de palo, el grifo de una fuente, un clavo, una cesta—una cesta descostillada—, un pobre puño de bastón, un pitorro de lavativa, un soplillo y nada más. Es el puesto representativo de estos que abundan en el Rastro y que no se sabe qué intentan, en qué consisten, qué pueden esperar.

La vieja, con cara de clown y traje de parodia, clown con botas como tortugas, mira sin embargo con avaricia, sin quitar ojo á su puesto de los cuatro clavos.

—¡Esa cuchara tiene un baño de plata!—dice de momento en momento, con un ansia balbuciente, con una concupiscencia sofocada.

Ante esta vieja infraganti, he sentido toda la irrespetuosidad, todo el desprecio que merecen ciertos viejos, casi todos. Una idea antigua y callada se ha hecho inminente en mí. La vejez innoble, descuidada, enervada, emplastada, que sólo acaba viviendo de su ardor fecal, la vejez de casi todos los viejos es como la confesión del crimen, de la insensatez de su juventud, en la que no se cuidaron de buscar motivos sinceros de vivir, juventud en la que no tuvo firmeza y franqueza la sensualidad, juventud de la que no asumieron los principios libérrimos, juventud que hizo casual, inmerecida, ambigua, contradictoria, su propia belleza; crímenes que no pueden prescribir con la vejez, porque bien mirado es la vejez tan inmediata á la juventud, que el momento implacable, injusto, anodino, impasible, de esa juventud no ha pasado por ningún largo trámite depurador y transformador. Esos viejos así son los mismos jóvenes crueles, sólo que infragantis. El respeto á esa variación insignificante de tiempo que no varía ni la estupidez ni la incuria de las viejas adolescencias, es un exceso de caridad que nos transforma en cómplices de esa insidia que brota más que nada de esa falsa ecuanimidad de la vida respetable.

Ante esta vieja bruja del Rastro, he sentido con clarividencia la obcecación de la mujer, su intransigencia, su tentación á voluptuosidades que después se repudia á sí misma en vez de esclarecerse

con audacia, su intento de dejar sin voluntad para toda la vida al hombre, la hipocresía que hubo en la pierna bien calzada de las jóvenes, idéntica, idéntica—razón suprema—á esta pierna que salida de su sitio luce con descoco la bruja, calzada con una bota desabrochada y de orejera salida...

Lo posible

Sobre todo lo que se ve está lo que es posible que esté, lo que es posible que pueda estar y lo que es posible que haya estado. No es la fantasía la que hace ver lo posible, sino una rara seguridad que cuenta con la realidad más estricta. Los caminos largos, comunes y mendaces de la fantasía, por los que se podría llegar á hacerlo coincidir todo aquí, viciarían la verdadera emoción con su exceso de lo pintoresco, con su abominable efectismo.

Entre estas cosas posibles que se sospechan con verdadera insistencia, está no se sabe por qué la dentadura sarcástica de Schopenhauer, el manuscrito que perdió Oscar Wilde en un coche y del que no pudo saberse nada, bártulos, vestigios personales de personajes de las novelas, las cosas, por ejemplo, de aquel investigador de lo absoluto de la novela de Balzac, cosas de los personajes de Dickens y de sus casas, todas las cosas que tenía en su desván el viejecito del Pato Silvestre de Ibsen, el cuervo de Poe disecado y silencioso, etcétera, etc.

Son incongruentes y arbitrarias estas sospechas, pero se expresan llenas de razón suficiente... Se

sospechan aquí las cosas que decoraban abrumadoramente el cuarto que fué nuestro en aquel hotel francés. Colocamos aquí aquellos cachivaches que vimos de pequeños en casa de aquella anciana amiga de nuestra abuela. Abandonamos aquí los restos—traje, reloj y botas—de aquellos suicidas que tuvimos la desgracia de ver muertos, aquel ahogado y aquellos dos muertos de bala. No sabíamos lo que hacer con ese recuerdo.

Cosas remotas, cosas vistas en aquel pueblo, cosas atrabiliarias, cosas de las que sólo tuvimos referencias. Algunos de esos objetos que se sospechan llega á atacar vivamente nuestra sensibilidad como próximo, como si nos anhelase, como al magnetizador ataca el objeto escondido al que busca ciegamente, y que le asalta dentro, le encamina, le posee.

Todo es posible en el Rastro, y en esta posibilidad todo descansa, se va, nos despeja. Se gana así en tranquilidad porque las cosas más obsesionantes, más adheridas, hasta las más esperadas, así se pacifican, se distraen para siempre, sueltamente, desahogando el alma atorada de ellas.

En el Rastro habrá pronto, caído y tranquilo, un aeroplano, y ese hombre automático que prepara la Civilización vendrá al Rastro también.

Las armas

El Rastro es una armería pintoresca y atestada. Estas armas del Rastro han matado quizás y quizás no. Lo mismo da. Aquí están tan formidables, tan eficaces, tan poco sentimentales, sin confidencia

ni emoción, más allá del crimen y del perdón, con una inocencia enérgica y expedita tan dispuesta á matar como á no matar.

Hay pistolas absurdas, cachorrillos pesados como cañones de aquellos que eran cargados por la boca, pistolas de un cañón con cierto aire noble y franco, ante las que se piensa en *Fígaro,* pistolas de dos cañones como con doble vista para más eficacia, y sobre todo *revólveres* de varios tiros, envueltos en su cartuchera como preparados para una larga guerra, para un largo rencor, implacables y relapsos, tripudos, concupiscentes, mucho más antipáticos que las demás armas de fuego...

En días de miedo ó de cólera negra hay alguien que las compra para dispararlas quizá en el día, pero después no las dispara y sólo juega con ellas y siente el placer recóndito y desgarrante de poseerlas. Algunas es indudable que son de las que se disparan en los crímenes pasionales de la gallofería, rápidos, irreflexivos, vulgares y de muerte. Por esto parecen obcecadas, de fanático y sanguinario caletre, de alma anodina y de malos instintos. Algunas vuelven de nuevo para estarse una eternidad viviendo su vida contenida y pertinaz. En sus gatillos hay una vida apretada, retráctil, eficaz, permanente como en unas mandíbulas vivas, porque si no se entreabrirían flojamente, y en su culata hay como una mano rigurosa, musculosa, imperativa, fuertemente cerrada.

Hay escopetas para cazadores furtivos, para contrabandistas ó para revolucionarios. Escopetas libres é interesantes, escopetas novelescas y gallardas. Escopetas de un alma rebelde, aventurera, generosa y desenvuelta.

Hay espadas de todas clases con inscripción en la hoja, alguna en latín, alguna de una fanfarro-

nería caballeresca indigna de recordarse... Hay feas espadas de guarnición, de antigua y amanerada forma, que no se sabe quién se llevará, porque son feas para matar dada su forma reglamentaria, su aspecto militar y disciplinado... ¿Esperarán quizás una guerra civil, quedas, envainadas, afiladas siempre? Hubo entre todas unas altas y formidables espadas que vivieron mucho tiempo en un rincón obscuro y disimulado, unos grandes espadones llenos de prestigio y de alcurnia como los que en vitrinas de museo lucen su ejemplaridad. Siempre entraba hasta el fondo de aquel chamizo para verlas, para comprobar su constancia, su entereza, su excepción, y cogerlas en vilo un momento y sentir la tentación de comprarlas, cuando un día desaparecieron al fin. Entonces sentí todo lo irreparable del caso y cómo debí quedarme con aquellos espadones de museo, heroicos, recios, verdaderos, las armas más señoriales y enterizas del Rastro.

Hay entre todas esas espadas espadas de torero que aquí se muestran en todo lo que tienen de juguete, de inferioridad, de aborto. No se las puede tomar en serio aunque su acero brille tan genuinamente como siempre brilla el acero. Su puño es un puño incomprensible y desconceptuado.

Hay muchos puñales, tirados como después de haberse servido de ellos. Algunos cuelgan descuidadamente de un clavo, no como puñales para la venta, sino como puñales de los que se ha desnudado un hombre, con cierto carácter de «cierto hombre» todos, muy machuchos todos. Algunos de hoja limpia, un poco patinada solo, pero lisos y rectos, tienen una nobleza indiscutible, por la que sólo matarán cuando estén llenos de la sinceridad suficiente, dándose clara cuenta de que es bello ó liberal su crimen. Muchos de ellos son puñales ensaña-

dos que tienen una ranura mortal en el centro de su hoja, una ranura que desgarra incurablemente la herida, que deja un vacío en la carne, que insufla en ella una burbuja nefasta de aire. Otros son casi casi cuchillos, y esos puñales desnaturalizados, esos cuchillos parece que por su hechura han matado ya y bastante hieren al corazón con esa posibilidad. El puñal debe ser limpio, liso, caballeresco, recto y franco, sin esa ira preconcebida y retorcida de los puñales monstruosos de forma canalla. Se comprenden las veinte puñaladas que á veces se infieren para matar bien, antes que ese artificio para matar desde luego, desde antes de matar, irreparablemente, incurablemente, ayudándose el puñal de lo inerte, de lo imposible, en lo más vicioso de la muerte.

Hay navajas, esas feas y solapadas armas en que está contrahecho y disimulado el puñal y en que está quebrada la heroicidad del arma blanca. Algunas, como esas en que hay escrita una fanfarronería como la de «si esta víbora te pica, no te valdrá la botica», son de una chulería criminal é indigna. Se comprende el crimen, reconociendo su valor dramático, el valor supremo de su fatalidad, reconociendo la excitación inaudita del alma y del cuerpo al entrar en él y tocar más allá de unas entrañas de mujer, en un delirio más hondo, pero la frivolidad, la chabacanería, la idiota concepción del crimen de estas navajas, merece la pena capital sólo por su falso enunciado del crimen.

Hay panoplias historiadas, con raras armas exaltándose sobre el rojo corazón en que se sustentan. Las panoplias revelan un carácter obscuro, obcecado, repulsivo, de hombre de posición, de propietario con aburridos caprichos, que entristeció y apesadumbró el paisaje de su casa con sus

panoplias. Recordaré siempre con ansias de liberación aquellos despachos en que vi alguna panoplia. Las armas además en las panoplias pierden belleza, pierden diversidad, pierden la espontaneidad de su instinto, su falta de docilidad, su rebeldía, su montaracidad. Las armas en la panoplia se hacen calculadoras, correctas, malignas, reservadas, traidoras, anodinas.

Hay un montón descabalado de armas impares y singulares... Una larga lanza de salvaje... Una espada japonesa... Una ridícula espada de teatro con puño y vaina sólo... Un arco y un canuto de caña lleno de flechas miniadas... Gumías, bolos, yataganes, armas salvajes que el fanatismo encurva ó hace anfractuosas. Espadas de arcángel, de ondulada hoja, de muerte fulminante y desgarrada... Espadas con inscripciones árabes en la hoja, inscripciones en las que se sospecha una enconada maldición... Una espada que se me quedó grabada como ninguna, una espada grande, ancha en la punta como un hacha, y en cuyo ancho puño, un espeso mechón de crin la daba como una macabra cabeza, una delirante y bárbara cabeza, con una melena viva y selvática.

La presencia de todas estas armas da al Rastro un aspecto temible, lo hace más trágico, más aleccionador de la revancha, más íntegro.

Los vendedores de esas armas las acaban de dar sentido.

—Tiene un gran alcance—dicen del revólver que ofrecen—; á una distancia como de aquí á aquel hombre—y señalan un hombre lejanísimo—, haría sin duda un blanco seguro y mortal.

—Este es un puñal envenenado—dicen con un deje de favoritismo en la voz, manejando un puñal con unas manchas verdes como de cera virgen

incrustadas en dos ranuras de la hoja, sin arredrarse de conservar el puñal venenoso hasta para la mirada, sin arredrarse de ofrecérselo á algún hombre pasional ó rencoroso, intentando seducir al parroquiano con un acento instigador y silencioso.

La policía les tiene prohibido conservar sus puñales con punta y se la hace remachar, pero ellos con una gran artería en el momento de la venta la vuelven á afilar sobre el mismo canto de la acera y así aunque pierdan un poco de su hoja siempre les sobra para matar.

●

Un día compré á uno de ellos un puñal. Pedía demasiado. Yo regateé. El impío vendedor ni me miraba ni me comprendía Se obcecó en una cifra —el gran peligro para la buena suerte de los compradores— y no pasaba de ahí. Yo insistí, y entonces aquel hombre duro, implacable, de baja mirada arraigada en la tierra, me dijo sacando un puñal como un cuchillo de carnicero, de ancha hoja de besugo, que blandió como el que da una puñalada en el vientre:

—Si quiere este otro, es más barato y puede hacerle el mismo servicio...

Sonreí á su complicidad sincera y decidida, y para no perder en su concepto no discutí, porque no quería sino el elegante y voluptuoso puñal de puño de marfil y funda de terciopelo azul que le compré. ¿Cómo explicarle para qué éxtasis, para qué penetración en el alma quería yo ese puñal? Ni me conoce ni me conocerá; está enroscado y su cabeza se hinca en su pecho; él vende sus puñales para que otros más valientes maten con ellos algo

de lo que él quisiera matar, y se entretiene en limar y trabajar sus cosas de hierro.

Los Cristos

Sobre el mismo suelo acostados á veces, otras veces de pie y otras colgados, reposan los ídolos, todos los ídolos universales. Se les descubre con predilección porque completan esta idolatría—apóstata al mismo tiempo que idólatra—que se siente por todas las cosas del Rastro. Todos resultan ídolos idénticos, complacientes, catequizados por una doctrina contraria á ellos, todos, sin exceptuar los Cristos, todos, todos llenos de una sabiduría inmoderada, compacta y entrañable como su propia materia y su silencio.

Los negros ídolos sin ojos, con dos agujeros hondos y de mirada penetrante y áspera, son ya solidarios con los Cristos y tienen su misma actitud. Todos están fracasados y asemejados en un ambiente más fuerte que ellos, todos están en el instante del equilibrio, de la nivelación, de la reciprocidad, atravesados, transverberados por el mismo fluido astral y por los mismos éteres extraordinarios y naturales, allanadas, transgredidas, unificadas las viejas y momentáneas divisiones.

Idolos no hay muchos. Sólo de vez en cuando viene uno de su región, de los lagos centrales de Africa quizás, tal vez de otro punto. Son negros, teratológicos, animales, tienen una boca muy grande ó muy chica, algunos tienen senos de mujer y casi todos una panza hidrópica, porque los ídolos son tan sedentarios, que eso favorece el desarrollo de su tripita.

Lo que más hay son Cristos. Cristos deshechos, con la carne comida, como con la piel reseca y pegada al cuerpo enjuto, todos los tendones y las costillas revelados, cuerpos contraídos y secos como los de los cadáveres embalsamados.

●

De pronto, al entrar en el fondo obscuro de un chamizo de estos como quien entra en una de esas criptas sin claraboya ni sacristán, ni alma viviente en su nave, en las que da cierto miedo el que esté abandonado el rico copón de oro, aparece un Cristo, el Cristo común con la cabeza ladeada, caída, las barbas hundidas en el pecho y su gesto elocuente y cómodo de hombre perdido en un sueño eterno y flojo... Su cruz le mantiene acostado y prendido, pero muchas veces su cruz le falta, y entonces, libre todo su gesto, resulta visible en toda su amplitud y su deliquio, en toda su muerte y en toda su extensa tranquilidad, así como otras veces no solamente sin cruz, sino sin brazos, porque se los cortaron á cercén los ladrones supersticiosos para arrancarles de su cruz y como para evitar que se defendiesen, queda en ellos aún su gesto, lo prodigan y lo llenan de su bondad inerte, fallecida y sumisa... Todos ellos tienen un aspecto mísero, acobardado, vencido, quieto, dulcísimo, resultando tan humanos como los muertos que fueron dueños de los objetos miserables que conviven á su lado, esos muertos desconocidos á los que representa, evoca, asume y añora el señor Cristo.

●

Están curados del infierno y del paraíso. No prometen nada. Están convictos y confesos. Se

reunen con todas las cosas, se comparan con ellas y como ellas interceden por los hombres, de buena fe, siendo tan sencillos, tan cotidianos y tan abstraídos como ellas, á las que son semejantes en postura y flaqueza. Entre piedras estos Cristos son como una piedra, entre cristales como un cristal, entre hierros como hierro, entre maderas como madera. Su forma se deforma, se borra, se funde, se soterra, se fusiona, se expande, se duerme, se interna como á todo le sucede.

Y como todo en el Rastro está redimido y libertado, hasta los Cristos están redimidos de sus estigmas y de su símbolo más pesado que su cruz, más abrumador, más rígido, porque si su cruz fué simplemente más pesada que la que les hubiese correspondido, su religión resulta más pesada, más insoportable, más tremenda que su cruz... ¿Cómo les hicieron inventar el pecado original, esa invención que ofende desnaturalizadamente al acto más noble y más religioso, al acto por el que existe su imagen, su palabra, su comparación, ellos, su padre y el espíritu santo?... De aquella enorme falsedad están ya absueltos, alejados y limpios estos Cristos.

●

En la conciencia de la tarde, del lugar y del tabuco hay una transigencia sin límites, ancha como la anchura total y posible de lo ancho, envuelta en una ley neutral y cordial.

En esa conciencia de la tarde, conciencia bastante y ninguna, los Cristos son galvanizados por ella como ranas cualesquieras.

●

Los hay grandes, de piernas largas y brazos que si se soltasen les llegarían á los pies. Su carne tiene la piel encostrada y descompuesta y la sangre de sus heridas está descolorida, lavada, restañada, y la brecha de sus heridas está seca si no cicatrizada, careciendo de dolor si no es que está cerrada... Tienen cara de hombres sensatos de barbas compungidas, serias y dulces, de esos que llenos de espirituales placeres solitarios un día son asesinados por una multitud y después realzados por otra, tan incomprensiva como la que los mató, porque les eleva por sus ideales más públicos y más extraños, dejando aparte su divinidad solitaria é intransferible...

Ante ellos se sospecha que si no como hijos de Dios, les gustaba mirar al cielo diciéndose cosas vitales y dulces interiormente, llenándose de sí mismos... Parecen hombres maduros, de talento maduro, de amor maduro, amor que refiriéndose á la mujer les daba ese talante lleno de grandeza y dolor pasional que tienen sus mascarillas... Se ve en ellos sobre todo esto, como pegado á sus rostros, como consubstancial y veraz, como única sabiduría en la tarde del Rastro, una persuasión de la vaporosidad de la tarde, muy experimentada desde antiguo, una persuasión incomunicable, pero vívida.

•

Hay Cristos grandes de pecho oprimido, de piernas sarmentosas, de una musculatura de trabajadores, y parecen como cadáveres lanzados á la fosa común y exaltados á la cruz por el comercio y la utilidad, como si con la misma insensatez avariciosa con que se corta el pelo á las muertas y el día de las cremaciones obligatorias se arrancan

sus sortijas y sus cosas servibles á los muertos cuya sepultura perpetua ha caducado, así á los hombres que se encuentran en buen estado se les recoge para venderles como Cristos... Si no es esto, este es el sentido de los crucificados de tamaño natural, tallados para los vivos, para los epilépticos, para sórdidas complacencias á expensas de la muerte.

●

Estos Cristos del Rastro, sin coacciones al rededor, pierden toda enemiga y nos devuelven en su muerte y en su pecho abierto nuestra muerte y nuestro pecho. Son como un monumento funerario de un cualquiera y nos muestran á nosotros mismos desnudos, curtidos, replegados, íntegros, desperezándonos por fin... Esta es una justificación—más pura que aquella con que les ha querido justificar la cristiandad—, de esa exhibición de la muerte y del desnudo, tal y como la tarde sensatísima del Rastro nos lo enseña. Y más. En el desnudo de estos Cristos está el desnudo conmovedor que dimos á las mujeres, el desnudo que pudimos dar enfermos del tifus al baño salvador, el desnudo que dimos al mar en los baños de ola, están todos esos desnudos estilizados de una manera dramática, desgarradora y serena en medio de todo. Esta es la lección que hasta las almas confusas de las mujeres alcanzan en el fondo de su hipocresía.

●

Evocan también al muerto anónimo del hospital, al tuberculoso, á todos los muertos ó moribundos de necesidad, de desigualdad, de injusticia, por accidente de trabajo, por suicidio en la deses-

peranza. Son Jesucristos convertidos al conmovedor arrimo de estas cosas, viejos Cristos que se apiadan y se vuelven sinceros viendo estas cosas que son como exvotos depurados, inocentes y olvidados, sin reminiscencia ninguna de sus dueños, pruebas de una indiferencia suprema que les aplaca definitivamente.

Es inconcebible aquí, viendo estos crucifijos, la idea de los Cristos implacables, renovadores y prolongadores del dolor según los han inventado los empedernidos. Estos Cristos están dedicados á una sencilla veleidad, tranquilos y enervados por todo lo que solamente la madera recoge, pues la vida personal parcializa, reduce el conocimiento, lo radica en ciertos extremos, mientras que la muerte, la imagen, la cosa, lo recoge todo, se satura de ello, sin ese punto muerto, indesdoblable, vano, irreal, invertido, sobre el que descansa el conocimiento.

●

Un pasaje bíblico renovador, zumbón, con tono de profecía se nos ha revelado frente á estos Cristos. Dice así:

«Hijitos, tanto yo por mi venida al mundo como vosotros por la vuestra hemos sido salvados... Eso no tiene vuelta ni contradicción. El amor, la sensualidad justificó vuestra presencia y fué vuestra virtud original. Nada más leve que vosotros, ni que merezca menos entretener las discusiones, porque nacisteis muertos. Llenaros de pensamientos tan ligeros como este para no atormentaros.

»Ya lo dijo mi profeta: yo sólo os quise cambiar el corazón de piedra por el corazón de carne, que no es tampoco el corazón divino, de piedra también, de la peor y más dura piedra.

»Morid de vuestra pasión como yo, porque los que mueren sin una pasión noble y suficiente, hecha, sazonada, encantada absolutamente por lo mortal que es, consumirán la eternidad del infierno en la desazón, en la avaricia, en la insensatez de la hora postrera...»

●

Las cruces sin Cristo resultan un signo jeroglífico como otro cualquiera, aunque con una perversa agudeza. Son como armas. Las grandes se parecen á aquellas terribles espadas que se manejaban á dos manos. Las cortas son como espadas sencillas y aviesas y las pequeñas como puñales afilados y sutiles, disimulados y traidores.

●

Entre todas esas imágenes de Cristo, un día adquirí la más conmovedora y me la llevé á mi posada. Es una cabeza de Cristo de tamaño natural, aserrada por los ladrones, en la prisa ó en la imposibilidad de transportar el resto del cadáver, y que así modificando la historia de la muerte del Señor lo tornaron más humano, llenando de flojedad de criatura carnal esta cabeza. Sostengo su mirada á través de las pausas, y en esa contemplación hallo una gran libertad, una seguridad, una ideonidad sinceras. Ante la imagen, frente á frente, casi en su adoración, se debe conseguir el descreimiento, la serenidad, la mayor confianza en uno mismo, la confusión, la asimilación de la imagen con uno.

●

Completando la figura de Cristo, tan pura y prova aquí, donde nadie les reza ni les hostiga, hay á veces pinturas de él. Entre todas, las más inolvidables son las que representan su faz en el lienzo de la Verónica. Hallada esa huella aquí, resulta la auténtica, la que se disputan varios países. En esa faz, hecha con trasudores sangrientos, se representa esa cantidad de humanidad desgarrada que hay en los espacios, esa faz real y representativa en que se concretaron involuntariamente los dolores comunes, todos los dolores de las soledades, de las impotencias, de las cárceles, de las minas, de los artistas y los apóstoles á los que lapidan precisamente los creyentes.

Los animales vivos

Entre la rendición de las cosas del Rastro, en medio de su ruina y su desolación, toman una vida excepcional y casi religiosa los animales vivos. Es lo que sucede ante todo paisaje desastrado en que el hombre lleno de postración ó de renunciación vuelve los ojos con algo de asombro sobre los animales inferiores, que en esos momentos oportunos se le revelan llenos de un instinto superior, trágico, penetrado de un mandato inflexible, incandescente y fatal.

¡Dramáticos, exaltados perros de los basureros, de los vertederos!...

Aquí se reconoce á los animales y se les observa con mirada atónita y dilatada.

Se ven muchos perros vagabundos, como si supiesen que este es un sitio libre, el sitio final en que

pueden estar y campar por sus respetos. Merodean con calma, como husmeando un tesoro de cerca, con una certeza recóndita. Vienen de muy lejos. Han sido perseguidos bajo el fragor de grandes espadas. Son de esos perros que pasan de refilón por la ciudad y que angustian la conciencia con la idea de su hambre y su desamparo.

Abundan sobre todo esos perros pequeños con un ojo cubierto con una mancha negra que profundiza y hace lamentable, intencionada y grave su expresión, como si viviese el ojo dentro de un cardenal tremendo.

Esos perritos menudos tienen facha de pobres y débiles desgraciados.

Algunos son perros rebeldes, esos perros que en las solemnes «paradas» ó en los días de procesión ó en los días en que el rey pasa seguido de su estado mayor por la avenida limpia de gente, descomponen la seriedad del acto, lanzan la especie subversiva, corriendo impunemente por el claro respetuoso al que hacen corro todos. ¡Hermosa manifestación de rebeldía!

Aquí los pobres perros tránsfugas se pueden echar sobre la tierra sin ser levantados de un puntapié por la policía ó los transeuntes, que les obligan á avanzar sin cuidarse de orientarles ni de señalarles un hospedaje para el final de la jornada, lanzándoles sin escrúpulo á una jornada infinita.

Haría bien aquí un galgo esquelético y fantasmal. Pero los galgos, que tan aguda y vivida presencia tienen, no abundan en ningún lado lo bastante.

Estos pobres perros echados sobre el santo suelo del Rastro, tienen unos ojos desconsolados, que cierran como los niños cuando van á llorar, unos ojos sobrecogidos que aprietan los párpados heridos con

fuerza por la insufrible picazón de las pulgas, que son el infierno en que hierven los pobres. Estos pobres perros que se han sentado porque ya no pueden más, porque están verdaderamente anonadados, agotada su inverosímil paciencia, lloran en efecto, pero lloran por la boca como en las grandes desesperaciones salidas de madre. Lloran porque tienen la lepra, porque tienen pulgas inextirpables, porque caen hasta fuera de la esclavitud y porque no pueden hablar, como paralíticos que tirasen de su lengua con un loco deseo, en la punta afilada de su lengua la afilada razón que no pueden decir... Algunos inconscientes y olvidadizos juegan á abrazarse y morderse como los niños, sin pensar que no volverán á jugar más ni en ese trecho ni con ese amigo...

Estas gentes del Rastro suelen prohijar á estos perros perdidos, y además de sus seis hijos tienen á sus expensas al perro. Son pobres, pero de este modo no renuncian á ser ricos, á tener un rasgo de tales, una satisfacción de lujo, el placer de dilapidar, mucho más cuantioso en ellos que en ningún poderoso. Además, esta adopción de su perro no es nada superfluo, porque esto les ayuda á vivir y el espectáculo de su perro es casi casi una contemplación religiosa. Ellos se compensan en lo pintoresco de su comercio, de lo pintoresco viven y lo pintoresco contiene su desaliento; así es que mirando á su perro en las largas esperas de su profesión hallan una distracción, una animación, una especie de presencia sobrenatural y engañosa. Sus perros son un estoicismo práctico que ni sus hijos pequeños les infunden, llenos aún, con su actitud de pequeños perros, de las consabidas y aflictivas flaquezas humanas.

●

Los gatos adquieren aquí más secretos prestigios y más endiablada adivinación. Su alma es más negra y su magia también. Están más enterados de la bajeza de las concupiscencias humanas y de sus apremiantes necesidades. A la vez conocen las ansiedades dislacerantes del infinito y toda la posibilidad de nuevas imágenes que se recitan en su silencio. Se les supone reminiscentes de todo y en su memoria no repugna creer vivos todos los recuerdos habidos y por haber.

En los gatos del Rastro parece hecha la síntesis suprema y postrera. Desde luego está conseguida la síntesis del Rastro y de los obscuros antros de las cosas. Síntesis indecible y guardada, síntesis hermética, inatacable en ese reducto en que indudablemente está. Hallémosla como gatos desinteresados, solitarios é iliterarios, porque quizás necesita de esas tres condiciones para su destilación perfecta. La verdad necesita una discreción tan trágica.

●

Aquí, porque estos pobres y filosóficos moradores necesitan ese consuelo, se venden también pájaros. Pájaros hacinados en esas jaulas aplastantes y abuhardilladas, sin pan ni agua, que nos indignan al pasar. Pájaros de los alrededores de la ciudad, pájaros indígenas, pájaros ciudadanos de los que por eso es más injusta la prisión y se nos infiere un poco á sus paisanos. ¡Criaturitas!...

Junto á esa jaula angosta, en que sufre la carne humana de esos pájaros —terrenos más que celestiales—, hay otras jaulas de pajarracos negros. En estos pajarracos hay más trascendencia que en los otros, y ellos dan más carácter al Rastro y agravan más su alma. Encarnan para el gusto obscuro que

se desencadena en estos ánditos, encarnan el libre pensamiento del cielo, la patética representación del dios del aire, su entero concepto de la vida. Y sin decírselo ellos y sin decírnoslo nosotros mismos, completamos con las ideas que brotan de estos pájaros nuestra definitiva, escéptica y poseedora idea de la tierra y del cielo.

●

Desperdigadas por entre los puestos, viviendo de las insospechables substancias vivas que caen de estas cosas arrumbadas, elevándose sobre la incuria y el yacimiento de las cosas, hay algunas gallinas que, como los demás animales vivos del Rastro, están sobrepasadas por sí mismas.

Estas gallinas del Rastro le dan un optimismo y una campechanía muy raras. Le sobreponen. Le hacen olvidar. Le consiguen distraer con su ironía.

Las gallinas son en los parajes desolados, en los sitios indecentes, en los caminos solitarios, una confianza, una conciliación con la tierra, á la que por una superstición momentánea habíamos mirado mal, sin reconocerla en su puridad, sin claridad de pensamiento. Las gallinas parece que purifican los muladares, que en ellas consiguen reponerse y volver á ser substancia sana y curada. Por eso sobre este suelo sucio y cubierto de un polvo muerto y corrupto, las gallinas son como la esperanza de *devenir*, de volver á ser, de organizarse de pronto milagrosamente, esperanza no sólo del polvo, sino simbólicamente, por extensión, de todo lo otro, porque no solamente ellas pican y comen para alimentarse en la capa de tierra, sino que como ellas la vida picotea sin repugnancia y asimila esto mismo en lo que nadie creería que había gérmenes.

¡Qué revelación la de las gallinas en estos parajes lamentables!... Gallinas como señoras marquesas con *sprit,* mironas de reojo, de soslayo, con una desconfianza senil. Viejas porque son blancas... Gallinas como aldeanas puntiagudas, aguerridas, solemnes, de miradas largas y recelosas, calladas, erguidas, pero con el culo caído, á las que sólo falta el canasto á la cabeza ó el quitasol azul de feria echado sobre el hombro... Gallinas eminentemente conmovedoras como esas que en la tarde augusta del estío revelan el sueño terreno de la siesta, con sus ojos cerrados, cabeceantes é inmóviles, estiradas sobre sus patas como esas viejas delgadas y altivas que se duermen muy derechas y muy políticas sentadas en su silla.

El Carlista

En un rincón, intrincado del Rastro descubrí un hombre singular, después de ojeos sigilosos y disimulados, sin aproximarme demasiado. Resultó ser uno de aquellos facciosos que se llamaron «Carlistas», trasgos casi desaparecidos, descastados del bosque como los lobos. La luz, la población, los ferrocarriles, la psicología esparcida como ciencia popular por todos lados, les arrumbaron para siempre jamás. La bondad de los paisajes y de los horizontes comenzó á gobernar serenamente á los paisajes y á los horizontes.

Este hombre tiene una figura llena de desplante. Es ancho, fornido como un tenazón, fermentado por pasiones infames y fracasadas, pasiones que le tienen sobrecogido, gafo y trenzado fuertemente.

Lleva su cabeza cuadrada como un adoquín, tocada con una boina, ladeada, remetida, fanática, que hace desaparecer su frente, tapándole los ojos zaínos, fusiladores, de los que parece temer la delación de haber violado á la fuerza á una mujer ó á una niña, de haber saqueado, de haber matado... Lo más fisonómico de su rostro son sus bigotes espesos, sueltos, curvos, alimentados de la barba sacrificada á ellos, bigotes de dragón humano.

Habla cascando las palabras con sus duros molares de perro, de hombre que tuvo mucha cólera en otro tiempo, de hombre que usó con saña y certería las armas de fuego y apretó sus quijadas al disparar, quijadas de iracundo derrotado que aun muerde la derrota y la aprieta entre sus muelas, costándole mucho mantener en el seguro su boca mordedora y rabiosa, mucho más que contener sus manos, de las que se ve la crispación y los resabios.

El Carlista tiene dos chiribitiles revueltos, obscuros, harapientos, allá en la bajada final, uno que da á la calle natural que allí se forma y el otro á espaldas de ese y separado de él por una callejuela disimulada como vereda de serpientes. En el más visible tiene en una gran confusión espadas, arcabuces, cartucheras, un busto de Don Carlos, un retrato, una boina roja de aquellas que usaron los facciosos como seta sangrienta, restos de iglesias, un copete de altar, un santo antipático de recia é implacable catadura, con largas y anchas barbas, vestido de fraile, falso santo en aquel revoltijo, encapuchado, fiero, facineroso, disfrazado, como con dos pistolas guardadas en la hipocresía de su actitud, metidas con sus manos llenas de hiel en los manguitos de las anchas bocamangas del hábito, cuadros, muchos cuadros en montones vueltos del revés sobre la pared para más misterio, un cordero

pascual de talla con una luminosa aureola de rayos de sol, echado sobre el libro de las Escrituras lleno de registros, cosas de porcelana de un histórico estilo, una montura con pedales guerreros, un farol árabe, sucio, con cristales renegridos y legañosos, pero de una fina forja, con pequeñás medias lunas colgantes como dijes, un álbum de retratos con una caja de música en la pasta... Y debajo y encima y entre medias de esas cosas, otras muchas miserables y vulgares que sólo sirven de embalaje y de contraste á las otras, cosas misérrimas... esteras, una escoba, una lata de petróleo, una pata de silla, unas botellas...

Desconciertan esos puestos del Carlista, sobre todo el de detrás, obscuro como una carbonera, pero que cuando un día supe que era tambien de él, me atrajo más que el otro... Los dos están como abandonados. El neófito mirará alrededor y pensará que ha de dar grandes voces al dueño para que acuda, pero se engaña, porque el Carlista, aunque lejos y con los ojos metidos en la boina, no pierde de vista sus dos sagrados y solariegos puestos, dedicado á la venta de unas cuantas cosas tiradas en el suelo, unas cuantas cosas vulgares y cotidianas, llaves, cacillos, tornillos, cubiertos, candados, unas castañuelas, una pantalla de quinqué... Hay mucha malicia, mucha flema y mucha martingala en esta actitud, y así en este batiburrillo de cosas tiradas sobre el suelo, coloca á veces un objeto de sus otros puestos, un objeto ilustre con el que atrae y hace caer en el garlito al que no lo sabe.

—¿Cuánto vale esto?—dice el distinguido transeunte esperando que le conteste una insignificancia el pobre hombre; pero el Carlista con su voz agresiva, satisfecho más que de poder vender de tener cogido á un bobo, le pide para asustarle una

fuerte suma. El transeunte replica azorado y si puede se va, oyendo siempre, regatee, compre ó deje de comprar, el bárbaro refunfuñar del Carlista, su manera de cuestionar con su voz de media lengua, mordiéndose los carrillos con rabia y como mordiéndose la lengua, porque una media lengua violenta é iracunda supone esa mordedura de la propia carne.

Tiene el orgullo de sus cosas, que hace estéril su comercio, que se las hace conservar. Parece que siente como fondo decorativo, digno y realzante, el fondo pintoresco de sus puestos. Verdaderamente aquello ya no me parece un comercio, sino un botín de héroe, tenido, sí, conservado, conllevado, pero al que el héroe ha de saber desdeñar y ha de tener arrinconado y ha de dominar en masa confusa...

El Carlista, sentado en su cajón, como reñido con los demás, solo, leyendo el periódico que sobrevive á los facciosos, parece el faccioso representativo, feroz, cauto, voraz, que «vivaquea» en aquel paraje y que en espera del son de la trompa guerrera que ha de sonar, disimula su espada entre el montón de espadas estúpidas que aparenta vender y disimula su escopeta cargada y lista entre las otras escopetas rotas... Así disfruta su incógnito, su entretiempo, y piensa en las cartas autógrafas, en las órdenes con sellos y firmas que tiene, en los retratos dedicados que conserva... ¡Grotesco carnicero desterrado!

Momentos

En el invierno se encienden piras de cosas y alrededor de ellas se agrupan los dueños... Se habla en estas tertulias alrededor del fuego de sitios y sucesos lejanos sobre todo, muchas veces del mar, porque alguno de estos hombres ha sido marino... La ruda amistad de unos con otros al sentirse aplacada siente cierta voluptuosidad en esa hora de frío junto al fuego sagrado... Siempre hay combustible para ese fuego cordial, y hasta los niños encuentran restos que quemar... Estas pequeñas hogueras son aquí como una depuración, como un misterio de gloria, y nos recrudecen como si presenciáramos la postrera postrimería de muchas cosas, de muchas maderas queridas.

●

Bajo un cielo de tormenta, la importancia, la eficacia, la gravedad del Rastro se acrece y se espesa. Bajo esa luz y esa absorbencia de los cielos de tormenta que hace más plásticas las cosas, todo se revela y se hace mórbido aquí. El Rastro se encierra más en sí mismo, se abisma más, se embravece más. Se incorpora sobre su lecho todo el Rastro y delira bajo la nube negra de la tormenta, todas las cosas llenas de un profundo mal de acedías, de un ardor inusitado.

●

El domingo es un día de vanidad y de desaparición del verdadero Rastro. Es el día en que el mar tiene su marea baja y se va muy lejos hacia lo invisible. Los transeuntes se tapan unos á otros. Hay una atroz coquetería, un vulgar y anodino espíritu colectivo y una bárbara inconsciencia en la turbamulta. No hay nada de nada ese día. Es el día de las vanas apariencias, de la disipación.

●

No se ha visto el Rastro un día de nieve, pero hay una realidad viva en uno que responde á ese día. El Rastro ese día es ese cuadro de Veretschaguine en que Napoleón vuelve á Francia seguido de su estado mayor á través de las planicies nevadas. A un lado y otro del camino hay enterradas y apenas visibles una punta de cada cosa, cureñas, ruedas que asoman medio arco, caballos de los que se ven las pezuñas, y hombres de los que se ve la cabeza, una mano ó un pie.

●

Ese día que se produce á veces en la ciudad, día blanco, de nubes blancas y pacíficas, día en que coincide todo sin saber por qué en hacer menos ruido y tener menos descoco, tarde de jueves llena de una sensatez concentrada, es en el Rastro un día de blanco estupor en que se ven las piedras del cauce eterno demasiado poco profundo.

En ese día claro una excesiva experiencia se produce en uno, sin conflictos, resuelta en una calma chicha suprema de fijos y supremos límites.

●

Vuelta al Rastro al retornar de los viajes, ó después de transformarse, ó después de conseguir lo que parecía inasequible. Al entrar de nuevo en él se esterilizan todas esas cosas que señalaron una diferencia en nuestra vida, y al salir de él una adolescencia invariable, la adolescencia en que quisiéramos vivir, se revela segura, idéntica, noble, llena otra vez de su primitiva conformidad.

●

Aquella tarde en la soledad de los campos, viéndolo todo tan lejano, tan tramontano, tan enterrado, se repite aquí, haciendo aquella vasta hondonada en uno.

●

Hay cierto optimismo en este espectáculo, cierta consolación inmodificable, algo así como un aire de fiesta, la fiesta final de los objetos... Varias veces hemos sorprendido con una extraña nitidez ese aire de glorificación, de despreocupación, de desfachatez voluntariosa, de asueto divino...

Otro montón de cosas

...Costureros... Se les aprecia excepcionalmente entre otras cosas de más categoría... Los costureros son como el arca santa que representa puerilmente la puerilidad de la casa, su tibieza burguesa, el trato de su dueña y su alma atestada de timiedades... Se busca tanto, y se pide tan afablemente esa cajita, se la coloca en sitio tan preferen-

te, se la maneja, se la acaricia, se la mira al alma tan serenamente, con tanta asiduidad, con tanto abandono y silencio, que se contagia del alma de la dueña... Sobre todo son apreciables aquellos de terciopelo color miel con broches y esquinas de oro y un espejito espiritual por dentro en el revés de la tapa... Uno como esos tenía mi abuela, y recuerdo que me infundió un respeto de urna cineraria porque allí iban cayendo sus cenizas de cada día. Recuerdo que la mirada de aquel espejo era más tierna y recóndita que la de ningún otro de los que me han mirado, tornándome los ojos más negros, más espantables y más lacrimosos, y recuerdo qué honda angustia me daba el llevar á mi abuela aquel costurero, porque temía se cayese, presintiendo que la rotura de su espejo sería la muerte de mi abuela, la muerte repentina en un suspiro, en un decir amén.

●

...Corales... Los corales abundan mucho aquí y son una riqueza vistosa y viva, porque esa depreciación injusta y artificial que sufren las joyas si no escasean, según un malvado arbitrismo de los joyeros, aquí se anula y los corales resultan espléndidos hallazgos, joyas con que adornar un desnudo en el que no haya otra joya, porque los corales son la joya más caliente, la que sobrevive á la prueba de la piedra de toque, de las piedras de toque granates del desnudo...

●

...Reliquias... Las reliquias verdaderas, quizás las de los auténticos muertos celebrizados... Estos esencieros sucios, estas cajitas de cristal, estos di-

jes diminutos, en los que hay la raspa confusa de una reliquia, son repulsivos como un coágulo de sangre humana, como un pedazo de carne humana, como una esquirla de un hueso humano, cosas repulsivas como ese diente de otro, de no se sabe quién, que se encuentra cuando se vacían los cajones de los muertos... Los cristales de los relicarios están vidriosos, opacos, densos como ojos de muerto. El marco de plata del medallón está *tomado,* y si están orladas de pedrería, la pedrería resulta muerta, de piedras sin color, como de brillantes sin brillo si son brillantes, de rubís sin azul si son rubís, de amatistas sin vino si son amatistas, de un verde de aguas corrompidas si son esmeraldas, resultando por todo eso una joya falsa, plomiza, pesada y mortuoria... Las reliquias son difíciles de tomar en la mano, porque se teme que se rompa el cristal y se salga y se nos quede en la mano la reliquia podrida, temor más grande que el que se tiene de romper la caperuza de los caracoles y que se nos quede su cuerpo blanduzco, retráctil, baboso, aterido y agónico al descubierto... Nunca me ha gustado manosearlas, con una sospecha de que matan jóvenes como si hubiese en ellas un estigma, una descomposición tan aguda, que progresando en el que las trata con constancia, matara con una muerte precoz de obscuros sueños, una muerte con pesadillas, la muerte más terrible.

...Suponen un cadáver—no se sabe por qué con un rostro nazareno—, y como por el ventanillo de cristal de los ataúdes se ve un rostro perdido, hundido y sin relieve, así en los relicarios se sospecha el mismo fondo de ataúd, agravado, desenterrado, capcioso...

...Una taza dorada, de fino estilo, una taza de té... Aparece siempre una sola, una impar, de distintos juegos en distintos rincones... Las que más atraen son las que tienen los bordes y el asa de ese dorado antiguo, que resulta inverosímil, tan indeleble en tazas tan usadas, y que es como un residuo de aquel sol mañanero que presidió los desayunos de su primer dueño... Ante la soledad de estas tazas se pregunta uno: ¿Cómo era la tetera, la buena, esbelta y clueca madre de las tazas?... Solas, abandonadas, estas tazas hacen su gesto servicial, su elevado ofrecimiento del alma, haciéndonos desear que un buen comprador halle en el gusto de la bebida que tome en ellas las mieles, la gratitud de la taza...

●

...Tinteros... Los tinteros revelan aquí, vacíos, sin tinta, lo gracioso, lo inútil de las pomposas relaciones que han tenido los hombres con ellos, y en plena y sarcástica infidelidad ofrecen de nuevo sus gracias femeninas, las mismas, las nuevas, las invariables... Se ha sentido la seducción de uno de estos tinteros del Rastro y se ha comprado... El tintero que se tenía era de cristal transparente, enfático, insípido, alelado como un oficinista ó como un tintero de oficina... Este tintero del Rastro, de porcelana con unas cuantas melladuras, tiene más interior, más dignidad, más ironía, menos énfasis, más sorpresas y muchas cosas más, secretas, entrañables y abismadas... Después de esta experiencia se quisieran comprar todos para llenarlos de tinta nueva y verles vivir de nuevo, profundos, presentes, llenos de un hondo manantial de posibilidades indecibles... En la misma mesa de tierra del Rastro hay también escribanías, pero aunque

mucho más fastuosas que los tinteros, atraen mucho menos. Las escribanías son churriguerescas, charras, aplastantes. Hacen coacción sobre el espíritu, son pesadas, notariales, rancias, sin imaginación, sin ironía, han tomado en serio su papel y rinden con su seriedad. Crean almas profesionales y duras, complicando la función más elemental, más incrédula y más ligera, la función de escribir, y sus dos pocillos están llenos de anodinas citas latinas...

●

...Un exvoto blanco, más blanco, más céreo, más de carne de niño muerto, más exvoto que nunca. Estos exvotos serán de lo más inolvidablemente lívido y blanco que hemos visto entre las cosas obscuras ó tostadas del Rastro... Ante esos exvotos extraviados, se siente una pregunta: ¿Servirá colgar de nuevo al Cristo de los Milagros el mismo exvoto usado?... Claro está. Todo consistirá en la oración que se pronuncie, una oración que puede decir: «Señor, ya veis si soy humilde, que de allí, del valle del Rastro, viene este exvoto; ya veis, Señor, si merezco lo que apenas podía pedir.»

●

...Camas en una abundancia que revela el secreto trágico del juego desigual, del juego de ventaja que juegan la muerte y la desgracia compinchadas en contra de la vida... Las camas llegan como bártulos desmontados de una capilla ardiente, recogidos por la funeraría después del entierro... Las camas usadas son tristes, pesarosas, yertas, como armaduras de barcos carcomidos y astillados, como osamentas descarnadas, como cubas

vacías, desguazadas, llenas de rendijas fatales, como puentes abiertos sobre el río ó sobre el abismo... Las de hierro son pesadas, inertes, ingratas, provocadoras de un sueño vulgar, mal nacido, camas con la sospecha agoniosa de una muerte, sospecha que se levantará de la carbonera de debajo de ellas, cuando ya montadas en la nueva alcoba se apague la luz y se quiera conciliar el sueño, irreconciliable con el otro sueño superviviente, el sueño de su antiguo inquilino... ¿No parecerá también que es el otro el que mueve la cama cuando en el silencio de la noche haga ese ruidito especial, ese triquitraque, ese resabio que sin necesidad de haber sido usadas y sin que uno se mueva hacen las camas de hierro?... Estas camas de hierro evocan también esas camas de hierro con almohada de hierro de los depósitos judiciales... Las que tienen un santo á la cabecera, son las más mordaces, las que tienen peor y más insidiosa intención, porque cuentan con la debilidad, con el escalofrío de la muerte que pasa por el que se acuesta, por el que cae enfermo ó por el que muere, cuentan con ese momento propicio lleno de pusilanimidad, de desvarío, de niñez, de desenlace, en que se entra sin poderlo remediar por las noches... Las camas de hierro son impasibles, incapaces, hostiles, y el drama y el amor son en ellas solitarios, y en ellas se agravan, helándose las manos anhelantes que en el esfuerzo supremo se ayudan de sus barrotes impasibles... Las camas de hierro fomentan los adulterios, las lujurias destempladas, la banalidad y las desazones febricientes, carcelarias, abandonadas de las adolescencias... Por algo las camas de los hospitales son de hierro, para mayor impasibilidad, indiferencia y olvido... Cuando están armadas, con sus flejes á la vista, resultan

más desoladoras, revelan más su medida humana tiesa y alargada por la muerte, que aumenta las estaturas. ¡Y si las faltan los bolinches, cuánto más desoladas y angulosas resultan!... Estas camas de aquí exageran lo que enseña toda cama desguarnecida, que á ciencia cierta caeremos por la trampa escurridiza de su angarilla, de ese suelo falso de la felicidad, y daremos con nuestros huesos en el espacio imaginario que hay bajo ella, el más sospechoso espacio, espacio de falsa apariencia, espacio de magia negra... Las camas de madera, por el contrario, tienen ternura, son más celosas de nuestro sueño y de nuestro despertar, tienen enjuto en ellas un celoso arte de enfermeras, son caritativas, apegadas, crujen de un modo más blando, son comprensivas, mórbidas, abrazables, son más mollares y más dulces para el amor, son fieles, son simpáticas, se penetran mejor de todo, y se mantienen *tête-à-tête* con uno... Verdad es que las camas de madera son de madera, es decir, de lo que somos todos un poco oriundos sin repugnancia, porque la madera es algo carnal, sensato, fraternal, inteligible por como revela su tronco, su árbol, su carácter campesino, espontáneo, místico, orientado hacia el cielo y comunicante con la tierra... Las camas de madera no dan frío en el invierno y en la hora de la muerte son más transigentes, más aplacables y más consolatrices, como más mortales que las de hierro, como más persuadidas y conmovidas del alcance humano de la muerte... De todas maneras, de su uso conservan también, aunque más cordial y sufridamente que las de hierro, nociones exactas de lo que las sucedió, pero las disimulan, las soportan en un silencio sufrido y paciente, siendo posible, por lo maternales que son, el que vuelvan á hacerse las inocentes y las optimistas

en un nuevo epitalamio y el que vuelvan á cuidar sin impaciencia ni acritud á un enfermo ó á amortajar á un muerto con nueva cordura... Un defecto tienen común con las de hierro, y ese defecto está en sus colchones, en sus colchones de borra y en los de muelles... Los colchones de borra del Rastro son de lo más sospechoso que hay aquí, lo más encubierto y de una hibridez más grave, con su panza misteriosa, desigual, juanetuda, herniada, llena de objetos duros, ratoniles ó humanos, ¡quién sabe!... Recuerdan esos colchones de los cinematógrafos, ó esos sacos de los circos en que se mete un hombre ó un clown y es cosido dentro, y recuerdan eso porque lo grotesco necesita de lo cómico tanto como de lo trágico; pero el secreto de esos colchones es más bien serio, patético, espeso de cosas informes, confusas, insospechables porque en nadie habrá valentía para destriparle... ¡Tragicomedia la de esos colchones de misteriosos redaños en los que un elemento macabro y sórdido embala á un payaso completamente cómico y completamente desventurado!... Los colchones de muelles, ¡sobre todo los pintados de amarillo! son unos incomprensibles é industriosos mamotretos que aquí dicen más de sí que en las guarecidas y engañosas alcobas... Se les ve en toda su fealdad y en toda su ridícula complicación, por la que nos complican como á juguetes de niños, como á juguetes de bazar, muy enredosos, muy de fábrica, demasiado llenos de piezas para dormir una cosa tan sencilla, tan lisa, tan franca como es la vida... Los *sommiers* vestidos de tela son ataúdes de aquel que durmió en ellos... Las prenderías y en general todo el Rastro está lleno de ellos, junto á esos cadáveres de borra, y junto á esas camas aciagas, que estos hombres han clasificado en tres grupos: las más

estrechas, de soltero cómodo; las regulares, de matrimonio cariñoso, y de matrimonio regañado las más anchas...

●

...Catres... Los pobres catres son de una simplicidad y de una buena intención desinteresada y humilde... No merecen de ningún modo el desdén con que se les trata... De pie, cerrados, estrechándose contra la pared, modosos y dispuestos, esperan al más pobre...

●

...Sillas desgalichadas, de aquellas de asiento de alto y mórbido muslo, de mórbido y abultado seno en el pecho del respaldo, de estrecha cintura y estrecha cadera y de patas caprípedes... ¡Oh solemnes y amanerados cuerpos de señoritas formadas á la moda de últimos del siglo XIX!... Las hay de todas clases, como huérfanas, como vástagos de familias burguesas que tuvieron una mansa época de diálogos y silencios en su tertulia casera... Algunas rotas, astrosas, lastimosas, imitan la actitud de los pobres limosneros mancos, sentados con tiesura é inmovilidad sobre una silla de tijera...

●

...Sillas de pueblo, sillas de esas campesinas, de palos apenas torneados, blancas, con asiento de paja... Da contento al ánimo el verlas con su aire campestre, sin presunción, sin mal cariz, cándidas, fuertes, en pie casi siempre en los puestos al descampado... Dan á esto un aire optimista, el aire

de las eras... Sólo son comparables con ellas las altas sillas de los niños, joviales y expresivas...

●

...Tinajas, tinajones, esas tías gordas llenas de buen carácter... De pequeños teníamos miedo á su fondo como al obscuro fondo de los pozos... Su cavidad lóbrega ponía un poco triste y pantanosa la cocina... Y sobre todo recordaremos aquel mugido con que nos respondían y el tremendo conflicto, la espantosa catástrofe de romperse... Aquí, bonachonas y simples, dan un espectáculo de llaneza y de campechanía de buenas comadres gordas.

●

...Sillones viejos, enormes como tronos de reyes godos, abiertos á veces por el buche, del que les cuelga un muelle y un poco de pelote, como lamentables caballos de plaza, acornados, con una tripa en espiral, colgante, deshechos, pero en pie aún... Otros tienen la actitud desvencijada que toman los cómicos después de morir en el sillón preparado... algo así, verdadero, deplorable, vencido... Otros, más jacarandosos, más altivos, con fuerte seno de matrona en el antepecho de su respaldo, imitan mujeres jacarandosas y en jarras... Otros imitan jefes de negociado, otros burgueses sedentarios, otros viejos baldados, otros, bajos y desvencijados hacia delante, mujeres ó caballeros en el orinal...

●

...Jaulas de perdiz, jaulas de loro, jaulas de pájaros... En su aire vacío hay una deleznable elegía

con la que contamos al pasar, y que se une al acervo de nuestra alma... La letra que se pusiese á esta elegía sería vana y torpe. Sólo en la sobriedad de la mirada que pasa por ella hay la debida clarividencia, la debida sensatez.

●

...Mesas que trenquean, que trenquearán siempre... El espectáculo de las mesas es apaciguador, próvido, inteligente, reflexivo, dispositivo, acogedor como un blando y firme lecho de largo descanso... Idealmente se acoda uno sobre estas mesas sin ningún trebejo encima, y así parece que se encalma toda desesperanza y toda esperanza.

●

...Pequeños pupitres en trampolín de esos para superponer á las mesas y oficiar de escribidores... Pupitres solemnes, negros, sacerdotales, que me son particularmente interesantes y lóbregos porque sobresalieron en mi imaginación de pequeño gracias á la enécdota de aquella viejecita, con bigotes de perro y con muletilla, que iba á veces á casa y que era la nieta de un célebre obispo «del que conservaba sólo el pupitre en que escribió sus infolios»... Mucho pensé en aquel pupitre, imaginándole como si fuese el panteón ilustre del boato del obispo, como si en su fondo abuhardillado y obscuro, bajo su tapa, hubiesen caído confundidos sus trajes, su báculo, su mitra, su pectoral y la embriaguez de su sortija... Elevada y abismada así en principio la idea de esos pupitres, ha influído después también en ella el que en las casas-museos de Víctor Hugo y de Carlyle, y en la mesa de Dickens en

el museo de Mad. Tousor y en otras casas conmemorativas he vuelto á encontrar pupitres de esos... ¿Había en ellos alguna condición excelsa, elevada, elocuente, lírica, resonante?... Al verlos aquí, me parecen urnas cinerarias de poetas líricos ó de obispos sedentarios ó de magistrados... Vistos aquí, sugieren juicios rebeldes é incrédulos, aunque con mucho respeto y mucha emoción. Se siente que un pupitre de estos debía entumecer y falsear el ánimo del que escribía sobre él. Las cuartillas sufrirían y se enranciarían en sus adentros lóbregos, proviniendo del fácil amontonamiento de cosas y papelitos de allí dentro, esa confusión, esa linfa vana, ese torpor misterioso, esa especie de insensatez de que contagian los *rincones* con cosas y los *fondos* irrecordables y desordenados de cajón... Si hasta los mismos *fondos* de carpeta vician, extriñen, amaneran y retrasan también y hasta el secante con sus huellas de escrituras antiguas es reaccionario y desalienta sutilmente, ¡cómo no agravarían al escritor estos pupitres!... Debían ser espantosos, jesuítas, gramáticos hasta imponer una insensata fórmula de escribir, capciosos, retóricos, difíciles para elevarse sobre ellos, aunque algunos supieran ser liberales, desenvueltos y entusiastas aun contra su gravedad y aunque algunos otros se sirviesen de ellos como de un trampolín, salvándose así á su trampa dispuesta para hacer caer en ella los desvaríos, las greguerías, las cosas casuales y libertarias que compensan ese gran trabajo, obcecado y difícil, de manejar ese remo pesadísimo que es la pluma, empeñado siempre en ir contra corriente, sin dar al fin y al cabo un paso, porque la corriente triunfa al fin y hace desandar el camino.

●

Cunas... En ellas el vacío es un vacío dramático, lleno sutilmente del niño que hospedaron... Una sombra ó un hálito penetran el corazón al mirarlas... Y se teme que alguien las compre, porque los niños no tienen resistencia para dormir sobre el estigma de la muerte... Estas se sospecha que malograrán al niño que las use de nuevo, pues aunque algunas sean de niños que se hicieron mayores y les estorbó en casa la cuna, todas parecen de niños muertos de meningitis, de difteria ó de enfermedades mortales cuyo microbio fatal es carcoma viva dentro del hierro ó la madera de estas cunas de engañosa ingenuidad.

●

Algunas veces llegan al Rastro cosas tremendamente grandes... Grandes divanes de café, con un aspecto versado y viejo que conmueve... Mostradores de tienda... Y sobre todo puertas, grandes puertas de madera, en pie, intimidadas é ingentes en mitad de estos andurriales, como un trofeo de liberación...

●

Arreos para caballerías... Cabezadas, monturas, coyundas, colleras con sus cascabeles vivos como una especie de animales silvestres... Todos estos aprestos dan al Rastro un matiz campesino, una variedad alegre, primitiva, muy agradable de notarse, algo de ese candor de las tiendas de los talabarteros, algo de vida aldeana y rústica, un no se sabe qué, despejado y regocijante...

●

Maletas antiguas, de aquellas maletas inefables

de alfombra con guarniciones de cuero... Una con un ciervo en el tapiz, me será inolvidable entre todas.

●

Morillos sencillos con una cabeza de Minerva ó una falsa cabeza de japonesa. Algunos, historiados, rematados por gallardas esfinges. Los morillos son dulces y meritorios animales de chimenea, que guardan perfectamente el buen recuerdo de su paso por el mundo.

●

Infinitas perchas... Las perchas abruman tanto aquí vacías como allá llenas de ropas que parecen arropar flácidos fantasmas, fantasmas mediocres y cotidianos... Tantas perchas—las de hierro más antipáticas que las de madera—evocan esa colgazón artificial que ha de pender de ellas, ese estigma ruin de la vida, esa astrosa y efímera inconveniencia de los trajes... ¡Abrumadoras perchas, sobre todo porque serán perchas de pobres gentes cargadas de pobres ropas!...

●

...Chimeneas de tejado, en pie como esbeltos y zanquilargos guerreros con yelmo, el ventalle entreabierto y el resto de armadura liso, impenetrable, inflexible, como protegiendo á centinelas perpetuos é inconmovibles... Sólo á veces, cuando hay á su alrededor un montón de tuberías reunidas, hay como codales y rodilleras de la armadura representados por esos pintorescos trozos curvos y rugosos que permiten hacer ángulos de las tuberías...

●

...Un pedazo de sepulcro de piedra (mi palabra de honor) con un bello escudo y un comienzo campanudo de inscripción... ¿Quién se creerá con una sepultura más perpetua que la que ese noble tuvo por eterna bajo la lauda rica en relieves y palabras?...

●

...Vargueños... Los vargueños detienen, arroban, llenan el alma de política y buen trato, de atención y de espontánea etiqueta... En primer lugar son muebles de madera, y no nos cansaremos nunca de alabar la madera, llena siempre de su jugo terreno, carne embalsamada, elemento franco y sin malos sentimientos, tan diferente, ¡tan diferente! á esas otras materias híbridas—amalgamadas, compactas por la fuerza y la violencia—de que están hechos casi todos los enseres cotidianos... Además el vargueño es solitario, sensible, noble, es un mueble de fibra sentimental, de alma abrigada y ensimismada. Es secreto, sigiloso, discreto y está lleno de verdadera vocación para ser lo que es. Es humano y educado, de pecho leal y querencioso. Es resignado y mundano... El vargeño es la única guarida digna de nuestras cosas entrañables y de los ahorros fluidos de que quisiéramos hacer nuestro nido para la inmortalidad... Sus cajoncitos, sus celdas místicas —como aquellas del convento de San Lorenzo en Florencia en las que vivió y pintó Angélico—son como diferentes sentidos que le hiciesen perfecto; sobre todo el central con aires reservados de hornacina para el cáliz, para lo más concluído y lo más rico de nuestra vida... Cada cajón quiere sus cosas y todos aman las cartas— á las que en su asilo reforman, educan, aplacan y hacen benignas—, los retratos, los testamentos—la literatura más sincera—y las

joyas, á las que preserva y sabe tener. En él no morirán las perlas de pulmonía, esa atravesada enfermedad que ataca á las perlas y las hace perder su oriente... El vargueño es templado y sin duda es la más proverbial de esas cosas cordiales de las que en invierno brota ese vaho optimista y entrañable que empaña al despertar los cristales y que es como la amistad íntima, divina, de la habitación... El vargueño es una capilla profana en la casa, y de su madera madurada, afinada y clemente en el transcurso de su experiencia y su reflexión en el tiempo, de su madera renegrida y pulida, brota al abrirle un gracioso espliego, una gratitud y una fidelidad sólo comparables á la que brota una sola vez en las confidencias de una mujer ó á la que muestran los perros encerrados en el pajar cuando les abre su buen amo; algo así nos aboca y nos salta al cuello desde su fondo cuando se les abre... Es un mueble taciturno en el que se cuela el tiempo que escapa, el tiempo que cae de los relojes, por lo que en el doble fondo que se le supone guarda toda la fortuna de su pasado... Por los ojos de sus cerraduras—esos ojos entornados, impenetrables, negros, avizores y curiosos de todo mueble—ve lo que pasa con sabiduría... Unido siempre á una mesa sin cajones, una mesa particularísima, fuerte, con dorsal de hierro, mesa que es un órgano propio de él, acaba de tener una figura humana y sensata... Colocado en el fondo de estos cuchitriles del Rastro, no se abate, no flaquea, no pierde, sigue siendo preservativo y tibio y muy metido en sí, lleno de seguridad y de carácter. Nos recuerda los palacios de los viajes, aquella hora en un salón, aquel estudio de pintor y otros recuerdos que en el Rastro adquieren una delicia, una sorpresa y un oro antiguo extraordinarios... Los chamarileros meten

cosas en sus cajones, lo mejor de sus cambalaches, confiados y satisfechos por tener un mueble superior á ellos, que si no fuese porque en su deber inapelable de comerciantes les obliga á venderlo como obligó á Abraham Dios á sacrificar su propio hijo, no lo venderían.

●

...Y se siguen viendo otros objetos sin agrupación, infinitos, mas cuya exaltación particular se hace demasiado de momento y demasiado innúmeramente para acordarse, ejemplares únicos y pintorescas cosas repetidas, todas locuaces con su locuacidad original y solitaria... —solitaria como todo lo es sin salvedad. De unos á otros, sobreponiéndose á su exclusivismo artificial impuesto por los hombres, hay correspondencias de fábula, de fábula, en vez de imaginaria, real... Absueltos del deber, del concepto servicial y mezquino que le impuso el hombre, aquí resultan todos desusados y selváticos, igualmente misteriosos y claros que el hombre y Dios, reconfortados á la postre por lo que en ellos es materia prima, idónea con todo... Y todos resultan absueltos de la deformación de tránsito por que pasaron.

Estaría bien un barco

Aquí donde se siente la presencia, la proximidad del mar, quizás porque el tiempo, que aquí tan densa revelación tiene, es un mar verdadero, quizá porque aquí todo se conflagra, se piensa que estaría

bien hallar un barco para completar la lección inaudita del Rastro.

Un barco roto, auténtico, caído de un lado como un pez muerto, trágico como con dolor de costillas rotas, dolido todo el cuerpo, y el alma nostálgica, con piedras dentro y su dorsal de hierro mordida ferozmente por el agua fuerte del mar. Oloroso al perfume acre y agraz del mar, descolorida y fibrosa su madera, con un nombre humano y vulgar escrito á un lado. Un barco paradójico, insólito, muerto de ahogo, de imposibilidad... Un barco cansado, sin remos, rajado por enmedio, un barco como traído á rastras, tan ignominiosamente, tan tormentosamente, como los pilluelos de playa arrastran á los indefensos marrajos que quedan encallados en la arena. Barco para la evocación, para la contrición, para la saciedad del espíritu transeunte de estos andurriales. *Carrousel* engañoso, diversión melancólica.

Un barco que representase la contribución de los mares en este muestrario total, como si una larga lengua de ellos le hubiese abandonado en la blanca arena del Rastro.

Un barco al que no se hubiesen atrevido á deshacer estos hombres por un secreto y admirable respeto aun sospechando lo difícil de que pudiese volver al mar.

Un barco que también podría haber sido transformado en guarida de estos chamarileros, como los hemos visto en algún puerto, convertidos en albergues tibios de las pobres gentes. ¡Estaría bien aquí uno de esos hogares que hemos mirado como á capillas sagradas, en las que hemos sospechado un suave olor á madera curada, sensata, experta y cordial y un vago ruido á caracola reminiscente!

Un barco en que desembarcaron aquí los restos

de marino, todas esas cosas exóticas, colecciones de antiguos capitanes que no se sabe por qué extraña predilección se perfilan vivamente en el Rastro, viejos como los hombres más viejos, con un solo colmillo de toda su dentadura porque probaron la golosina feroz é irresistible de mujeres excesivamente distintas, negras y blancas; enfermos de la tripa porque probaron cosas picantes y dulcísimas; disecados en el cambio de climas; atacados, desgastados en alma y cuerpo por el mar, por ese atroz paso por la muerte que es el paso sobre el mar, que hace sobre las carnes vivas algo así como salarlas, curtiéndolas á expensas de toda su ternura, dejándoles inconsolables, baldíos, con fantasía en los ojos, pero sin verdadero egoísmo espiritual, sin calor interior, rígidos y espantables.

¡Oh barco inverosímil para comprarlo el día del otro diluvio, de la otra inundación tremenda, que indiscutiblemente llegará, aunque al esperarla de la Providencia se confunde con ella á los hombres oprimidos que la desencadenarán!

Espejos

Hay espejos en muchos rincones del Rastro, en todos. De esta efusión de los espejos quizá proceda en gran parte el efecto vagoroso, amplio, dilatado en otros espacios que secretamente nos sorprende aquí.

Son espejos sin angostura. Perdieron sus sordideces privadas mirando al cielo en el carro que los trajo con esa mirada resignada y explícita que tienen los espejos frente al cielo, esa mirada en que

le dan su alma, y se hacen de agua, de espacios libres y de luz, perdiendo sus memorias. En algunos más obscuros, menos abiertos, menos sometidos á la luz y al aire libre, su fondo ha conservado la habitación de otro tiempo, honda y con luz de otro tiempo, pero aun en esos las personas, aquellas personas, han desaparecido. En el mismo día antiguo que conservan está inscrito, vivo y dominante, el día por venir. La subsistencia pura, inmarcesible del tiempo vive en ellos.

La ciencia que han adquirido estos espejos es conmovedora, es transigente sobre todo.

Se han rebelado, se han sobrepasado para siempre. Antes creían en el género humano, y lo miraban con una mirada apocada y graciosa. Ahora no. Ahora lo miran con una mirada dilatada, libre, insubordinada.

Se siente una rara efusión ante estos espejos, un vértigo extraño. La efusión y el vértigo de nuestra vida que se va yendo en un espacio tan imaginario. Son transmigradores, están llenos de trashumancias, de fugas, de desatadas facilidades. Un irse pando y ancho hay en ellos.

Son todos, aquí donde surgen tan á menudo, como puertas que se corresponden, como intercolumnios por entre los que se ve un horizonte blanquinoso é indeciso. Hienden el espacio, y aquí, por semejanza, parece que dan á un lugar de subastas ideales. Su fondo desde luego es un campo raso y ancho. Tiene un descanso, una postración extrema de patio en calma, viviendo en aquiescencia con el día, un patio que recuerda al último patio de las casas pompeyanas, aquellos patios en que vivimos un sobrecogimiento y un ensimismamiento supremo en aquella tarde augusta de nuestra visita.

Sin poder atravesar su dintel, exacerbados y

fantasiosos, nos parece otras veces su fondo laberinto de laberintos, laberinto final ó solar de la casa desaparecida, patio de cementerio abandonado, todas las tumbas perdidas, solar del mundo.

Después de este deslumbramiento de todos, hay en cada uno de ellos una nota convencional. Los de marco negro ponen una orla de luto á vuestra figura y su pestaña negra da más lividez á su luz. Los grandes de marco dorado ya no contienen el baile de gran etiqueta que se verificó en ellos, son una ventana desguarnecida y desorbitada, esa ventana que en las fachadas que quedan en pie en los derribos mira por los dos lados al espacio libre, al espacio almo y flotante.

Las cornucopias son como tragaluces abiertos sobre lo más alto del cielo. Una de estas cornucopias, comprada por mí para mi posada, ha desentrañado ante mí, á traves de los días, algunos de sus secretos celestes, y en ella he presenciado en la obscuridad del atardecer que nos sorprende sin haber encendido la luz, fenómenos estelares, misteriosas noches obscuras y relampagueantes, lunas lunáticas, ráfagas inquietantes, desgarros del cielo visible abriéndose sobre la verdadera cúpula elevadísima de la que éste que vemos es sólo un cimborrio intermedio. ¡Luna vieja y madura la de esa cornucopia—superior á las lunas viejas y maduras vistas en algún obscuro café, como por ejemplo las de aquel café de Venecia—en la que la lámpara del plafón se hace una perla maravillosa orlada de una opalescencia, de un oriente, de un seno de concha inestimable!

Cosas de cementerio

Entre los montones de cosas surgen con acusado perfil las cosas de cementerio. Carecen de sentimentalismo aquí donde están llenas de una dureza ingrata. Algo como un destello obscuro, como un destello violento, brota de ellas. Son visibles á primera vista y recuerdan impersonalmente, pero con una seca vastedad, el campo inmenso de los muertos, lo amasados que están á todo, hasta al pan nuestro de cada día. De puro grande es consoladora la evocación, nos aplaca y nos convence con un consuelo grande como el mar y la tierra.

●

Como formando una retreta inmóvil y sin caballeros, una retreta de faroles apagados, pero que se conflagran en retreta viéndoles tan repetidamente á lo largo del Rastro, se distinguen los faroles de cementerio, esos faroles para vela, de tan litúrgica forma.

●

Las cruces de hierro que se clavan en el suelo y que llenan los cementerios modernos, esas cruces frías é industriosas tan distintas á aquellas cruces de madera tan caritativas, tan amables y tan fraternales, que ya sólo se ven de vez en cuando en los cementerios de aldea, surgen, de entre estos cachivaches, como vástagos de muertos que duermen innominados debajo de estas cosas ó este suelo.

Desclavadas, oblicuas, caídas, hacen sin embargo esa alusión.

●

Esos anchos sostenes para blandones, con cinco agujeros para los cinco cirios, y sobre cuya madera pintada de negro se inscribe en amarillo el nombre de la familia que se los dedicó al deudo, son en esta aridez, sin blandones, pero en pie, como un culto no extinto que se sobrevive en esta catedral. Coexiste demasiado en estos caballetes de madera el cuido de aquellas enlutadas, que oraron con paciencia y constancia junto á ellos como sobre un reclinatorio, alucinadas por la luz amarilla de los cirios.

●

Colgadas de un clavo ó de una cuerda tendida ó tiradas por el suelo y á veces chafadas lastimosamente, como esos sombreros de flores y alambre que hay tirados en los cuartos roperos de las mujeres, hay coronas de mal gusto... Alguna mondada, calva, desflorada, tiene un desengañado aspecto... Alguna morada, con pensamientos radiados de un insoportable amarillo, es más trágica, es un irresistible, un maligno empacho de tragedia... Es una inmoralidad una corona de flores artificiales; prolonga el dolor sin mitigarle como por el contrario lo mitiga el perfume sensual y optimista, la frescura que se exhala y se disipa en un orgasmo, de las coronas de flores naturales... Sin embargo, sobre esas mismas coronas lacerantes y fatigosas hay otras más deplorables aún, esas coronas que guardan en un marco profundo y bajo un cristal las familias inconsolables, incapaces y perversas... ¡Hornacinas estériles en que se repudre el dolor,

cuyo final, cuya gloria, está en rehacerse, en hacer resucitar alegremente en uno al muerto!... Siempre recordaré aquella corona en conserva que entristecía sórdidamente el pasillo de casa de la abuela, abrumándole con recuerdo tan mezquino... ¡Impudicia, incuria infecciosa la de estas coronas resguardadas!... Ante estas y las otras, se pregunta uno: ¿Qué hombre convencional, á la vez que despreocupado, comprará una de estas coronas para enviársela al muerto reciente? ¿Con qué desfachatez, quitará las cintas en que hay impreso otro nombre y otras frases que las convenientes y que caen flácidas de esas coronas que ya dieron su fidelidad y su ternura artificial á otro muerto?...

Instrumentos de música

Es simpático encontrar un instrumento de música. Hay en ellos algo desinteresado é iluso, reconcentrando, efusivo y limpio. Hay una ingenuidad sin corromper en estos instrumentos muertos en olor de santidad, nostálgicos, con el cántico de su alma guardado aún. Mejoran, dulcifican el fondo de chamizo en que se encuentran.

Pianos modernos, un poco sospechosos de tópicos, de sentido común, de burguesía, de mediocridad. Son los que interesan menos. Pianos antiguos, en los que es grato leer el nombre del fabricante y de la ciudad extranjera impresos en su repecho. Se duele uno de los golpes, del trato soez con que han debido ser tratados hasta llegar aquí y al que contestó toda la caja con una resonancia desgarradora y larga... Un violonchelo sin cuerdas y sin

clavijas, con el pecho saltado, pero bello, atractivo, plástico, bien proporcionado, como con un vivo anhelo en su cuévano... Guitarras, á cuya vista se percibe en el fondo de uno la nota del bordón insistente y quejosa... Ocarinas, pájaros de la noche, como venidas aquí de manos de un ciego... Acordeones, que es grato ver tan asentados y callados al fin es indudable que tienen buen corazón, un corazón tan grande como su caja, pero bueno es que estén así de callados, aunque aun alguna tarde los tome prestados uno de estos indígenas que saben tocarlos dando al Rastro una tristeza de puerto, porque su solemnidad, su resguardo, la eventualidad de sus grandes cosas ancladas como barcos que han de irse, todo se presta al parecido... Un arpa. Me será inolvidable aquella arpa. Resultaba entre el amontonamiento de cosas como una reina vestida de cola, con las joyas, los tisúes y la corona puesta, una reina destronada y desterrada, pero ataviada de corte en un rapto de locura de reinar... Aristones, con su música lejana, subterránea, misteriosa, sorda, y sus ruiditos, sus resuellos pintorescos... Cajas de música. Las cajas de música abundan mucho en el Rastro. Las hay grandes, pequeñitas como libros en folio, en cajas de fina taracea, en forma de álbums. Ellas ponen la música debida, una música de melopea, á la letra, al espíritu, al aliento, al suspiro que brota de todas estas cosas. Como propietarios sibaritas, que saben gozar de su confort, los dueños dan y vuelven á dar cuerda á las cajas de música. Es inexpresable cómo se sirve la música de las cajas de música de la dulce resignación, de la gran madurez, de la ecuanimidad de todos los objetos que la rodean, hasta parecer que emana de ellos. Todo el puesto es sordina y entonación de su música. Al pasar

junto al sitio en que suena y acercarnos á oir, sentimos trémulamente que sorprendemos á la música, viviendo de sí misma, sin resonancias, pianísimo, interiorizada, como viviendo sólo para sí misma, sin funambulerías ni teatralidad, ajena por completo al hombre. Como en el espiritismo la mesa giratoria y movible comunica cosas misteriosas, así en esta música hay una revelación de cosas de más abajo, de cosas de las cosas. Sentimos que es una indiscreción nuestra presencia, y prudentemente nos alejamos. ¡Qué diferentes, qué sobrepasadas, qué distintas hemos oído en esas cajas de música, en esos rincones del Rastro y en esos momentos del Rastro, esas cosas tan sencillas, tan pueriles, ese compás leve de la tirolesa del *Guillermo Tell*, aquella divagación titulada sentimentalmente *L'ultimo giorno de Pompei* ó esotro minué de Mozart! No eran ya esas piezas lo que escrito con una elegante letra ponía que eran en la orla pegada á la caja... Una sinceridad, una confidencia exraña hemos sentido que nos traspasaban, que nos cundían en el espíritu ó en los entresijos de nuestra carne.

Medicina y cirugía

Se han visto en los puestos de libros y aun en los baratillos de otras cosas que á veces recogen hasta la herencia de los libros—que esta gente desdeña un poco—, se han visto con extraña abundancia sendos tomos de medicina malolientes á botiquín. Se han levantado muchas veces olores á drogas y a apósitos, á nuestro paso por la maleza espesa del andurrial. La medicina se nos sugiere hedionda,

doctoral, extrema, efímera más allá de su cometido, fracasada, dentro de su perecimiento, ya sus pobres doctores muertos. ¿Qué obscuro fracaso, qué solitaria y abandonada muerte les acaece á los pobres doctores, que abundan tanto aquí sus bibliotecas y hasta sus aparatos profesionales?... Defrauda y da pena la muerte de estos doctores, á los que no salvó su chaleco salvavidas hecho de libros y aparatos.

Todas estas cosas de la medicina y la cirugía están aquí ventilándose, redimiéndose, desconceptuándose, olvidando. Sin embargo, impresionan como ellas solas y abundan demasiado en el Rastro. La mirada se las encuentra lo primero de todo con verdadera desgracia, y aun de reojo y aun de espaldas se las sigue viendo. Ni las esculturas dramáticas atraen como esas cosas.

●

Hay láminas de enfermedades ulcerosas. Son atrozmente plásticas y sus colores carnosos, extremadamente carnosos, hacen sobresalir el cuerpo del paciente. Son estas estampas como pobres que muestran, inmóviles y descarados, sus raras pústulas, sus taras originales... De estas estampas del Rastro son de las que compran esos falsos doctores de las plazas públicas. A uno de estos doctores le he visto varias veces aquí variando su material escénico. Todo les sirve porque no es ninguna la enfermedad que curan.

●

Hay cristales de preparaciones, esos cristales como de linterna mágica, desconcertantes y develadores porque el profano no sabe, mirándoles, si la

esquirla, la rabadanita que en ellos hay es del corazón ó de otro sitio menos conmovedor.

●

Hay una silla de operaciones. Con toda su comodidad, su atroz comodidad, no podrá volverse un asiento cómodo, y es un suplicio sólo verla. No podrá volverse nunca un mueble de confort, así es que espera volver á hacer operaciones. Es irreformable y en sus músculos hay una implacable voluntad, voluntad de guillotina, voluntad de trampa de ladrones.

●

Hay en una vitrina un maniquí anatómico. Siempre nos habían parecido una broma, algo ajeno á nosotros esos monigotes envueltos en tendones y otros bandajes por el estilo, pero aquí, sin esas distracciones complacientes de allá, su anatomía resulta enteramente nuestra anatomía y nos tragamos con entereza la semejanza.

●

Hay de vez en cuando un cráneo real... Aquí resultan reveladores y regocijantes los cráneos... Resultan el de todos los amigos y todos los parientes, no siéndonos repugnante, sino tranquilizador y hasta refrescante, el que sean también el nuestro... Enteramente son nuestra mascarilla... No resultan sorprendentes y estrambóticos. Se piensan ante ellos cosas naturales é inefables, que habiéndonos sido tan inmediatas siempre, sin embargo no las habíamos precisado con tanta clarividencia. Se piensa que siempre hizo el mismo gesto bajo nuestra boca

carnal el cráneo huesudo, y por eso sentimos tan propiamente la ironía. Se piensa que el cráneo es quizás lo menos de la muerte para que se haya hecho de él su símbolo. El cráneo es sencillamente el producto de una alfarería vulgar. Es una lección digna de aprenderse la que da con su ostensible cambio de ideas, lleno ahora de otras más transigentes, más librecambistas, más disolutas, más obscenas, más disipadoras y libertarias, que las que abrigó antes. ¡Admirable catequización nihilista!

●

Hay muy á menudo, colgados ó con el tacón puesto en tierra, muletas y aparatos de ortopedia para los cojos... Las muletas son sencillas, tienen un aire amable y obediente de lazarillos, un aire de misantropía y de asistencia que las es favorable, que corrige su profesión, que casi la hace dulce y alegre, tranquilizadora, llevadera y simpática. Estas muletas son muletas sensatas, sin superstición, desengañadas de Lourdes. Ante ellas, como ante otros aparatos de esta ortopedia misteriosa, surge una perturbadora pregunta... ¿Se curó y abandonó un día sus muletas el cojo ó fué su muerte la que las hizo inútiles en la casa desolada? Más bien se contesta la pregunta desfavorablemente, y se comprende que hayan venido aquí traídas sigilosamente por la familia llena del pánico del mueble inservible, vástago un tanto redivivo del muerto eclipsado tras las paredes, mueble que dar pronto, por no poderle soportar tan evocador, tan en pie, tan dispuesto á andar de un modo misterioso y zancudo... Junto á estas muletas, algunas sencillas como muletas de pobre, hay piernas de palo, esas piernas que son tan ingenua chapuza, tan quebra-

do aparato, con su taco de madera y su estuche de cuero y enguate para el muñón de la pierna cercenada, piernas de palo cuyo boquete mullido conmueve como un tibio nido de la huella de aquella pierna; hay también de esas jaulas de níquel y correaje con un inflexible estribo al final, esas jaulas para piernas, que nos recuerdan á esos niños de los jardines que corren tirando de ellas como pequeños picadores desmontados, y hay también, aunque más de vez en cuando, de esas piernas de imitación que hacía la antigua ortopedia, más escultórica y más trágica que ésta, piernas imitativas, en las que parece que ha quedado disecada con algo de su sangre y sus trasudores la pobre pierna que suplantaron.

●

Un aparato nos ha sido sobre todos grave y obsedante. Uno de esos aparatos para corregir la desviación de la espina dorsal. De tamaño natural, con su figura humanada—un torso rematado por una cabeza sin mascarilla—, ha estado rodando por aquí mucho tiempo. Siempre esa historia de los emparedamientos nos había chocado. De pequeños oímos decir una vez á nuestra madre, á propósito de una viejecita que iba á casa encorvada: «Está emparedada», y fijamos en nosotros todo un cuadro supuesto: Una buhardilla, y en una de sus paredes la viejecita enterrada, todo su cuerpo preso en la argamasa de la pared y sólo el rostro de la viejecita asomando por un bujerito, más amarillo, más expresivo, más estupefaciente... Ante este torso de yeso, cerrado monstruosamente como un corsé hasta la cabeza, he vuelto á recordar palpablemente á aquella viejecita y he visto en el vacío

del caparazón su rostro atónito... ¿A quién podía esperar ese aparato?... Lo hubiera mandado deshacer, no sólo porque era achacosa su presencia, sino por evitar que se pudiese emplear una segunda vez cuando quizá conservaba un estigma de muerte de la primera. ¡Oh doble escalofrío el que producirá! ¡Oh la contramarcha á que quizás moviera al corazón!

●

Hay también una serie desconocida de aparatos, de los que procuramos no explicarnos su servicio. No queremos emplear la imaginación en la sospecha de nuevas enfermedades, puntiagudas, hendidas, gibosas, teratológicas... Un corsé de aluminio... Una vitrina llena de aparatos relucientes, como un aparador lleno de cubiertos de plata, con raras piezas para usos desconocidos, para refinamientos exquisitos, incomprensible su cometido mortal y sucio... Aparatos eléctricos para curación de enfermedades insospechables, curiosos, pintorescos, graciosos como receptores de telegrafía sin hilos ó como otro aparato dedicado á algo más optimista que la enfermedad... Procuramos no mirarles, porque meditando un poco en ellos les vemos empedernidos de las enfermedades que trataron, y eso nos llena de mortales aprensiones el cuerpo.

La puerta propicia

En un trecho solitario del Rastro emparedado por dos largas tapias, ciegas y sordas en toda su largura y en toda su altura, hay una gran puerta

cerrada siempre, en la que se ha reconcentrado para mí un gran interés... ¿Cómo explicar el predicamento de esta puerta para mí? ¿Cómo decir cómo aplaca el anhelo de la mirada que se posa en ella? Es peligroso asumir ningún sentimiento que pueda parecer pueril, pero en vivir ese peligro está realmente la cordura sutil, la cordura atrevida, la flor personal, la única gota de esencia.

Esta puerta es vulgar, grande, negra, pintada al temple por el tiempo. Grandes clavos la dan una formidable resistencia y las telas de araña la precintan, revelando lo hermetica y lo cerrada que es. Los clavos tienen ese color postrimero, color de eternidad que tiene el hierro herrumbroso, y la madera tiene esa sequedad, esa magrez de las puertas antiguas que han resistido al tiempo de frente. Todos los intersticios están cubiertos por esas cuñas—piedrecitas, virutas de esas que la garlopa del aire arranca á todo saliente, y otros restos—que unen indisolublemente, las puertas que no se abren al marco de piedra de las tapias. El macho y la hembra de los goznes se habrán unido hasta no ser más que una articulación, un garfio de la puerta. Su llave, si no estuviese perdida, no serviría para abrirla, porque sobre todo lo que la cierra está la cerrazón que hay en su ánimo, está el que es la puerta cerrada.

Ante ella nos coge una calma, un descanso, una sensación suprema como de haber abocado la puerta que todo ideal, que toda ambición, que toda pertinacia supone al final, y detrás de la que hay el mismo aire trivial que puede haber detrás de ésta, aunque dentro del mayor incógnito y con el ojo de su cerradura cegado como en ésta.

Dramática y severa, esta es la puerta que se opone cerrada al final de toda las quimeras, esta

es la puerta postrera, la que enardece oponiéndose cerrada al final de todos los caminos, la que problematiza toda especulación.

La busco al pasar por el Rastro, cuento secretamente con ella, y disimulando todas estas ideas, la miro blandamente, con una extremada paz, absorto, simplón, llano.

Cuadros y fotografías

Los cuadros y las fotografías son en el Rastro algo espectral, desconceptuado, engañoso y verdadero. Mueven en uno sentimientos encontrados, crédulos é incrédulos, encendidos y apagados de pronto. Nos desaniman y nos defraudan, aunque nos penetran de reminiscencias, de elementos de una realidad inolvidable. Así, yo que he olvidado algunos de mis muertos, no olvidaré alguno de estos seres vistos en cuadros desaparecidos; así, yo que he olvidado paisajes que en el momento de cruzar por ellos me parecieron invariables para siempre en mí, recordaré siempre aquel apunte de una ciudad blanquecina por no sé qué falso efecto de luz; así, yo que he olvidado interiores que tuvieron un vaciado plástico en mi espíritu, como indisolubles conmigo, recordaré, como recluído en él para siempre, aquel interior, de torpe perspectiva, de enladrillado desigual.

Ese arte convencional de la pintura aquí consigue lo que quiere porque nada lo discute, ni lo clasifica, ni lo hace hermético, ni lo critica con parcialidad, ni lo llena de presunciones estéticas y abstractas. Aquí sin espectáculo, sin obcecación,

sin contraproducentes admiraciones y glosas obligadas, consigue impresionar sutilmente, profundamente, en el azar, en la libertad. Aquí ese arte fementido, lleno de «planitud» y que tanto aplana en los museos bajo el hipócrita placer que da su belleza, aquí, vuelto á la ingenuidad, simplificado, elemental, sugiere una mirada directa, directísima sobre las cosas ó los hombres que le sirvieron de modelo. Crudas realidades de tiempo, de espacio y crudas cualidades terrenas y humanas agravan estos cuadros y estas fotografías. Aquí vemos que aun los cuadros y las fotografías que conservamos en nuestro aposento y que creíamos que se encaraban sinceramente con nosotros están velados por prejuicios, por condescendencias, por resabios, por hipocresías, por blanduras encubridoras.

Aquí notamos que poco á poco se nos había ido formando un modo de ver profesional y pusilánime, que también nos encubría la verdadera descarnadura de los cuadros y las fotografías, su livida expresión, su trágica flaqueza, su sincera nonada. Aquí observamos el humorismo, la excepcional payasada, el gracioso delirio que es toda pintura en primer término, aunque también observemos, á través de los resquicios y del traslucimiento que aquí tienen los cuadros, la entrañable, la patética pantomima que hay en el fondo de ellos.

●

Hay cuadros de paisajes tétricos, paisajes que viven un día aciago, un día medio nublado, medio abierto... ¡Qué mal sienta la patina á los paisajes!... ¡Qué pequeño, qué desproporcionado, qué contrahecho es el paisaje en el hombre!... Hay retratos al óleo de señoras y señores cuya novela se vulgariza

en nosotros... Hay retratos de pisaverdes que parecen siempre algo Hamlets... Hay retratos de mujeres con bucles, que por el relieve mórbido y femenino de sus bucles, por no se sabe qué gracia oculta que hay en sus bucles, nos acercan más sus cabezas y hay en ellas un suave embeleso... Hay cuadros en que no queda nada, lo que se dice «nada», pero en los que se ve, sin embargo, algo espiritual y animado, algo que no sólo figura allí, sino que se mueve, que languidece, que cabecea... Hay retratos de mujer en los que el degüello de los trajes descotados es, á la vez que una sesgadura de la tela, como un degüello de su descote carnal, como una huella de la dolencia de muerte que aqueja á los cuadros de mujeres vestidas con una moda antigua, y que tanto se recrudece y se ensaña en las descotadas... Hay lamentables retratos al *crayón*, de tenderos, de hombres ordinarios, de alma dura y petulante, que aquí es disuelta por esa graciosa justicia mezclada á la luz del Rastro... Hay tendenciosos cuadros simbólicos, cuyo símbolo aquí se deshace en la gran cantidad de transigencia que remonta los símbolos, cuadros simbólicos en los que muchas veces se representa la república con su sangriento gorro frigio, resto de un buen hombre inocente que hubiese ido más allá de mostrarle el más allá, posibilidad que ya nos le hace simpático... Hay cuadros de esos en que una enferma en cueros vivos es operada en un hospital por unos cuantos doctores, sádica variación de Susana y los viejos, hipócrita cuadro que dedican á su compasión, á su misantropía, los burgueses; motivo sórdido de contemplaciones, estampa silenciosamente, unánimemente propagada y que es de las que más bajan aquí... Hay bodegones de una puerilidad simiesca... Hay cuadros religiosos de

una espantosa dulzura y de una espantosa hipocresía en una espantosa prodigalidad... Hay retratos de militares á los que se ve incomprensibles bajo su atenazador uniforme... Hay algún cuadro galante, que cobra aquí intención y licencia. Alguna vez es un desnudo de mujer, colocado en un gran marco fastuoso y plateresco que revela la torpe galantería de un burgués. Esté mal ó bien pintado, resulta aquí en cueros más vivos que en ningún otro lado. Le dan beligerancia y palpitación también la admiración inocente, la procacidad desatentada con que lo miran todos estos indígenas. Es un desnudo que aquí muestra lo que de rana tiene la mujer, es un desnudo en que parece sea vendida la mujer como en los mercados árabes, á esas verdaderas mujeres desnudas con una tableta al cuello y aculadas sobre una alfombra de colores. Es un desnudo sin pornografía por lo trágicamente ingrato que resulta sin dejar de ser apetitoso. Aquí ese desnudo, depurado por todas las cosas, es como el lingote, como el resultado desinteresado, desfachado, escéptico, hijo de una gran experiencia que se consigue de la mujer después de sometida á todas las reacciones. ¡Pobrecita criatura, pobre lombriz la mujer desnuda!...

●

Las fotografías son aquí como miradas descoloridas, como miradas en pie, miradas auténticas de ojos como los nuestros, miradas normales, miradas de otro tiempo, pero miradas al cabo, miradas indudables, miradas con ese anhelo, con esa impotencia, con esa dramática extrañeza de las miradas que no pueden sino enfrentar las cosas, sin retenerlas, sin salvarlas. Estas fotografías del Rastro

no son ni como las que guardan nuestros padres de parientes y amigos desconocidos, ni siquiera como las que de gentes desconocidas se ven con cierta avidez en los portales de los fotógrafos; son más desconocidas, de muertos completamente perdidos en toda memoria humana. ¡Desahucio infinito por el que se agarran á nosotros y nos exigen una profunda atención, ya que su desamparo es tan tremendo! Como últimos amantes, como últimos íntimos amigos ó como últimos parientes, sentimos que estamos interesados por estas fotografías, sin celos de nadie, envueltos en una pura fidelidad más fuerte y más entrañable que ninguna otra. Y alguna vez de un modo inevitable nos hemos llevado á nuestra posada retratos que nos dieron mucha lástima, que se ampararon demasiado de nosotros solos, que nos ofrecieron un último amor. El último amor que es igual al primero, es decir, mejor.

Las fotografías son casuales como ellas solas. Su recuerdo y su visión son indefinidos, viviendo cada una su carácter especial y solitario... Sin embargo, á través de nuestra asiduidad, se han repetido algunos encuentros y sobre nuestras indecibles y secretas suposiciones nos hemos dado cuenta de algunas generalidades...

Las fotografías de niños nos ponen de relieve el enorme caso de parecido nuestro con toda la humanidad... Son nuestro retrato de niños. El mismo. Y con una gran frescura observamos esa comunidad de parecido, como si nos hubiésemos absuelto de nosotros mismos, de lo que en nosotros eran mimos de los abuelos é intento de perpetuar al niño aquel que fuimos frente á los demás niños, como si fuese posible esa vana excepción...

Las fotografías de actrices de ópera, de artistas de circo, ruedan frecuentemente sobre estas mesas,

sobre estos cajones, sobre los asientos de estas sillas. Son estas artistas mujeres fastuosas, criollas, con grandes caderas y fuertes piernas, de largas cabelleras deshechas, vestidas unas veces de napolitanas, otras de reinas, otras de escocesas, otras sencillamente de *mallot*. Algunas van descotadas y lucen sus dos senos redondos, cuya morbidez es superior al tiempo, á la moda, á los anatemas, al silencio y á la negación, quizás porque son iguales á los senos modernos, á los senos nuevos, y eso les da una gran realidad paradójica. Aquí son mujeres fáciles que se irán con el que se lleve su retrato abandonado.

Las fotografías de reyes, esas fotografías metidas en grandes y rimbombantes marcos que hemos visto en una cervecería extranjera, que hemos visto en un casino de provincias, que hemos visto en el despacho sórdido de un cortesano, tienen aquí una sensatez inusitada... Al rey de Italia, al rey de Inglaterra los hemos visto allí contritos y destronados, perfectamente destituídos, sin envidia ni rencor, blandamente, distraídamente... Otras personas reales, algunos reyes muertos, algunas princesas que envejecieron y lucen una moda más cargante, más grotesca que la de ninguna mujer en retratos á veces con su autógrafo, se eternizan allí, dando al Rastro más sobrecogimiento, completando su impasibilidad.

Los retratos de grandes hombres, de personajes de la política, del arte, de la ciencia tienen más enconada sordidez que los otros retratos. A veces están dedicados á ese amigo inútil y mediocre que es el vicio, algo así como un vicio de invertidos, de los grandes hombres. Un sentimiento inconsolable nos clavan estas fotografías que jamás se nos ocurrirá comprar aquí. Algo inhumano, insopor-

table, rígido, mal intencionado, una avaricia de los demás hay en estos pobres grandes hombres.

«Orlas» de licenciado de medicina ó de derecho, de una vanidad, de una abrumadora mediocridad, de una indistinta muchedumbre. Falsa solidaridad de alumnos y profesores... Cabezas innobles... Miradas hueras... Almas profesionales... Americanas imposibles... Caras de torta... De toda clase de hombres, envidiosos, cortesanos, hormiguitas, mentirosos, desgraciados, muertos... Aquí revelan el hundimiento de una generación, su prevaricación ante la insinceridad que exige la vida.

En la mezcla confusa de otras fotografías—algunas con una casita blanca frente á la lívida estepa castellana—, en la mezcla confusa que completan y obscurecen las cajas de placas, las cintas cinematográficas, los grabados en madera y los grabados en cinc, se ven, se creen ver, se creen haber visto fotografías arbitrarias, todas las fotografías, y no se sabe por qué con más insistencia que otras la fotografía de aquella actriz *La Lantelme* que se ahogó en el Rhin, ó, no se sabe por qué, la fotografía de aquella hermosa parienta de nuestra madre, que tanto nos sugestionó con sus ojos un poco huevudos y sus trenzas interminables, ó, no se sabe por qué, la de aquel señor misterioso, enlutado, con plastrón y tubo que dentro de un marco oval vimos durante una temporada en la casa provinciana en la que fuimos huésped de honor, ó, no se sabe por qué, todas las del álbum que nos enseñaba aquella viejecita que murió tan solitaria, tan solitaria que sospechamos que no fué enterrada, porque tan poquita cosa como era desapareció como una brizna.

Liviandades

Las naranjas, que son ubicuas, que en todas partes viven su pureza, su lección sencilla, reformatoria y bondadosa, aquí son una compensación, una gloria accesible, un recuerdo íntegro de Dios para estas gentes, el recuerdo más genuino de la tierra, perecedera y rehecha siempre, sus más frescas gotas de esencia, esenciales como el vino agrete... Se ve en las naranjas la benignidad de la tierra, en la que hay siempre naranjas nuevas, como perdones, como redenciones, como clemencias de su transigencia... Son consoladoras y aplacadoras como nada... Aquí, tendidas en el suelo en pequeños montones, son una riqueza absolutamente legítima é inefable para conformidad, para compensación, para optimismo, para hechizo de los pobres, para purificación del Rastro. Son como el minuto y la eternidad resumidos en su entraña.

●

Esas mujeres que sentadas en las blancas sillas de cocina aparecen desparramadas por el Rastro, cosiendo ropa blanca—una ropa blanca acartonada y cruda—, parecen coser mortajas, mortajas de vivos.

●

Lavativas indudables, inconfundibles, impepinables. Contrastación que oponer al agiotismo abusivo de los hombres y de las mujeres que se preva-

len insensatamente de un orgullo que evita la transacción realista, cicatera, sincerísima á que hay que llegar. Cosa que tirarles á la cabeza á los farsantes. Confidencia considerable que compromete el cuento abusivo de las virginidades puras, tan impenetrables, tan incomprensivas, tan reacias á la transigencia imprescindible é indeclinable. ¡Evidenciadas lavativas que es imposible pasar por alto, porque eso equivaldría á prevaricar, á ser cómplices, á falsear, purificándola, la verdad impura!

●

Con insistencia, con fijeza, se ven aquí las cosas que tenía en el sobrado aquel dramático viejecito del *Pato silvestre* de Ibsen.

●

Como insustituíble motivo decorativo del Rastro se piensa en el bucranio, esa calavera de buey que tan hondo y sereno efecto hace en los edificios en que figura.

●

Hay muchas sutilezas indecibles que se amasan en la vasta sensación del Rastro... Ante los marcos por ejemplo, estos marcos sin cuadro, sin fondo ninguno y que tanto abundan aquí, se siente el contacto con su alma ida, el pequeño vértigo de su ventana abierta, la inquietante huella de su cuadro... Algo, algo que derrocha en ellos toda una ancha mirada.

●

Un reclamo de palomas, un cacharro ó una paloma de porcelana sobre un palo enhiesto sobre estos sucios tejados, inspira una simpatía involuntaria. Parece como una señal de buena fortuna y es en este ambiente una bella evocación de la bandada blanca, bendecidora y santificante.

●

En los paseos del Rastro hay grandes piedras empotradas en la tierra como restos de la gran catedral que se arruinó aquí... Resultan bancos definitivos, bancos supremos en que descansar de todo con un descanso inverosímil.

●

Las chimeneas de tejado en subasta distraen una y otra vez, sorprendiendo verlas tan abajo, tan al alcance, tan derrotadas... Dan una rara confianza con lo alto y una sabiduria y una experiencia y un cinismo de gatos astrónomos.

●

La mirada que más nos ha mirado del Rastro es la de una escultura en bronce cuyos ojos estaban ranurados sobre el hueco sombrío de su fondo... Aquella mirada del espacio negro y vacío ha sido para mí como la mirada concentrada y humanada del Rastro que me quiso corresponder así, revelándome lo compenetrados que estábamos...

●

Resulta abusivo el alto poste de telégrafos, que como una vana pirámide de hierro se eleva aquí. Molesta y resulta enredosa la red de sus hilos sobre este cielo libertario.

●

Como ante la parte maciza de los alrededores de Pompeya, se piensa que si se removiese esta tierra lo encontraríamos todo, porque todo ha sido enterrado aquí.

●

Se queda uno mirando las sombras que se albergan en el fondo de estos chamizos como á sombras reveladoras y compactas, sombras sobrecogidas, esas sombras que escaparon de esos muebles que no se abrieron, sino que un día se destrozaron, sombras huídas en los incendios, sombras de esas que habitaron en la caja torácica de los hombres, esas sombras cuajadas que buscan las buhardas, las habitaciones sin ventana ni montante, las casas destartaladas que tienen huecos que no se justifican y que permanecen abandonados y por descubrir.

●

Cuando á veces cogemos en la mano cosas absurdas é insignificantes acercándolas como sonámbulos á nuestros ojos atónitos, no realizamos un acto estúpido. No podríamos decir qué hemos visto, pero hemos visto. Hemos visto como por el agujerito que hay en esas plumas de marfil se ve un panorama aumentado inverosimilmente por el cristalito de aumento de su ojo de lince.

●

Un deseo pueril y casquivano hay en uno. El deseo de hallar una esmeralda. Es un capricho superfluo y apasionado que no me abandona.

●

El pájaro en estos aleros ó en estos hilos de telégrafo que cruzan la avenida, es una suave consolación, es una suave absolución, es una suave desaprensión para el alma en que se refleja un momento haciendo más intensa la idea del cielo, del espacio y de los campos.

●

Las chimeneas de barro de estos tejados pobres, esas chimeneas en forma de campanil ó de casita graciosa, son un detalle más por el que alcanzamos el sentido cotidiano y factible del paisaje urbano y campestre del Rastro.

●

Entrañables, sensuales, recias y garridas son las parras que crecen en el Rastro, allá abajo, apoyándose sobre las casetas más pobres y saliendo de la tierra más revuelta y sucia... Es tan directa, tan expresiva, tan montaraz, tan llena de voluntad la afirmación que en ellas hace la tierra, que sorprenden vivamente... Dan un sincero respeto y animan con su entereza para vivir en medio de todo esto, arraigándose con gusto, con gula en esta tierra... Pero cuando esta admiración sube de punto es cuando vemos granar sus racimos... ¿Cómo será de acre y dulce el zumo de estas uvas del Rastro?...

●

Un arrancado pensamiento pasional cunde ampliamente en nosotros, como inspiración del paseo entre estas gentes, mirándolas de cabo á rabo, oliendo el aroma fuerte y bravo de los yacimientos de cosas y pensando en la inclusa que hay cerca y en la admirable casa de citas que también anda por aquí, esa candorosa y libre casita á la que yo llevaría á mi esposa á pasar la noche de boda huyendo del presidiario y elegante piso amueblado estúpidamente por los parientes, deseando tener un aparte verdaderamente lejano á la irresistible coacción, al irresistible entrometimiento de la ciudad y del estado hipócrita, insensato y lerdo de los hombres, en todos los interiores, salvo en esos gabinetitos de esa campesina y poco concurrida casa de citas... Un descomedido y desatentado credo pasional se siente aquí. Se piensa que en estos desvanes, en las alcobas de estas casas obscuras, en todo rincón del Rastro y de su barriada, esas gentes en su hora sensual se vengaron, ellos, de las reinas y de las ricas poseyéndolas fuertemente en sus mujeres y ellas á su vez consiguiendo la misma exaltación con sus hombres, produciéndose todos como dioses concentrados. Se piensa que en el goce sensual se dieron cuenta absoluta de sí mismos, quedando hechos con dureza, concretando en sí todos los poderes que son posibles al ser humano, llenándose á la vez de presencia de ánimo y de una vasta presencia del tiempo, del espacio y de la tierra. Se piensa que gracias á ese acto inverosímil por el que todos tienen un momento de clarividencia imposible de sobrepasar, sienten ellos una compensación que es lo que únicamente evita que no se lancen á la reformación violenta de la ciudad. Se siente una sublevada convicción sexual, que nos agrada, al pensar que se comete aquí el

acto sexual tan hondamente como se supone, para resarcimiento y glorificación de estos hombres, que faltos de todo sentirán en el afligimiento de después de realizado el acto esa suave conciencia de después de muertos, esa suave conciencia que ve todo demasiado allá y que desinteresa de todo. Con arrebato, con embarullamiento, con una satisfacción implacable se piensa—aunque se nos atragante un poco el pensamiento—en el triunfo radical, equitativo, justo, imponente, que es la cópula en este arrabal...

Orientalismos

Entre la nota espesa y caliginosa de los objetos que escombran el Rastro, fulgen las cosas orientales en verdadera profusión. Por ellas se envuelve el paisaje real en otros paisajes no menos reales y presentes, llenos de la misma aislación y del mismo espíritu, aun con sus árboles diferentes y sus alrededores de ciudades distintas, de cúpulas raras, de minaretes, de azoteas, de destellantes embolados de cristal. Paisajes, ciudades, muchedumbres exóticas se abaten en el lugar de estos objetos, se abaten, se resumen, se sobrecogen en ellos espontáneamente, con una espontaneidad que sólo aquí se abre, se hincha, se manifiesta.

Los objetos orientales son como la opulencia del Rastro, como su brillante consagración universal. En su nave obscura, son las cosas orientales como esas banderas de turcos y esos otros restos orientales que decoran las iglesias italianas y los museos del mundo. Revelan la victoria definitiva del Ras-

tro en todos los mares y á través de toda la tierra. Victoria de un sentido profundo é impersonal, victoria sin vesania, victoria desinteresada y libertadora de las conciencias. Victoria que debía mover á la atrición más particular y más sensata á los hombres sobre los que triunfa estérilmente.

Las cosas orientales más constantes aquí son las cosas de la China y del Japón. El estado de alma de esos países, idéntico en flaquezas, en miserias y en ansiedad al del resto del mundo, se muestra en ellas con una fantasía, con una laboriosidad, con una sutileza que hace más ingrata, visible y recrudecida la misma historia.

En estas cosas orientales hay un sentimiento del arte tan gozoso, tan concentrado, tan dedicado á sí mismo, que se muestran como consuelo adoptivo para vivir en la tierra la vida sensual.

Sobre estos objetos se levantan numerosas pagodas imaginarias, con sus techumbres graciosas y pueriles dándonos una sombra y un acobijo de una blanda serenidad, de una humana y descreída religiosidad.

Son muy variadas cosas... Pinturas sobre cristal, como pintadas por el paisaje en nuestros ojos á través de una diminuta ventanita ideal... Pinturas mañaneras, llenas de rosicler, espolvoreadas de rosicler, y que son para el alma irritada por otras cosas como una mano de suaves polvos de arroz... Bordaduras hechas sobre sedas de agua, con sedas de flor... Bordaduras de oro sobre sedas de oro... Bordaduras que ponen pájaros maravillosos, pájaros increíbles en el aire prosaico—esos pájaros que sólo hemos visto disecados en los museos arqueológicos—, bordaduras que ponen flores de dulce, flores mariposas, flores de arte y hierbas pristinas que curan y corrigen la espesa cenagosidad del río de

estas cosas... Bordaduras que son los paraísos hacia los que miran las cosas... Cajas negras empavonadas y con dibujos en oro, ese oro japonés, indeleble, infundido, fino, que tan entonado es, que tan discreta lección es para los que doran sin ton ni son con falsos oros todas las cosas... Paineles laqueados con incrustaciones en nácares y marfiles de suaves colores... Cosas en madera ó en hueso ó en marfil ó en jade, hechas á mano, llenas de paciencia, de asiento, de agonía, y ante las que el chamarilero saca su magnífica lupa para enseñárselas al transeunte, dándolas toda la importancia, mostrando hasta dónde hay empleada en ellas un alma laboriosa que se quedó exhausta en la tarea, conmoviendo á Buda, quien no la exigiría más después de haberla visto envejecer sobre la menuda obra... No obstante todo lo cual, disimulan estas cosas su sabiduría del arte y se dejan malvender.

Aparte de estas cosas, sobre ellas, están los dioses del budismo y de sus cismas. Son figuras pequeñas de malaquita, de bronce, de marfil, de madera. Están llenos de humorismo y aun los que tienen ademanes terribles tienen un enfurruñamiento humorístico. Entre todos, dominándoles, eclipsándoles con su ecuanimidad y su ironía, están los Budas. Los Budas gozan como nada del arrobo del Rastro, de la intensidad de su atmósfera, del esparcimiento y de todas las maceraciones que en él se realizan. Respiran por su nariz sensual la acre sensualidad del Rastro, cierran los ojos para recoger la gran unanimidad de todo en este paraje, escuchan el sordo y vasto rumor de las cosas con sus eficaces oídos de largos lóbulos como largos pendientes de ama de cría, cierran la boca porque por la boca entra la comida que mata, el miasma que mata, y por ella se escapa la palabra que compro-

mete nuestra divinidad, nuestra ecuanimidad, la palabra inútil, ya que no necesitamos hablarnos con la palabra á nosotros mismos. Sentado con una comodidad y un equilibrio imposibles están como en su trocha definitiva, sobre el terreno más seguro para su reposo vivo. Su pecho carnoso, casi tetudo, se ve que está lleno de sí mismo y lleno de buena salud. Sus manos, cruzadas en un reposado encaderamiento voluntario, se apoyan sobre sus piernas cruzadas, cerrando así su comunicación consigo mismo, su integridad y su independencia divina, conseguidas en él de ese modo corriente que le tiene incorporado, que le tiene sereno, que le ramonea dentro como si se estuviese dando cuenta en círculo total de toda la naturaleza posible. Quizás son los Budas los que más representan y hacen plástica la actitud á que mueve el Rastro, la postura profana, filosófica, henchida de fuerza de gravedad y de graves corduras. ¡Dioses convertidos, claudicantes y paisanos! ¡Dioses satisfechos en este lugar, corregidas todas sus grandes falsedades, todas sus adustas ambiciones y sus conceptuosas doctrinas, puesta al servicio de esta claridad su gran posesión de sí, de sus instintos y su intuición, por la que los pusilánimes les llamaron dioses! ¡Dioses dentro del nirvana real, del nirvana caudaloso y blando!

Enriqueciendo el fondo oriental del Rastro, hay también objetos árabes, objetos moros... Vasos de cobre nielados en rojo y azul, bandejas pulimentadas á golpe, telas de cálidas estampaciones, collares, babuchas, taburetes...

En todas estas cosas árabes se nota aquí un apasionamiento y un modo de ver ardoroso y conmovedor. Todas estas cosas superponen sobre este cielo otro cielo más sofocante, á la vez que dan á la tierra más instinto. Amasan más y prestan una

nueva levadura á este ambiente que sacia de momento nuestras inquietudes. Yo he estado en el Africa como en la India, por la asiduidad de estos objetos que constantemente figuran en el Rastro.

Lo nuestro y nosotros

Hay un momento aquí en que hacemos donación al Rastro de todas nuestras cosas. Es un desprendimiento sincero por el que sentimos más curada nuestra alma. La ligereza y la falta de prisa son mayores. Andamos más sueltos, más flotantes, más desceñidos, sin aquella ofuscación atormentadora.

Ya á veces hemos creído ver ó hemos visto ó hemos sospechado cosas nuestras entre las cosas desparramadas, sobre todo en el fondo de los baúles negros, de negra piel de hipopótamo—sórdidos y metidos en sí como hipopótamos.

Desgraciado del que no haga esta cesión de sus cosas, regalando hasta el objeto que le sea más caro, caro como una mujer. No sabrá lo que es esa fluidez espiritual que se siente después de ese sencillo arrojo. No poseerá esa mirada corriente y clara, como la del agua que no tiene nada, que lo abandona todo.

Colocamos un objeto en cada puesto, con ese movimiento que á veces tienen los niños de darlo todo, y sonreímos hacia allá, hacia la casa vacía. Abandonamos todos los objetos, porcelanas, tintero, libros—todos los libros—, esas botas que no sabemos por qué no damos, los manuscritos—esos manuscritos que tampoco sabemos por qué no vamos rompiendo—y hasta la mujer cuyo retrato no nos

repugna que esté perdido aquí, donde hasta hemos visto el nuestro... ¡Cuánto ganamos en espacio interior para el baile íntimo!

Es grato esto, sobrepone, es consolador saber que hay un sitio en que poderlo tirar todo y donde todo queda á sus anchas, sin agobio ni dura memoria, sin atranco, sin purgatorio.

Así como ante las casas medio derruídas tenemos una visión más verdadera y más abnegada de la nuestra, así ante estos montones de cosas las nuestras resultan tan pueriles, tan confesas, tan infragantis en el descampado, bajo el cielo raso, que las damos involuntariamente, con una descuidada espontaneidad. Por esto cuando salimos del Rastro no queremos que nadie nos vea, que nadie nos exija lógica ni historia, y si vamos á casa de la mujer que nos espera, es para descansar en su cómodo asiento con el pensamiento desviado, hecha nuestra alma un solar bajo el cielo de la noche. Por esto tenemos un gran inconveniente en volver á nuestro despacho y encontrar allí todo lo que hemos cedido. Por esto retardamos la hora de volver á ver los objetos que hemos creído salvar, y que sin embargo continúan inmóviles en su obscuro tapuco, con su cara de hipócritas, amparados por todo el medio que se ayuda, que se tapa.

Los jóvenes íntegros

Como transeuntes supuestos, pasan por el Rastro unos jóvenes que vienen aquí á pasear en la libertad su alma antigua y moderna y futura. Es una necesidad entrañable la que nos hace supo-

ner estos jóvenes imaginarios. Imaginarios porque al fin y al cabo eso de la juventud, eso de los jóvenes, ese plural, esa idea genérica, no es más que un alarde ideal, un consuelo fervoroso, una impaciencia, un excederse, un truco de los viejos y de los jóvenes, para fortalecer su ruindad y su soledad, que ni los hijos, ni su propio orgullo pueden fortalecer. Sí; verdaderamente esos conceptos son una incapacidad y son tan pobres que dejan á las palabras que los nombran en completa evidencia, descubiertas en lo que tienen de usurpadoras, sin solidaridad, sin nada compacto ni real en el fondo. Así, al pensar en toda la juventud, aquí donde se depuran tanto las palabras y la exigencia de ellas, hacemos sólo una de esas muecas involuntarias que son, dentro de su desaliento infinito, elocuentes, resumidoras y supremas como ciertas muecas de los muertos lo serían si la vida y la razón existiesen en ellos detrás de su muerte ó como ciertos ademanes de los locos si esos locos supiesen todo el derecho á sus muecas. Hacemos una mueca ya ante muchas cosas, porque hay que ser sobrios en la refutación, hay que salvarse á la última coacción, la coacción de hacernos disputar, y hay que saber aislar el ataque procurando no desgarrar el alma en disolutas discusiones y en prolijas defensas de uno, que son merma irreparable del alma modesta. Una mueca justa, un cierre hermético del rostro no dislaceran la constante voluptuosidad de nuestro espíritu, tan ajeno á los contubernios.

Aun fantásticos, estos jóvenes íntegros que pasan por el Rastro están hechos no de una fantasía celestial, sino de una fantasía de entrañas posibles. Son unos jóvenes que oponemos á esa multitud de seudojóvenes que hace llorar y que siendo cómplices todos entre sí son enemigos por grupos, seudo-

jóvenes en los que se da un poco más pervertida y más indisculpable la vejez y la vesania de sus padres y de sus madres.

Jóvenes íntegros; cajistas pálidos; muchachos de blusa azul con el rostro lúcido; estudiantes disconformes, borrados de la lista del profesor por sus muchas faltas, estudiantes que vienen aquí huyendo del tedio de las clases; poetas llenos del temor de que la poesía que les es inseparable les sea adúltera en el verso público ante la traición de los oídos ajenos; escultores que por plásticamente que han sentido su obra se la han sacrificado á sí mismos, incrédulos de todo monumento, emperezados por la invencible repugnancia de los admiradores y de los ojos de los transeuntes indignos; pintores que no ven un muro digno ni un interior digno en que expresarse y se sacian solitariamente en su arte, sus grandes obras infusas sin perder ni uno solo de sus matices ni una sola de sus cualidades; pensadores que han decidido que la obra del pensador, en vez de ser una preparación eminentemente externa para una oposición oficial de pensadores, de catedráticos ansiosos de entregarse con cautela á repugnantes políticas, á sucias connivencias y á sordas añagazas, debe encerrarse en su pensamiento con independencia, como objeto de una intransferible sensualidad, ó á lo más debe revelarse en los momentos substancialmente trágicos; políticos á los que no convence ninguna fórmula ni ninguna prepaganda, porque las defectúa todas la implacable conclusión interior, cuya desobediencia será un estrago insubsanable en la eternidad —en la eternidad personal—, tremenda posibilidad que les llena como de un pánico del infierno, porque esas pérdidas irreparables concentran en su momento la única eternidad tormentosa. Todos estos

jóvenes íntegros con un aspecto trivial y despreciable, pasean por el Rastro con las manos en los bolsillos. ¡Oh descanso infinito de las manos!

Llenos de gérmenes que cultivan con tranquilidad en sí, en una soledad admirable, ganan para sí sus días, que es lo que no pueden conseguir tan literalmente los otros, por ricos, por poderosos, por consagrados que parezcan. La realidad personal, la última y la primera conquista del hombre, vive en estos jóvenes llenos de verdadera franqueza consigo mismos, sin envidia, sin desazón, tranquilos como muertos, porque la gran viveza, el gran optimismo, la consecución del carácter que se puede conseguir en la vida, es sentir la muerte de uno mismo con todas sus consecuencias, sin gravedad, sin ira, sin insania, sin odio á los demás, sin menoscabo. ¡Sentimiento depurador y aclarativo de la vida, que como todos los otros, se cuece en una gran desesperación, en una desesperación indulgente, contenida, dichosa, que hace vivir en la dignidad á estos jóvenes íntegros.

Jóvenes íntegros arredrados por el infierno vasto y sensible de su casa; arredrados por los hermanos vengativos de su desinterés, de su virtud y de su bondad; arredrados por sus hermanas crueles, ruines en el revés de su belleza para los otros; arredrados por la madre, la de las palizas arbitrarias de pequeños y la de los encarnizamientos agudos é insidiosos de después; arredrados por el padre inconvencible también, menos duro que los demás ante un resto de superstición filial que queda en ellos, pero tan penoso, tan sanguinario; arredrados por el resto de la familia, compuesto de obscuras alimañas; arredrados por los mismos amigos, incapaces de algo siempre; y que así arredrados por casi todo, sólo se calman al sentirse

hijos primogénitos de sí mismos, al sentirse Dios y los hijos de ese Dios que son, un Dios en el que invierten el supuesto de lo divino, un Dios sin otro objeto que el de crear su hijo, dirigirlo y exigirle la redención de todos sus días premiándole con una buena introducción al sueño cada noche.

Jóvenes íntegros llenos de la silenciosa y única abnegación de no triunfar, únicos jóvenes apreciables que no creen ni en los concursos, ni en los juegos florales (¿qué fiesta, qué acto no es juego floral?), ni en la victoria del teatro, que exige al autor el sacrificio de su alma libre privada é inequívoca, ni en los editores, ni en las exposiciones, habiéndose dado cuenta de que todos son exámenes y de la atroz improcedencia, de la atroz coacción, de la atroz superfluidad de los exámenes, que invalidan más que la muerte al que se somete á ellos. Se han llenado de inmovilidad, convencidos de que el ápice de la expresión de su gloria está en que muera en sí misma, consumando así su sinceridad, su fidelidad, su necesaria lealtad. Así acabado en ellos el acoso feroz del deseo de concursar ninguna «oposición», se dilatan y se compenetran, regulando á la perfección ese pulmón que es el alma. ¡Admirables jóvenes incógnitos que se llevan consigo al árbol solitario de su nido la inmortalidad de los otros!

Adolescentes sensuales, llevan á la mujer enjuta en ellos—pegada á su carne—como nunca la obtendrán los «donjuanes», los senos de ella enterrados en su pecho varonil, sumergidos en él como la fruta en su almíbar, su vientre redondeado de mujer igualmente sumergido en sus vientres cuadrados de hombres, su cabeza de cabellos largos inclinada en su hombro y muerta de voluptuosidad. Así sus vaguedades son goces que les da esa mujer, en el punto y

sazón precisos de ganarla definitivamente para sí mismos con una gran soberbia y una gran presunción, pues de dejar pasar este momento milagroso la perderían para estar buscándola ya toda la vida y sólo dar alguna vez momentáneamente con su espectro después de luchas enconadas y arrastradas. Sólo ellos están convencidos de su magnífica soledad de adolescentes y de que ese es el tiempo de hacer fiel para toda la vida á esa mujer admirable que sólo tiene realidad en el hombre. Ellos no incurrirán en las bajezas de los hombres que no han dominado á la mujer que hubo en ellos perfectamente distinta y perfectamente indistinta de sí mismos.

Cansados del espectáculo banal de la ciudad —los tranvías, los timbres, los periódicos, las mujeres muy ciudadanas, los anuncios—, heridos muy particularmente por alguna de esas cosas, están también cansados de sus abstracciones, sienten que necesitan moldearse en la vida, y en la vida no podrán moldearse aunque lleguen á presidentes ó á reyes. En vista de eso han descompuesto la visión conjunta y autorizada de la ciudad y de las abstracciones, y su mirada, la mirada que han curado con esas descomposiciones, es únicamente su estética. Olvidados de sus narices y de todo lo que en su pensamiento son vanas narices, narices postizas, sin que ninguna transigencia corte, empiedre ó vicie sus ojos ecuánimes y redimidos, toda cosa que se señala en ellos crea un círculo, una onda que se va ensanchando, ensanchando en las aguas totales hasta expirar blandamente en el círculo máximo y plácido de mayor respiro, de mayor inmortalidad. Saben que sólo por la mirada se llega á ser los mejores artistas, los que mejor hallan la fórmula de paz, de libertad y de conformidad.

Al pensar en todos estos aspectos de los jóvenes íntegros, sentimos que nos quedamos cortos en calcular lo que se justifica en ellos, todos los absurdos de que pueden ser capaces, de que deben abusar como arma de combate, ya que todo eso que les rodea en la ciudad no merece una discusión formal, sino la más informal, la más absurda de las refutaciones, llena de una gracia y de una concertación personal, y sentimos á la vez que esto que consideramos en ellos posible, al realizarse nos llenará á la vez que de amor de ira contra ellos, porque sin querer estamos influídos por el medio, encarnizadamente, tremendamente.

Ellos aquí en el Rastro, frente á este espectáculo, funden, contraen y gastan sus pasiones insaciables y augustas, ahogándolas en el capricho chabacano de pasear por aquí, capricho preferible á ninguna excelsitud. Se les supone aquí un largo rato en que sienten con clarividencia la falta de razón de los otros, un largo rato, todo lo largo que se quiera, después del que es irremisible que les veamos irse, porque les hace volver el hambre, esa condición que es accesoria y accidental en la vida aunque sea de una necesidad capital, esa condición que si es indispensable es lo indispensable obligado, esa trivialidad á la que sólo da un monstruoso, un aberrado, un infame, un invertido, un tremendo carácter de coacción el encarecimiento injusto, vicioso de lo que la ha de saciar ó la dificultad, la coacción de los medios por los que se ha de conseguir saciarla. Vuelven por el hambre, pero no por eso dejan de ordenar sus razones incontrovertibles, pasmados de que con sólo hacerles sentir esa presión del hambre, se sienta satisfecha y triunfante la masa común, rencorosa, usuraria y desconceptuada que apedrea con esa bagatela pedestre, hinchada y

abotagada artificialmente por una sañuda depravación hasta haber hecho de elemento tan ignaro, tan estricto, tan subalterno, una idea formidable, un arma de gobierno lapidaria, una suplantación estúpida que ponen en juego los burgueses para acallar con su incongruencia á las razones sutiles é innovadoras que únicamente lo cambiarían todo y modificarían inauditamente la propiedad.

Vuélvense, y como son íntegros no son desgraciados como con un instinto de venganza les creen los demás, y aun inactivos y flojos, héroes decididos y arrostrados de la pereza intensa, al sentarse en la silla de su casa á la postre, después de su paseo por el Rastro, son indecibles sus voluptuosidades blancas, su conciencia incomparable con la de los otros, su descanso final en sí mismos... ¡Oh sentarse así, realizar ese acto tan cotidiano, tan amparado en uno mismo, es, aunque se dude, el ideal, la maestría, la integridad, la consecución más perfecta de la más completa finitud para la que se ha sido creado!...

Sombreros y trajes

Las prendas de vestir que cuelgan del Rastro son trapos, son pingos insignificantes, son retales engurruñidos, todos mezclados, todos revueltos, todos exangües, exangües como nada, aunque quizás sean lo más á propósito para la admiración de los *snobs*.

No tienen apariencia de vestidos de sala de museo, esos vestidos hinchados por el maniquí, ó bien colgados en los hombros de un altivo perchero.

No hay en ellos ninguna teatralidad, ninguna coqueteria, nada esencial ni firme. Son vestidos sin vanidad, sin desplante, sin residuos, sin engaño, sin calidad. No se defienden con evocaciones y misterios. Purgan todo su artificio del modo más consumado. A veces hay un chaleco rameado, una casaca bordada, un corpiño de raso bordado, pero aquí no se pavonean estos restos brillantes, aquí están abandonados á sí mismos, desprestigiados, sin castidad ni justificación ninguna.

Todos los trajes son arbitrarios como faldas de polichinelas, como faldas de perritos, como historiados taparrabos de salvaje. Cuelgan de las tiendas como sombras ahorcadas ó como gallináceas muertas, colgadas del cuello, que se les alarga más que á cisnes en la muerte, á la vez que les cae el cuerpo, pesote, desairado y flácido.

Hay sombreros—con torceduras, chichones y magullamintos—incomprensibles, lamentables, lastimosos. Los de señora sobre todo son los más pintorescos. En algunos de ellos sus plumas, su media ala, sus pájaros, perecen aquí enhiestos y aleteando como pájaros con los que se ha estado jugando á martirizarles, en un juego «á la taba» de certeras punterías, juego de chiquillos que dejan al pájaro —con las plumas peinadas del revés, arremolinadas y trágicas—ladeado, renqueante, tuerto, como movido por un intento de levantarse, remando en el aire con el ala ilesa y remando en la tierra con el ala rota... Otros sombreros, con un lazo ó unas flores, son como sombreros para ciegas. Estos sombreros de ciegas son unos sombreros mediocres, mustios, sin imaginación, sin vista. Son esos sombreros que llamamos de ciega, no solamente porque lo son sólo por su gesto, sino porque así se los hemos visto aquí á alguna ciega distinguida y en el extranjero á las

pobres ciegas que piden limosna con sombrero. Como ellas no pueden recrearse con ellos, las ponen sus deudos esos adefesios cuyo peso de dignidad les basta sentir, y que como ellas no pueden relacionar con su gesto, quedan quizás desprendidos, quizás colgantes, quizás empingorotados, quizás desviados, quizás volantes, como un moño deshecho cuya incorrección no se sabe, no se calcula. ¡Oh los sombreros de ciegas! ¡Oh los sombreros de cursis, pobrecitas ciegas también!

Hay corsés obscenos, de senos extirpados... Hay telas caídas con flojedad, rotas y sucias con el inimitable carácter de las banderas heroicas colgadas en las iglesias y en los museos... Hay retales para componer todos los trajes, para toda clase de culeras de hombre y para toda clase de trajes fastuosos de mujer... Hay, envolviendo un hato de trajes, pañuelos de esos amarillos y colorados con que envuelven sus cosas los soldados, y que se llevan consígo el día de la licencia absoluta... Hay bufandas á cuadros...—esas adorables bufandas tan elegantes y tan conmovedoras para uno—. Hay boas de pluma, que serpentean sobre el suelo, desarticulados, pachuchos, reptiles como esas «serpientes de plumas» que figuran en la religión de los aztecas... Hay grandes pedazos de tela deshechos como calcetines viejos, que no se sabe por qué penden del mismo clavo de los trajes de baile... Hay mantillas de sarga y terciopelo, y otras mantillas de delicado dibujo que aquí resulta un dibujo de agua fuerte, y otras mantillas desgarradas, y mantillas blancas como un resto hollado irritantemente... Hay trajes de máscara, tristes pierrots colgados de desesperación para salvarse de su melancolía eterna y de las baladas en prosa y verso que les llenaron de un hastío imposible. Algunos de estos trajes de más-

cara viven colgados en todo tiempo, como dando color al puesto, pero en las vísperas de carnaval todo un pueblo de disfraces tristes, trágicos, llenos del mal sedimento de anteriores días de carnaval, llena los puestos...

Todos estos trapos, todas estas prendas de vestir viven amontonadas ahogando á la trapera, más altiva que las demás, más peripuesta, con un aire de poseer un *trousseau* magnífico, viendo en la magia del montón de sus cosas como el prestigio de un traje de reina, caído, plegado, fastuoso, lleno de encajes y garambainas...

Ante estas prenderías, siempre se nos ocurre que es aquí donde se viste esa vieja grotesca, provocativa, insinuadora, que pasa balanceándose con un paso medio de pizpireta medio de soldado, esa vieja erguida y casquivana que se parece por su cuerpo atiesado por el corsé recto y por su graciosa circunspección á esas perritas puestas de manos que dan la vuelta á los circos con una coquetería humana. Aquí compró su sombrero de ave del paraíso, su sombrilla de puño de cisne, su lazo del cuello, sus guantes interminables, su manguito de manso cordero, su blusa con bocamangas de puntilla, su falda de volantes de encaje entallada con alfileres y todo el resto de sus telas y cintas prendidas con alfileres también...

Azorín

Azorín pasa como una viva evocación por el Rastro, asumiendo su sentido con verdadera ponderación, sonriendo cuando debe y trasluciendo

una intensa perplejidad ante lo que de sí es trágico, corregido en él ese gran defecto—en que abundan todos más ó menos como dados á un pintoresco juego de despropósitos—de reir de lo trágico, de lo que debe suspender los ojos y el corazón atónitos, sobrecogidos, compadecidos, y de llorar, enseriecerse y lamentarse de lo que debía hacerles sonreir.

Esta evocación de Azorín brota de una simpatía electiva—por decirlo de algún modo—que hay por él en el Rastro seducido, convencido, por tan fino, ático, abnegado é irónico observador. Lo que hay de castizo, de indígena, de substancialmente nacional en el Rastro devuelve como por una reciprocidad sincera esa figura que tan bien comprendió el alma terrera de la península. Nosotros somos los mediadores de esa equidad que brota de la tierra, de los elementos y del fondo histórico del Rastro representando á un hombre.

Es grato verle por aquí, pudiente, ileso, resistentente en este lugar en que todos los demás contemporáneos y coetáneos perecen, se anonadan, se enflaquecen, están completamente olvidados y se ahilan, se ahilan lamentablemente. Es que Azorín no ha hecho renuncia del acervo aparentemente trivial de cosas, de ardites pequeños, de momentos personales, de arenisca de tiempo que todos desperdician y pierden, y que es lo que es la sutileza, la espiritualidad, la supervivencia del Rastro. Poder encontrarse con un hombre no en la casualidad en que se encuentra uno á todos, sino en momentos supremos y en ambientes más conscientes, más densos y más desgarradores, es algo extraordinario y definitivo. Encontrarse aquí á Azorín, es como si en la ciudad más extranjera de las que hemos recorrido hubiésemos hallado, no para importunar-

le, sino para verle pasar, para cerciorarnos con su silencio, á un hombre tan ibérico como Azorín, en cuyo aprecio sensato por la ciudad hubiésemos podido tener entera confianza. Es un caso así este porque el Rastro es un lugar extranjero en medio de todo, aun en medio de su compatriotería.

¿A qué más puede aspirar un hombre sino á que se vea que es real en la soledad del campo ó en otras vastas soledades, condensándose en esa realidad, nutriéndose de ella, constando en ella, resistiéndola vigorosamente, viéndola bien? No sé pensar en una apología más práctica, menos superflua, más admisible.

Aquí donde toda literatura se disgrega, la de Azorín tiene una cohesión particular, porque sus palabras, en competencia con las palabras espontáneas de todo, neutralizan el ataque disociador con que las realidades combaten la literatura, y así se salva esa literatura enmudeciendo en la persona inconfundible de Azozín.

Y es que Azorín es lo suficiente amigo de sí mismo, lo suficiente decente consigo mismo, lo suficiente acorde consigo mismo, para sostener su densidad personal, intransferible, poseída, gravosa para él, con un peso indeclinable y conmovedor.

Y es que Azorín, bajo ese gran esfuerzo que hace sobre sí para no ser vano, bajo esa sobriedad que es un claro sacrificio, revela una encarnadura trágica, palpable, mórbida, ardiente, y enseña las llagas de sus manos, los estigmas nobles.

Y es que en Azorín se transparenta la batalla, la efusión, la efervescencia interior de la sangre á través de esa indecible clarividencia que hay en su obra, como á través de un pecho abierto.

Y es que en Azorín no se disimulan los conflictos humanos, que hacen simpatizar muy estrecha-

mente con el escritor y en él se ve el encarnizamiento del clasicismo, del tópico, de la moralidad con lo otro, «lo otro» que es todo lo vivo, lo presente, lo que campa aquí por sus respetos, lo que cruza por nosotros en ráfagas alternadas, contradictorias é irresistibles, lo inesperado, lo reformador, lo increíble. En Azorín, bajo esas mismas insinceridades que á veces obliga la vida á tener, se aprecia en un solo rasgo, en un leve tic de su estilo, su originaria sinceridad emulada siempre, siempre seducida por una sinceridad mayor, que se acrecienta en él, que abate su corazón y que cede sólo ante el tiempo, que le hace más abnegado aún, hasta permitirle ver lo accesorio de su valor, eterno, incalculable sólo por el espacio y el tiempo que desaloja.

Azorín pasa sencillamente por el Rastro como buen campesino que soporta la aridez de la vida y sabe sacar de esa aridez admirables recursos para su alma. Va lento, avizor, como sonriendo, pero sin sonreir, con ese rictus suyo tan sumido, tan sufrido, tan comedido. Camina un poco de puntillas, cómodo—porque la perfección espiritual es sobre todo comodidad—, las manos tranquilas metidas en los bolsillos del alma. El noble pánico que dignifica á toda su obra y da interés á su estilo, vive en su mirada, una mirada lívida, eterna, atónita, de cuadro de sí mismo, uno de esos cuadros en que los personajes miran sin amaneramiento, sin ningún estrabismo espiritual, porque en los largos silencios de los sitios en que han estado colgados han visto puramente el tiempo y han sentido discretamente su pavor, su deslumbramiento, su anonadamiento, su transformismo.

Azorín, al pasar junto á los puestos del Rastro, mira las cosas con la consideración, con la benevo-

lencia que merecen, y comparte con la lontananza sus miradas llenas de largueza, llenas de claror, llenas de ambiente. Aquí es donde únicamente se pone ya su monóculo omnisciente. Se ve con confianza su trato con las cosas, recordando que su obra está llena de sentida asiduidad por ellas, más que por las mujeres y los hombres. Las justipreciará porque está bien persuadido de ellas. Y hay una apoteosis para él en este maremágnum, que por lo comprensible y lo idóneo que es en él le acepta en pleno con una suave benevolencia también, con una amistosa hilaridad, con una sensata convicción. ¡Apoteosis inestimable, morigerada, digna, sostenible, verdadera, única apoteosis concienzuda!

Los mendigos

Los mendigos del Rastro son los mendigos supremos. Su pobreza es la pobreza deshauciada, la pobreza pura, la pobreza más honda. Su alma en ese extremo de pobreza se ha hecho el alma genuina, el alma más llena de realidad, el alma que no es más que realidad, agudeza para la realidad, pánico de la realidad, vértigo de la realidad, resuello de la realidad, runruneo de ella, depósito de ella en una orza de barro como esos depósitos de agua de lluvia que quedan en las vasijas tiradas en los corrales.

Son pobres solemnes, resignados, pacíficos, que parecen vivir del aire y de esas reservas desconocidas y pródigas, casi inagotables, que hay en la vida personal de cada ser. Su éxtasis es casi el éxtasis de un árbol, de un olivo, ó quizás más el de

un sequerizo matorral por lo asentados sobre la tierra que están. ¡Extasis arborescente de los ciegos!...

En las encrucijadas del Rastro, en las transversales es donde están sentados los más eternos. Son pobres pobrísimos, pobres sin lazarillo y sin perro, sin ese pajarito que conduce á ciertos animales ciegos para los que la Naturaleza es más caritativa que para el hombre. Hay uno ciego que tiene una flauta de caña, una flauta salvaje, una flauta silvestre, pobre que es como un pájaro de hambre y sed, en el que el canto es una flaqueza, no un concierto, no un cantar. Conmueve por su simplicidad manifiesta, porque pide el pan como un niño hambriento, un niño balbuciente y respetuoso... Otro ciego hay que tiene una campanilla, una esquilita de cordero atada al brazo y la suena moviendo anhelantemente, con rasgos torpes de ánima que pide auxilio, ese brazo estigmado. ¿No responde este sistema ingenuo de pedir á una concepción atrozmente simple y desguarnecida del mundo? Otros que sólo hablan al transeunte, lo hacen con una entonación particular, una entonación sin el sentido vulgar de otras entonaciones dolorosas, como si la entonación se hubiese escapado á su dolor, como si ya de puro resignados á su lamentación la desoyesen y su voz tuviese esa lacerante desentonación de la voz de los sordos. Su voz resulta lejana, como si ellos sólo fuesen tornavoz del dolor esparcido en el mundo —agrio y desconcertado coincidir en un solo pobre hombre—, de voces distintas venidas de distintos sitios.

Estos mendigos ciegos del Rastro—sobre todo el de la campanilla, tan ululante, tan cándido—son idénticos á los antiguos mendigos de los más antiguos caminos. Mirándoles, abstrayéndome en ellos como en un espectáculo muy profundo, como oyen-

do en ellos vagos clamores lejanos, murmullos de caracola ó algo así, he sentido como nunca presa en un mismo tiempo y en un solo receptor toda la diversidad de los tiempos y de los pueblos... ¡Unidades de medida para calcular el tiempo, unidades de medida breves y amplias!... Estos pobres son realmente pobres de los que hubo en las puertas de Efeso, en los aledaños de las ciudades sumergidas, en el Pekín antiguo y en el Pekín moderno, en el Indostán, en Pompeya, en el Egipto, en todos lados, en una mezcolanza llena de anacronismos, de incongruencias, de antípodas. Mezcolanza que si en nosotros se complica, en ellos está aclarada hasta ser diáfana. Les da en la cara la corriente del tiempo con su soplo y su frescor antiguo. La idea de la ciudad, del paisaje y de los hombres es vasta y neta en estos mendigos, como comenzó siéndolo, como lo fué en el espacio antes de aparecer por primera vez. Ante ellos se completa—aquí donde nos hemos ido liberando poco á poco—la independencia que debemos oponer á toda mala voluntad de exclusivismo ó de inmortalizar lo que sólo tendrá gusto y dará placer en la disipación. Son un gran ejemplo de unidad espiritual, de asiduidad consigo mismos, de accesibilidad á las ondas sutiles y condensadas que son la verdadera levadura de la vida, su mayor realidad.

También hay dos ó tres pobres ciegas, que muy á menudo están embarazadas, para más escarnio, para más gravedad de su pobreza. ¿Habrá acto más inútil y más animal, más deleznable y más instintivo que el de una mendiga ciega embarazada, con el guitarro sobre la mesilla de su vientre? Saben que hacen mendigos, y sin embargo insisten. ¿Quizás la fatalidad, tan recrudecida en ellas, obra con imperio y resolución? ¿Quizás son un caso

de obcecada, de cerrada fatalidad? ¿Quizás somos nosotros los insensatos al no pensar sino esta refutación á su acto, sin ocurrírsenos mejorarlo y consagrarlo?

Otros mendigos sin ceguera pululan también por el Rastro. Caminan lentamente, como en un asueto de su pobreza, como en su elemento, con un desparpajo idéntico al que los verdaderos *dandys* de frac tienen en los salones de baile. Se pasean y se recrean como lejos de las hostilidades de la ciudad, sinceros consigo mismos y con los demás.

Alguno parece un fakir, llenos los ojos de predicaciones, la barba viva y nerviosa, dándoles un indiscutible prestigio de hombres dignos de mejor suerte. Otros tienen por el contrario barbas flacas, barbas silenciosas, barbas de renunciadores. Alguno lleva vendada la cabeza, con esas vendas perpetuas de algunos pobres, que dan á sus rostros cetrinos y orinientos un aspecto desencajado de hombres con la cabeza abierta, aunque su venda no es quizás más que un consuelo de su cabeza dolida de su pobreza, dolida de la descalabradura de su destino y justificada por eso. Algún otro es más que un pobre un dichoso bebedor, y aunque su aspecto sea el de un mendigo, no limosnea; va olvidado de todo el mundo, con un bello olvido voluntario que es todo un acto de grandeza casi inimitable. Se sienta de vez en cuando en cualquiera de estos poyos casuales que ofrece el barranco y tranquilamente se peina ó desenvuelve sus cosas ó bebe. Lleva la bota de vino al frente, y como contrapeso de esa bota, lleva las botas de los pies colgadas á la espalda, pues él va calzado con sus alpargatas, por cuyo descote luce su canilla sucia y enjuta.

En este sitio y ante estos pobres se evoca á

todos los otros, cuya vivienda y cuya república parece ser ésta. Así al viejo de la ocarina le vemos retirarse aquí, y sobre todo es casi una seguridad en uno que ese pobre ciego y manco de los dos brazos que sobre sus piernas largas é inmóviles parece el busto del *Ecce-Homo* de Montañés, y que sostiene una gran hucha de madera como esas en que piden limosna «para el Cristo de la Sangre» ó «para el Cristo del Dolor» en las catedrales, es casi una seguridad que es aquí donde le trae á encerrar el patrono que le explota y será aquí donde un día quede definitivamente puesto á la venta como una talla cualquiera.

●

Los mozos de cuerda del Rastro son sin duda mendigos, aunque formen una clase más vana y más costosa de mendicidad que la de los otros, la clase media de la mendicidad. Desastrados, con todos los estigmas de la mendicidad, flacos, encorvados, medio descalzos, esperan alrededor de las cosas, mirándolas con servilismo y respeto, deseando cogerlas á cuestas y llevarlas á cualquier parte. Son los mozos de cuerda desechados de la ciudad, ante los que se duda de que audacia, de que tozudez ó de que negro sacrificio sacan sus fuerzas. Sus cabezas parecen embotadas y macizas, como si hubiese sido aplastado su pensamiento por una carga anonadadora, que no sólo les lapidó el occipucio, sino que como formaron con la cuerda atada al mueble como una coyunda para su frente, eso acabó de exprimir, estrangular y hendir su raciocinio.

Miran con obediencia y zalamería á los objetos hasta que cargados con ellos comienzan á subir la cuesta que conduce á la ciudad. Entonces juran,

insultan, y parece que matarán al fin lo que conducen. Sobre todo si es una imagen la odian como el esclavo maltratado al tirano implacable. Nunca he visto insultar á nadie como al Dante le insultó uno de estos pobres mendigos al que le tocó cargar con el negro vaciado. «¡Maldito santo!... ¡Maldito tío!...» Bajo su carga son locuaces y rebeldes, y sus caras mustias en su pereza, ponen gestos trágicos, ponen los ojos en blanco como las medusas, los embizcan más trágicamente que las caretas trágicas, los elevan dulcemente al cielo como los nazarenos. En su locuacidad cuentan su historia por el camino. Se les escucha con bondad, procurando elevar su ánimo, temiendo que caigan aplastados bajo el peso excesivo que llevan... Y se sabe que son armadores «con el título firmado por el ministro de Marina», se saben otra porción de cosas y se conmueve uno y se aterroriza temiendo que al llegar á casa se venguen del rato de lapidación suprema que se les ha hecho pasar.

¡Pobres mozos de cuerda del Rastro! ¡Pobres mendigos llenos de una incómoda dignidad! ¡Pobres y conmovedores niños débiles cargados con grandes é irresistibles pesos! ¡Oh su padre, ese padre eterno que deja que las pobres criaturituas feas y pobres carguen tan terribles pesos! Dan un espectáculo de esclavitud y de castigo con sus largas cuerdas, fuertes, excesivas, unidas á ellos como su verdadero destino... Se siente lo dueña que es de su vida la larga lía de las cuerdas como un maleficio de serpientes fatales... ¡Que se desprendieran de sus cuerdas, y ya verían como su vida se desenlazaba de muy otra manera!... Pero no pueden, son más fuertes que ellos sus cuerdas y morirán con sus cuerdas liadas al cuerpo, como si la dirección de su vida estuviese tejida en sus cuerdas.

Los hierros

No hay más rígida, más rigurosa, más dura y más inerte melancolía que la que producen los hierros viejos, los hierros oxidados, orinientos, llenos de desgarradores verdines. Será inolvidable aquella fundición venida á menos con su gran nave catedral llena de flejes, de barras, de ruedas, de toda clase de hierros, todos de ese verde que sólo los líquenes toman agarrándose á las piedras de los acantilados tan enteramente tristes y desoladores bajo esas manchas verdes. Será inolvidable aquel solar con aros de cubas, con llantas de ruedas, con unas cuantas vigas de hierro que dentro de la valla de madera parecían restos conmovedores, cosas trágicas que ponían en el paisaje de la calle una honda sordidez, un secreto impedimento para la alegría fácil del ambiente.

Nos serán inolvidables todos los patios de vecindad en que vimos hierros descuidados, con el verdinoso color obsedante, todas las herrerías con un corral en el que se amontonaban las cosas de hierro patético, todos los rincones de pueblo á los que el hierro daba el acusado carácter que guarda en sí con una reservada y personal entereza.

El Rastro es un tremendo almacén al por mayor de estos hierros dramáticos. Cubren grandes trechos, amontonándose unos sobre otros con verdadero acoso, con aplastante comodidad. Algunos se levantan sobre el cielo y le hieren con su punta hostil. Otros tumbados sobre el suelo se alargan como puentes formidables, porque en esos hierros vive

la voluntad de las grandes construcciones, de las grandes audacias, dentro de una absurda, de una fría indiferencia

Es un espectáculo incrédulo, impasible, enconado, grave, inhumano, indescriptible este de los hierros aquí. Hay en ellos como una conclusión máxima de escepticismo y de irresponsabilidad ante todo. Hay un feroz, incorruptible y digno individualismo, un individualismo sin condescendencias ni contemplaciones, en su masa fuerte y compacta. Desconciertan, deshacen, rechazan, desdeñan, desimpresionan nuestros últimos sentimentalismos. Nos aconsejan reconcentración, olvido, sordera, soledad, insociabilidad, pecho contra todo, densidad y un exclusivismo carnal que oponer á todo. Nos abruma quizás esta lección de los hierros, y esto es lo que tiene de ingrato su espectáculo, que es superior á nuestras fuerzas la fuerza que exige, que es superior á nuestras simpatías la indiferencia de que hace tan fuerte alarde.

Toman todo el sitio que quieren aquí, se salen en medio de la explanada, imperiosos y enhiestos... Parecen á veces espinas dorsales de esas que en los grandes museos de ciencias naturales representan á los animales antediluvianos... Parecen otras veces armazones de grandes barcos, armazones como aquella que vimos como un olivo monstruoso para las gaviotas encallada junto á la playa...

Grúas muertas como saurios disecados, de cuello largo y poderoso, grúas con cierto parecido con los trabajadores formidables, bajo cuya máscara correcta, callada y seca de cumplidores fieles de un deber irresistible son fieros rebeldes, anárquicos corazones, almas llenas de la idea de una justicia implacable y devastadora, pensamientos de una idealidad hecha á machamartillo.

Calderas enormes, llenas de una sed insaciable, calderas que quizás se salen por algún lado, pero que aun con esa avería tienen una gran cantidad de espíritu, de un espíritu radical, desengañado, imperioso, que bien á las claras vemos que se basta á sí mismo.

Una fuente de hierro como pronta á dar agua, llena de toda la sabiduría que desplegó en su surtidor, llena de la veraz y clarividente filosofía del agua que quedó unida á la fuerte intuición de su materia, que fué corroboración definitiva de sí misma.

También hay, como restos de la ciudad, como elementos que la han sido prófugos, como la más desmoralizadora de las insurgencias, faroles públicos, balconadas de sus casas, bancos públicos, verjas de jardín, dragones de portalón. De todo ello, los faroles públicos, que tan autoritario empaque tienen en las calles, que tan amigos de la autoridad son, que tan representativos del maligno orden público son, aquí, sin alcurnia, huídos, abandonados, son una corruptora falta de respeto á la ciudad, son sarcásticos arrepentidos que descubren los secretos convencionales, los agiotismos, las policiacas arbitrariedades que sostienen á la ciudad. Aquí son propagandistas libertarios, llenos de experiencia y de documentos. Resultan más conmovedores que cuando bajo las obras en las casas próximas á ellos se les cubre de una montera de madera que les da una delicada, una sensible, una atormentada, una compadecible expresión...

Los rieles de los trenes, unidos á los pedazos de locomotora, á las grandes ruedas que se ven, dan á esto una idea de estación de término, de coincidencia de todos los caminos de hierro, de ramal muerto, ese ramal que conduce á los depósitos de

máquinas, en los que hay tan gran remanso de vida y de gloria, tan gran síntesis de todos los viajes, tan gran experiencia, tan gran *spleen*.

En un gran montón esparcido por los suelos hay cosas impares, pero numerosas: miradores, hornillos, juegos completos de tridentes y tenazas para chimenea, columnas de hierro, lingotes, pesas, tuberías, etc., etc. Todo integra la gran imposición del hierro, todo fortalece ese vigor como ajeno á la muerte y al tiempo que hay en los hierros.

La gran mancha verdinosa excita y aplana. Nos descompone.

Entre los hierros, aunque con cierta discreción, están las llaves de que está colmado el Rastro. Muchas veces están dentro de sus cerraduras, sobreviviendo á la puerta descerrajada, á la puerta destruída. No sé por qué me ha parecido que estas cerraduras del Rastro no son de seguridad y que alguien tiene otro ejemplar de la llave que las corresponde. Pero la gran mayoría de llaves están sueltas, perdidas, resignadas á esperar una eternidad al hombre que las escoja, nostalgicas de la cerradura que las corresponde, como de su mujer ideal. Están muchas veces unidas en grandes manojos dentro de un aro de alambre. Su catadura, reunidas de esa forma, es una inmoral catadura de ganzúas reunidas por el ladrón para toda especie de fraudulencias, escogiendo una de cada laya. Algún puesto hay que sólo vive consagrado á la venta de llaves. Es grato ver su variedad, porque todos esperamos ir á encontrar allí la llave que se nos pierda, la llave con la que entrar en no sabemos qué sitio, pero que, por no sabemos qué superstición íntima, sospechamos que será un sitio supremo. Las hay enormes como llaves del cielo y las hay pequeñas como llaves de cofrecillo.

Casi todas están *tomadas*, y así orinientas parecen llaves de casas misteriosas, de esas casas medio abandonadas, medio derruídas, de ciertos barrios que hemos visto en la aldea y en la ciudad. También las vuelve dramáticas su orín y también hay en su hierro esa voluntad, esa facultad fuerte y exorcista que hay en los grandes y en los pequeños hierros.

Lo que no se vuelve á ver

Las cosas del Rastro desaparecen de aquí algún día. Un día cualquiera, en una callada sucesión. Es lo grande. Es su misión. Es por lo que el Rastro no es aflictivo á perpetuidad, sino reformador, reformador sin daño y sin coacción, amablemente. No se perpetúa demasiado. Sólo la limpieza del cielo y la salud de la tierra vista en total, sólo eso es bastante perpetuo. El Rastro consigue ser reformador y mortal aceptando lo más voluntario de cada cosa, dejándola llenarse de sus vicios más ardorosos, de los vicios que disuelven bien ese abceso que es todo, y que la virtud oculta, anticúa, intentando hacerlo crónico en el secreto hasta la eternidad, evitando que todo muera en las disoluciones ideales, progresivas, lujuriantes y justas.

¿Cómo desaparecen estas cosas?... La mayor parte de ellas no se sabe cómo desaparece, qué misterio interviene en su huida. Se sospecha si serán barridas por un viento extraño que debe pasar por aquí guiando su escoba hacia unas últimas afueras; se sospecha de las nubes como si ellas mordiesen en los objetos y se los fuesen lle-

vando en su arrastre constante; se sospecha que el turbión de aguas azules con que inunda la noche el Rastro sea el que se las lleve; se sospecha que se fueron simplificando, alambicando en el alambique ambiente hasta desaparecer; se sospecha afiladamente que el alba las va eliminando, las va corroyendo, las va disipando, porque el alba, siempre tan poderosa, tan observadora, tan distributiva, tan influyente, tan variadora y tan llena de ese recio arranque por el que arranca con decisión lo que quiere, es aquí más aguda, más pluscuamperfecta, más eficaz; se sospecha de una draga ideal, que si bien draga con constancia, no se nota claramente su presencia, porque las aguas del Rastro se vuelven á cegar de nuevo, á continuación; se sospecha de ellas mismas como si al igual de esos animales que se hacen una honda y cerrada fosa en la tierra perdiéndose en ella, estas cosas escarbasen en la tierra y cubriendo el camino de su fuga se internasen en el suelo, entrando en su plena gloria, recobrando su sensibilidad en la descomposición fomentada por la humedad y la fuerza ardiente, sensual, ácida, húmeda y acre de la tierra. Mas sospechas vagas y acrisoladas se tienen.

Algunas cosas, las menos, se las llevaron los hombres para que perdurasen aún en su forma vulgar. Algunas otras perecen en las fogatas constantes que aquí se encienden. Algunas otras se deshilachan día á día, sólo por desgastes del tiempo y la intemperie. Algunas otras se eternizan aquí, las recordamos desde el principio de nuestro descubrimiento del Rastro, pero sin embargo no nos impacientan, porque en el ver sucederse todo inexorablemente hemos adquirido una paciencia remolona y satisfecha, por la que contamos que estas mismas cosas tardas en desaparecer están cerca

de su final, de su variación, de su idealización, de su redención. Algunas nos parece que han desaparecido, pero después nos las volvemos á encontrar más allá, en otro puesto, como si hubiesen sido revendidas, como si siguiesen su camino en el juego de ajedrez hasta ser comidas al fin.

De todos estas cosas desaparecidas quedan en uno espectros precisos que nos conduelen porque son espectros de cosas que insubsanablemente no volveremos á ver. Una especie de grave madurez, de grave consumación nos dan estos espectros infusos en uno.

Algunas cosas de estas nos han contrariado al desaparecer. Por ellas tenemos y tendremos siempre el reconcomio de no haberlas comprado. Hubieran sido para nuestra corta vida una observación, una lección diaria, confiadora, convincente, inspiradora, confortable, iniciadora. Fué una irreflexión, una ofuscación de momento la que hizo que no nos llevásemos aquellas cosas á nuestra posada, como nos hemos ido llevando otras con una fruición incomprensible para los otros, que no pueden imaginarse la *suerte* de uno de estos encuentros, y como se pierden en ellas las miradas, alejándonos, profundizándonos, adiestrándonos, haciéndonos indemnes y resistentes... ¿Qué no hubiésemos pensado, qué seguridad no hubiésemos adquirido, qué combinación de pensamientos nos habría sugerido la adquisición de aquella cosa, variando el número, el lugar y el modo de todas las combinaciones que han sucedido en nuestro vida y en nuestro pensamiento sin ella? ¡Qué hondo desvanecimiento sentimos al pensar en la falta insubsanable!... Parece que esa falta nos hace tropezar muchas veces con un escalón falso, con un corte en el terreno de nuestros pensamientos... ¿No nos saldrá

el *solitario* que vamos haciendo con la baraja casual por falta de esa cosa?

¡Oh aquellos dos ídolos negros que cuando volví á la tarde de aquel día ya no estaban!... ¡Qué huella dejaron en mí, qué figuración, qué vacío, qué sombra anhelante!... Eran grotescos, pero revelaban un concepto del hombre y de la mujer menos confuso que el de las otras esculturas, más vivo, más sensual, más asequible, más ácrata... Muchas veces pienso en ellos, y se acentúa en mí la idea de que si los tuviese, si á lo menos los volviese á ver, para fijarme en ellos más detenidamente, podría decir cosas que en definitiva ahora no puedo decir y vería á la mujer de otro modo, ya que el ídolo femenino aclaraba el enigma de la mujer, dando á sus formas una plástica rebelde y arbitraria, que interpretaba toda la brutalidad, toda la deformidad, toda la casualidad de sus formas mostrándola infraganti.

¡Oh aquel cuadro borroso, incierto, en el que sin embargo había una presencia humana y cordial bajo la mugre obscura!... ¿Por qué temí la burla de los míos al llegar á casa con el cuadro opaco y negro como una pizarra?... Recuerdo que lo rondé unos días sin decidirme, recuerdo que después vinieron unos días de lluvia, en los que aunque se recrudeció en mí el deseo y la urgencia de ir, pensé en que ese puesto en que estaba el cuadro, ya que era de los que se extienden en la calle, estaría guardado en su rincón incontrable, y recuerdo por fin que á la tarde del primer día de sol en que se abrió el nublado, ya no estaba. Se lo había llevado por la mañana otro hombre, quien no sabré nunca, quien será superior á mí por poseer aquel cuadro en el que se transparentaba una figura humana revelando lo que se busca debajo de la carne, y que

no es el espíritu, sino la misma carne menos sorda, menos ciega, menos reacia...

¡Oh aquella mascarilla de un desconocido, que también me robó «otro» después de habérmela propuesto comprar! No sé por qué pienso que ante aquella mascarilla, ante aquella frente, habiéndola visto de la noche á la mañana en mi posada, me habría llenado de la originalidad sin fama de su alma, una originalidad que no encontraré ya yo solo.

¡Oh aquel espejo, que dejé apalabrado, pero que por haber yo caído enfermo y retrasarme en ir por él, lo vendió el maldito chamarilero, á quien odio desde entonces!... ¡Cuántas cosas esperaba yo ver desde su ventana! ¡Qué persuasión me dió entre todos los espejos! ¡Cómo me deslumbra y qué vértigo me da, sólo al pensar en su luna aparentemente tan ambigua como todas las lunas!

¡Cuántas otras cosas que así como esas se me han ido, dejándome un vacío imposible de llenar, dejándome un poco trémulo y un poco ido!

Las máquinas

Las máquinas lucen aquí una extraña categoría, un solitario y secreto poder. Impresionan, preocupan, intrigan. Sean grandes ó pequeñas, nos sacan la misma aguda mirada que se complica, se enreda, se engancha y se queda en ellas.

Nadie sabe qué ley es la suya, y la mayor parte de las veces tampoco sabe nadie su aplicación. Muchas de ellas están atezadas por el tiempo, tienen una facha anquilosada y ciega, pero sin embargo

siempre hay en ellas esas cuantas piezas de acero ó de cobre, que parece que les dan una intención viva, bruñida, animosa, trascendental.

Quizás aun con lo aparentes y lo dispuestas que parecen son enteramente inservibles, porque las falta la pieza más intrincada, el corazón, que se las perdió en el suelo de que provienen y fué barrido hacia sitios profundos y misteriosos, si no es que siguiendo esa predisposición que tienen las ruedas de las máquinas á rodar lejos hasta perderse, no se escabulló así su ruedecita más esencial, más introcable.

No son estas máquinas las de grandes dimensiones, las de una fuerza musculosa y material. No. Esas fueron desarmadas y su hierro fué vendido al peso. Son las que viven de una fuerza espiritual, las de más maliciosa compenetración con los misterios energéticos de la vida, las que hicieron apurar cálculos y cálculos, intrincadas divagaciones, fantasías, adivinaciones, hasta haber estado á punto de servir para organizar y sobrepasar la vida. ¡Quién sabe junto a qué otros extremos llegaron sin saberlo!

Generalmente están encerradas en un exterior hermético, pero á veces se las encuentra un resquicio por el que se ven sus ruedas, y entonces se sienten más violentamente ansias de salvar á la descomposición la gran simpatía que hay entre todas sus piezas difíciles. De pequeños sentíamos, por el contrario, la voluptuosidad de descomponer las maquinarias, pero después de hacerlo teníamos la tristeza remordedora de haberlas descompuesto. Aquellas pobres máquinas inmóviles, sumisas á la descomposición, nos habían mostrado su sensibilidad, pero el malestar era tan agudo como el que se siente al matar *estrellas de mar*, esos animales in-

expresivos como una flor ó como una estalactita, pero á los que se les supone un alma tan verdadera como la del que más.

¿Qué hacían estas máquinas del Rastro? ¿Qué pensaban? ¿Qué medían? ¿Qué movían ¿Qué transmitían? ¿Qué dirigían?...

Calladas, embalsamadas en su metal, llenas de un sueño cataléptico, parece que esperan el día de irse adonde se han ido todas las máquinas, á la gloria de sus teorías, á ese espacio en donde se mueve, en donde se conserva perfeccionado su sistema, en donde no se entumece ninguna máquina realizada ni ninguna posible. Paraje de inmortalidades.

El ver y meditar estas máquinas me ha sugerido sospechas, que pueden ser ó no ser de la misma manera sin que dé más una cosa ú otra. La máquina genial, esa máquina que trata de hallar el movimiento contínuo, la que quizás lo halló, está aquí. Como esa, otras máquinas, extraordinarias, resolutorias de problemas insolubles, pueden estar aquí. Esta no es una fantasía repugnante. Es grato pensar que en aire tan supremo están en reposo los hallazgos supremos. El castigo de la ciudad es el silencio que guardan.

—Y esa máquina, ¿para qué sirve?—se les pregunta á los prenderos. Ellos no lo saben. Ellos la conservan porque esperan á ese alguien que vendrá por ella, que sabrá apreciarla en todo su valor. Ellos, en uso de sus facultades de dueños y tiranos de sus cosas, sucede que dedicados á jugar como monos con las máquinas, las han encontrado un resorte ó una llave, y la máquina se mueve, suena ó anda. Generalmente sólo consiguen de la máquina un intento de vivir, un movimiento intermitente y flojo, el mismo intento, el mismo temblor, anhe-

lante y trémulo de un animal caído que demuestra que aun no está muerto porque le vibra un ala ó mueve el rabo ó le tiembla un ojo bajo el cerrado párpado. ¿Qué anhelan estas máquinas? No se sabe, por más que se quisiera interpretar su gesto como el gesto de un paralítico.

Junto á las máquinas, relacionándose con ellas, tomando de ellas interés á la vez que dándoselo, están las cajas de compases y las menudas piezas sueltas que no tirarán nunca los pobres y supersticiosos cambalacheros, llenos de una firme esperanza y de un acabado respeto, sensibles á la posible y afortunada utilidad de cualquiera de esas piezas demasiado incontrables para que no se intente ayudar un poco á encontrarlas á esos hombres delirantes que las buscan, que se les siente buscarlas. También, aunque se encuentran más de vez en cuando, se relacionan con esas máquinas secretas los planos y papeles que contienen fórmulas, esquemas de máquinas y delgadas figuras geométricas, así como también los libros en cuyos lomos se lee un título que revela la Mecánica y que no dejan de faltar, porque el fracaso de los descubridores es de los más graves y lamentables, de los que traen todas sus cosas al Rastro.

Como lejos de la dificultad y de la necesidad de esas largas preparaciones que supone la mecánica, una presunción simple y graciosa nos gana en el Rastro ante todos estos documentos y todas estas maquinarias, y pensamos que el secreto de la máquina decisiva, la máquina sin ningún punto muerto, la máquina viva por excelencia es tan fácil como el del huevo de Colón, es un secreto á voces que sin embargo no se oye, un secreto que cruza nuestros pulmones en el aire que los vivifica.

Pío Baroja

Para completar la sensación del momento extremo necesitamos ver á otro hombre, á Pío Baroja. Hay en él también la suficiente reserva de sí mismo, la suficiente figura para que después de todo el rigor crítico del Rastro pueda levantarse sobre él. Lo individualista de la raza hace que cuando un escritor como Baroja cultiva en el público su dignidad, su entereza personal, el público responda seriamente, permaneciendo alejado y próximo á él, permitiendo estos dos ó tres casos de hombres que llegan á su madurez sin perjuicio de sí mismos, sin ser corrompidos por el público, que secretamente se venga, con una venganza superior á su instinto, en sus excesivas y sucias aclamaciones. Salvar de un modo palmario y ejemplar esa economía personal que es lo único real de los hombres, es la gran suerte, el gran triunfo de un escritor.

Menos fundamental que Azorín, menos refinado, menos penetrado de todo, menos lleno de ternura, más encarnizado, Baroja no sintetiza el mundo en una tragedia interior, suspensa, serena, como Azorín. La tragedia que él muestra es más exterior, más indómita, más descompuesta, menos substanciada en él, aunque su buena voluntad, su genial buena voluntad, su gran aproximación á la verdad neutral y negligente de las cosas, le hace el segundo contemporáneo.

Baroja impresiona más que convence en este ambiente, porque en él se aprecia sobre todo lo recrudecida criatura que es, incrédulo, indeciso,

crédulo, decidido, luchando consigo mismo, arrastrado por sus pensamientos—entre los que hay primeros pensamientos al lado de últimos pensamientos—, sorprendido por sus hallazgos, asombrado por sus palabras, amigo de dejarse llevar por la mano del azar en excursiones de las que vuelve con verdaderas sorpresas y cosas anodinas, necesitado de que algo se ablande en él, necesitado de una ironía más suave, menos dura, menos ensañada, que se dejase ceder más á sí misma, pobre necesitado, estupendo necesitado cuyas necesidades se ven todo lo francamente, todo lo altivamente que en los pobres que van medio desnudos, un poco indispuesto consigo mismo, aunque se ve que al fin y al cabo todo le sale por una friolera—decisivo «al fin y al cabo» que sedimenta el alma—, doble actitud en él, pues si á veces se le ve divertirse con un estrambote y llegar á la catástrofe con impasibilidad, exagera esto á veces tanto, que se ven pasar por él hondos temores de beata, desconfianzas de palurdo, vagas y arredradoras ideas de deber, temblores un poco pueriles que aunque contradice en seguida, aunque se resiste violentamente á su miedo hablando alto, respondiéndose á voz en grito como el que canta para matar el pavor de los caminos de la noche, dan estas cosas á su temperatura esa destemplanza que se nota en su obra, ese contraste tan humano que en él es asombrosa y admirable flaqueza por lo franca, por lo extraordinaria que es en medio de todo.

Este Pío Baroja, tan infraganti, cuyo nombre sobresalta por lo certero que es su disparo, por lo metido en sí que se muestra, por lo redondo y decisivo, por lo parapetado en sus dos ojos, en sus dos **o o** llenas de gravedad, de observación y de individualidad, este Pío Baroja que está desastra-

damente bien, es indudable que pasa por aquí frente á nosotros.

Cargado de espaldas como si un centenar de sus libros le pesase en ellas, como un hombre de mar que no sabe andar bien por tierra, con una profunda elegancia de insubordinado, baja la cuesta refrenándose. Parece un buen hombre que va á comprar una herramienta ó que busca una mesa. Su sombrero tiene el color del tiempo, nunca parece nuevo, parece proceder de un baratillo de estos y le está pequeño, quizás porque no había más que ese en el puesto de cosas viejas, quizás porque así lo eligió expresamente, pues vascongado, le gustan los sombreros chicos como á sus paisanos las boinas indefectiblemente chicas. Baroja no cede á la calma ambiente de este barranco, guarda sus ojos bajo sus cejas, abate sus ojos bajo sus cejas, hay en su fisonomía como en su espíritu ese dramático contraste peculiar que luce lo claro, lo infantil, lo ingenuo, lo voluntarioso bajo una inflexibilidad paternal pero tiránica (una mirada de un azul aldeano y un negro avieso, desconfiado, implacable en el fondo de esa misma mirada). ¿Por qué se penitenciará tanto Baroja, por qué siendo tan absurdo y tan liberal tendrá esa castidad fiera que considera enemigo el concepto tenue, blando, absurdo, voluptuoso y dichoso de la vida? ¿Por qué siendo íntimamente arbitrario, no recoge el fruto íntimo, sazonado, indivisible de la arbitrariedad habiéndolo merecido tanto? ¿Por qué es á la vez que el rebelde alegre con ese regocijo ingenuo, infantil, sin mujer, de los rebeldes, el que expulsa al rebelde de los sitios de orden, resultando así un poco el expulsado por sí mismo? ¿Por qué esa crueldad al lado de su inimitable bondad? ¿Por qué ese platonismo que arroja á los poetas de la república?

Baroja mira las cosas, caídas ó en candelero, á lo largo de la feria, con verdadera inteligencia, con una mirada nobilísima y transitoria, aunque se nota en él una preocupación grave é indebida, una preocupación por intrigas falsas, obcecadas y superfluas, un defecto enconado de abstracción, algunas huellas de supersticiones. El ha empleado las cosas en sus obras con esa fijeza, con esa atención, con esa consideración que merecen. Ha visto la existencia aparte de ellas, ha visto lo libertarias que son, las ha humanado. En toda su obra las cosas tienen este desportillamiento, esta rareza, esta ingencia, este abandono en un campo árido, en un paisaje de las afueras, de las cosas de aquí. Como éstas, han recabado su independencia, su vagorosa impasibilidad, base eterna y mortal idéntica á las bases de todo. Las cosas en Baroja tienen esa gravedad insólita que en los cuadros de Holbein ó más que en los de Holbein en los de Dúrero, tienen ese mismo amontonamiento de geometrías aparatosas en un espacio reducido y triste, esas cosas historiadas, secretas, con algo de ídolos que han herido su atención como la atención de un niño. Hasta brotan muchas veces las novelas de Baroja de un ambiente de cosas que él forma ante todo como emulación de la novela.

Baroja no solamente mira las cosas, sino que las revuelve, busca en los cajones obscuros, anda con cuidado en el fondo de los puestos, donde se amontonan y se interponen las cosas, como quien busca cangrejos, porque en esos pedregales revueltos la cosa que se busca se oculta como un cangrejo, se soterra bajo las cosas menos interesantes que nos dan la cara en primer término. Baroja pone una gran avidez en esta rebusca, porque aquí indudablemente encontró alguna de sus novelas, entre to-

das *Las inquietudes de Santi Andia* y *Las Memorias de un conspirador*. Se para ante los manuscritos, esos manuscritos con la primera página rota de través y todas las puntas rizadas, que ni siquiera figuran entre los libros ni tienen un puesto de orden entre las cosas, y recoge del suelo esos papelitos escritos que por apatía, por cortedad de genio no recogemos todos. Ante las máquinas, ante estos artilugios incomprensibles, que abundan en el Rastro, es ante los que más medita y recapacita Baroja, buscándoles el sentido que quizás no tienen, practicando así esas ideas de una diabólica mecánica, absurda, arbitraria y primitiva que hay en él, de antiguo, de pequeño.

Frente á Baroja el último sentimiento que se experimenta es otra vez el primero, es el de esperar que un día, puesto que en él hay todos los elementos para que eso se realice, aprenda en esta suave paz del Rastro la decadencia—la perfección de una última decadencia será el ideal final, el final del mundo—que le conviene, y goce de ver llegar á sus libros á la desfloración mortal y dulce, deshojándose, desgranándose, ya que lo más culminante que debe haber en los libros, lo que les salva de su error social, es una facultad de desfallecer, de ceder, de llegar á la hora fácil, silenciosa, máxima, á la sensualidad que muere en un acto verdaderamente libre. En Baroja el libro, el pensamiento es demasiado acerbo, está demasiado sobrecogido, no se decide al goce decadente y expansivo, siendo, como es él, tan libre, tan sensato, tan bondadoso, tan lleno de cordura conmovedoras. Se ve que sólo necesita sincerar consigo mismo á la gran inmoralidad de su alma, la inmoralidad que ve, que aviva, que cultiva, pero á la que es reacio en último término. Sin embargo, aunque se niegue á arrostrar la última

y disolvente consecuencia de su modo de ser, es lo suficientemente decente para que le veamos como compañía y ejemplo en la soledad absoluta que se siente aquí.

El atardecer

De proviso nos atardece en el Rastro, aunque secretamente lo esperábamos distrayéndonos en él entretanto para darnos la sorpresa.

Sentimos como la madurez de un fresco higo —uno de esos higos dulzones, churretosos, blandos, refrescantes—, la madurez del corazón, colgado, mollar y calmo en el pecho. En esta dulzura, en esta saciedad notamos todo el derretimiento de vida que hay en ella, todo el derretimiento que irreparablemente nos cuesta.

Es este como un ocaso final. No se ve al sol irse á otro lado, irse á ninguna parte. Es tan definitiva su decadencia, que aquí parece que acaba profundizándose, sumiéndose en sí. La languidez, el ansia de descanso, la convicción de este ocaso son inauditas. Se tiende el sol muy á lo largo, el cielo también se tiende y las nubes son largas y tendidas también, nubes á listas, nubes á ras de la cabeza. Es un ocaso apaisado como ninguno, y concentrado como ninguno, como si penetrase sin desparramarse en el embudo suficiente, vuelto de nuevo, como á su nido secreto, al cráter que le dió á luz. Es un atardecer macizo. La mayor cantidad de atardecer cayendo á plomo sobre la tierra, como no se le vió caer nunca. El alma queda ahíta con él, rebosante de una modesta plenitud, de una saciedad humilde,

como si hubiese llevado á cabo al fin el descubrimiento de sus alrededores, tentando el muro final, como si hubiese rematado sus empresas, tanto que no comenzaríamos la mañana ahora porque nos es incomprensible, porque toda nueva medida repugna, porque hemos sido dispensados de todo deber y todo suplicio... ¡Término suave y liberador! ¡Tácita amnistía la que aquí se respira!...

Se mira á lo alto sobre las cosas, como si las cosas nos hubiesen sensibilizado ya bastante, preparando nuestra atrición. Nos quedamos atónitos y tendidos en tierra también, de cuerpo presente ante el cielo, como yacentes en la tumba definitiva, en un ideal catafalco dispuesto en un ideal simulacro de funeral... ¡Ideal lecho pacífico y firme!

Sólo en aquel ocaso sobre la delgada laguna que hay entre el Lido y Venecia vimos un ocaso parecido, tan sumido, tan absorbente, tan arregostado, tan absorto.

Fantaseando se piensa en las riberas del Ganges y parece como si hubiésemos bajado una de las escalinatas que mueren en el río sagrado, para sumergirnos y ablucionarnos en sus aguas virtuosas, entre un espectáculo de cadáveres que arden y de cadáveres que se van á la deriva en las aguas.

¡Enterrador atardecer!... Aplaca el esfuerzo siendo una admirable solución de continuidad para cada uno. Después de inteligir este atardecer, se puede vivir ó morir igualmente, sin que sea más grave una cosa que otra. Parece imposible alcanzar más capacidad, ó más fondo, ó más fundamento, ó más altura que la que se alcanza en este atardecer. Se siente la compensación que esto es para los pobres, y el elemento de completo descargo que es también para los muertos, cuya muerte hace que no sea terrible ni dura.

Un ocaso tan verdadero, tan transigente, resulta la gran sinceridad de la vida y de la muerte, y en él son ambas á una volubles, simpáticas, fáciles y comprensivas.

¡Caridad para todas las sensualidades, libertad para todo, clara, radical é indiscutible solución del problema social!

Los cristales de las ventanas que dan al ocaso están llenos de presencia de ánimo al atardecer. No hemos visto ventanas con ojos tan vivos, tan conmovedores y tan videntes, quizás porque estas son las últimas ventanas frente al último destello, al último suspiro del ocaso desengañado, postrero, consumado.

En los patios, en los corredores, se queda el sol en desgarrones, como convertido en miserables refajos de bayeta amarilla, en gayas colchas, en retales vivos y rotos, tendidos de trecho en trecho.

Empujados por el atardecer, cogemos el callejón que estábamos haciendo tiempo para tomar, un callejón hondo, triste como un canalillo entre dos tapias ciegas, pero entre el que flota y transcurre el cielo y su luz clemente. A sus orillas, como niños que jugasen á comerciar con piedrecitas y otros ardites insignifiantes, hay pobres vendedores repanchigados en la acera y recostados en la tapia, como apoltronados en asientos felices de alto y complaciente respaldo. Alguuos ropavejeros cuidan sus trapajos colgados de clavos que llenan la tapia.

Todo es consciente del ocaso escéptico, morigerado, sagaz.

En lo alto de esas tapias, y extendiéndose en las fachadas que sobresalen, hay un efecto de sol idéntico al que consigue el ocaso sobre la arena de las playas, haciendo vivir ese suave, batido é inde-

leble siena de los arenales... Es un efecto de sol, que para aparentar más que es el de las playas, lo recogen las fachadas como tendidas oblicuamente ante nuestra mirada, en una rara perspectiva, en una perezosa y sumisa rampa... ¡Oh el efluvio, la tisana, el sedativo de ese sol reflejado por estas paredes, de las que cura la dureza y la impenetrabilidad!

En esta hora se inicia la vuelta del trabajo, y trabajadores de blusa azul pasan por esa trocha. Es la hora que simplifica el destino difícil de los trabajadores, la hora sensible en que pasan por el Rastro en idilio consigo mismos, en gloria de sí mismos, su cojera ó su tuberculosis aliviada por un momento.

—No hagáis velar al obrero—se gritaría en los talleres en que se le hace velar—porque en esta hora inapreciable ellos se resarcen, piensan en todo y chupan del seno dulce, benigno y conmovedor de una mujer madura y summa.

¡Manso ocaso, persuadido de todo, penetrado de todo, lleno de razón y de indiferencia!

Se pega uno á las tapias, un poco desvanecido por la penetrante emanación del ocaso, lleno del sésamo que aplaca, la cabeza caída á un lado como asombrada y posesa, sobresaltados sólo, rota esta ecuanimidad sólo por las piedras de canto, desiguales y punzantes que revelan la tierra. Se cambia una mirada de indecible inteligencia con un árbol que asoma sobre las tapias y que es como una bendición sobre la cabeza, como una palabra que anima, consuela y alienta. Se cambia también una mirada con los faroles de pared que viven su vida propia unidos á la tierra madre por su vena de plomo. Faroles ávidos, expresivos, anhelantes como gárgolas en este momento confidencial. Se

sale á una ronda árida, ancha, desolada, y cruzándola se entra por la puerta postrera en la región polar del Rastro, hacia donde se han retirado las aguas, interesantes en la baja mar que coincide con el ocaso.

Plazoleta final

Se entra por la puerta postrera. Primero se atraviesa un pasillo, crujía de catedral sobre la que esplende ese cielo que ensalzan las calles estrechas, ándito bordeado de chamizos hechos con pedazos de todo, pedazos de estera, de cartón, de hojalata, de restos de bambalina, todo bien curtido, bien negro, bien inimitable, bien zurcido, cerrándose con techos bajo los que se forma un artesonado misterioso, atractivo, obscuro, que es como el telarañoso refugio de las sombras más perdidas, de los sueños más postrimeros, de los pájaros más perseguidos.

Cruzado ese pasadizo, se sale á la plazoleta final, calvera desastrada, corralada extrema, golfo final, ribazo pacífico, en cuya plaza hay esos charcos que quedan en las mareas bajas y en los que el sol pone ámbares y suavidades supremas, charcos de un dulce espíritu, el más sereno, el más rendido, el más diáfano.

¡Qué serenidad, qué esclarecimiento y qué absoluta pobreza la nuestra al salir á este descampado!... ¡Se ve que no hay nada que hacer sino irse muriendo, con los ojos lo más despabilados que se pueda!

Montones de cosas pequeñas—como esos que

formados de raíces, algas, tacos de madera, carbones, se ven en las playas —se abaten sobre el campo raso. El aire opalescente es, aunque diáfano, muy denso, con una densidad muy amasada, muy batida, sintiéndosele como una gran sesada llena de pensamientos lógicos y supremos.

Algún baúl, algún muñeco, algún mueble abultado, llaman la atención, sobresaliendo sobre la menuda basura reunida en pequeños montoncitos. Sobre todo, las camas abiertas aquí, son camas de una desolación máxima y en ellas parece que un hombre—al que se le complicó el corazón con el estómago y los pulmones y el hígado y las entrañas, muriendo de un fracaso absoluto—mira este cielo abierto y complaciente, curándose de su muerte poco á poco.

Un gran surtido de hierros, una empalizada de grandes ramas de hierro cierra el horizonte y cierra el Rastro como un tupido entroncamiento de árboles en un invierno absoluto, renegrido, disecado, vestido de verdín. En este erial de hierro, algunas grandes y azules ruedas de carro son una nota rústica y algunas cruces de cementerio resultan dramáticas, como esas cruces de los enterrados al borde de los caminos, en sitios fragosos, agrestes y despoblados.

Detrás sólo se ven dos árboles de esos que se han abierto mucho con los años, y que parecen llenos de sensatez y ciencia, y los depósitos de gas con su truculenta catadura, monstruosa, solitaria, ingrata, que sientan tan bien en estos paisajes con su falsa medrosidad. Más allá, el cielo y el paisaje acaban biselándose el uno al otro, quedando convertido el cielo como en una pared fronteriza, pared maestra que se ochava definitivamente ante uno.

Aquí se siente la ausencia verdadera, la ausen-

cia completa de la ciudad; nos quedamos como sin padre ni madre—como si no los hubiésemos tenido nunca—, sin honor, sin historia, sin propiedad, sin destino y se piensa cómo nuestro despacho llora por nosotros y cómo la mujer aquella es de vana y de suya. Parece como si nos asomásemos á la ventana blanca sin paisaje del infinito limbo. Hay una disipación tan satisfactoria del alma en el aire del paraje, que un poco sin sentido nos quedamos parados, convertidos en estatuas de materia eterna, dentro de un vasto ensimismamiento, vasto porque no es hermético, ya que durante él carecemos de límite que separe nuestro interior de nuestro exterior.

Nos sentimos también hasta curados de la insaciable sed de justicia, viendo en una pacífica conclusión que ese desorden, esa idiotez que es el mal de todo comportamiento torcido, está suficientemente castigado en la inteligencia, en la serenidad, en el gusto de los hombres deformados, torcidos, embotados, endurecidos, atrancados, contraídos por su injusticia. Ellos no verán tan lúcidamente la tarde, este momento, otros momentos como este momento, y eso sí que es verdaderamente no ver á Dios. ¿Qué más se les puede infligir?

Ya completamente oculto el sol, el cielo tiene un momento en que se entrega como la tierra. Lechoso, de una blanda morbidez, es como un seno henchido que cae, que se vierte sobre nosotros como el de una mujer acostada encima de uno; un seno entregado sin ruegos, sin provocar la fiebre de la resistencia; un seno ancho como esos que se continúan bajo los brazos, donde mueren suavemente como éste muere en los horizontes de los lados; un seno que no se parece á ese otro seno enhiesto, rígido, supino sobre nosotros, imposible y cruel

del cielo de ciertos mediodías. Bajo la abrumadora complacencia de ese seno, miramos á la tierra para completar la visión, para completar la idea de posesión de esa mujer sensata, viendo también sus piernas bajo las nuestras, dándonos cuenta de sus brazos que se acodan detrás de nosotros y sintiendo su cabeza hundida en la nuestra, apoyada en nuestra frente.

Nos sentaríamos como para siempre. Es lástima que no haya un sitio en que sentarse á disfrutar este estado radiante, alumbrado, irresponsable, esta evasión, esta ideal disolvencia. Se siente envidia por los hombres sentados, verdaderamente entronizados en medio de esos tinglados de que es difícil salir y en los que tanto les gusta á los niños hacerse fuertes y aislarse... ¡Pintorescas, supremas, reposadas tardes aquellas de mi niñez de colegial en que pasaba las horas de lluvia metido en un cajón en medio del corral en el pueblo sórdido haciendo mi compañero al perro! ¡Tardes sofocadas por una infinita pasión íntima á cuya comparación tengo que recurrir para entender toda la suficiencia de estos hombres sentados en este corral y con un perro al lado también!...

Hay un momento en esta plazoleta y en esta hora que ya no puede ser más capaz. Ninguna tenacidad, ninguna autoridad, ninguna iracundia, ninguna tozudez, sólo un aire salvador que elimina la idea de los cielos, de los infiernos y de los purgatorios. En definitiva, se siente evidentemente que todo es sólo esto, y pensándolo, una hilaridad grande se apodera de uno y del alrededor, y se siente la limpia aspiración de vivir el día, sólo el día, porque es de lo único que puede darse cuenta cabal el hombre, un día puramente matutino, vespertino y nocturno.

Con este momento, como desprendiéndose de su solemnidad, coinciden unas campanadas lejanas, cercanas, sin exacerbación, sin rencor, sin bravura, unas campanadas que caen en este suelo hundiéndose en él sin otra trascendencia que la de señalar la sazón de la hora.

Desgarradoramente comprendemos al oirlas que tenemos que volvernos cuando contábamos con que aquí se detuviese el atardecer, cuando contábamos con vivir siempre aquí en un ayuno imposible, embelesados en esta realidad tan en su punto, el cielo cuajado en la tierra.

Y comenzamos á desandar lentamente lo andado.

La vuelta

Volvemos de vacío, sin peso ni nada, encantados aunque temerosos de volver á cargar los grandes pesos ciudadanos. La memoria no nos es aflictiva, ha cedido y estamos en paz. Sin embargo andamos con lentitud, como locos que temen el manicomio, con ese trágico pavor. Con una gran parsimonia vamos subiendo la cuesta del Rastro.

Los pobres vendedores guardan sus cosas. Esa recogida de sus cosas parece un acto más definitivo de lo que en realidad es, pues parece que levantan sus puestos hasta dentro de un siglo ó quizá para siempre. Toman sus cosas en la mano una á una con un cariño de joyeros. Los libros los amontonan como eruditos después del trabajo, evacuadas las graves consultas. Se agachan y se vuelven á agachar tomándose todo el tiempo nece-

sario. Es su trabajo un trabajo incomprensible y costoso, excesivo para recoger sus cuatro clavos viejos, un trabajo en el que gustan toda la muerte, todo el fenecer, todo el descendimiento lento del día, todo ese fuerte placer que desparrama en el ambiente. Parece que hacen también ese esfuerzo miserable, inútil, sarcástico, para enseñarse humildad, una soberbia humildad, como gozándose en su pobreza, con una voluptuosidad fatigosa y paciente, con una sorna imperial. Parece que en el trato con las cosas recogen su alma y en contacto con ellas, una á una, rezan el rosario de su vida. Algunos cubren el montón de sus cosas tiradas por tierra con esteras viejas, á las que echan el cerrojo con cuatro pedruscos. Los afortunados dueños de los cuchitriles cubiertos cierran con una cortina la boca de su puesto, en el que quedan las cornucopias encendidas.

Las buhardillas resultan más fascinantes y más lóbregas. Las chimeneas y los aleros viven también una vida excepcional.

Los peripapéticos murciélagos—esos pájaros sin cola superiores á los pájaros con ella como el hombre lo es á los animales con rabo—aparecen y comienzan sus meditaciones. Se les siente ebrios, dados á su vigilancia espiritual. Puntúan y dan intención calladamente á la hora. En nuestros oídos silban como balas perdidas que nos dan cuenta de lo dramático de la vida y la noche, del peligro y el pánico que cruzan en ráfagas, así como ellos, junto á nosotros.

Las tabernas empequeñecen más sus entradas, su techo baja más y resultan más plácidas y más profundas dispuestas á la velada obscura, conveniente de luz y de sordidez, esa velada que sólo en ellas se puede vivir. Algunos bigardos, fijos á

la puerta de ellas, sonríen con una sonrisa sardónica, la sonrisa de las bocas avinagradas por el vino.

Las casas tienen un aspecto leproso, cetrino, de quebrada color. Los interiores que abren sus ventanas al exterior parecen esos interiores de las casas que sufrieron un incendio y los marcos de sus ventanas y balcones están como quemados y renegridos por el humo. En alguno de esos interiores luce una luz amarilla, esa luz eléctrica de provincias, de enflaquecidos destellos. Repechadas sobre algún alféizar ó sobre alguna baranda, descansan figuras opacas.

Aun baja una cosa, en hombros de un mozo de cuerda. ¡Aún! ¿Por qué es más víctima que las demás esta última cosa?

Grupos de hombres hablan entre sí, encontrando en el día motivos apasionados, interesantes anécdotas, conspiraciones.

Intrigan las bocacalles sin luz. Un nutrido murmullo de chiquillos domina todos los ruidos. Se sospechan nideros de chiquillos en las sombras, como por ese piar escandaloso, agudo y gárrulo que se escapa al resquicio de los aleros vemos el secreto de los nidos y nos asombra el apiñado grupo de las crías. De tal modo penetra en uno este murmullo de los chiquillos, que hasta influye en las imágenes, y esa estrella alta que luce sobre todo parece una cometa lanzada por este pueblo de los niños que domina la sombra.

Así llegamos á la ancha plaza que es terrado del Rastro. En esta plaza hay una rara urbanidad pacífica, un remanso de recibimiento en el que deslumbra y suspende la claror de los faroles después de la obscuridad de los pasillos. Un baratijero vocea aquí «pañuelos de seda», «una cadena

de plata». Otro baratijero más misterioso y discreto nos retiene por el brazo y nos dice en voz baja, melosa y confidencialmente, como si nos ofreciese una mujer, con esa dulzura con que los tuuantes jovencitos napolitanos os ofrecen una «bella ragazza», nos dice: «Tengo una bella sortija, una sortija de oro con un brillante bueno y grande.»

Ya aquí nos detenemos y como hombres cautos y apegados á la vida, que se toman todo el tiempo que necesitan en gustarla como á una buena mujer, nos volvemos á mirar hacia detrás, con ese movimiento tan espontáneo en nosotros y que solemos tener en la esquina de todas las calles, porque sabemos bien que el tiempo que hemos vivido al pasar queda suspenso en ellas y no nos resignamos á perder la idea de nuestro acto de pasar, tan vivo, tan entretenido, tan afortunado, reuniéndonos así con el tiempo que se queda en la calle... ¡Despedidas desgarradoras, hondísimas, como las que se dedican á una novia que queda en el balcón y cuya visión se va á perder al dar la vuelta á la esquina!

Vueltos de ese modo hacia el Rastro, no vemos sino un pozo obscuro y á una altura inconmensurable sobre ese pozo algunas estrellas. Ha obscurecido de pronto, de un modo súbito y vehemente. Todo el pasado de la ciudad está ahí, en ese pozo. No es más trascendental la historia, tómese como se tome. Todo queda emborronado y tergiversado por la noche. Los faroles á lo largo del abismo parece que no reverberan, que no alumbran su alrededor más próximo. Flotan entre una densa y material betuminosidad, por cuyo fondo obscuro quizás pasan algunas estantiguas. No volveríamos á desandar lo andado, como no avanzaríamos sobre esas aguas profundas, ante cuya presencia, aun no viendo absolutamente nada, nos hiere el

presentimiento frío y aterrador de que están cerca y nos cortan el paso. No; no entraríamos ahora en el paraje tenebroso. No sabemos por qué recordamos ante lo tupido, lo selvático y lo insomne de esta noche sobre las cosas, aquel anochecido que nos cogió dentro del parque zoológico de Londres. (Confiados en la iluminada casita del té, se nos hizo de noche y tuvimos que salir guiados por el camarero, cruzando la espesa noche en que los animales gritaban, como recrudecidas sus nostalgias, quejándose profundamente, dándose cuenta de sí, profundamente, sin teatralidad, con una videncia extraordinaria.) Se presienten también en las cosas sonambulismos, reminiscencias, crujidos, fatiguitas, anhelos, estertores que explotarán en la noche obscura. Se piensa en lo que guardan las casas, se piensa en la noche avanzada y se ve á unas gentes —niños, viejos, mujeres, hombres más moros en la noche— que duermen con la boca abierta, como muertos, como aplastados por el pecho, como llenos del sentimiento pleno é imposible de la vida, dentro de un sueño sólo comparable con aquel sueño de nuestros días de internado, aquel sueño en que caíamos después del cansancio y de la desesperanza de todo el día, aquel sueño glorioso que nos parecía imposible conciliar en nuestra desgracia, aquel sueño tan absolutamente nuestro en la falta de libertad y de fortuna.

Y por fin, después de un rato más de perfecta distracción durante el cual borramos nuestro pensamiento mirando la piscina negra, después de un suspiro arrostramos la ciudad vil.

Entramos en ella descreídos, renovados, extranjeros, peregrinos que traen la visión solitaria y vespertina de los campos, la visión de sensatas lontananzas planetarias de una indolencia conta-

giosa, peregrinos que por eso no se dejan ofuscar por la ciudad, cuya puerta conocen. Volvemos con las manos sucias como de haber escarbado demasiado, un poco mareados, exhaustos, convalecientes después de haber dejado en la cruenta operación sufrida allí (?) tantos malos humores. Volvemos con una viva sed que nos hace entrar en la primera taberna á beber una copa de dulce y refrescante añejo, la copa necesaria y exquisita después de salir del Rastro.

Nuestros ojos, más negros, más grandes, más cromáticos, miran más atónitamente, un tanto arredrados, las calles vulgares en que se entra de nuevo.

Lo miramos todo como intérpretes de la gran resaca que tira de la ciudad hacia allá, hacia el fondo del Rastro, consiguiendo que toda ella vaya cayendo, desmigándose blandamente con disimulo y paciencia, pero con eficacia, abismándose sencillamente, sin espectáculo épico, vencida por esa fuerza menos violenta aún que la de la ironía, y más eficaz, y más sutil.

Se reproduce en este volver la emoción llena de seguridad de aquellos anochecidos en que volvíamos de oir el mar sin ver su límite en la obscuridad, agudizados en su absurdidad, saturados de una despejada credulidad personal, llenos de las razones más corruptoras, más libres y más inexplicables, y al entrar en el poblado sentíamos un rencor hondo por él, por sus hombres y por sus costumbres, que no contaban con la claroobscura lección, que vivían dentro de una horrible etiqueta, de una horrible escasez en las pasiones, dentro de una vida criminalmente insociable en el fondo de su misma sociabilidad. Así estas gentes y estas cosas que hallamos al entrar en la ciudad notamos

que no están ablandadas por la lección cercana según realmente es y remotísima según les parece. Hay algo muy acre y muy riguroso en el ambiente, cuando después de venir de allí parecía que se debía entrar en un sitio apasionadamente, desesperadamente solidario ante la muerte y el anonadamiento cotidiano, todo lleno de una fuerte sensualidad y de un espíritu hospitalario. Nos extrañan esa dureza y ese olvido insubsanable.

No sabemos dónde ir, no se sabe por qué calle tirar. Las más iluminadas resultan insoportables. Quizá es la hora de pasar por una de esas plazas antiguas de que vivimos olvidados y quedarse allí un gran rato sentados en un banco.

Nos parece muy temprano, absurdamente temprano, porque no sabemos qué hora avanzada esperábamos encontrar realizada ya en la vida de la ciudad.

¿Ir á casa? Hasta por nuestra casa se siente falta de afición, y no una caprichosa falta de afición, sino una indubitada falta de afición.

Venimos desde la reformación del mundo por la destrucción llena de cordura y sensatez del tiempo trivial—no por las guerras ni los cambios de civilización—, venimos del solar lleno de buen acuerdo para la nueva arquitectura, y encontramos el mundo aun construído á su manera, idiota, insensato, rencoroso, rudo, enfático, insostenible pero sostenido, enemigo, obsceno y atrabiliario. Las tiendas nos parecen vulgares, brutales, despreciables, usurarias, de una risible seriedad y reconcentración al lado de aquellas que hemos visto abiertas á todas las ideas y á todas las transacciones. Hay en ellas, como en las oficinas que se anuncian en los pisos altos, como en todo lo profesional, una voracidad, un exceso vicioso, un engreimiento, una

enemiga, un deseo de tiranía extraordinarios é impresentables. Algunos detalles nos parecen más absurdos: los guardias de orden público, algunas narices más políticas y más obcecadas que otras, algunas viejas con caras vesánicas.

Hasta contra nuestras propias empresas nos domina una rebeldía incombatible, tan suave y sutil, que se nos impone como se nos podría imponer el espíritu de un Dios existente de verdad.

Lo que aun hay de enemigo nuestro en nosotros se intenta burlar de que esta especie de doctrina interior que nos llena la haya fomentado el sencillo paseo por el Rastro, tan aparentemente chabacano y accidental, pero una sólida seguridad mata la burla. Verdaderamente en el sexo de esos escombros nos hemos esparcido y encalmado como sólo lo podríamos conseguir en la bella ciudad futura, hija del arrepentimiento sumo y dada á los transportes máximos.

Y vagamos al azar hundidos, perdidos, buenos, hasta la hora claudicante en que volvemos á nuestra casa.

FIN

De 1900 á Marzo de 1914.

EX-LIBRIS

Hay que decir fuera del libro los extravíos, las renuncias, los responsos, los desprendimientos y los hallazgos póstumos que suceden á la confección del libro, junto al cadáver caliente aún, aun resucitable. Hay que decirlo, no sólo porque lo hemos ansiado decir como autores vehementes, como muertos que deseasen contar la turbación de ultratumba, la sencilla clave del secreto final, sino porque como lectores siempre hemos deseado al final de la lectura de un libro algo, algo, las afueras del libro, el descuajen, la perplejidad, el raboneo, la delación del autor hecha por sí mismo, patidifuso ante algo completamente distinto á lo dicho y hasta á lo por decir en los próximos proyectos de libros, algo insufrible y perentorio, algo comprometedor y deslabazado, que habría que decir en toda su torpeza y su indisculpabilidad. Muchas veces hemos mirado las «guardas» de los libros, buscando inútilmente, olfateando, huroneando con ahinco en ellas ese algo que los perros buscan en las tierras en que escarban sin aparente *por qué,* pero bien pronto hemos cerrado el libro, defraudados por esa página blanca, deseosos de escribir algo definitivo y entrecortado en su pecho y en su espalda. He aquí, sin orden, asaltando todas al mismo tiempo el dintel del ex-libris, esas notas escritas en las guardas y en el forro del libro, esas notas conseguidas en el último momento del libro y que han estado en un tris de quedar impronunciadas.

✣

¡Qué libro hubiésemos hecho de haber tenido más tiempo, de haber podido invertir toda la vida en hacerlo, en vez de escribirlo apresuradamente aunque hayamos tardado unos años en ponerle un poco en limpio!... ¡Qué libro de haberme distraído más en otras pasiones, en asomarme más al balcón inagotable, en más viajes, en nuevos y repetidos paseos, acogiendo toda ocasión de vestirme el traje de la calle y quitarme el pesado y melancólico traje de casa; qué libro de haberme distraído en cosas cotidianas y monótonas, en las que debí agotar la monotonía para mayor claridad de la mirada!... Parece que se hubiera conseguido hacer definitivo el libro este que al fin hemos dado á la estampa, si paradójicamente no le hubiésemos dejado ultimarse, permitiéndole la ilusión de ir á estar ya para después volverle á poner en limpio: para después de ponerle de nuevo en limpio repetir esta operación con las nuevas cuartillas, empalagados por ellas como por esas otras en las que dibujamos casitas, adornos y cabezas, esos caprichos garrapatosos que logran volvernos despavoridos contra ellas, rasgándolas en el acto de verlas atestadas de obsesiones... ¡Qué libro hubiésemos hecho si á lo menos nos hubiésemos podido detener en las pruebas, y corregir primeras, segundas, terceras, cuartas, infinitas pruebas, sin enfado del editor, que había de ser un editor de una paciencia inverosímil!... ¡Oh el poder deshacer y rehacer en pruebas, con entera libertad, en unas anchas, vastas, magníficas pruebas, con grandes, inmensos claros entre renglón y renglón y amplias é inmensas márgenes!... Me desconsuelan, me consiguen llenar de ira aquellos á los que las pruebas no conmueven, aquellos petimetres que las tratan con presunción y aquellos que como los profesores no se dan cuenta de ellas. Por las pruebas se escribe en parte. No nos podremos pasar sin pruebas ya. Sería como quedarnos sin mujer. Las pruebas son lindas adolescentes siempre. Parece que nos traen siempre algo nuevo además de lo que hemos puesto en ellas, y aunque después nos desengañen mostrándonos que nos traen algo menos, sin embargo resultan aún corregibles y esa palabra que en la

corrección se mete en ellas, da ya por sí sola una fuerza supersticiosa al conjunto. Blandas, mórbidas, frescas, suaves pruebas, llenas de posibilidades. Las «primeras», cuando son únicas, son como aquella jovencita virgen que sólo obtuvimos una vez porque todo el destino se opuso á que nos volviésemos á encontrar solos. ¡Irritante, infinita impotencia, infinita irreparabilidad la de no poderla conseguir de nuevo! Las segundas, que á veces obtenemos con sigilo, por piedad, son una vuelta más consciente, más enterada al goce de la impúber... Lo único que esperamos con fervor es conseguir que alguien nos haga segundas ediciones y nos deje corregir de nuevo pruebas de aquellas pruebas. ¿Pero serán ya oportunas y deliciosas entonces?... ¿No las dejaremos entonces tal como estén sin tocarlas ya?...

✧

¡Qué deseo queda en uno de nuevos paseos por el Rastro, de más lentas andanzas por él hasta morir de repente un día y que eso nos absolviese de tener que terminar lo interminable, lo que debía consumarse en el silencio y en el secreto, viviéndolo más vastamente que escribiéndolo! Así resulta que nos tenemos que ocultar un poco la noticia de que hemos acabado este libro como antes nos la ocultamos en el caso de cada uno de los otros.

✧

Da mucho miedo llegar á lo último, nos resistimos mucho á ello, nos agarramos á todo antes de consentirlo, como los niños cuando son empujados contra su voluntad. Parece que hacemos graciosa cesión del último triunfo y nos satisface pensar que por eso no llegaremos á la última vergüenza.

✧

¡Oh tener que terminar un libro, tener que darlo por terminado, perderlo para siempre, comenzar á llorar, á llorarlo, con un abatimiento inconcebible!

✧

¿Qué nuevas cosas llegarán al Rastro mañana, qué nuevas cosas que no podré ni mentar siquiera, qué cosas que mereciendo una apología y una interpretación fervorosa no podrán ser exaltadas ya en el libro, que se engallará como completo no siéndolo? Un secreto malestar acoge en nosotros esta cuestión.

✧

Esperábamos enviar el libro á la imprenta el mismo día que lo acabásemos; nos dábamos prisa para eso, pero cuando lo hemos acabado ó cuando estábamos en la última página, nos hemos parado en seco, como incapaces de escribir ese último renglón y releerlo todo él en conjunto. Los nuevos temblores, las nuevas palpitaciones de estos días que pasan se quisieran incluir en él, y no hay medio de hacerlo. Dos opiniones extremas: la de ir á publicarlo y la de no deber publicarlo se producen en uno, y sólo después de un *lapsus* inexplicable se publica el libro, porque al fin decidimos que poco importa la razón de un extremo ú otro, y que el libro sin publicar hubiera sido un tapón irresistible en nuestra vida.

✧

Fuera del libro está el estado de mi mesa. Las pipas tiradas sobre ella. Los objetos que no ceden al pensamiento nunca. Ese polvillo sutil cuyo espectáculo renovado—¡renovado tanto!—nos debilita. Está ese libro nuevo que ya para qué vamos á leer, si no nos hemos esperado á leerlo todo antes de hacer el libro. ¡Pequeño predio nuestro este de la mesa, mesa sobre la que moriremos, sin que ella se compunja! ¡Vano sostén! ¡Falso alféizar sobre el abismo que es el suelo vulgar!

✧

La obra no debía pasar de su preparación, de su secreto, de su cachaza. Lanzada, se ve que sólo es un motivo palpitante, visionario antes de nacer, pero cegado al nacer. Sólo esos hombres que con una gran impudicia lanzan tomos y tomos y se hacen retratar en los

periódicos y exigen aparentes alabanzas, dan cierta vergüenza y cierta timidez al preparador, que á veces es digno de su vergüenza, ya que no sabe hacerse fuerte y desvergonzado en sí mismo, siendo como es superior al publicista, que bajo la sonrisa triunfante con que incordia á los preparadores les profesa un temor cerval que les dejará de tener el día en que dejen de ser preparadores. ¡Claro que no es preparador todo el que prepara! Es más difícil encontrar un preparador como el que digo que un grande hombre publicista.

✧

¿¡Cómo sacaríamos un molde vivo de esta mano que ha escrito el libro con una obediencia inexplicable, y á la que hemos mirado compadecidos!? Sentimos que si no se la inmortaliza á ella, la inmortalidad es injusta, y ni satisface ni es completa. Ella queda rendida, indiferente, ajena, con una sabia negligencia infinita. ¡Oh su compunción, nuestra compunción de escribir!...

✧

Vueltas y vueltas por la casa. Merodeos de ratón. Miradas pequeñas y sencillas que nos vuelven sensatos, que nos disuaden por sí solas de todo.

✧

Fuera del libro nos preocupa el estado de nuestros zapatos, á los que aunque hace poco que los hemos comprado, ya se les ha torcido un poco el tacón. Ese bajar á los zapatos de nuestro pensamiento mantiene, reanuda su buena circulación, le hace entrar en sí.

✧

Todas las trivialidades que sorprende la mirada ahora, nos hacen sufrir al pensar que aunque con todo arrojo hemos intentado toda la libertad y toda la sinceridad sin la más pequeña repugnancia, aun limpios de solidaridad con nadie, sin secreto profesional que explotar, absolutamente limpios de ambición, sin embargo, todas estas trivialidades han quedado fuera del

libro, inenarrables, capitales... ¡Claro que los otros lo hacen peor, los otros se han olvidado de todo menos de las palabras, y á veces hasta de las palabras; en los otros hay actos que les deben haber obscurecido para siempre. Atosiga, abruma pensar en todos los demás, infieles para sí mismos, irreconciliables, atravesados, llenos de desvariaciones, atrancados, obligados á amistades que les destruyen, que esterilizan su vida, que la llenan de posos.

✧

El triquitraque ambiente de la calle, el ruido de los coches y de los carros nos había despertado muchas veces de la obra, pero nunca como después de acabar... ¡Todo insubsanado, todo insubsanable!

✧

La alcoba inconmovible, pacificadora, próvida, neutral, nos mira desde el fondo del despacho, prometiéndonos acogernos en su seno. Así nos consuela de que no hayamos hallado nada después del libro, después de ese intento de adulterio, de infidelidad bárbara que hemos cometido con nosotros por el libro.

✧

Como en las grandes pausas desconcertadas, ansiosas y solitarias—como y por lo que Larra se pegó un tiro después de mirarse en un espejo—, metemos la mirada en los espejos. La indiferencia del espejo es en su vacío engañoso, en su falta de fondo aun con sus evidentes perspectivas y sus plasticidades, es el más acabado símil de la inmortalidad, de la propiedad que nos asignamos —cuando toda propiedad es sólo propia de sí misma— y del porvenir, que es únicamente un espejo del presente al que roba su capacidad, su ámbito, su carne y los arroja sobre el desconocido que se mira en él. ¡Suplantación, infamia dentro de una correcta coquetería!

✧

¡Oh sensación de las cuartillas antiguas y sucias, la

más angustiosa de todas las sensaciones, repetida con sólo acabar el libro y verlas en montón!

✧

Nos asomamos al balcón, y el espectáculo de las vecindades y de la calle, visto desde ese punto de vista cómodo y dominante, nos abruma de otras cosas y nos conforma rudamente con ellas. Es una obra de franqueza inevitable é indeclinable la del balcón. ¿Cómo expresaremos esa clase de ser lleno de una claridad meridiana, de una materialidad evidente que quedamos hechos?... Esta sorda realidad de la calle nos deja estupefactos é inertes. Nos inquieta, nos desespera estar al balcón, pero tanto ó más nos inquieta volver á la labor. La calle se burla del libro y de nuestros pensamientos, la calle sólo no se burlaría de todo, si realizáramos en ella la revolución libertina que se nos ocurre viendo á la calle, sus vecindades y las gentes que transcurren por ella.

✧

Al mirar la nueva hora del reloj pensamos llenos de tedio, de impotencias, de muerte, de asfixia, que el reloj del libro se ha parado después de haber creído que lo habíamos dejado en marcha definitivamente... ¡Y ya es insubsanable!... Ya sólo nos queda presenciar en él la tristeza, la inutilidad de los relojes irreparablemente parados.

✧

¿Cómo dar en una obra los cielos distintos—perfectamente distintos—de distintos días?

✧

El sol del mediodía se ríe de todo lo que se dice y se ha dicho, con una risa visible é irresistible abierta sobre las fachadas, sobre las aceras, sobre las lomas y sobre los árboles. Hace, sobre todo lo dicho, una cosa así como tragárselo todo, como secarlo, como meteorizarlo, como anonadarlo.

✧

Después del libro se pide un vaso de agua por pedir algo... Se sale con más sed... Hay el deseo de una cerveza, ese refrescante y estúpido brebaje.

✧

¡Oh la promiscuidad de las librerías! Pero esto llega á una hora tan preparada por las otras, que aun siendo tan absurda la tal promiscuidad resulta tan indiferente como la fatalidad del lupanar para las pobres mujeres que se excedieron.

✧

Se ve la silenciosa, la discreta, la gregaria actitud del libro—con sus cantoneras blancas, idiotizadas, con su lomo hipócrita—, todo en él laminado, y nos sorprendemos porque todo lo que en él pusimos fué alfarería, voluntad plástica, obra de carne, de palpitación, espacio, vastedad de tiempo, tránsito por las calles, minutos más que letras, trato con mujeres, asueto tanto como trabajo, y no hay ya nada de esto en el aun recién acabado. ¿Estaremos engañados queriendo hacer un libro de espacio y tiempo y libertad, cuando todos los libros, hasta los que aparentan más sinceridad, son convencionales discursos del doctorado, méritos para el concurso que precede á la otorgación de sinecuras?

✧

El libro es un ladrillo, enteramente un ladrillo.

✧

El libro es como un pez muerto. Aun en estos primeros momentos es como un pez fuera del agua, retorciéndose de ansiedad, boquiabierto, ahogándose. Sufrimos grandes despechos con su espectáculo lamentable, porque es algo nuestro que cayó en el anzuelo. Sólo rematándole se acabará con su suplicio. Y eso es lo que hay que hacer en los ex-libris.

✧

Cambiaríamos este último libro por un drama ó una

novela. Eso sería menos comprometido, más engañoso... ¿Pero no debe estar el éxito para nosotros mismos en ser cogidos infraganti, cuanto más infraganti mejor?

✧

Pensamos que hemos debido intercalar en este libro todos los otros, los anteriores y los posteriores. No haber hecho esto es darnos á una competencia enemiga, á una competencia de uno mismo con uno mismo. Ahora vemos que esta obra nace á expensas de otra, y sentimos esa cierta injusticia en que hemos incurrido.

✧

Un ansia de modificar el testamento que es el libro, se revuelve en nosotros después de haberle cerrado definitivamente, dentro ya de ese período agónico que media entre el envío de las últimas pruebas y la venida de los ejemplares de la encuadernación, en ese período agónico y clarividente en que ya no podemos decir una palabra más ni escribirla, ese largo momento en que sólo miramos con los ojos fuera. ¡Lo que quisiéramos decir!... Pero cuando de nuevo comenzamos otro libro, es que ya hemos pasado el período agónico, convalecientes, volvemos á ser obscuros, egoístas, concupiscentes, y ya no sabemos corregir sino un poco el testamento anterior. Aquella extremosa, justa, indudable actitud, es sólo de ese momento en que no podemos hablar.

✧

Después del libro, inmediatamente después de corregir la última prueba, se le desconoce hasta que no se le lee.

✧

¿Cómo decir el escepticismo, la quietud eterna, la certeza de esas miradas, que no son más que miradas? ¿Cómo decir el equilibrio, lo definitivo, lo desapasionado de esas miradas? Porque hay miradas macizas de razonamientos, tan macizas que no pueden ser desarrolladas, que no dejan en nosotros ese espacio ripioso en

que se proyectan las palabras. En el momento de esas miradas no queda ni un resquicio, ni un problema, ni un vacío, ni sitio para su descripción en la cabeza. ¡Cuánto hay que particularizar para volver al libro que se hace, que se espera! ¡Oh esas miradas materialmente saciadas de espacio, esas miradas que se dirigen á los cielos y á la tierra con perfecta ecuanimidad!... Tener estas miradas, tener estos momentos, es lo más, lo más que se puede arrancar á la vida, ¡es cubrir todas nuestras necesidades!

✧

Estamos de nuevo en medio de la calle. Esa niña, los porteros de esa casa, esas planchadoras, el fondo de esa lechería que vemos al pasar, cada nuevo y cotidiano detalle es un motivo para sentirse fuera del libro, para gritar fuera de él, para que creamos en su cerrazón, para llorar el habernos estrechado, el habernos incomodado, el haber cedido aturdidamente á un apremio nefasto, para tener al sentirnos mudos, más mudos que nunca, este gesto que hacemos con las manos, de hombre que hace gestos elocuentes, como hablando consigo mismo por las calles, que se manifiesta así con suprema y apiadable discreción. Menos mal que estoy lleno de greguerías, de pequeños ex-libris, de pequeños vilanos. ¡Oh, oh mis greguerias, qué desenlazadas, qué libres!

✧

Ante esta suerte de la nueva obra, lo único que queda en nosotros es la envidia de publicar todas esas cosas que publicamos en tal ó cual revista muerta. Aquellas cosas en que pusimos algo que es necesario á la unidad de nuestra obra. Nuestra esperanza no es de premio ni de dinero, sino de poder salvar esas cositas.

✧

¿Qué libro extraño hubiéramos querido leer antes de acabar nuestro libro? La ansiedad de ese libro preparatorio que nunca se encuentra, la sospecha de que algo

insospechable era necesario á nuestro pensamiento, queda en nosotros, contrariados por la prisa.

✧

¡Esa errata que ha quedado, que se sabrá pronto dónde está, que es como el pecado fatal y original de toda obra, nos empieza á escocer ya, nos comienza á pinchar como una espina en la frente!... ¡Oh corona de espinas de las erratas, corona que ponen los fariseos, los filisteos, al autor! ¡Hasta suponemos que es una errata todo el libro, pero nos resignamos, pensando que, innegablemente, el hombre bueno, el hombre que nos comprenda, el hombre que nos importa, nos arrancará todas las espinas y verá todo lo que hay bajo nuestro martirio!

✧

¿Cómo vencer este punto muerto, que es la guarda final en blanco? ¿Cómo vencer este punto muerto, que es el «Fin» del libro? No veo más solución á esta pregunta interminable que seguir revelando lo que significa ese punto muerto, que abrazar su amarga verdad, dándole á su fatalidad, exculpándole y culpándole con toda la indiscreción necesaria, poniendo cada vez más lejos ese punto muerto, sugiriendo los espacios libérrimos en que ese punto muerto se pierde de vista y permite una libertad provisional, que es cuanto puede desear el hombre.

✧

El libro es siempre poco incongruente, poco descarado, poco desatado, poco de todo. Que se sepa que no vemos límite á estas demasías de la obra. El sentido riguroso de la crítica no consigue más que cerrar tétricamente el alma de ese crítico. El sentido de la crítica debe abrirse, como se abre nuestra mirada á la luz, sin conservación, perdiéndose, yéndose, consumándose. Hay que darse á todos los azares sin pusilanimidad. No hay que estar gritando siempre «¡Viva la libertad!», sino hay que tomársela. No se necesita una fórmula de libertad, sino muchas pruebas, muchas aventuras en ella.

Que el nuevo día reforme al otro, que lo aventaje, que cada vez se desmoralice y se ablande más en una idea clara del azar.

✧

—Hace ya mucho tiempo que escribe usted esa obra, ¿no?—nos preguntaban ya con verdaderas exigencias los amigos impertinentes, y nosotros, remolones, contestábamos que sí, sin quererles confesar que nosotros no hacemos una obra, sino que nos preparamos para la hora inagotable, que á otros les coge en plena monotonía.

✧

Parece que los libros no han de influir más que en la lectura. ¿Quién pasa de la lectura de un libro? Los hombres que leen llegan á consentir que se lea, llegan á propagar los libros, pero no á permitir que los libros se cuelen en la sangre; eso no, eso es una insensatez, según ellos los insensatos... ¿Es comprensible esta insensibilidad, esta doblez, esta flemática actitud, este abuso ingrato, este obscurantismo asesinable?

✧

Nuestro libro no será ese libro para leerlo en una noche como quien lee un libro cualquiera... No. Antes el fuego, antes no ser abiertos, antes la muerte del lector.

✧

Fundamento para vivir, no entretenimiento, deben ser los libros. Cuestión de evocaciones y de avances sobre el libro. Cuestión de tenerlo todo en cuenta, pero siempre contando con más. Cuestión de conseguir la lectura tan dislaceradamente como el autor ha conseguido el original.

✧

Como cosa que emociona en el ex-libris está ya el temor de los plagios. Los plagios que se cometen con la obra de uno nos llenan de la vergüenza, del horror del plagio, como si hubiésemos sido nosotros, como si por una

mala contrastación de fechas pudiésemos ser nosotros los plagiarios... ¡Nada de rencor, sino un dolor hasta ingrato para nosotros los plagiados antes que dolido y orgulloso por la ingratitud, un dolor reflejo del desconocimiento de sí, de la traición que á sí mismo se hace el plagiario!... De esa leción dolorosa salimos más depurados, más lejos de los que plagian, capaces de darles una nueva novedad para que la plagien...

¿Cómo decir en el libro, cómo no haberlo dicho, que «ese» es un idiota, que «aquel» es repugnante, que «esa» mujer es digna de la quema y que «aquella» mujer es bellísima? Meteríamos de cualquier modo en el libro esas opiniones, con esa urgencia con que sentimos no haber dicho en la carta tal ó cual cosa cuando ya está en el buzón y es imposible que la volvamos á sacar, de todo punto imposible.

Desde luego todos nuestros contemporáneos son indecisos. Esta decisión de hacerlo todo, de desmentirlo todo cueste lo que cueste, no existe en ninguno; ¡cuánto menos el haber realizado esa decisión!...

No querer regalar nuestra alegría, no creer que es oportuna, no es que estemos tristes ni que seamos pesimismas. Nuestra adolescencia vivirá en nosotros hasta la vejez, sostenida como la más alta convicción, y siempre procuraremos clavar con un alfiler en la espalda de los magistrados un muñeco de papel. Contradicciones así son las que debemos oponer á todo, porque llenarnos de la contradicción trágica nos haría inferior á ellos, más incómodos y atormentados que ellos. Hay que tener una gran testarudez en no querer entrar en una ordenada discusión. ¿Que dudan de nuestra alegría? ¿Qué más da? Nuestra vida está entregada á una jovialidad

que es combate, que es denigración, que es venganza, que es juego *in extremis* siempre.

✧

Se sostienen ya bastante á sí mismas todas las miradas, parece que deben morir y vivir en su transcurso rápido y que en el pensamiento debe haber un automatismo igual y que otra cosa es ante todo corrupción de nosotros mismos, descomposición, un exceso de sensualidad crapuloso, aflictivo, ensordecedor, inanimador, embotado.

✧

Hemos hecho matanza en nosotros mismos, y al fin y al cabo el libro es mondonguería muerta. La vida es un presente del que no dispondremos ni dispondrá nada, es un presente insumiso, embravecido, inconvencible, independiente á toda fijación, desfacedor de la ciudad, progresivo siempre, nunca retrospectivo, al que no se debe nada ni deja nada á deber. Este escape del presente, este no ser aprensible, este ser el compensador suficiente, este valor fulminante de él, desmoraliza, llena de abandono toda obra artística, la hace caer en más ó menos bella y pintoresca cascada para transcurrir sin falta hacia el mar.

✧

Promover grandes colisiones de todo, desórdenes de todo, desconciertos de todo, suspensiones repentinas de todo, apologías hijas sólo de un alarde de la voluntad, alarde absuelto de otro móvil, alarde al que le conviene divulgar hasta dónde es llevadero el capricho, hasta dónde es todo capricho, alarde que conseguirá así que entren todos en dominio del poder á base de alegría y de irresponsabilidad. Así sólo brotará la responsabilidad simpática. Este deseo embriaga después de hacer los libros.

✧

Es una investigación de ojos abiertos y pensamiento

abierto la que quisiéramos hacer en una carencia absoluta de estilo y de método.

✧

¡Oh el libro como un nudo, como un estrangulamiento que quiebra un poco la íntima, la fluída sensación de ir muriendo, como si nos hubiésemos detenido en una muerte casual, en una muerte viciosa! ¡Oh oposición angustiosa, desazonada, á la muerte definitiva! ¡Congoja en el pecho de un altivo suspiro atrancado, vivo contra su deseo, contra su perfección, contra su gloria que, como la deseada por todo suspiro, es la de morir suspirándose!... ¡Oh el libro, pequeña pasa engurruñida!...

✧

Lisa y morondamente somos el espacio abierto. Este es el taladro del libro. Después de hecho el camino del libro debemos dejarle inservible como un billete de viaje.

✧

El frente nunca está cerrado. Todo es frente abierto. Las morales, las economías, las estéticas intentan cerrar con ruindad ese frente abierto á la muerte, á la vida, al abismo, á lo inconcebible. Si debemos llegar á ser ininteligibles, si ese es el final evolutivo del tiempo, ¿por qué no hemos de gozar de esa evolución, descuajándolo todo, abriéndolo todo, desautorizándolo, libertándolo por el frente en ininteligibles espacios abiertos, descansados y puros?... ¿Cómo decir la razón, la lógica, la saciedad, el estilo difícil y consciente que necesita este perfeccionamiento de lo ininteligible?... ¿Cómo mostrar el dolor corrupto—no el dolor sano—de la inteligencia puritana, que es una desnaturalizada oposición de nosotros á nosotros mismos?...

✧

Ante cada nuevo empeño cumplido sentimos plantearse en nosotros de nuevo el problema de la pereza. La pereza es definitiva. El hacer algo contra ella nos resulta una negación más que una afirmación y parece

que al hacerlo nos contradecimos, nos faltamos, nos arrancamos algo. Parece que estamos—y esto que nos parece es lo que nos hace dudar mucho de la acción en lo más recio de ella—, parece que estamos haciendo todo lo contrario de lo que debíamos hacer y que todo lo hecho es contraproducente. Al vago—hay que decirlo muy alto y muy firmemente—sólo le faltan disculpas, no razones. Sólo le falta hallar el estilo de su razón indudable. Al trabajador le sobran las disculpas, pero le falta la razón suficiente, la razón sin repugnancia, la razón verdaderamente pura—por decirlo así de paradójicamente—. ¿No se siente muchas veces que al salir de la pereza se pierde, «no se hace», pues en la pereza es donde habíamos encontrado lo más hondo de la vida? ¿No es—digámoslo inconscientemente—, no es en la pereza donde se hace todo antes, donde uno es inconfundible con los demás, donde se consigue y se sobrepasa lo que se ha de hacer después, lo que lentamente y sólo en parte se logrará con el trabajo? ¿Es que por el odioso «qué dirán» hemos de faltar á la pereza? Trabajemos á lo más, pero sin involucrar la verdadera y suprema concepción de la pereza, el derecho más absoluto del hombre transgredido por la agria, por la aberrada vida social.

✧

La literatura no sirve sino para aclarar el día, para borrar todas las enemistades y todos los sentimientos crueles de las cosas, de los hombres y de la Naturaleza. Bajo el día, inevitablemente traspasada por él, debe tener voluntad de perecer con él, de disiparse con él, de quedar deslumbrada en él, accedida por él, elevada por él. Esto debe llenarla de una socarronería estupenda ante todo. El día, pasando así por la literatura, no consiente que nada se entronice ni antes ni después. Nos deja tranquilos. Esa medida del día lo iguala todo.

✧

Ha de notarse en un libro, sin arrepentirse después de haberlo hecho, ha de notarse, de verse en él, la mala gana, la negligencia de emplear el estilo prostituído, la

lengua de todos que nos ha repugnado aun en sus frases más preciosas. ¡Cuánta intención en no tropezar, en no incurrir en ciertas frases! y eso ¡cuántos zis-zas y cuántas quebraduras y cuántas torpezas produce á veces! ¿Cómo ó por qué explicar esos líos inevitables, esas incipiencias en el estilo? ¿Esta defección de la prosa, este no corregir las transposiciones visibles, esta repugnancia á distanciar con requilorios accidentales las palabras difíciles que de pronto se reunen con acritud, con una pasión violenta y aislada, con cierto esquinamiento, todo esto no es necesario ante lo penoso que es encerrar en frialdad, en un cuido artificial de fabricantes, lo que se produce á sí mismo?... ¿Es que no es contrahecha toda geometría perfecta, excesiva, formal?... ¿Es que se debe volver sobre la materialidad de la oración gramatical como tal oración? Ese volver atrás descompone, quiérase ó no, todo el ensimismamiento con que habíamos concebido, olvidados de la oración en favor de la palabra. ¿Es que no es mejor para tapar un vacío una palabra sugeridora aun bajo un aspecto de absoluta improcedencia que cubrir ese vacío con una palabra reticente y ambigua?... ¿Es que esa afonía que se nota á veces en un estilo no es más reveladora que la plena voz impasible? ¿Cómo ó por qué explicar que no se ha podido por infinitas razones de sencillez ser más sencillo y que hasta se ha intentado hacer más balbucientes los balbuceos? La perfección del balbuceo, el no avergonzarse ni corregir el balbuceo, es la única forma admirable de expresión, es la única manera de que haya potencialidad en el estilo. Esa misma tribulación de la prosa es necesaria, y así se dice lo que de otro modo más desbrozado y correcto no se diría. Hay que sacrificar el estilo á lo que es superior á él, á la ansiedad, que si bien es de apariencia defectuosa, deplorable y quejosa, es el único motivo artístico considerable, hemos de ser incondicionales de la ansiedad desnuda á la que cualquier cuidado convencional del estilo oculta tan inmodificablemente, tan irreparablemente que después, cuando queremos de nuevo volver sobre nuestra corrección de timoratos, ya no la podemos hallar tan inmediata.

Así, de mis obras no hay nada que hablar. O se ve esa ansiedad ó no se ve. Yo hablo por señas más que por palabras, y quizás más que por señas por transmisión del pensamiento. No me distraen las palabras, la frente mira de frente con fijeza, abandonando las palabras que exclama, y que ya no le sirven á medida que avanza.

✧

Hemos escrito un poco disuadidos de lo que hacíamos, un poco distraídos, á sabiendas de que no hemos hecho padecer toda la cabeza—ni lo haremos nunca—, con un invencible temor á emplearla toda como nadie la empleó nunca, aunque se podría intentar con una desidia burlona, libertaria, incomparable, con una desidia mayor que la que hemos usado. Demasiado voluntariamente nos oponemos á llegar á una última conclusión ó á un último experimento. Conclusión ó experimento que son posibles. Conclusión ó experimento que son los que hacen al suicida suicidarse, porque llegó á darse cuenta de ellos y no porque odie la vida ni por otra razón, pues no hay nada más vano que creer que el móvil de los suicidas es el móvil aparente. Los suicidas, como los locos súbitos, es que llegaron sin poderla sobrepasar á esa conclusión superior á ellos y á su herencia, y á su expresión, y á su conciencia, y á su aguante. Indudablemente hay que disuadir, refrenar la cabeza por uno mismo, por no llegar á un dolor ó á una alegría irresistibles.

✧

En todo lo que hacemos hay una oposición á la pederastia espiritual que llena el mundo. Nos rebelamos á que la cometan con nosotros é intentamos la defensa de los demás. Pero como todos son pederastas, unos porque no saben ser de sí mismos y otros porque huyen de sí mismos y otros porque hacen de ella su profesión de fe, unánimemente no se nos perdonará nunca. Seremos perseguidos por no promiscuarnos y porque ni siquiera tenemos la coquetería repugnante de resistirles, coquetería altisonante y efectista á la que se dedican algunos en-

ganchándose de ese modo, siendo pederastas sin serlo. Todos son casos de pederastia. Las mujeres, en las que esa falta que es el mayor adulterio no es adulterio, la cometen con los sacerdotes, con los flirteadores, con los locuaces, con sus poetas melosos, con sus conversadores favoritos la cometen no dándose, y sin embargo tomando, la cometen espiritualmente. ¡Pederastia, estrangulamiento de un deseo natural que se debe cumplir sobre la Naturaleza, sobre el tiempo, sobre la sensación íntima de vivir, sobre el alrededor sexual, pero no sobre los demás ni cogiéndose las vueltas á uno mismo!...

✧

Después de hecho el libro, nos quedamos entre dos impenetrabilidades: la del libro y la de las cosas y los seres.

✧

Indignan esos pensadores de ideas cortas, de imágenes zalameras, y esos otros que se atreven á tratar los asuntos vistosos, superficiales, las rapsodias abusivas y vanas, y esos otros que ponen á contribución de su obra todas las seducciones, como esas mujeres que abusan de la seducción de sus senos, de sus piernas ó de su culo, sin más variedad ni más excelsitud, con una coquetería tiránica. Es una especie de grave indiscreción la que se comete tratando ciertos asuntos. Ante esa indiscreción estéril y trompuda no hay que discutir más. Se deben rechazar por la elección de sus asuntos, muchos dramas, muchas comedias, muchas poesías, muchas obras, porque generalmente sólo en esa elección está la antipatía, la indignidad de la obra, su único y bastante defecto, su defecto imperdonable dentro de lo bien tratado del asunto, su defecto después de los aplausos.

✧

Yo he ido huyendo de la obra, y no pido más que huyáis también, pero pasando por ella. Que huyáis, pero no que os encaréis con ella. Esa sería una insensatez, que no os perdonarían vuestras enfermedades,

haciéndose sin que lo notaseis más incómodas por cosas así.

✣

Después vendrán los ejemplares del libro en montones de mampostería. Y los miraremos uno á uno. Y los sospesaremos, llenándonos de la idea de su pesadez como de dulce peso. Miraremos su lomo tan bien planchado, tan duro, tan pulido. Nos asombraremos un poco viendo la precisión de cosa de fábrica que tiene el libro. Comprobaremos abriéndole por un lado y por otro las distancias entre unas cosas y otras. «Eso está al lado de un capítulo conmovedor, por eso se salvará y se hará perdonar.» «Ahí está esa palabra que es un farol, la única luz pero bastante de todas esas páginas que vienen después.» Y cuando después de haberlo abierto por todas las dobleces por las que es legible algo del texto del libro sin cortar lo distanciaremos de nosotros y buscaremos la anchura del alrededor.

✣

Es superior á la fantasía prejuzgadora de los códigos la libertad que se puede proponer. En los códigos sólo llegan á ser punibles abusos de una simple libertad. La libertad que se puede uno tomar en los libros es impune, porque el haberla podido formular y penar en los códigos los jueces, supondría que la habían comprendido, y entonces, en vez de imponerse á ella, se les impondría ella fatalizándoles con su vértigo.

✣

¡Oh, sí, sí! Hubiéramos podido imprimir esto mismo que pensaremos luego, esto que tenemos en la punta de la lengua, una última deserción definitiva que no supimos encontrar hoy ni ayer... ¿Se hubiera podido imprimir? ¿de verdad? Sí, sí. Irradia en todos sentidos nuestra cabeza luego que ya no podemos imprimir lo que pensamos, para en el momento que podemos imprimir lo que entrevé volverse á resistir, volver á guardar un íntimo silencio, volver á perderse en lo invulnerable,

volver á encerrarse en un torpor imposible. ¡Sobrecogimiento, retractilidad involuntaria, sutil instinto de conservación quizás! Sin embargo, algún día atraparemos esa sutileza viva y elemental, lo más elemental de lo elemental.

✧

Avanzando cada vez más sobre las cosas, se las ve dentro de un concepto de burla que nos hace á veces sonreir por las calles, pero al ir á los libros á reflejar toda esa hilaridad de las cosas, al ir á escribirla sucede, que ante este vicio de escribir, la sutil virtud inmarcesible de la doble visión, se apaga. El estado de gracia es indudable que se pierde al escribir. Pero claro está que según lo que se escriba se pierde más ó menos. Pero claro está también que sólo la aproximación mayor es la victoria máxima.

✧

Después de escritos los libros hay deseos de venganza, como el de quejarse de las comisarías, el de decir que en las comisarías reside todo el problema de la libertad, el gran vejamen del ciudadano, el más burdo de los tratos, los hombres más feos—bajo barbitas rizadas y máscaras de cera estúpida—, y dan ganas de aconsejar que al pasar frente á las comisarías se ponga en la mirada para no verles la gran sagacidad que voluntariamente desconoce á los hombres ó los reconoce, que se despreocupa de ellos ó los admira.

✧

¡Qué vana toda obra que no sea de imposición social, obra de reparto de la propiedad! ¡Cada día es una cosa más convincente que el mejor bien que nos podemos hacer á nosotros mismos es el de ser revolucionarios. Sintiéndonos revolucionarios sin cortapisa, es como se es viable, verdaderamente viable, enteramente viable.

✧

Fuera de los libros no nos dirigimos á nadie por ese

aire de impertinencia que hay en los demás, aun cuando nosotros comencemos siempre, invariablemente, queriéndonos hacer perdonar como piltrafas humanas que somos entre invariables piltrafas humanas. Fuera de los libros soy tan ajeno á la profesión, que no miro las miradas de los demás, que no creo que me ve nadie, y á veces no saludo por eso.

✣

Después del libro, inmediatamente después, surge de nuevo la pregunta de «qué se prepara». Nunca más vana esa pregunta. Preparamos nuestra noche. Limpiamos, depuramos las palabras y destilamos el tiempo. Un fervor que no hay en las grandes fábricas se cumple en nosotros de este modo improductivo, porque la producción es una salida de tono, es un acto extraño y legendario.

✣

¿Lo diremos? Somos los pobres escritores unos cazamoscas. Todos cazamoscas que, eso sí que sí, diferimos en la intención. En la intención somos incomparables, perfectamente incomparables.

✣

Quisiéramos decir algo de la calle de la Puebla, esta calle clara y cándida en que vivimos en este Madrid. Intentaríamos trazar la novela completa de nuestra calle... ¿Cómo callar esto si es de lo que estamos llenos; cómo no hablar de estas miradas esperando algo de Oriente y de Occidente, primero de una esquina y después de otra, de estas miradas al cielo, de estas miradas al balcón de la vecina guapa y á los otros balcones, de esta mirada al perro que levanta la pata y se «anuncia» en la pared, de estas miradas llenas de antecedentes, de suspicacias y de presunciones, aparentemente las mismas siempre y sin embargo extremadamente distintas, distintas de un modo abrumador, distintas de un modo interesante, cuyo interés es tan fuerte, tan nuevo, tan fundamental, que nos mantiene ávidos y llenos de rea-

lidad?... Nuestra calle es cotidiana, y sin embargo es asombrosa. Es asombrosa y sublime por razones apreciables en su cotidianismo, y porque bajo su aspecto anodino, todos los días vive de una reciente eternidad, y todos los días muere... ¿Cómo explicaríamos y divulgaríamos todo esto en este libro?... No es posible. Es enteramente imposible. Pero que quede sugerido. Así, á la vez, hemos dado nuestras señas para que el millonario nos escriba legándonoslo todo para obras de libertad, para que esa mujer desesperada y pasional nos escriba, para que ese rebelde nos alargue su mano, para que todo eso pueda suceder aunque nadie nos escriba, nadie, porque el anónimo que nos escribe anónimos no es nadie; es ajeno á él mismo, es un ser falsificado, postizo, imitador, hipócrita. El escritor de anónimos se mata y se roba á sí mismo... ¿Cómo podrá encerrarse uno á solas con su alma si ha escrito un anónimo, sino como un cabrón se encierra con la puta en la alcoba hollada?

✧

Las caras que se ven en la calle no afrontan el libro. Esta aislación imposible de todos, este recortarse en el espacio, es toda la verdad. El libro, en vista de eso, no puede tener ni aumento ni disminución después de impreso. Y eso después de todo no es poco, eso es lo justo.

✧

¿Cómo haríamos imposible el escribir cosas en que no creamos? ¿Qué acto merecedor de una excomunión imperdonable no cometeríamos? Hemos pensado mucho en esto, hemos querido en los ex-libris cerrarnos ese camino del mercenario, del mentiroso, del contemporizador de la pluma, pero no hemos hallado la falta insubsanable que cometer.

✧

Fuera del libro está el estado del campo y de los jardines el día que se acaba. Los árboles son una muda refutación á la literatura, á la pintura, á la filosofía. Se

elevan sobre todo eso omitiéndolo. Está bien su lección, pero no es absolutamente admisible. No es el paisaje el paraíso, como engañosamente han creído los que por huir de la ciudad lo han aconsejado con aturdimiento. Hay que atreverse á decir más, los jardines no bastan, por eso volvemos tan cariacontecidos de ellos. Los jardines están bien cuando suponen una vuelta victoriosa, satisfecha, esperanzada, al poblado, pensando en sus diversiones y su libertad. Lo que necesitamos es una á modo de congregación casi religiosa, por la exaltación de la conveniencia y el placer común, un estado de cosas libertario, empedernido, con cierta impecable armonía en el fondo, una congregación hecha en vista de nuestra suprema mediocridad en relación con la Naturaleza y en la que una de las cosas que más se necesitan es el templo de Venus para acabar con ese deseo de mujeres muy hermosas, ese deseo de verlas, de que sean extraordinariamente sinceras, reservadas y conscientes, un templo en que las más hermosas eleven á una prodigalidad mística su belleza, y así el culto de Venus nos dé la serenidad necesaria para gozar tranquilamente cada una de las otras, cada uno la suya.

✣

La noche posterior al libro es una noche en que nos sentimos perros callejeros. La ciudad, con todas las puertas y los balcones cerrados, está llena de faroles que no leen, de bocacalles llenas de un olvido máximo, de estrellas imposibles, y en medio de ella se nota cómo empañan el aire los hombres, porque los olores de la noche son más dichosos.

✣

Sin hacernos coacción, sentimos que la noche es incoordinable. Ni más ni menos.

✣

Pasamos por las calles en las altas horas de la noche —hay que reventarse y decirlo—como después de muer-

tos. Una cosa así... No hay otra manera de decir esto mismo con menos exageración.

✧

Cuando se vuelve á casa esta noche con el libro acabado é incorregible á un mismo tiempo, se siente lo que las noches de velatorio de un cadáver: la misma irreconciliación de la noche con el cadáver y de nosotros con el cadáver. Noche en que nos sentimos silenciosos y residenciados en el pecho como nunca.

✧

Unas greguerías deben descomponer y aclarar la obra al final... ¿Por qué no aprovechar un descuido del editor para darlas todas? Sería ¡el delirio! Pero ya que eso no puede ser, daremos las últimas, las de ayer y hoy. ¡Qué lástima no poder insuflarlas todas en el libro como espíritu, ya que no como letra! ¡Pero es tan escandaloso el modo de notarse el aumento de original! ¡Con decir que es tan escandaloso como la sangre ese exceso de palabras que hace que rebase el libro!

Hay que conformarse y dar algunas en una letra más pequeña y más metida:

...La seda tiene un aliento de senos de mujer, un titileo, un cabrilleo de senos de mujer.

—

—¡A ese!... ¡A ese!—gritan los chiquillos de pronto en la calle, y lo gritan por el instinto de sus dientes, no por el corazón.

Ese «¡A ese!... ¡A ese!» es el grito más vil y desagradable de la calle, porque se grita á los perros rabiosos corriendo, queriendo morder á su padre quizás.

—

La botica encendida sobre la media noche es una alarma—mayor en la provincia que en la ciudad—que nos pone un poco enfermos, un poco indispuestos de aprensión.

—

Siempre que se entra en una casa se busca en el perchero un sombrero de otro, de la visita del padre si es en casa del padre, de la visita

de un amigo que nos espera si es en casa de uno, del enemigo si es en casa del amigo, y si es en casa de ella, tan fiel y buena, nos empuja este instinto de buscar un sombrero extraño en todo perchero, nos incita á mirar si hay en su perchero un sombrero de hombre, un sombrero del «otro», de no sabemos quién.

—

El sereno es implacable y atroz para llamar casi con el alba á los pobres chicos de las tiendas, cuando ellos soñaban durmiendo sobre la dura trinchera del mostrador que eran los dueños de la tienda... ¡Qué golpes más feroces, qué ducha de agua más helada!

—

Se teme á las moscas como á los perros rabiosos... Se teme que toda mosca venga de un hospital ó de un cadáver.

—

El lacayo—bello *dandy* del Directorio—y la fina doncella que acompañan al niño rico en su paseo á pie por las veredas umbrías del jardín, debían amarse, debían casarse, y sin embargo apenas se hablan... Ella es la señorita que va dentro del coche y él es un lacayo que va en el pescante... Además la está prohibido el amor como á la perrita que también pasean y para la que rige la consigna de «cuidado con los perros furtivos».

—

En la mañana hay un momento asentadísimo que nos satura y nos compensa y nos desayuna de todo... ¡Oh, el día en cuya mañana falte ese momento será señal de que habremos cogido la enfermedad indeclinable, indescifrable, intratable de la muerte, de la idiotez ó de la insensatez!

—

—¿Habrá muerto?—se pregunta uno despierto junto á ella... Y se la despierta... No; no ha muerto, pero su sueño se habrá vuelto tan silencioso, tan asfixiado, tan soterrado que lo parecía... ¡Horrible susto este, al que volvemos sin bastante experiencia nunca para diferenciar el sueño de la muerte.

—

Quisiéramos tirar al acostarnos muchas noches los pies y las piernas fuera del lecho, lejos de él, como los zapatos, como los pantalones.

—

Arredra hacer el cálculo de las cerillas que se gastan, que se han gastado, que se gastarán.

—

Esos pobres ancianos con sombrero de copa y un *chaquet* raído, fueron presidentes de república en repúblicas de un día de cuyo advenimiento no habla la historia.

—

¡Qué armados de autoridad están los guardias en la noche!

—

Siempre nos preocupará el problema de dónde caen las estrellas que se desprenden de su clavo en las lluvias de estrellas... Siempre sentiremos un truculento aspaviento interior ante ese espectáculo, como si un enorme pedrusco encendido nos fuese á alcanzar, nos fuese á caer encima ó pasando sobre nuestra cabeza fuese á caer lejos, matando quizás á alguna persona, incendiando quizás un pueblo.

—

El humo que brota de los bombos de tostar café es espiritual, fluido y apetitoso como él solo.

—

Los vasos de agua que se caen parecen cañerías rotas, son una verdadera inundación, derraman—aunque parezca todo lo absurdo que se quiera—, desalojan sin duda mayor cantidad de agua que la que tenían.

—

Las golondrinas juegan sobre la calle de cielo que corresponde á nuestra calle de tierra como párvulos en vacaciones ó al salir de las escuelas.

—

Una cerería es una tienda sórdida, ladina, hipócrita, lívida, repulsiva, clerical.

—

Desde que supimos lo de los derrames serosos, estamos esperand o morir de un derrame de esos.

—

Siempre parecen haberse perdido las llaves.

—

Por si no bastase el reloj, suena el contador de la luz eléctrica en la casa obscura... ¡Qué ajeno, qué ingrato es ese tic-tac del contador! ¡Qué mediocre! Es el latido importuno de un enemigo, de un sicario que vigila nuestra casa... Se le cortaría el resuello de buena gana á ese consumero metido en nuestra casa.

—

Esa carne blanca de las mujeres rojas abrasa con el ardor extraño de la nieve al que se lava con ella.

—

¿Cuándo sabremos qué mes trae treinta días y cuál treinta y uno? Surgiendo constantemente esa duda, no la resolveremos nunca porque es demasiado convencional la tal distribución.

—

¿Por qué diablos olerán tan mal los telegramas?

—

Siempre se espera que de un duro nos devuelvan más dinero que el que nos devuelven, y no sólo en ese momento, sino después cuando se gasta, se espera que consista en más.

—

Siempre resulta que no hemos mirado lo bastante las piernas de mujer... Vuelven á ser una incógnita, una maligna, una mal encarada interrogación... ¡Sarcástica interrogación, funambulesca interrogación, insoluble, incomprensible, de irrecordable sentido!... ¡Duras interrogaciones dentro de su blandura, impenetrables interrogaciones á las que es imposible meter el diente, que aun entre nuestros brazos, siguen siendo incógnitas, reacias, desesperantes, dudosas, interrogativas, incontestables!...

✧

El Alba de los siglos, desnuda de historias, amanece en este día posterior al libro. Nuevo día que nos coge entreteniendo un poco el pasmo en que nos hemos quedado. El Alba nos reanima un poco con su brusquedad. El Alba nos interesa aún. *El Alba,* queremos decirlo, se titula un libro que hemos ido haciendo durante mucho tiempo, escribiéndolo tan sólo en esos cuatro minutos que dura la verdadera Alba, libro oriundo de esa claror suprema é inapelable. Siempre diríamos algo del Alba para completar toda obra, pero un vano deseo casi profesional nos hace reservar todas las referencias del Alba para ese libro que vendrá después de todos y que ha sufrido ya bastante mengua con la pérdida de las cuartillas que hicimos en París y de las que no volveremos á saber nada, aquellas cuartillas escritas en unas Albas tremendas que nos cortaron la cara y el alma.

¡Oh el Alba, momento en que se aplaca y se desinteresa todo, momento en que todo se funde y todo recomienza, momento en que todo se inunda y todo... etc., etc., etc.!

Sólo nos han quedado deseos de añadir algunas palabras. Ya es bastante... ¿Cómo demostrar toda la desolación de esto que parece baladí? ¿Cómo expresaríamos con tan poco espacio como nos queda lo imprescindible que es una palabra á los que creen que las palabras son advenedizas y sustituíbles? Mucho he pensado en las palabras, y no por razones de etiqueta, sino para violarlas, buscándoles el sexo y encontrándoselo. Mi trato con ellas ha sido de una sincera inmoralidad, y así las he vuelto de sinceras, abiertas y decididas. Se necesita tener mi misma experiencia, mi falta de escrúpulos, haberlas desnudado como yo sin seducirlas, convenciéndolas, haberlas amado, haberlas repudiado después de cohabitar con ellas, para comprender con la conciencia arrojada por la oportunidad y no por el alarde con que está pronunciada cada una, escogidas entre todas por su oportunidad, no por su alarde. Ninguna carga sobre la otra, son individuales en la frase, cada una vive de sí misma atrabiliariamente, y sólo quien no entienda de matices creerá que de su conjunto brota un estilo recargado. ¿Cómo siendo como son de imperiosas é inolvidables las palabras que creo deber pronunciar, podré pasarme sin añadir estas nacidas con retraso, pero que piden su puesto? Porque no hay más remedio. Porque están impresos ya esos primeros pliegos en que son imprescindibles.

Sin embargo, para mostrar todo lo arduo del conflicto, pondré un ejemplo cualquiera:

Después de hablar de esos caballos blancos que se llevan el coche familiar que va á parar al Rastro, hemos sentido el apremio de decir en vez de blancos caballos, una palabra más, pero una palabra insustituíble «blancos caballos *trasijados*»... ¿Porque habrá algo que represente con más magrez los caballos espectrales que

esa calificación de trasijados? Emplear esa palabra es esculpir con toda crudeza sus ijares recogidos, es ahondar á la vista de todos esa cavidad entre las costillas y vientre inferior del penco, que hace tan macabra, tan sumida, tan descarnada, tan recomida, tan grave la figura esos caballos, que son una carroña insepulta y rediviva.

¡Y como esta de «trasijados», cuántas otras palabras retrasadas, pero llenas de razón, quisiéramos decir, no sólo para morbidez del libro, sino para tosquedad de él!

En la cama deshecha, las manos cruzadas, los ojos abiertos en la obscuridad de la alcoba, horrorizado, impasible, acoquinado, inconmovible, víctima propiciatoria de mí mismo, he buscado aún la frase que falta en el libro, la condenación, la liberación definida en tres palabras que intercalar aún en él haciendo un esfuerzo para que llegasen... Pero nada. Y por fin hemos visto toda la fatalidad de la imprenta yendo á imprimir el ex-libris:

—¿Está?—pregunta el maquinista.

—Sí—contesta el corrector.

Y el maquinista da al conmutador eléctrico, y la correa sin fin comienza á correr y se mueve la rueda matriz, pero la máquina aun no responde. Se exige el maquinista una última mirada antes de dar á la llave que lanza la máquina á la carrera. Echa esa mirada y ya la fatalidad comienza á desarrollarse. Contemplamos atónitos la consumación de la obra. Nos queremos engañar. Entre todo ese cúmulo de palabras que ya no sabemos cuáles son, hay cosas que tocan la verdad atroz que deseamos, que se aproximan á la verdad radicalísima. Atamos nuestras manos una con otra, ó las guardamos en los bolsillos excitadas, vacías, nerviosas, sin querer cejar en su empeño. Un abandono, una contemporización extrañas nos hacen dejar correr la máquina y ver salir los pliegos impresos ya. Apretamos los puños y apretamos el alma. Hay que aguantarse. Hay que contentarse con haber acabado esta obra y comenzar la otra. Por lo menos este obstáculo ha sido vencido.

La máquina corre como un destino intorcible, insubsanable, que no puede perder tiempo, duro con nosotros, apresurado, impaciente, inexorable, sin tregua ni plazo de gracia, arrastrándonos lejos en un galope desenfrenado, dejándonos de pronto detrás, caídos, sobrecogidos, inútiles.

No pensamos siquiera, temerosos de que de pronto se nos vaya á ocurrir algo inexorable que querer intercalar en el texto cuando ya no se puede. Nos embriagamos estúpidamente en el espectáculo y al fin nos resolvemos á marcharnos para no verlo.

INDICE

Págs.

Dedicatoria. V

Extracto del Evangelio de Ramón Gómez de la Serna por *Silverio Lanza*. VII

Prólogo. IX

Panorama real. 21
Las gentes. 32
La arribada de todo. 38
Montón de cosas. 44
El viejo de los relojes.. 67
Calzado viejo.. 75
Las cosas del señor Andreu.. 78
Haría bien un ciprés. 81
El coche familiar. 83
El hombre más cínico.. 86
Esculturas dramáticas. 91
Los animales disecados. 97
Los interiores. 100
Los libros. 102
Cuento de niños.. 105
Los transeuntes.. 107
Vilanos.. 110
La vieja bruja. 111
Lo posible.. 114
Las armas.. 115
Los Cristos. 121

Págs.

Los animales vivos.. 128
El Carlista. 133
Momentos.. 137
Otro montón de cosas.. 139
Estaría bien un barco.. 155
Espejos.. 157
Cosas de cementerio. 160
Instrumentos de música. 162
Medicina y cirugía.. 164
La puerta propicia.. 169
Cuadros y fotografías.. 171
Liviandades. 178
Orientalismos. 184
Lo nuestro y nosotros.. 188
Los jóvenes íntegros. 189
Sombreros y trajes.. 196
Azorín. 199
Los mendigos. 203
Los hierros. 209
Lo que no se vuelve á ver. 213
Las máquinas. 217
Pío Baroja. 221
El atardecer. 226
Plazoleta final. 230
La vuelta. 234

EX-LIBRIS 243

Editorial PROMETEO.-VALENCIA

OBRAS DE V. BLASCO IBÁÑEZ

En el país del arte (Tres meses en Italia) — *1'50 pesetas.*
Cuentos valencianos.—*Una peseta.*
La condenada (cuentos).—*Una peseta.*
Arroz y tartana (novela).—*Tres pesetas.*
Flor de Mayo (novela).—*Tres pesetas.*
La barraca (novela).—*Tres pesetas.*
Entre naranjos (novela).—*Tres pesetas.*
Sónnica la cortesana (novela).—*Tres pesetas.*
Cañas y barro (novela).—*Tres pesetas.*
La Catedral (novela).—*Tres pesetas.*
El Intruso (novela).—*Tres pesetas.*
La Bodega (novela).—*Tres pesetas.*
La Horda (novela).—*Tres pesetas.*
La maja desnuda (novela).—*Tres pesetas.*
Oriente (viajes).—*Tres pesetas.*
Sangre y arena (novela).—*Tres pesetas.*
Los muertos mandan (novela).—*Tres pesetas.*
Luna Benamor (novelas).—*Tres pesetas.*

ARGENTINA Y SUS GRANDEZAS

(SEGUNDA EDICIÓN)

Precio: 25 pesetas

OBRA NUEVA

LOS ARGONAUTAS

— NOVELA —

Precio: 3'50 pesetas

LA NUEVA OBRA DE V. BLASCO IBAÑEZ

LOS ARGONAUTAS

La novela del gran éxodo cosmopolita que hoy se desarraiga de los campos de Europa y en pos del aleteo de oro de la Ilusión navega hacia América. Es la novela del mar y de la muchedumbre internacional, escrita por un gran colorista que pinta con la pluma. Su acción tiene por escenario un gran buque trasatlántico, en cuyas entrañas se agita todo un mundo de ambiciones impacientes, amores y miserias. Es al mismo tiempo una evocación de la epopeya de los primeros descubridores, y en sus páginas vive un Colón completamente distinto del que se imagina la mayoría del público, y que seguramente dará lugar á controversias y opiniones contradictorias.

Á **Los Argonautas** seguirán inmediatamente:

LA CIUDAD DE LA ESPERANZA

LA TIERRA DE TODOS

LOS MURMULLOS DE LA SELVA

y otras muchas obras que tendrán por escenario diversos países de América. El autor desea abarcar en una gran serie de novelas todas las manifestaciones de la vida presente en los pueblos americanos de habla española y todas las esperanzas del porvenir, evocando al mismo tiempo la gran epopeya de los conquistadores, olvidada por unos y desconocida por otros.

Como las novelas de Balzac en *La Comedia humana* ó los *Rougon Macquart* de Zola, estos libros de Blasco Ibáñez formarán por separado un relato novelesco independiente, pero todos juntos tal vez constituyan algún día una construcción ciclópea que equivalga á la «novela de la raza».

Los Argonautas forma un volumen de 600 páginas esmeradamente impreso y con hermosa cubierta en colores al precio de **3'50 pesetas.**

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU